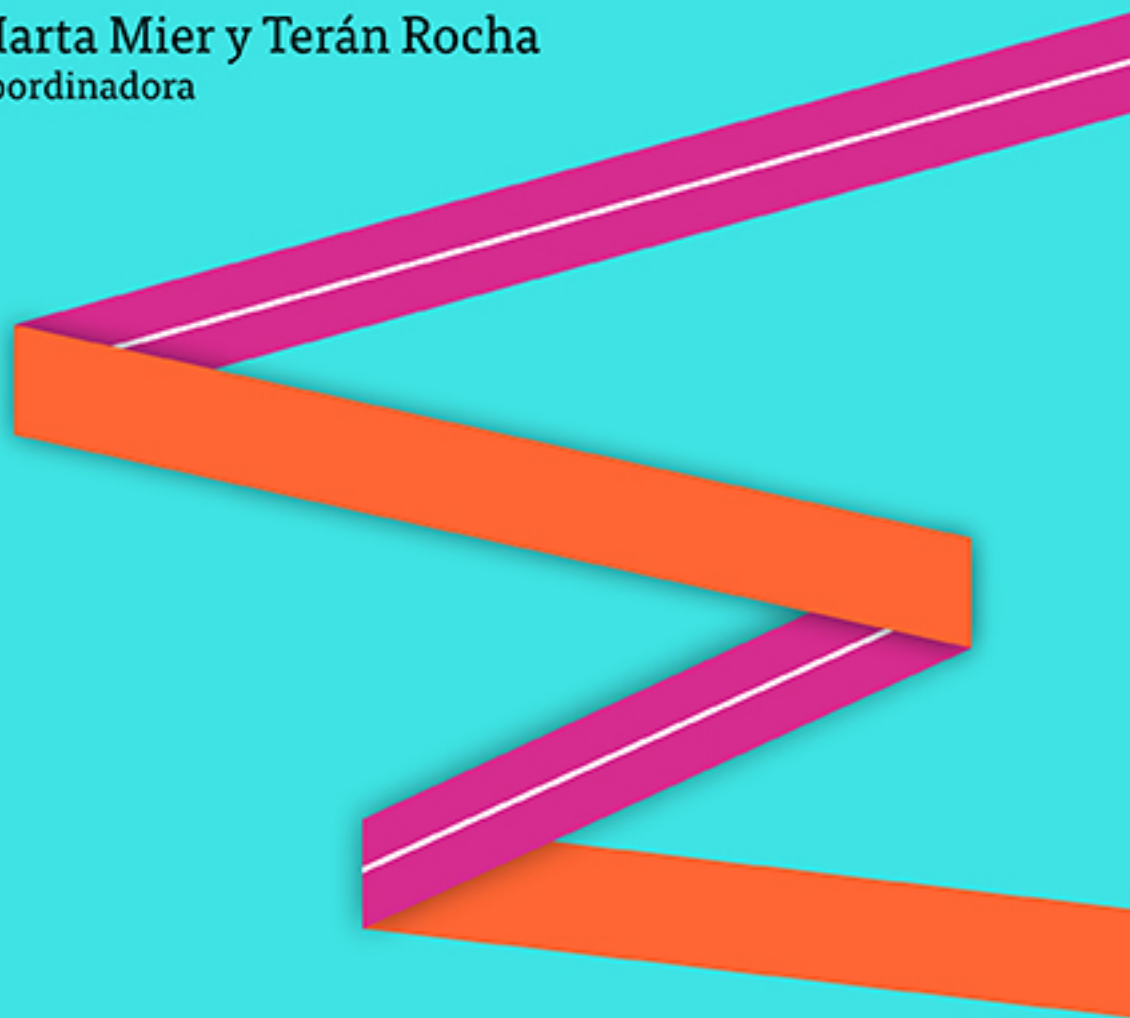


Trayectorias y desigualdades sociales en el contexto mexicano

Una perspectiva longitudinal

Marta Mier y Terán Rocha
Coordinadora



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Instituto de Investigaciones Sociales

Trayectorias y desigualdades sociales
en el contexto mexicano
Una perspectiva longitudinal

**Comité Editorial de Libros
Instituto de Investigaciones Sociales
Universidad Nacional Autónoma de México**

Presidente

Miguel Armando López Leyva • IISUNAM

Secretario

Hubert C. de Grammont • IISUNAM

Miembros

Virginia Careaga Covarrubias • IISUNAM

Marcos Agustín Cueva Perus • IISUNAM

Karolina Monika Gilas • IISUNAM

Matilde Luna Ledesma • IISUNAM

Fiorella Mancini • IISUNAM

Adriana Murguía Lores • FCPYS, UNAM

Eduardo Nivón Bolán • UAM-I

Adriana Olvera Hernández • IISUNAM

Catherine Vézina • CIDE

Trayectorias y desigualdades sociales en el contexto mexicano Una perspectiva longitudinal

Marta Mier y Terán Rocha
Coordinadora



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Instituto de Investigaciones Sociales
Ciudad de México, 2023

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Sistemas Digitales de Información

Nombres: Mier y Terán, Marta, editor.

Título: Trayectorias y desigualdades sociales en el contexto mexicano : una perspectiva longitudinal / Marta Mier y Terán Rocha, coordinadora.

Descripción: Primera edición. | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, 2023.

Identificadores: LIBRUNAM 2210147 | ISBN 9786073077491.

Temas: Indicadores sociales -- México. | Ciclo vital humano -- Investigación -- Metodología. | Sucesos vitales. | Cambio social -- México -- Siglo XXI. | Igualdad -- México. | Reproducción humana -- Aspectos sociales -- México. | Ciencias sociales -- Métodos biográficos.

Clasificación: LCC HN114.T73 2023 | DDC 306.0972—dc23

Este libro fue sometido a un proceso de dictaminación por académicos externos al Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, de acuerdo con las normas establecidas por el Comité Editorial de Libros del Instituto.



Esta obra está bajo la licencia CC BY-NC-SA 4.0. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Primera edición: junio de 2023

D.R.© 2023, Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Sociales
Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México

Coordinación editorial: Virginia Careaga Covarrubias
Cuidado de la edición: Cynthia Berenice Salazar Nieves
Diseño de portada y tratamiento de imágenes: Cynthia Trigos Suzán
Formación de textos: María Antonieta Figueroa Gómez y Óscar Quintana Ángeles

Impreso y hecho en México

ISBN: 978-607-30-7749-1

Índice

- 7 Introducción.
Aproximaciones cuantitativas en la perspectiva
de curso de vida en México
Marta Mier y Terán Rocha
- 31 La perspectiva de curso de vida y su operacionalización
por medio del análisis de secuencias. Un marco introductorio
Jacques-Antoine Gauthier
- 71 Trayectorias a la vida adulta en mujeres y varones
de grandes centros urbanos mexicanos.
Un análisis de cohorte y desigualdad social
Karina Videgain Martínez
- 119 Trayectorias familiares y laborales interdependientes:
experiencias de mujeres en un periodo de rápido descenso
de la fecundidad
Marta Mier y Terán Rocha y Karina Videgain Martínez
- 171 El modelo normativo de curso de vida en México:
evidencias desde la desigualdad de género
para una cohorte de adultos mayores
Fiorella Mancini y Gerardo Damián

- 207 “Ahí te dejo esos dos pesos”.
Trayectorias de proveeduría económica de los hombres en México
Mario Martínez Salgado y Sabrina A. Ferraris
- 233 Entradas y salidas del mercado de trabajo
durante la crisis de 2008 en México:
análisis de secuencias de los itinerarios laborales
Nina Castro, Julio César Martínez y Edith Pacheco
- 257 Consideraciones finales
Marta Mier y Terán Rocha
- 267 Sobre las autoras y los autores

Introducción

Aproximaciones cuantitativas en la perspectiva del curso de vida en México

Marta Mier y Terán Rocha

En el campo de las ciencias sociales, en los años setenta, surge la perspectiva longitudinal de los estudios de curso de vida desarrollada por Glen H. Elder Jr. Este autor plantea que en el paradigma del curso de vida se lleva a cabo una conceptualización del tiempo, el contexto y los procesos en las dimensiones más relevantes de la teoría y el análisis (Elder, 1994). El paradigma comprende tanto el concepto de curso de vida, como la orientación teórica y el campo de investigación, y su estudio abarca varios niveles de análisis. La perspectiva del curso de vida ha sido de gran utilidad en la comprensión del cambio social al conceptualizar los comportamientos individuales como procesos dinámicos ubicados en el tiempo y moldeados por contextos institucionales (Konietzka y Kreyenfeld, 2021). Los temas centrales de dicho paradigma son la interacción entre el tiempo histórico y las vidas de las personas, la cronología de las vidas, las vidas interdependientes, y la agencia humana en las decisiones. Los estados, las transiciones entre los estados, las secuencias de los estados y las trayectorias, además de los dominios o las dimensiones de la vida, son conceptos clave en los estudios del curso de vida.

Con el desarrollo de métodos innovadores y el acceso a bases de datos longitudinales, el paradigma del curso de vida ha propiciado que la investigación en las ciencias sociales se vaya alejando de una visión transversal para acercarse más a una longitudinal, que permite conocer los procesos y obtener

una aproximación holística que abarca el curso de vida completo (Konietzka y Kreyenfeld, 2021). En el campo de los estudios demográficos, se ha afirmado que el curso de vida, como marco metodológico en el análisis longitudinal de datos en el nivel individual, ha cobrado una relevancia tal que ha venido a cambiar la agenda de investigación (Huinink y Kohli, 2014).

En este libro el objetivo es presentar el paradigma del curso de vida, así como la aproximación metodológica del análisis de secuencias y su aplicación a diversos aspectos de la vida de los mexicanos que transcurre en la segunda mitad del siglo xx y la primera década del actual. Además de esta sección introductoria, el material del libro consiste en un primer capítulo que presenta el desarrollo de la perspectiva del curso de vida en el campo de la sociología, así como los fundamentos del potencial heurístico del análisis de secuencias y su operacionalización. Los siguientes capítulos abordan, mediante el análisis de secuencias, distintas dimensiones y etapas del curso de vida de las personas en México. Los aportes del libro son tanto teórico-metodológicos como empíricos. En el primer caso, es sobre todo el hecho de fundamentar el interés y la pertinencia del paradigma del curso de vida en el análisis de las distintas dimensiones y, en el marco de este paradigma, mostrar los trabajos cuyo objeto de estudio son las secuencias de eventos o estados. El material empírico de los capítulos muestra hallazgos relevantes en cuanto a los patrones que siguen las trayectorias, los cuales se obtienen mediante el análisis de secuencias aplicado a distintas problemáticas en los dominios familiar y laboral. Estos patrones coinciden en mostrar profundas desigualdades de género y entre estratos sociales a lo largo del curso de vida, así como el cambio en el tiempo.

En los párrafos siguientes, nos centramos en la exposición de dos estrategias analíticas cuantitativas que han sido empleadas en los estudios de carácter longitudinal, inmersos en la perspectiva de curso de vida de la población mexicana: el análisis de historia de eventos y el análisis de secuencias. Con esto como antecedente, a continuación, presentamos la forma en que surgió la idea del proyecto en el que tuvo origen este libro, enfocado al análisis de secuencias, e introducimos los capítulos que lo conforman.

HISTORIA DE EVENTOS Y ANÁLISIS DE SECUENCIAS. EL CASO DE MÉXICO

El análisis de historia de eventos ha sido una valiosa aproximación cuantitativa en los estudios longitudinales, en particular en el marco del paradigma del curso de vida, ya que permite ubicar los cambios en la vida de los individuos en el tiempo y el espacio, es decir, en su contexto social (Courgeau y Lelièvre, 1992: 3). El análisis de historia de eventos comprende varios métodos estadísticos y en él se otorga prioridad al estudio de la ocurrencia de eventos, que pueden consistir en transiciones, y el análisis de sus causas. Para describir, explicar y predecir la ocurrencia de los eventos, se evalúa la duración hasta que suceden, y el punto de partida de la duración es el momento en el que los individuos empiezan a estar sujetos al riesgo de vivir el evento (Allison, 1984).¹ Se analiza, por ejemplo, la manera en que cierto evento familiar de alguna índole afecta la probabilidad de que ocurra otro evento a lo largo de la vida del individuo. La heterogeneidad de la población se aborda mediante un análisis probabilístico. La historia de eventos de una persona se define como el resultado de un complejo proceso estocástico, donde los eventos se desarrollan en el tiempo y se sitúan en determinadas condiciones históricas, geográficas, económicas y sociales (Courgeau y Lelièvre, 1992: 4).

El análisis de secuencias es otra forma cuantitativa para abordar el análisis longitudinal, que fue introducida a las ciencias sociales por Abbott y Forrest (1986). Se trata de una aproximación conceptual y metodológica en la que se estudia la sucesión cronológica de eventos o estados en la vida de las personas. Es un modelo conceptual holístico en el que se analizan secuencias cronológicas de estados que ocurren a lo largo de la vida de las personas, de manera que constituye un instrumento poderoso para el análisis del curso de vida y la comprensión de una amplia gama de procesos (Gauthier *et al.*, 2014). En el análisis de secuencias se da prioridad a los efectos de los

¹ Las técnicas empleadas en el análisis de historia de eventos son semejantes a las del análisis de sobrevivencia y los modelos de riesgo.

eventos en el mediano y largo plazo, y la búsqueda de regularidades en los fenómenos sociales, a diferencia del análisis de historia de eventos, donde el interés se centra en transiciones específicas y sus causas. En este sentido, puede decirse que ambas aproximaciones se complementan (Billari, 2001; Abbott y Tsay, 2000). El desarrollo de las encuestas de tipo panel con información retrospectiva ha hecho posible la reconstrucción de elementos sustantivos de la vida de grupos de individuos mediante ambas aproximaciones analíticas.

Con frecuencia, la falta de fuentes de datos adecuadas en ciencias sociales ha limitado la posibilidad de realizar estudios de corte longitudinal que permitan un mejor acercamiento a los procesos. En México, para realizar trabajos de tipo cuantitativo con el enfoque de curso de vida, las limitaciones en el acceso a datos de tipo longitudinal han debido enfrentarse de diferentes formas (Blanco, 2011). Con la información de varios tipos de encuestas que contienen datos sobre fechas o edades cuando ocurren eventos o transiciones de interés, ha sido posible desarrollar estudios con una aproximación longitudinal, con frecuencia mediante el análisis de historia de eventos, en el que los requerimientos de datos son menores. Aunque cabe mencionar que con este tipo de información también se ha logrado elaborar estudios en los que se trabaja tanto un modelo de historia de eventos tipo Cox como un análisis de secuencias.²

FUENTES DE DATOS EMPLEADAS EN EL ANÁLISIS EMPÍRICO DE LOS CAPÍTULO DEL LIBRO

Las fuentes de datos constituyen así un elemento fundamental en estas aproximaciones metodológicas cuantitativas en los análisis del curso de vida. Las encuestas propiamente de tipo longitudinal han constituido una gran oportunidad para la comunidad de estudiosos de la población y la demografía.³

² Ver, por ejemplo, Solís, Patricio e Ismael Puga (2009).

³ En México, la primera encuesta que incluyó una sección de historias de vida se llevó a cabo en Monterrey en 1965, la cual se aplicó a la población masculina (Browning y Jelin, 1977). También en esos años, tuvo lugar la encuesta de migración a la Ciudad de México (1969-1972) (Muñoz *et al.*, 1977). Más recientemente, Patricio Solís realizó, en el año 2000, una encuesta en la que recabó

En México, en particular, la Encuesta Demográfica Retrospectiva (Eder)⁴ ha venido a llenar un hueco en la información longitudinal al proporcionar datos de acceso abierto sobre las historias de vida de mujeres y hombres de cohortes de nacimiento cuyas experiencias transcurren en gran parte del siglo xx y las primeras décadas del siglo actual. La cobertura de distintas áreas del conjunto del país, así como el énfasis en ciertos temas, distinguen a los levantamientos de esta encuesta que se ha llevado a cabo en 1998, 2011 y, el más reciente, en 2017. No obstante, en los tres levantamientos se captan, con una periodicidad anual, estados en las dimensiones educativa, laboral, familiar y migratoria a lo largo de la vida de mujeres y varones de determinadas cohortes de nacimiento. Los trabajos de investigación con base en los datos de estas encuestas han sido numerosos y los avances en el conocimiento de la experiencia de las cohortes en distintas dimensiones de sus vidas han sido valiosos, como se muestra en la publicación de dos volúmenes y numerosos artículos y tesis (Coubès *et al.*, 2005; Coubès *et al.*, 2016). Cabe señalar que la aproximación metodológica más empleada en las investigaciones ha sido el análisis de historia de eventos, aunque cada vez hay más estudios que aplican el análisis de secuencias (Solís, 2016; Seville, 2013; Mier y Terán *et al.*, 2016).

Los datos de la Eder 2011 proporcionan información que permite construir las trayectorias de vida de las personas que transcurren a lo largo de la segunda mitad del siglo xx y la primera década del siglo actual, y que corresponden a tres cohortes que nacen entre los años de 1951 y 1980. Esta versión de la encuesta fue realizada por el Inegi como una submuestra de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) en áreas urbanas y metropolitanas de las 32 entidades federativas del país.⁵ Cabe mencionar que, en cuatro de los cinco capítulos con análisis empírico del libro, se emplea información de este levantamiento de la encuesta.

información sobre trayectorias laborales de varones en la ciudad de Monterrey y aplicó la metodología de análisis de secuencias a sus datos (Solís y Billari, 2003).

⁴ Encuesta Demográfica Retrospectiva (Eder) 1998, 2011 y 2017 (El Colegio de la Frontera Norte, 1998; Inegi, 2011 y 2017).

⁵ La muestra tiene un diseño probabilístico, estratificado y por conglomerados, y abarca 86% de las áreas más urbanizadas del país distribuidas en las 32 entidades federativas (Coubès *et al.*, 2016: 32).

La razón principal por la que en los trabajos de este libro se utilizan los datos de la Eder 2011 y no de la Eder más reciente es por el interés en mostrar la forma en que las cohortes experimentaron y participaron en las grandes transformaciones ocurridas en la segunda mitad del siglo xx, cuando, en el marco de un proceso de urbanización, tienen lugar, entre otros, la expansión del sistema educativo, la reducción acentuada de la fecundidad, la creciente incorporación de la mujer en el mercado de trabajo y el cambio del modelo económico, caracterizado por una creciente inestabilidad laboral y precarización en el empleo. En particular, la cohorte nacida en el periodo 1951-1953 vive hasta su etapa adulta joven en un periodo de cambios más bien incipientes y una economía en franco crecimiento; mientras que la cohorte quince años más joven, nacida en 1966-1968, participa desde edades tempranas en los grandes cambios sociales y económicos de las últimas tres décadas del siglo pasado; de manera que la comparación entre estas dos cohortes nos permite observar cómo se modifican los cursos de vida de las personas en este periodo de rápido cambio; la cohorte más reciente, nacida en 1978-1980, vive estos cambios más consolidados. Así, la Eder 2011 permite el acercamiento al proceso de cambio en un periodo clave en las transformaciones sociales del país. Además, cabe señalar que en esta versión de la encuesta se entrevista a personas entre 31 y 60 años, es decir, hasta cerca del final de su vida productiva; mientras que en la Eder 2017, los entrevistados tienen entre 20 y 54 años, lo que limita las posibilidades de analizar las etapas menos tempranas de las personas y, en particular, los últimos años de su vida activa. No obstante, no queda duda de que será muy interesante replicar los trabajos realizados para este libro con los datos más recientes de la Eder 2017 en las áreas urbanas, y conocer la continuidad o ruptura en los patrones de cambio en cohortes más recientes.

Uno de los aciertos de las encuestas Eder ha sido captar información sobre los orígenes sociales de los entrevistados, cuando estos últimos tenían 15 años, lo que permite integrar al análisis longitudinal datos sobre los recursos económicos y culturales del hogar en el que el individuo pasó sus años de juventud cuando, en el marco de cierta estructura de oportunidades, se adoptan decisiones con repercusiones que perduran, e incluso pueden acentuarse, en procesos de acumulación de ventajas o desventajas a lo largo del curso

de vida (Dewilde, 2003). Además, la encuesta proporciona un índice multidimensional elaborado mediante un análisis factorial con los datos sobre la ocupación y la escolaridad de los padres, así como de los bienes y servicios con los que contaba la vivienda para cada cohorte de nacimiento (Coubès *et al.*, 2016: 30). En los cuatro capítulos de este libro que hacen uso de los datos de la Eder 2011, se emplea este índice de los orígenes sociales para medir la posición relativa de cada persona respecto a las demás que componen la misma cohorte de nacimiento, y así evaluar el efecto de la estructuración social de las distintas trayectorias.

Un modelo distinto de fuentes de información longitudinal lo constituyen las encuestas de tipo panel. En otros contextos y otras disciplinas, estas encuestas son habituales. En México, su uso en el campo de los estudios sociodemográficos ha sido menos común.⁶ No obstante, en uno de los capítulos de este libro, se emplea como fuente a la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), en la que se recogen datos trimestrales sobre el mercado de trabajo y es posible dar seguimiento a las mismas personas a lo largo de cinco trimestres consecutivos. De esta manera, se cuenta con secuencias de corta duración, pero sobre un proceso que puede tener varios cambios en un corto tiempo, en particular cuando se trata de la población joven y de las mujeres, entre quienes la inestabilidad laboral es mayor. La base de datos del último capítulo del libro es la ENOE de los años 2009 y 2010, lo que permite una aproximación longitudinal al efecto del periodo, a diferencia de los capítulos anteriores cuyo interés se centra en el efecto de la cohorte en el curso de vida.

Cabe destacar que otro rasgo que da unidad al libro es la dimensión laboral, la cual es objeto de análisis en todos los capítulos, ya sea como eje principal o vinculada con otra u otras dimensiones más. La operacionalización de la variable sobre la participación en el mercado de trabajo realizada en los capítulos difiere, pues obedece al enfoque de cada investigación. En dos de

⁶ En México, ejemplos de encuestas de tipo panel con información sociodemográfica son: la Encuesta Nacional de los Niveles de Vida de los hogares (Ennivih), cuyas rondas se levantaron en 2000, 2005-2006 y 2009-2012, y la Encuesta Nacional sobre Salud y Envejecimiento en México (Enasem), levantada en 2001, 2003, 2012, 2015 y 2018.

los capítulos, con el objeto de observar condiciones en el trabajo y posibles situaciones de movilidad, se da prioridad al tipo de trabajo, ya sea manual o no manual y, a la vez, se busca hacer referencia a los niveles de calificación requeridos. En otro capítulo, el objetivo es evaluar el modelo normativo y la posición social, por lo que se analiza la condición de asalariado y si es de tiempo completo o parcial. En otro capítulo, cuyo interés principal es mostrar la inestabilidad y la precariedad en el empleo, se analiza si la participación ocurre en la economía formal o en la informal. Con la información de la Eder 2011, sobre las características de los trabajos cuya duración fue de al menos un año, fue posible hacer estas distintas categorizaciones. Por su parte, el capítulo que hace uso de los datos de la ENOE se centra en la dimensión laboral, por lo que analiza la situación del trabajo remunerado, la búsqueda de trabajo y la disponibilidad para trabajar; condiciones que pueden variar en el corto plazo, en particular, en momentos de crisis en el empleo.

ANTECEDENTES DEL LIBRO

Ante los desarrollos conceptuales y metodológicos del curso de vida, los grandes cambios seculares que han tenido lugar a partir de la segunda mitad del siglo pasado y la existencia de datos sobre el curso de vida de las personas, entre algunos investigadores surgió el interés de organizar un grupo de trabajo que más adelante se constituyó en el Seminario Institucional del Instituto de Investigaciones Sociales (IIS) “Métodos y técnicas en la perspectiva del curso de vida”, en el cual fungí como coordinadora. El grupo estuvo conformado por cinco investigadoras del IIS, dos posdoctorantes con estancia de investigación y otra más en la Universidad Autónoma Metropolitana, una candidata a doctora por El Colegio de México y un funcionario del Inegi. Su integración tuvo varias etapas y contó siempre con el apoyo del IIS.

En el grupo había un gran interés por conocer y aplicar la aproximación metodológica novedosa del análisis de secuencias, a la que generosamente nos introdujo una de las participantes, quien la trabajaba en su tesis de doctorado. Con la formalización del grupo, en el marco del Seminario Institucional, tuvimos la posibilidad de invitar al profesor Jacques Antoine Gauthier de la Universidad de Lausana, Suiza, quien tiene una larga experiencia en

el tema y ha contribuido con aportes relevantes al análisis de secuencias en cuanto a su surgimiento, como aproximación analítica, y su desarrollo metodológico (Blanchard *et al.*, 2014; Levy y Widmer, 2013). Durante su estancia en el Instituto, el profesor Gauthier impartió el “Taller sobre Análisis de Secuencias”, en el que expuso los elementos metodológicos y prácticos de la perspectiva con el manejo en la plataforma R. Un par de años después, el profesor Gauthier vino nuevamente al Instituto como invitado e impartió el taller *Advanced Topics in Sequence and Network Analysis Applied to the Life Course Perspective*, en el que, además de revisar las bases ya impartidas, presentó desarrollos metodológicos más complejos y novedosos. De manera paralela, cada integrante del Seminario fue desarrollando un proyecto de investigación en el que aplicaba la aproximación del análisis de secuencias para estudiar alguna problemática de su interés y para la cual hubiera una fuente de datos adecuada y disponible. Los trabajos se discutieron en las sesiones regulares del Seminario y, en el segundo taller, también hubo oportunidad de presentar los avances de los proyectos y recibir los comentarios del profesor Gauthier. Más adelante, con la retroalimentación de los participantes, continuamos trabajando hasta terminar los cinco capítulos, con material empírico, que forman parte de este libro; los que se acompañan de un capítulo introductorio elaborado por el doctor Gauthier.

Antes de pasar a presentar los capítulos que componen el libro, quiero expresar mi mayor reconocimiento a todos los participantes del Seminario Institucional que dio origen a este proyecto y, en particular, a quienes elaboraron los capítulos de este libro por el largo proceso que siguieron desde su motivación por la perspectiva longitudinal en los estudios de población, su interés por aplicar la metodología novedosa del análisis de secuencias con la plataforma R, su participación en las sesiones del seminario y su tenacidad para elaborar y terminar sus capítulos, cuando todos ellos tenían compromisos de trabajo fuera de este proyecto, que les consumían gran parte de su tiempo. La contribución del profesor Jacques Antoine Gauthier fue inestimable en todas las etapas del proyecto: tanto sus conocimientos y profesionalismo como su generosidad y calidad humana han sido de gran valía y un gran estímulo en la dinámica del Seminario y en la elaboración de los proyectos de cada uno de los integrantes. El apoyo del Instituto de Investigaciones

Sociales al Seminario fue fundamental a lo largo del proceso, pero, en particular, para la realización de los talleres impartidos por el profesor Gauthier y la traducción de su capítulo introductorio, sin el cual este libro no hubiera tenido lugar. Agradezco también a tres evaluadores anónimos, cuyos comentarios pertinentes contribuyeron a mejorar el contenido del libro en la última etapa.

LOS CAPÍTULO QUE INTEGRAN EL LIBRO

En el primer capítulo, “La perspectiva del curso de vida y su operacionalización por medio del análisis de secuencias. Un marco introductorio”, Jacques Antoine Gauthier hace una presentación de la perspectiva del curso de vida, en la que se enmarcan los siguientes capítulos. Una particularidad de este texto consiste en abordar el tema desde la perspectiva europea, poco conocida en nuestro contexto, en la que, para comprender los cursos de vida en su contexto social, se prioriza el análisis de los sucesos humanos en los distintos niveles: de lo individual a lo interindividual, los niveles de la familia y las redes privadas, hasta los niveles meso y macro sociales de las instituciones que enmarcan la vida diaria, así como las políticas de estas instituciones (Levy y Widmer, 2014).

En la exposición, se introducen los principios del paradigma del curso de vida. Comienzan con las variaciones de tiempo y lugar, las cuales se reflejan, principalmente, en las cohortes analizadas y los contextos esencialmente económicos en los que desarrollan sus vidas. Un segundo principio es la cronología de las vidas en cuanto al sentido y el efecto de los eventos, dependiendo del momento en la vida de las personas en que ocurren; además, se considera la agencia humana en las elecciones en el marco de la estructura de oportunidades a lo largo del curso de vida. Otro elemento del paradigma son los mecanismos de (des)ventajas acumulativas. En cuanto a los procesos secuenciales, los elementos que los describen formalmente son las trayectorias, las etapas, los eventos y las transiciones (Levy *et al.*, 2005; Levy, 2013 [citados en el capítulo]). De ellos, los más empleados en los trabajos empíricos de este libro son las trayectorias y las etapas de la vida. La trayectoria puede verse como una secuencia de estados que representa la variación de uno o

más roles que el individuo desempeña en varias esferas de su vida a lo largo del tiempo; las trayectorias pueden variar como resultado de influencias institucionales, de manera que deben ser vistas como “modelos a largo plazo de estabildades y cambios” (George, 1993 [citado en el capítulo]). Por su parte, la etapa es un periodo por el que la mayoría de las personas pasan, varía poco y es relativamente independiente del contexto. Un evento es lo que ocurre en un momento dado, que tiene un sentido; los eventos importantes se asocian a transiciones, las que a su vez hacen referencia a un cambio al final de una etapa en las diversas dimensiones en la vida de las personas en las que ocurren los procesos secuenciales.

Después de la presentación de estos principios del paradigma, el autor centra su reflexión en la familia y el trabajo como dimensiones esenciales del curso de vida, con el objeto de ilustrar la cronología, la multidimensionalidad y la interdependencia de las trayectorias. La estructura de los cursos de vida y la interconexión entre las dimensiones dependen, en gran medida, de los contextos institucionales. Como mecanismo institucional, la estandarización del curso de vida asocia a las posiciones socialmente definidas con la edad cronológica. Se toma como ejemplo la generalización de la escuela para mostrar cómo ha sido un factor esencial de la institucionalización del curso de vida, que puede evaluarse en una etapa como la de la transición a la vida adulta, o bien a lo largo de toda la vida al distinguir las tres etapas interdependientes (Kohli, 1985 y 2009 [citado en el capítulo]).

En este primer capítulo, también se enfatiza que, con base en la diferenciación de género, entre otros, los mecanismos institucionales conducen a desigualdades entre mujeres y hombres en distintas esferas de la vida, particularmente, en los ámbitos de la familia y el laboral. Se plantea que, las formas en que las instituciones influyen en la asignación de los roles relacionados con el trabajo doméstico y el remunerado a hombres y mujeres, son cruciales. Esto ocurre principalmente a través de la educación y la formación profesional diferenciadas (institucionalización secuenciada), así como de la socialización de las mujeres como amas de casa (institucionalización simultánea) y del hecho de propiciar su permanencia en esta condición (institucionalización adyacente) (Krüger y Levy, 2001 [citado en el capítulo]).

En la primera parte del capítulo se concluye con la confirmación de que el curso de vida es una realidad socialmente estructurada que varía en el tiempo y el espacio, y que las trayectorias individuales son influenciadas de manera diferenciada según criterios como el sexo, la cohorte, la posición en la estructura social y las políticas locales. En la segunda parte de este capítulo introductorio se hace una presentación de la metodología del análisis de secuencias, de corte más intuitivo que formal, que constituye una guía valiosa para facilitar al lector la comprensión del desarrollo metodológico complejo de los análisis que se realizan en los siguientes capítulos.

Con estos elementos sobre el paradigma del curso de vida y los procesos secuenciales, así como lo antes expuesto sobre las fuentes de datos que hacen posible el conocimiento mediante la perspectiva longitudinal, pasamos a presentar el contenido de los siguientes capítulos, cuyos análisis empíricos se enfocan en distintas etapas y dimensiones del curso de vida, pero todos coinciden en emplear el método de análisis de secuencias con el objeto de encontrar patrones en las trayectorias o itinerarios de las personas que participan en las transformaciones sociales del país durante la segunda mitad del siglo pasado y la primera década del siglo actual y que, a su vez, se ven afectadas en su curso de vida por dichas transformaciones.

En el capítulo “Trayectorias a la vida adulta en mujeres y varones de grandes centros urbanos mexicanos. Un análisis de cohorte y desigualdad social”, Karina Videgain analiza la forma en que las personas construyen conjuntamente sus trayectorias en las dimensiones educativa, laboral y familiar, desde las edades de inicio de la asistencia a la escuela primaria hasta los treinta años. Su población de estudio son las mujeres y los hombres de las tres cohortes de la Encuesta Demográfica Retrospectiva, Eder 2011, cuyas experiencias transcurren en la segunda mitad del siglo pasado y la primera década de siglo actual. En sus objetivos está el estudio de los tiempos y las secuencias en las trayectorias que trascienden en la vida de los individuos, la comprensión de la forma en que los cambios estructurales e institucionales afectan la cronología de los eventos, así como del papel de la desigualdad social de género y orígenes sociales en la construcción de las trayectorias. El análisis empírico se centra en las secuencias en los dominios escolar, laboral y familiar (conyugal y reproductiva); consta del análisis

simultáneo de las trayectorias en las tres dimensiones para crear una tipología mediante un análisis de secuencias multidimensional, con una medida de distancia dinámica de Hamming y un análisis de conglomerados⁷ en torno a las trayectorias medoides.⁸ Se estiman modelos de regresión logística binomial para analizar la composición social de los grupos de trayectorias.

La autora inicia el capítulo con una presentación detallada del contexto institucional cambiante en el que transcurren los años de la infancia y la juventud de las cohortes analizadas, y profundiza en elementos teóricos sobre los dos enfoques empleados en el capítulo, que son la perspectiva del curso de vida y el análisis de las desigualdades sociales. En el análisis empírico, se trabaja con un análisis de conglomerados en el que se elige la opción de cinco grupos caracterizados por trayectorias en las tres dimensiones interdependientes que sugieren patrones de transición a la vida adulta (TVA) organizados en función del género. El grupo *TVA muy temprana, guiada por la formación familiar y con inactividad laboral*, es el más numeroso y en él las mujeres constituyen casi la totalidad; la asistencia escolar es corta; la formación familiar, temprana y, en particular, la participación laboral es escasa y en trabajos manuales no calificados. Por su parte, dos grupos en los que predominan los hombres son *TVA con entrada al trabajo muy temprana* y *TVA temprana, orientada al trabajo manual de alta calificación*, los que se caracterizan también por la baja escolaridad y la formación familiar temprana, pero con participación laboral generalizada que inicia temprano en ocupaciones manuales. En cambio, en los dos grupos en los que la presencia de ambos sexos es más balanceada, *TVA tardía, con educación media superior y trabajo no manual* y *TVA dilatada, con logro educativo alto y sin formación familiar*, la salida de la escuela es más tardía, por lo que el logro educativo es mayor y la participación ocurre en ocupaciones no manuales. Estos grupos, en los que las transiciones son más tardías y las mujeres también participan en el merca-

⁷ A lo largo del libro, se usa de manera indistinta los términos “análisis de conglomerados” y “análisis de clúster”, al igual que entre los términos “clúster” o “grupo de clúster” o “grupo” o “tipo de trayectoria”.

⁸ Una trayectoria medoide es aquella cuya disimilaridad media a todas las demás del grupo es mínima.

do laboral, están compuestos, en gran medida, por la cohorte más joven y los estratos altos y medios. De esta manera, la formación familiar actúa como eje estructurador de la vida adulta de las mujeres, que persiste a lo largo del tiempo. La participación laboral, como eje de articulación, tiene una menor diferenciación por sexo. A la vez, los patrones de las trayectorias y su composición muestran cómo las desigualdades de género y origen social actúan a través de la escolaridad como mecanismos de acumulación de desventajas en la construcción de las trayectorias a partir de las edades juveniles. La autora concluye que el proceso de institucionalización de la transición a la vida adulta se consolidó en el marco de una estructura de desigualdad social con una dinámica propia.

En el siguiente capítulo, “Trayectorias familiares y laborales interdependientes: experiencias de mujeres en un periodo de rápido descenso de la fecundidad”, Marta Mier y Terán y Karina Videgain describen la forma en que las mujeres construyen sus interdependientes trayectorias familiares y laborales en el contexto urbano de México durante las tres últimas décadas del siglo pasado, en las que tuvo lugar un rápido descenso de la fecundidad y la creciente participación femenina en el mercado de trabajo. Se busca conocer los patrones por los que las mujeres optaron para organizar sus vidas familiares y laborales ante estas transformaciones y en qué medida les fue posible conciliar estos dos dominios a lo largo de su vida.

Se analiza la experiencia de las mujeres que pertenecen a las cohortes nacidas en 1951-1953 y 1966-1968, cuando ellas tenían entre 12 y 41 años, edades en las que ocurre gran parte de los eventos relacionados con la formación familiar y la participación laboral. La fuente de datos es la Encuesta Demográfica Retrospectiva, Eder 2011. Se aborda la interdependencia de las trayectorias en las dimensiones reproductiva, marital y escolar-laboral mediante el análisis de secuencias multidimensional y, para obtener grupos de trayectorias con las tres dimensiones conjuntas, se aplica un análisis de conglomerados con el método de reasignación en torno a la trayectoria medoide con seis grupos. Además, con el objeto de identificar en qué medida estos grupos responden al cambio en el tiempo histórico y las desigualdades socioeconómicas, se estima un modelo de regresión logística multinomial, en el que los grupos de trayectorias constituyen la variable dependiente.

Se plantea que los procesos de decisión relativos a la formación de la familia y la participación en el mercado de trabajo mantienen una relación imbricada a lo largo del curso de vida de las mujeres. Se observa que los patrones de las trayectorias multidimensionales se encuentran mayormente diferenciados en torno a la dimensión de las descendencias. En las cohortes cuyas vidas transcurren en este periodo de la transición de la fecundidad en el país, las pautas reproductivas cobran particular relevancia y son sumamente heterogéneas: hay quienes tienen una fecundidad no controlada con cinco hijos o más en el grupo *tradicional*, mientras que, en el grupo *moderno con retraso de la formación familiar*, postergan su fecundidad, y la mayoría de las mujeres permanece sin hijos hasta el final de la observación. Entre estos extremos se encuentran tres grupos en los que, con distintos calendarios de inicio de la maternidad, predomina la descendencia de dos, tres o cuatro hijos, respectivamente.

Los patrones reproductivos, a su vez, están vinculados a trayectorias maritales y laborales muy distintas. En los grupos *moderno con formación familiar* y *moderno con retraso de formación familiar*, la asistencia escolar es más prolongada que en los demás grupos y las trayectorias laborales son continuas en trabajos no manuales; en el primer caso, con una fecundidad controlada en cuanto a calendario e intensidad; en el otro, la conciliación con el dominio familiar es limitada, puesto que se retrasa en gran medida el inicio de la fecundidad y la formación de la unión, tal vez de manera definitiva. Estos grupos están conformados principalmente por mujeres del estrato alto. Entre las del estrato medio, sólo las de la cohorte joven tienen acceso al grupo *moderno con formación familiar*. Quienes pertenecen al estrato bajo no se encuentran en ninguno de estos dos grupos *modernos* con control de su fecundidad y participación continua en trabajos no manuales.

En los demás grupos, con una asistencia a la escuela corta o a penas algo más prolongada, las trayectorias laborales son en trabajos de baja calificación y discontinuas. Entre estos grupos de escasa escolaridad la relación entre la participación laboral y el tamaño de la descendencia no siempre es lineal. Por ejemplo, en el grupo *familia pequeña y orientación al hogar*, las mujeres que controlan el tamaño de su familia, pero con escasa permanencia en la escuela, tienen trayectorias laborales discontinuas, ya que deben con-

tar con mayores niveles educativos para acceder a mejores empleos y una vida laboral estable. En el grupo *tradicional*, por el contrario, las mujeres con las proles más numerosas participan en igual o mayor medida que las de otros grupos con un menor número de hijos, pero lo hacen en trabajos manuales de baja calificación; ellas pertenecen principalmente a la cohorte antigua y al estrato bajo, y tienen escasa asistencia escolar, por lo que, en este caso, su participación está principalmente asociada a la pobreza. Las autoras concluyen que, en este periodo de rápido descenso de la fecundidad y aumento en la participación femenina en el mercado de trabajo, las desigualdades en los orígenes sociales de las mujeres se han entretendido con las del tiempo histórico y han dado lugar a oportunidades desiguales para conciliar la formación familiar con el trabajo en su curso de vida.

Fiorella Mancini y Gerardo Damián, en el capítulo “El modelo normativo de curso de vida en México: evidencias desde la desigualdad de género para una cohorte de adultos mayores”, parten del planteamiento de Kohli (1986) sobre la institucionalización y la estandarización del curso de vida laboral en tres fases o etapas distintas (educación, trabajo y jubilación) como resultado de un largo proceso histórico en el que, entre otros, se integran los tiempos familiares y ocupacionales. El objetivo de la investigación consiste en poner a prueba tres tesis específicas en la perspectiva del curso de vida sobre las trayectorias de trabajadores mexicanos: la estandarización normativa de las trayectorias, la distinción por género y la nueva individualización del curso de vida. Interesa conocer en qué medida los trabajadores mexicanos reconstruyen este modelo normativo y la forma en que las transformaciones en el mercado de trabajo en las últimas décadas han ocasionado un deterioro en la fase final de sus trayectorias, aunado a la limitada protección que caracteriza al sistema de seguridad social en México. También se evalúa la forma en que hombres y mujeres tienen experiencias distintas asociadas al conflicto entre los dominios familiares y laborales.

La fuente de datos es la Encuesta Demográfica Retrospectiva de México (Eder 2011) con la que se estudia a mujeres y hombres urbanos de la cohorte más antigua en esta encuesta, nacidos entre 1951 y 1953 que, al momento del levantamiento, tienen alrededor de sesenta años y se encuentran hacia el fin de su vida laboral. Las secuencias se elaboran con las principales partici-

paciones sociales en el mercado de trabajo para cada año de vida. Con la técnica de Optimal Matching Analysis (OMA) se elabora la matriz de distancias que permite agrupar las secuencias mediante un análisis de conglomerados jerárquico de Ward. Para evaluar la composición de los grupos en cuanto al origen social y ciertas características familiares de quienes lo componen, se estiman modelos de regresión logística binomial y se interpretan en términos de probabilidades. Las experiencias de mujeres y hombres se analizan por separado.

En esta cohorte que nació y se desarrolló en una etapa de crecimiento de la economía, la trayectoria de más de la mitad de los varones sigue el modelo estandarizado del curso de vida, *clásico asalariado*, con una etapa corta de asistencia a la escuela y una larga de trabajo asalariado, que se prolonga en la mayoría de los casos hasta el final de la observación. En cambio, casi una quinta parte de los varones tiene trayectorias en *riesgo estructural*, caracterizadas tanto por una escasa asistencia a la escuela como por la informalidad e inestabilidad de los puestos de trabajo, por lo que carecen de protección social. La conformación de estos dos grupos está asociada al origen social y al hecho de haber migrado. El tercer tipo, *errático o discontinuo*, constituye casi una cuarta parte de las trayectorias masculinas en las que predomina la inestabilidad laboral, posiblemente vinculada a la desestandarización y la desinstitucionalización del curso de vida; su composición social es heterogénea.

En las mujeres, los tipos de trayectorias son tres. En el *tradicional*, con corta asistencia escolar, las mujeres ingresan al mercado laboral que luego abandonan en las edades relacionadas con la formación de las familias y permanecen en el hogar durante el resto de su vida. El tipo *moderno* incluye dos patrones; uno, en el que se ingresa tardíamente al mercado de trabajo y, otro, en el que se tiene trabajo remunerado antes de la formación familiar y se reingresa al mercado laboral después de algunos años en el hogar. En el grupo, *errático*, después de una asistencia escolar corta y lapsos prolongados en el hogar, se transita primero a empleos asalariados y más tarde al autoempleo, en algunos casos de tiempo parcial; una de cada cuatro mujeres se encuentra en este grupo. Al igual que en el caso de los hombres, la composición de los grupos femeninos está vinculada al origen social, pero, en

este caso, el condicionamiento de las transiciones familiares tiene un efecto aún más pronunciado.

Los autores concluyen que el modelo clásico del curso de vida, compuesto por la secuencia de los tres estados, sólo se corrobora como una aproximación con características específicas en la población analizada, donde los años de escolaridad son pocos y el resto del curso de vida transcurre en un empleo formal asalariado; este modelo describe a la mitad de los varones y es casi inexistente en las mujeres. En cuanto a la nueva individualización, ésta pudiera estar relacionada con el tipo *errático o discontinuo*. Por su parte, la fuerte diferenciación por género es evidente tanto en los tipos de trayectorias observados como en los impactos diferenciados de las variables familiares en las trayectorias laborales de mujeres y hombres.

En el capítulo de Mario Martínez Salgado y Sabrina A. Ferraris, “‘Ahí te dejo esos dos pesos’. Trayectorias de proveeduría económica de los hombres en México”, se describen las trayectorias de los varones como proveedores principales de los hogares en relación con las condiciones laborales a lo largo del curso de vida en localidades urbanas de México.

Se destaca el mandato social del papel de proveedor, asociado a la realización identitaria masculina a través del empleo, y como uno de los ejes centrales que persiste y reproduce la división sexual del trabajo, a la vez que se reconoce la importancia del trabajo y de la figura de proveedor en la configuración de la masculinidad. Ante estos planteamientos, los autores buscan evaluar si las transformaciones económicas y sociales ocurridas en el país en las últimas décadas, relacionadas con la creciente incorporación de las mujeres al mercado de trabajo y los avances en los niveles educativos, así como la creciente inestabilidad y precarización laboral, han contribuido a debilitar el papel de los varones como proveedores en las familias. Se investiga si hay un cambio en las trayectorias en el tiempo, así como el papel de las desigualdades sociales de origen en su conformación.

Se lleva a cabo un análisis de secuencias mediante la técnica de Optimal Matching Analysis (OMA), con una matriz de costos constantes, y se aplica un análisis de conglomerados jerárquico aglomerativo de Ward. La fuente de información utilizada es la Encuesta Demográfica Retrospectiva (Eder) de 2011, que capta periodos de al menos un año donde los entrevistados fueron

el principal sostén económico del hogar, de manera que pueden ser considerados como periodos de proveeduría económica. Se elaboran las secuencias con la información sobre el papel de principal sostén económico del hogar y el tipo de empleo que desempeñan. Se estudia la experiencia de los varones de las cohortes nacidas en 1951-1953 y 1966-1968, a los que se da seguimiento de los 15 a los 41 años.

Son seis los tipos de trayectorias que se obtuvieron del análisis de conglomerados, de los cuales, los más frecuentes, caracterizados por trayectorias de proveeduría, son: *proveeduría temprana con empleo en la economía formal* (20.2%), *proveeduría tardía con empleo en la economía formal* (27.4%), *proveeduría con alternancia en el tipo de empleo* (12.6%) y *proveeduría con empleo en la economía informal* (26.9%). Otros dos grupos poco numerosos son los únicos en los que los lapsos de proveeduría son breves, en los que priva una gran inestabilidad laboral con prolongados tramos sin empleo, o en empleos de corta duración o de medio tiempo, ya sea en la economía formal (7.5%) o en la informal (5.4%).

En el tipo *proveeduría con empleo en la economía informal* es más común la presencia de la cohorte más joven en el estrato social bajo y, en menor medida, el medio, que la cohorte menos joven en el estrato alto, lo que sugiere que este tipo de trayectorias ha sido propiciado por las políticas económicas de las últimas décadas que han afectado, principalmente, a los estratos bajos. No obstante, los hombres del estrato bajo también pertenecen, en mayor medida, al tipo *proveeduría con alternancia en el tipo de empleo*, entre la economía formal y la informal. De esta forma, los autores muestran que la informalidad y la inestabilidad ocupacional afectan principalmente a los estratos sociales con más carencias, quienes quedan al margen de los mecanismos institucionales de protección.

Los hombres de los estratos sociales bajos asumen el rol de proveeduría más pronto, lo que probablemente se asocia con una salida del sistema escolar y un ingreso al mercado de trabajo tempranos; estas condiciones desfavorables limitan su acceso a oportunidades de inserción laboral estable o formal. En contraste, los hombres del estrato medio y, particularmente, del alto tienen mayor presencia en el tipo *proveeduría tardía con empleo en la economía formal*, quienes, probablemente, cuentan con prestaciones sociales

y tienen, además, un calendario más tardío con una asistencia escolar más prolongada y un probable inicio más tardío de la vida conyugal.

En cuanto a la proveeduría económica, los autores concluyen que los hombres, en su amplia mayoría, transitan gran parte de su curso de vida adulta como principal sostén económico del hogar, lo que sugiere que el mandato de masculinidad sigue estando presente, más allá de la incertidumbre que se ha generado a partir de la inestabilidad laboral en el contexto económico desfavorable del país en las últimas décadas del siglo xx y la primera del siglo actual.

En el último capítulo del libro titulado “Entradas y salidas del mercado de trabajo durante la crisis de 2008 en México: análisis de secuencias de los itinerarios laborales”, Nina Castro, Julio César Martínez y Edith Pacheco se proponen mostrar los efectos de la crisis económica ocurrida en 2008-2009 en la participación de las mujeres y los hombres en el mercado de trabajo en México a partir del análisis de sus itinerarios laborales a lo largo de cinco trimestres. Los autores adoptan una visión longitudinal, pero con un enfoque de corto plazo; a diferencia de los cuatro capítulos anteriores, que emplean la perspectiva de curso de vida.

Mediante el acercamiento a periodos relativamente cortos, se definen los itinerarios como fragmentos de la trayectoria laboral que permiten distinguir estados de corta duración que, cuando se caracterizan por constantes entradas y salidas del mercado de trabajo, constituyen las intermitencias. En periodos de recesión económica, por ejemplo, el estudio de las intermitencias laborales permite conocer la intensa movilidad en los mercados laborales. En México, la tasa de desocupación permanece en niveles bajos porque, entre otros, ante la ausencia de un seguro de desempleo, quienes pierden su empleo en el mercado de trabajo formal buscan alternativas que les permitan acceder a un ingreso, ya sea en la informalidad o mediante las intermitencias.

Las trayectorias laborales se encuentran claramente diferenciadas por el género: las de las mujeres se caracterizan por la intermitencia de sus inserciones en el corto plazo, mientras que las de los varones están definidas por la continuidad de su participación. En contextos de crisis económicas, se plantea que estos patrones pueden cambiar, por un lado, al incorporarse las mujeres que no participaban en el mercado de trabajo, con el objeto de en-

frentar la disminución de los ingresos en el hogar y la necesidad económica, y, por el otro, con las pérdidas de empleos de los hombres.

Con el fin de evaluar esta situación, se analiza la información de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) de cinco trimestres, del primero de 2009 al primero de 2010. Ante un tamaño de muestra grande, se hizo un remuestreo aleatorio simple para obtener una submuestra de tres mil personas, con la que, en términos computacionales, es posible trabajar el análisis de secuencias. Se construyen itinerarios laborales con cuatro estados: ocupado/trabajo con remuneración, desocupado/con búsqueda de trabajo, disponible/sin búsqueda y no disponible/sin búsqueda. Se emplea la metodología de OMA y se emplean las tasas de transición en el cálculo de la matriz de costos. Se aplica un análisis de conglomerados (k-medias) no jerárquico para agrupar los itinerarios en cuatro grupos, cuya composición se realiza mediante un análisis descriptivo.

En los resultados se observa que algo más de una cuarta parte de la población de la muestra se ubica en el primer grupo *trabajadoras de cuidados no remuneradas* (26%), con itinerarios en los que predomina la indisponibilidad para incorporarse al trabajo remunerado, y está conformado principalmente por mujeres con hijos. En el segundo grupo, *trabajadores remunerados* (37%), con itinerarios continuos en ocupaciones remuneradas, se encuentran con más frecuencia los varones con mayor escolaridad con hijos que las mujeres y los varones sin hijos. A los itinerarios caracterizados por segmentos de no disponibilidad para incorporarse al mercado de trabajo, pero que también tienen segmentos de desocupación con disponibilidad y ocupación, se les ubica en el grupo *ejército de reserva* (19%), y constituyen una quinta parte de la población; en su composición intervienen principalmente mujeres y personas jóvenes con niveles educativos medios y bajos. El último grupo, *trabajadores afectados por la crisis* (18%), está constituido por algo menos de una quinta parte de la muestra que tiene itinerarios con segmentos de ocupación, pero también de desocupación; es decir, sin trabajo remunerando, pero con búsqueda.

Se concluye que la crisis económica de 2008-2009 habría afectado principalmente a los dos últimos grupos. Por una parte, habría propiciado el trabajo remunerado de las mujeres, ya que los itinerarios agrupados en *ejército*

de reserva tienen segmentos de ocupación y disponibilidad y están compuestos principalmente por experiencias femeninas. Por otra parte, está el grupo *trabajadores afectados por la crisis* con segmentos de desocupación y disponibilidad, el que incluye tanto a hombres como a mujeres de todas las edades y con distintos niveles educativos. De esta manera, la crisis de 2008-2009 parece haber propiciado el trabajo remunerado de las mujeres y afectado el trabajo de los hombres con periodos de desocupación y disponibilidad. Con el objeto de dar mayor sustento a estas conclusiones, se muestran los resultados de la aplicación de la misma metodología a dos periodos en los que no hubo crisis, uno anterior (2005-2006) y otro más reciente (2015-2016). La comparación de los tres periodos sugiere que el periodo de crisis se distingue por la reducción de los periodos no disponibles, a la vez que, en los grupos *trabajadoras de cuidados no remuneradas* y *ejército de reserva*, los periodos de ocupación aumentaron, lo que es acorde con las hipótesis planteadas.

Después de esta introducción a la aproximación cuantitativa de los estudios longitudinales y de curso de vida en el contexto mexicano y la presentación de los capítulos que conforman el libro, esperamos que el contenido sea de interés del lector y sirva de motivación, entre otros, para el desarrollo futuro de estudios longitudinales con la perspectiva holística del curso de vida y el instrumental metodológico del análisis de secuencias.

REFERENCIAS

- Abbott, Andrew y John Forrest (1986). "Optimal matching methods for historical sequences". *Journal of Interdisciplinary History* 16: 471-494.
- Abbott, Andrew y Angela Tsay (2000). "Sequence analysis and optimal matching methods in sociology review and prospect". *Sociological Methods & Research* 29(1): 3-33.
- Allison, Paul D. (1984). *Event history analysis*. SAGE Publications, Inc. [en línea]. Disponible en <<https://doi.org/10.4135/9781412984195>>.
- Balán, Jorge; Harley Browning y Elizabeth Jelin (1977). *El hombre en una sociedad en desarrollo: movilidad geográfica y social en Monterrey*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Billari, Francesco (2001). "Sequence analysis in demographic research". *Canadian Studies in Population* 28(2): 439-458.
- Blanco, Emilio; Patricio Solís y Héctor Robles (coordinadores) (2015). *Caminos desiguales, trayectorias educativas y laborales de los jóvenes en la Ciudad de México*. México: Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación/El Colegio de México.

- Blanco, Mercedes (2011). "El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo". *Revista Latinoamericana de Población* 5(8): 5-31.
- Coubès, Marie-Laure; María Eugenia Zavala y René Zenteno (coords.) (2005). *Cambio demográfico y social en el México en el siglo xx. Una perspectiva de historias de vida*. México: El Colegio de la Frontera Norte.
- Coubès, Marie-Laure; Patricio Solís y María Eugenia Zavala (coords.) (2016). *Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México*. México: El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.
- Courgeau, Daniel y Eva Lelièvre (1992). *Event History Analysis in Demography*. Inglaterra: Clarendon Press Oxford.
- Dewilde, Caroline (2003). "A life-course perspective on social exclusion and poverty". *British Journal of Sociology* 54(1): 109-128.
- Elder, Glen (1994). "Time, Human Agency and Social Change: Perspectives on the Life Course". *Social Psychology Quarterly* 57(1): 4-15.
- Gauthier, Jaques Antoine; Felix Bühlmann y Philippe Blanchard (2014). "Introduction: Sequence Analysis in 2014". En *Advances in Sequence Analysis: Theory, Method, Applications*, editado por Philippe Blanchard, Felix Bühlmann y Jaques Antoine Gauthier, 1-17 [en línea]. Disponible en <https://doi.org/10.1007/978-3-319-04969-4_1>.
- Huinink, Johannes y Martin Kohli (2014). "A Life-course approach to fertility". *Demographic Research* 30(45): 1293-1326.
- Konietzka, Dirk y Michaela Kreyenfeld (2021). "Life course sociology: Key concepts and applications in family sociology". En *Research handbook on the sociology of the family*, editado por Norbert F. Schneider y Michaela Kreyenfeld [en línea]. Disponible en <<https://www.elgaronline.com/display/edcoll/9781788975537/9781788975537.xml>> (consulta: 07/12/2021).
- Levy, Rene y Eric Widmer (eds.) (2014). *Gendered Life Courses Between Standardization and Individualization*. Suiza: Lit Verlag/Universidad de Lausana.
- Mier y Terán, Marta; Karina Videgain, Nina Castro y Mario Martínez (2016). "Familia y trabajo: historias entrelazadas en el México urbano". En *Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México*, coordinado por Marie Laure Coubès, Patricio Solís y María Eugenia Zavala. México: El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.
- Muñoz, Humberto; Orlandina de Oliveira y Claudio Stern (comps.) (1977). *Migración y desigualdad en la Ciudad de México*. México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio de México.
- Ryder, Norman B. (1965). "The cohort as a concept in the study of social change" [en línea]. *American Sociological Review* 30(6): 843-861. Disponible en <<https://doi.org/10.2307/2090964>>.
- Sebillé, Pascal. (2013). "Regard sur l'histoire de la migration au Mexique. Trajectoires migratoires des generations 1950 a 1980". *Cuaderno del Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos* 3: 3-23.

Solís, Patricio y Franceso Billari (2003). "Vidas laborales entre la continuidad y el cambio social: trayectorias ocupacionales masculinas en Monterrey, México". *Estudios Demográficos y Urbanos* 18(3): 559-595.

Solís, Patricio e Ismael Puga (2009). "Los nuevos senderos de la nupcialidad: cambios en los patrones de formación y disolución de primeras uniones en México". En *Tramas familiares en el México contemporáneo. Una perspectiva demográfica*, coordinado por Cecilia Rabell, 179-198. México; Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio de México.

Solís, Patricio (2016). "De joven a adulto en familia: trayectorias de emancipación familiar en México". En *Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México*, coordinado por Marie-Laure Coubès, Patricio Solís y María Eugenia Zavala, 193-222. El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.

La perspectiva del curso de vida y su operacionalización por medio del análisis de secuencias. Un marco introductorio¹

Jacques-Antoine Gauthier

INTRODUCCIÓN

El tiempo y los procesos están en el corazón de las ciencias sociales. Las perspectivas historicistas y de desarrollo usadas como modelos explicativos generalizados eran comunes entre los estudiosos tempranos y presociológicos. Esta visión de la realidad social se basa, al menos en parte, en la idea de la historia universal, y representa la versión más ambiciosa (y ahora ampliamente rechazada) de lo que podríamos llamar realismo narrativo. Afirma que “las estructuras narrativas existen en el mundo humano mismo y no sólo en las historias que la gente cuenta sobre este mundo” (Fay, 1996: 179). Hasta finales del siglo XIX, fueron usadas por los precursores de la disciplina de forma determinista a un nivel macroscópico muy general. Se pueden encontrar ejemplos famosos de realismo narrativo en la forma en que Marx describió la evolución, a lo largo del tiempo, del modelo de producción basado en la esclavitud hasta la liberación de los individuos a través del

¹ Algunos elementos de esta introducción son parte de un manuscrito de tesis no publicado (Gauthier, 2007). Algunos fueron presentados en inglés en una forma diferente (Blanchard et al., 2014).

comunismo (Lefèvre y Filhon, 2005; Marx y Engels, 1972), o en la sucesión de tres estados característicos de la evolución de las sociedades (teológico, metafísico y positivo) descrita por Comte (1830), así como en la evolución de la sociedad industrial a través del liberalismo, tal como la describe Spencer (1892). Desde estos primeros puntos de vista, el comportamiento de los individuos y su lugar en el mundo estaban totalmente sujetos a la dinámica colectiva, a la evolución de las fuerzas sociales estructurantes. Uno podría describir estas narrativas como enfoques longitudinales agregados que se alejan mucho de la acción de los individuos.

INDIVIDUOS EN CONTEXTO

En general, se está de acuerdo en que la explosión demográfica de las grandes ciudades estadounidenses en los albores del siglo xx, a raíz de la industrialización y de una inmigración multiétnica masiva, está relacionada con el nacimiento de lo que se convirtió en la primera escuela de sociología de Chicago (Giddens, 2006: 573). Algunas de las primeras obras producidas en este contexto siguieron una especie de realismo narrativo a nivel micro, dibujando “historias naturales” de individuos típicos, en su mayoría desviados (Abbott, 1997).

Esquemáticamente, estas transformaciones fueron acompañadas por el surgimiento de nuevas formas de organización y regulación social. Los desórdenes y problemas que generaron y la voluntad política de resolverlos captaron la atención de un nuevo tipo de investigadores: los sociólogos. Para entender estos fenómenos, trabajaron en el análisis de situaciones individuales en su contexto a lo largo del tiempo. Para ellos, la ciudad se convirtió en un laboratorio, desde una perspectiva urbano-ecológica, una red de limitaciones y oportunidades (Abbott, 1997). Algunos autores desarrollaron un método de investigación mediante el cual reconstruyeron trayectorias individuales en el contexto estructural de la ciudad.

Estas historias de vida, por ejemplo, *El vagabundo* (Anderson, 1925), *La chica inadaptada* (Thomas, 1923) o *Stanley, el asaltante de borrachos* (Shaw, 1930), se usaron como estereotipos para describir “historias naturales” de varias trayectorias marginales. Su análisis partió del nivel local del individuo para ge-

neralizar los sistemas sociales a nivel global. Estos primeros estudios de casos empíricos pueden considerarse como trayectorias biográficas típicas.

En este enfoque, se recogen los datos a través de una construcción longitudinal, parcialmente retrospectiva, del sujeto. Por ejemplo, el análisis de Clifford Shaw (1930) tiene algunos puntos en común con la metodología empleada explícitamente en el enfoque de la teoría fundamentada, así como con la desarrollada por Kaufmann, en Francia, algunas décadas más tarde (Glaser *et al.*, 1968; Strauss y Corbin, 1998).

La idea central de estos estudios era que un cierto tipo de contexto (una estructura de limitaciones y oportunidades) llevaba casi naturalmente a un grupo dado de individuos (migrantes, pobres, desarraigados) a adentrarse más fácilmente que otros en actividades desviadas. Esta teleología se convierte en la forma característica de muchos estudios de la época (Abbott, 2001). Otro problema asociado con la forma en que los datos fueron recopilados y analizados por los académicos de la escuela de Chicago es la enorme masa de información que produjo. Era necesario reducir la complejidad desglosando las narraciones en piezas elementales para poder centrarse y analizar el poder causal de cada elemento.

Según Abbott (2001), se han aplicado progresivamente al análisis sociológico, a partir de la década de 1940 —en un contexto de competencia entre las principales universidades estadounidenses y los investigadores prominentes de generaciones consecutivas, debido al aumento de los recursos computacionales, el desarrollo de la investigación de mercado y el uso sistemático de encuestas en lugar de entrevistas cualitativas u otra metodología etnológica para recopilar datos—, nuevos modelos estadísticos como correlaciones, regresiones o análisis de rutas. Esto abrió la puerta a una nueva era de análisis sociológico basado en variables, cuyas relaciones siguen el modelo lineal general (*General Linear Modell*, GLM). Esa innovación produjo un cambio conceptual de individuos considerados como entidades con atributos a casos caracterizados por variables (Abbott, 2001). Esto tuvo como consecuencia una importante modificación en la forma en que las vidas individuales se consideraban unidades analíticas. En particular, a partir de entonces, se puede considerar que el enfoque empírico de la realidad social ya no se basa en narrativas heurísticas como los estudios de caso, sino en la causali-

dad, es decir, en las supuestas relaciones direccionales que existen entre las variables (Abbott, 1992).

Este enfoque progresivo del análisis sociológico de las variables, en lugar de los individuos, es característico de lo que podríamos llamar sociología cuantitativa empírica (Manzo, 2005), sociología de variables (Esser, 1996) o sociología positivista estándar (Abbott, 2001). En esta perspectiva, el curso de vida ya no se modela como un proceso, sino como un conjunto de relaciones agregadas, discretas y orientadas.

SURGIMIENTO DE LA PERSPECTIVA DEL CURSO DE VIDA

A partir de los años setenta, se observa un renacimiento de la narrativa concebida como “organización del material en orden cronológico secuencial y la concentración del contenido en una única historia coherente” (Stone, 1979: 3). Al mismo tiempo, varios estudiosos señalaron que el concepto de narrativa era ambiguo. Por un lado, usa el orden temporal para organizar la información sobre los acontecimientos y fomentar su comprensión, pero, por otro lado, no es lo suficientemente sistemático como para sustituir la explicación sociológica (Griffin, 1993; Passeron, 1989). Por lo tanto, se han desarrollado nuevos enfoques teóricos y metodológicos que permiten el análisis cuantitativo formal de los datos de las narrativas. De manera más general, durante la segunda mitad del siglo, los nuevos conocimientos (matemáticos/algorítmicos), los nuevos métodos (estadísticos/heurísticos) y las nuevas tecnologías (que aumentan las posibilidades de procesamiento de datos) se desarrollaron de forma masiva, sobre todo a partir de la mitad de la década de los ochenta. Es también en ese momento cuando se iniciaron los grandes estudios de los paneles socioeconómicos en muchos países industrializados. Al recoger datos de forma repetida y retrospectiva para las mismas personas, los estudios de panel son, por el momento, una de las principales fuentes de datos que pueden emplearse para reconstruir la vida individual sobre una base cuantitativa, lo que se ha considerado como un giro histórico en las ciencias sociales (Mayer, 2009).

Las medidas repetidas de fenómenos relacionados con el tiempo ayudan a captar las formas en que sucede un proceso. Esquemáticamente, existen

varios niveles de complejidad para los procesos secuenciales, en particular en lo que se refiere al hecho de que los eventos son recurrentes o no y de acuerdo con el número de dimensiones que se tienen en cuenta simultáneamente. Podemos distinguir aquí tres niveles de complejidad (Abbott, 2001):

- Las teorías de las etapas o historias naturales describen etapas biográficas o históricas, por las que la mayoría de los individuos o la mayoría de las instituciones parecen pasar. Obedecen una lógica procesual interna, relativamente independiente de las influencias contextuales (por ejemplo, las etapas de desarrollo del niño, la educación obligatoria en países altamente estandarizados).
- Las teorías de carrera muestran más variabilidad que las historias naturales. Dependen del contexto, son más contingentes e incluyen también eventos y estados recurrentes. Típicamente, educación superior y ocupaciones o carreras profesionales o trayectorias residenciales.
- Teorías del campo de interacción. En estos niveles más complejos, el modelo conceptual integra toda la red de secuencias interdependientes pertenecientes a diversas dimensiones relevantes que forman un sistema (familia, ocupación, residencia, salud, régimen de bienestar, estabilidad política, etcétera).

De acuerdo con Levy *et al.* (2005), la mayoría de los procesos secuenciales pueden describirse formalmente mediante los siguientes cuatro elementos: trayectoria, etapa, transición y evento. La trayectoria puede verse como un “modelo de estabilidad y cambio a largo plazo” (George, 1993) o como una “secuencia de perfiles de participación” (Levy, 2013) que representa la variación a lo largo del tiempo de uno o más roles que un individuo tiene en varias esferas de la vida. Se utiliza para describir los movimientos o desarrollos que ocurren durante el curso de toda la vida. Etapa se refiere a un periodo de vida de estabilidad relativa, por ejemplo, estructural o funcional (etapas de la vida familiar, etapas de desarrollo infantil, periodo de crecimiento económico). La transición se refiere a la idea de cambio al final de una etapa (por ejemplo, el papel y el cambio estructural en la transición a la crianza de los hijos o durante una revolución política). Un evento es lo que sucede en

un momento dado, en un lugar dado y que obtiene sentido por parte de los seres humanos. Los eventos pueden ser normativos (nacimiento, matrimonio, graduación) o no normativos (enfermedad, guerra, muerte). Los eventos importantes a menudo se vinculan con una transición. Estos cuatro conceptos son útiles para describir la estructura de muchos procesos secuenciales.

El desarrollo de la perspectiva del curso de vida cumplió con el objetivo de los fundadores de la primera escuela de Chicago de entender cómo vive la gente en tiempos y contextos cambiantes. Se encuentra en la encrucijada de historias de vida, estudios longitudinales, demografía histórica y sociología del envejecimiento (Giele y Elder Jr., 1998). Elder y sus colegas (Elder, 1998; Elder Jr. *et al.*, 2003) afirman que el paradigma del curso de vida puede definirse utilizando cinco principios clave que enfatizan la importancia de considerar los procesos de la vida, las variaciones de tiempo y lugar, la cronología, las vidas vinculadas y la agencia humana. Las vidas vinculadas expresan la interdependencia de los individuos (o unidades analíticas) en la mayoría de los procesos sociales (por ejemplo, las relaciones de pareja). La noción de cronología permite diferenciar el sentido y el efecto de los acontecimientos según el momento en que ocurren en la vida de una persona (embarazo adolescente, pérdida de un padre). El tiempo y el lugar nos ayudan a contextualizar un proceso en un entorno cultural y económico dado, y a considerar las particularidades de ese contexto social (por ejemplo, la diferencia entre ser un niño en el periodo de la Gran Depresión o poco antes de la expansión económica posterior a la Segunda Guerra Mundial). Al igual que el concepto formal de trayectoria, la noción de desarrollo, a lo largo de la vida, insiste en el hecho de que los procesos sociales deben ser considerados en un nivel de duración de la vida. Las variaciones internas y/o externas/contextuales son siempre posibles y pueden influir en la forma en que se desarrolla una determinada trayectoria (véase, por ejemplo, el mecanismo de las (des)ventajas acumulativas; Dannefer, 2003), que supone que ciertos rasgos distintivos (por ejemplo, ser un hombre, provenir de una familia adinerada, trabajar continuamente a tiempo completo, tener un título educativo, haber nacido en 1940 en lugar de 1920) producen ventajas que se acumulan a lo largo del tiempo (la ausencia de estos rasgos produce el efecto contrario). En conjunto, esto considera el curso de vida como multidimensional, es decir,

como un conjunto de trayectorias individuales interdependientes en varias dimensiones de la vida social (para una perspectiva interdisciplinaria sobre ese tema, consulte Mortimer y Shanahan, 2003; Levy *et al.*, 2005).

A continuación, nos enfocaremos en dos dimensiones centrales del curso de vida, a saber, la familia y la ocupación, que ilustran adecuadamente la importancia de tener en cuenta la cronología, la multidimensionalidad y la interdependencia de las trayectorias en un enfoque integrado (Levy *et al.*, 2013, por ejemplo).

PROCESOS DE ESTRUCTURACIÓN DE LAS VIDAS INDIVIDUALES

La estructura de las carreras familiares y ocupacionales, así como el nivel y el tipo de interconexión entre las participaciones familiares y ocupacionales, dependen principalmente de limitaciones institucionales y contextuales más amplias. Por ejemplo, la escolarización generalizada crea progresivamente a la juventud como un estado biográfico común y constituye un requisito previo para la institucionalización de toda la vida en tres etapas interdependientes: la educación, el trabajo y la jubilación (Kohli, 2007). Para ilustrar este punto, se puede recurrir a investigadores como John Modell *et al.* (1976) o Martin Kohli (2007) que, tras el trabajo innovador y, en parte, controvertido de Philippe Ariès (2014 [1960]), demuestran que los conceptos de infancia, adolescencia y adultez sólo tienen sentido con relación a la ubicación en el tiempo y en el lugar de algunos tipos de estructuras sociales en las que se desarrollan las vidas individuales. La misma observación se aplica al momento y la duración de los periodos de vida que abarcan y a la naturaleza de las transiciones que caracterizan y vinculan estas diversas etapas o fases entre sí. Por lo tanto, existe una asociación entre la estructura social en un momento dado y las conductas individuales implicadas; por ejemplo, en las transiciones importantes de la vida; la mayoría de estas conductas están institucionalizadas hasta cierto punto.

Según Galland (2001), de un periodo histórico a otro, existe una relación específica entre las condiciones estructurales de cohortes sucesivas. Durante el Antiguo Régimen, la juventud se describe exclusivamente en términos de ascendencia o filiación. Este término se aplica principalmente a los

hijos que esperan la sucesión, por lo que no pueden ser considerados como una categoría colectiva con cierta autonomía. En la época de la Ilustración, los valores aristocráticos van decayendo. Las posiciones conseguidas gracias a un esfuerzo personal sustituyen progresivamente a las situaciones hereditarias transmitidas por la sangre. La juventud se percibe cada vez más desde una perspectiva educativa. El siglo XIX refuerza esta tendencia a través del éxito de la familia burguesa como fuerza integradora apoyada por las escuelas. Esto sienta una base para el desarrollo de una cultura racionalista y científica. El siglo XX, que verá el triunfo de esta cultura apoyada por la creciente institucionalización de la vida social (educación, formación profesional, ocupación, salud, ocio, derechos, conocimiento, etcétera), revoluciona la definición de juventud: por primera vez se piensa en ella como un proceso y no como una categoría. Aproximadamente al mismo tiempo (principios de los años treinta), se conceptualizan progresivamente los primeros modelos de desarrollo relativos al proceso de socialización y el ciclo de vida familiar y de la ocupación, tanto en sociología como en psicología (Havighurst, 1948; Glick y Parke, 1965).

Las modalidades de la organización social y política cambian con el tiempo. Por ejemplo, el periodo comprendido entre los siglos XV y XVIII puede considerarse caracterizado por la experimentación con nuevas organizaciones sociales y burocráticas que se adaptan a las necesidades del Estado (Meyer, 2019). La revolución industrial y la cibernética marcaron los siglos XIX y XX en el mundo occidental. Estas revoluciones aumentaron la necesidad de las crecientes infraestructuras del Estado para anticipar y planificar los recursos humanos que debían asignarse a los diferentes sectores de la producción. Esto exigía un mayor control sobre los ciudadanos en general y sobre los jóvenes en particular (medidas de protección, escolarización y formación profesional). Por lo tanto, la “educación” de los jóvenes se convirtió gradualmente en una prioridad oficial del Estado y, progresivamente, el sistema de escolarización generalizada creó a los jóvenes como un estado biográfico común clasificado por la edad. Con el desarrollo masivo del trabajo asalariado, lo mismo se aplicó al periodo del trabajo productivo y al de la jubilación (Kohli, 2007, por ejemplo).

Las diversas formas en que se conforman las trayectorias individuales a lo largo del tiempo reflejan la influencia de un proceso de estructuración institucionalizado que es particularmente fuerte durante la transición a la vida adulta (TVA), ya que implica cambios importantes en varias dimensiones de la vida, concentrados en un periodo relativamente corto. John Modell y sus colegas (1976) publicaron un estudio fundamental sobre los cambios en las formas en que se realiza la TVA en Estados Unidos, entre 1880 y 1970. Definieron la TVA como la realización de dos transiciones no familiares (fin de la educación formal y entrada en el mercado laboral) y tres transiciones familiares (dejar la familia de orientación, matrimonio y paternidad). Evaluaron hasta qué punto la TVA se alargó y se volvió más desordenada a lo largo de los siglos XIX y XX. Usaron cuatro dimensiones de las transiciones: su prevalencia (proporción de la población que experimenta la transición), el momento (edad típica para realizar la transición), la dispersión (tiempo necesario para que el 80% de la población haga la transición), la congruencia de edades (para un par de transiciones: grado de superposición de su dispersión) y la integración (contingencia de dos transiciones a nivel individual). Los resultados mostraron que, en el momento del estudio, en comparación con el siglo XIX, la TVA ocurría a una edad más temprana y se completaba más rápidamente. Además, las transiciones familiares se mezclaban más a menudo con transiciones no familiares. No existía ya una separación clara entre la entrada en el mercado laboral y la formación de la familia. Según Modell y sus colegas, este cambio estructural constituye un verdadero desarrollo histórico. Presentaron un enfoque innovador de la TVA, al diferenciar los campos en los que ésta se da (familiar versus no familiar). Además, a pesar de los limitados recursos computacionales, propusieron una primera perspectiva secuencial de esa transición.

Considerando un periodo de referencia mucho más corto, la segunda mitad del siglo XX, caracterizada por una extraordinaria aceleración de los cambios económicos, tecnológicos y sociales, Chauvel (1998) muestra que cada cohorte evoluciona dentro de un contexto específico, en el que sus subgrupos —caracterizados por edad, sexo y origen social— realizan la TVA de una manera específica. Por ejemplo, desde la Segunda Guerra Mundial, las mujeres han dedicado cada vez más tiempo a la educación y han alcanzado niveles

más altos de formación, ahora casi iguales a los de los hombres en muchos países (Vincent-Lancrin, 2008), por lo que han entrado en el mercado laboral en cantidades sin precedentes. Al mismo tiempo, las tasas de matrimonio y de fecundidad han disminuido notablemente, mientras que la tasa de divorcio ha aumentado (Isen y Stevenson, 2010). Como las trayectorias sociales de los individuos están conformadas institucionalmente, estos cambios tienen un impacto en la forma en que ocurre la TVA. Por ejemplo, las pruebas muestran una relación entre la duración de la educación, la edad de salida del hogar de los padres, la edad al tener el primer hijo y el tipo y el nivel de estatus ocupacional alcanzado, especialmente en el caso de las mujeres (Blöss, 1999 y 2001). Para las mujeres (y para los hombres en menor medida), la educación superior y de mayor duración no sólo retrasa las transiciones posteriores, sino que ofrece oportunidades estructurales para conceptualizar, planificar y mejorar la autonomía existencial, ocupacional y económica, por ejemplo, a través de un periodo de vida sin padres ni pareja. En este sentido, como postuló Elder (1999), las variaciones en el tiempo, la duración y el orden de estas experiencias tempranas tendrán consecuencias específicas en el desarrollo sucesivo de los cursos de vida.

CUESTIONES DE GÉNERO

Durante el último siglo, la familia se ha centrado cada vez más en la función reproductiva y ha limitado sus actividades productivas. El hogar tiende a reducirse a dos generaciones y a lazos verticales directos (padres e hijos); los hombres asumen la función productiva, mayoritariamente fuera del hogar, y las mujeres asumen la reproductiva (Höpflinger, 1991). Además de que el trabajo productivo de las mujeres está casi universalmente subordinado al de los hombres en términos de prestigio y cantidad de dinero asociada a él (Bourdieu, 1990); la generalización del mercado de trabajo, que sólo se refiere al trabajo asalariado, tiende a acentuar la división sexual del trabajo. Sin embargo, el argumento de la separación del trabajo doméstico y el productivo como explicación de la “desaparición” de las mujeres del mercado laboral es cuestionado por Scott (1993), quien muestra que muchas mujeres —entre ellas, las madres— trabajan fuera de su hogar durante la industrialización

temprana. Destaca un doble mecanismo en juego, uno institucional y otro discursivo. El primero, puramente económico, promueve la creación de salarios bajos, puestos subordinados y no móviles para las mujeres; mientras que el segundo se ocupa de subrayar las dificultades y peligros asociados con el trabajo fuera del hogar para las mujeres (un argumento falaz, según Scott). Con respaldo en parte por leyes y reglamentos, la consecuencia es el confinamiento de mujeres en ocupaciones inestables a tiempo parcial o como amas de casa. Esta doble influencia facilita la generalización de una configuración familiar que se ajusta al modelo del hombre proveedor, considerado como óptimo por los economistas de la época y contribuye, a su vez, a su naturalización y normalización.

La discusión de las formas en que hombres y mujeres participan en las actividades familiares y ocupacionales, así como las variaciones en tiempo y lugar de estas participaciones, apuntan a los conceptos de sexo y género. Epstein (2006) nos recuerda que el sexo se refiere a las características biológicas del individuo (cromosomas, gónadas, órganos internos o externos). El género (o identidad de género) se define como una condición social, masculina o femenina, que no está forzosamente vinculada al sexo (Stoller, 1985). También se define como la expresión cultural del mecanismo de clasificación social en hombres y mujeres (Oakley, 2015). Según West y Zimmerman (1987: 126) “también se puede entender el género como un logro rutinario, metódico y recurrente. (...) la realización del género está a cargo de mujeres y hombres cuya competencia como miembros de la sociedad depende de la fabricación del mismo. Realizar el género implica un conjunto de actividades perceptivas, interactivas y micropolíticas guiadas socialmente que clasifican ciertas actividades como expresión de ‘naturalezas’ masculinas y femeninas”. La invariabilidad del sexo (como criterio de clasificación) se opone a la variabilidad del género (como construcción institucional y cultural). Goffman (1977) sugiere que las interacciones sociales de la vida cotidiana contribuyen a construir una ideología del carácter. Siguiendo el principio de la profecía autocumplida (Merton, 1967), Goffman (1976) afirma que somos socializados para confirmar nuestros propios supuestos sobre nuestra naturaleza. Si se admite que todas las sociedades humanas se caracterizan por una forma variable de dominación masculina (Bourdieu, 1990), tal mecanismo atribu-

tivo contribuye al mantenimiento y a la reproducción de la desigualdad. La convicción adquirida por la socialización de que lo femenino y lo masculino son atributos naturales es producida por los mecanismos institucionales a través de la influencia de la reflexividad institucional (Chafetz, 1997). También se refuerza continuamente en situaciones cara a cara, así como en procesos de interacción social en los que se encarna esta convicción (Berger y Luckmann, 1991).

A pesar de los cambios en la situación de las mujeres, desde el final de la Segunda Guerra Mundial (derecho al voto, anticoncepción controlada, generalización y mejora de la educación, régimen matrimonial igualitario, derecho al divorcio, etcétera), el acceso de las mujeres al mercado laboral y especialmente a los puestos de trabajo con movilidad ascendente, así como la división sexual de las tareas domésticas, han cambiado muy poco (Widmer *et al.*, 2004). Existen varios mecanismos vinculados, y a menudo ocultos, que contribuyen a producir y mantener una división del trabajo desigual con distinción de género en los niveles macro, meso y microsociológico de la estructura social (Bourdieu, 1990).

MODELOS DE DESARROLLO Y TRAYECTORIAS

Como ya se ha dicho, las concepciones de los procesos sociales a lo largo del tiempo, desde una perspectiva histórica o individual, se deducen a menudo de los procesos de desarrollo. La fuerte posición que ocupan los modelos evolucionistas o de desarrollo entre los esquemas explicativos de la historia de grupos o individuos es, al menos en parte, atribuible a los componentes biológicos y de psicodesarrollo del ser humano, que ejercen una fuerte influencia en la forma en que percibimos y entendemos su cambio a lo largo del tiempo (Thornton, 2001). La observación de las regularidades en el desarrollo de la vida (nacimiento, crecimiento, pubertad, “decadencia”, muerte), así como el anclaje profundo de los modelos biológicos/evolutivos de la organización humana (darwinismo, neodarwinismo, etología humana) apoyaron en parte el surgimiento y la difusión de teorías que explican el curso de vida humana de acuerdo con un desarrollo orientado por etapas.

Investigadores como Piaget (1953) definieron las etapas del desarrollo humano (caracterizadas por la universalidad, las transiciones relacionadas con la edad, el orden estricto y la integración sistémica) según criterios cognitivos y biológicos. De forma paralela y gradual, esta manera de pensamiento conceptual se ha extendido a fenómenos sociales. Por ejemplo, en una perspectiva de desarrollo, la edad adulta es una etapa que sigue a la transición de la adolescencia,² esta última caracterizada por una fase de crecimiento (hormonal y físico) que conduce a la capacidad de reproducción sexual. Las etapas de la personalidad descrita por Freud (oral, anal, genital), las ocho etapas del desarrollo psicosocial que van desde la infancia hasta la vejez elaboradas por Erikson (1980) o las etapas del desarrollo moral propuestas por Kohlberg (1981 y 1984) implican un proceso de interacción con otros que son significativos en la definición del yo. Desde este punto de vista, el desarrollo individual se da dentro de un contexto social. Sin embargo, para estos autores, el contexto social tiene poca influencia en la definición y delimitación de estas etapas (Clausen, 1986). Un punto de vista sociológico enfatiza la variabilidad del comportamiento humano atribuible a las influencias ambientales. En esta perspectiva, las trayectorias no deben ser consideradas como determinadas internamente. Debería dejarse más espacio para explicar sus variaciones, en particular en lo que respecta a las variaciones potenciales atribuibles a influencias institucionales o contextuales más amplias. Por lo tanto, las trayectorias sociales deben ser vistas como “modelos a largo plazo de estabildades y cambios” (George, 1993) o como secuencias de roles cambiantes (Clausen, 1986). Durante algunas décadas, estudiosos como Baltes (1987 y 1997) apoyaron la idea de vincular “dimensiones” pertenecientes a diferentes disciplinas, al postular cómo las localizaciones estructurales de los individuos (en la estructura social más amplia, en su familia, en uno de sus grupos de pares) explican elementos de su formación de identidad, formas de estilos psicológicos o interactivos, etcétera (Levy *et al.*, 2005).

² De acuerdo con Ariès (2014 y 1973), la adolescencia y la niñez son construcciones sociales de la era victoriana (1837-1901) y reflejan las condiciones estructurales específicas de esa época.

La centralidad de los modelos de desarrollo en la psicología y las ciencias sociales explica, al menos en parte, por qué durante muchos años el ciclo de vida familiar (CVF) o el modelo de desarrollo familiar —que se deriva del modelo de tareas de desarrollo de Havighurst (1948) y de la investigación de Parsons (1955) sobre la complementariedad de los roles— se usó ampliamente para describir y explicar los cambios familiares a lo largo del tiempo. El CVF se centra en la presencia y edad de los niños en el hogar. Postula un camino normal a través de los roles familiares que es ordenado y cuasi universal. Este modelo tiene muchas variaciones centradas en los prerrequisitos funcionales específicos asociados a cada etapa en una perspectiva sistémica. Por ejemplo, según Duvall *et al.* (1985), estas etapas se definen de la siguiente manera: a) familias principiantes, b) familias gestantes, c) familias con hijos en edad preescolar, d) familias con hijos en edad escolar, e) familias con adolescentes, f) familias como centros de despegue, g) familias en los años intermedios, h) familias envejecidas.

Hasta cierto punto, los individuos que no seguían ese modelo eran considerados desviados o, al menos, poco representativos desde el punto de vista sociológico. A pesar de los muchos intentos de adaptarlo, este modelo ha sido criticado por su incapacidad para hacer frente adecuadamente a la creciente complejidad de las estructuras de los hogares a partir de finales de la década de 1960, por el hecho de que la soltería, la falta de hijos, el divorcio y las segundas nupcias son incoherentes con el orden “cuasi universal” de las etapas de la familia y porque la relación entre las etapas y las edades cronológicas no es evidente por sí misma, ya que la varianza de la edad de los niños y niñas en cada fase de transición se ha acentuado (Laszloffy, 2002). Además, se centra en los hogares más que en las relaciones interindividuales (Widmer *et al.*, 2006) y contradice el postulado de Burgess y Locke (1950), según el cual la familia no está definida por una concepción legal o un contrato formal, sino siempre por las interacciones entre sus miembros, independientemente de su entorno cohabitacional. El modelo CVF refleja y apoya la idea de que ha habido un fuerte proceso de estructuración histórica que convergió en los años cincuenta hacia el modelo único descrito anteriormente. En consecuencia, un problema importante del modelo CVF es que corresponde a una representación histórica idealizada de “la familia” y, por lo tanto,

permanece de alguna manera constreñido por sus propios postulados. Desde un punto de vista metodológico, la mayoría de los estudios que usan ese tema se basan en datos agregados y en la edad media de las transiciones que no demuestran ser empíricamente relevantes como etapas funcionales específicas (Spanier *et al.*, 1979; Nock, 1979).

BÚSQUEDA DE PATRONES DEL CURSO DE VIDA

Al igual que en el caso de las trayectorias familiares, las formas en que las personas están vinculadas institucionalmente a sus actividades profesionales varían en el tiempo y en el espacio. Varios modelos pretenden explicar la lógica que subyace a su estructuración. La hipótesis de la estandarización del curso de vida está asociada a un proceso de cronologización, es decir, como un mecanismo institucional que asocia progresivamente posiciones socialmente definidas en el curso de vida con la edad cronológica (Kohli, 2009). Es particularmente visible antes de los treinta años o, en otras palabras, desde el nacimiento hasta el fin de la transición a la vida adulta (TVA). Durante este periodo de la vida, las edades específicas del calendario corresponden precisamente a etapas institucionalizadas importantes de la vida social para una mayoría de individuos. Este es el caso de los grados escolares, la finalización de la escuela, el servicio militar, así como el periodo de formación profesional o de educación superior, la graduación y, en menor medida, la salida de la familia de orientación, la entrada en el mercado laboral, el matrimonio y la paternidad. Las regularidades de edad observadas reflejan, al menos en parte, el tipo y la calidad de la institucionalización del curso de vida en cuestión.

Por lo tanto, la forma y el grado en que los acontecimientos de la vida afectan el desarrollo de las trayectorias de la vida varían de acuerdo con su tiempo, en referencia a la edad cronológica del individuo. El tiempo es un tema importante cuando se considera la influencia de las cohortes en el curso de vida. Por ejemplo, en su famoso estudio sobre los niños de la Gran Depresión, Elder (1999) muestra que el desempleo duradero de un padre tendrá consecuencias diferenciales en las participaciones sociales de su hijo, según la edad del niño al inicio de la crisis. La cronología también es de gran importancia en lo que respecta a los acontecimientos clave de una transición principal de la

vida, como la TVA (completar la educación, acceder a un empleo estable, dejar el hogar de los padres, casarse y fundar una familia). Con estas transiciones, el hacerlo “temprano”, “a tiempo” o “tarde” provoca consecuencias específicas. Settersten (1999 y 2003) propone algunos indicadores que tienen por objeto describir la cronología de los acontecimientos. Las secuencias describen el orden en que ocurren las experiencias de la vida; el espaciamiento mide el tiempo que separa dos experiencias consecutivas. La densidad expresa el número de transiciones que ocurrieron en un periodo de tiempo dado, mientras que la duración indica el tiempo que se pasó en una participación o posición específica. La ocurrencia de una u otra de las cinco transiciones clave tiene alguna influencia en la ocurrencia de las otras. El grado en que la secuencia, la duración, el espaciamiento y la densidad de las transiciones son homogéneos entre la población apunta a la cuestión del grado de estandarización del curso de vida y su variación en el tiempo y el lugar.

El artículo seminal de Martin Kohli sobre la institucionalización del curso de vida (Kohli, 1985), presenta la estandarización del curso de vida ocupacional en tres fases distintas (educación, trabajo remunerado y jubilación) como resultado de un proceso histórico de larga data. Este proceso refleja cambios duraderos producidos por la modernidad hacia la racionalización, el control social, las reglas y los sistemas de sucesión, así como la integración de los tiempos familiares y ocupacionales. Este proceso histórico de estandarización alcanzó su apogeo a mediados de la década de 1970. En esa época, Levy (1977), planteó la existencia de dos modelos de trayectorias profesionales fuertemente sexistas y complementarias, uno para hombres y otro para mujeres. Kohli (1985) observó una inflexión de ese proceso de estandarización a partir de mediados de la década de 1970, sin poder determinar si se trataba simplemente de una perturbación local o de un cambio radical en la forma en que se estructuraban los cursos de vida.

La hipótesis de un proceso de desestandarización o individualización propia de la modernidad tardía cuenta con el apoyo de estudiosos como Ulrich Beck (Beck y Beck-Gernsheim, 2001), Beck-Gernsheim (1996) y Anthony Giddens (1990 y 1991). Representa una alternativa a los modelos familiares y ocupacionales descritos anteriormente. Postula que ya no hay más influencias contextuales en juego y que la gente es, de ahora en adelante,

libre de elegir la forma en que quiere “navegar” de una posición a otra y, por lo tanto, construir sus propias trayectorias. A pesar de los apasionados debates, hay pocos estudios empíricos disponibles a nivel individual sobre este tema.

Esta reflexión —que integra las contingencias relacionadas con el tiempo— se aplica en particular a las modalidades de acceso y mantenimiento en los diversos ámbitos posibles de participación (por ejemplo, la familia y la ocupación) y a las limitaciones específicas que apoyan u obstaculizan el acceso a estos ámbitos según el sexo (véase Levy, 1991).

La cuestión de las asociaciones entre la familia, la ocupación y los cursos de vida es objeto de un debate complejo y animado (Krüger y Levy, 2001; Oppenheimer y Lewin, 1999). Cuando ni la sociología familiar ni la sociología de la estratificación han tenido éxito, la sociología del curso de vida intenta descubrir la naturaleza y la estructura de las fuerzas institucionales que están en juego en la atribución por género de los roles relacionados con el trabajo doméstico, por una parte, y con el trabajo remunerado, por otra. Krüger y Levy (2001) postulan que consideremos un triple mecanismo institucional. En primer lugar, el proceso de educación y formación profesional que se diferencia entre niños y niñas (institucionalización secuencial). En segundo lugar, la casi obligación de participar, al menos durante un periodo de su vida, en los dos ámbitos de participación que son el trabajo remunerado y la familia (institucionalización simultánea). En tercer lugar, las limitaciones ejercidas por el entorno institucional (comercios, administración, escuela, etcétera) cuyos horarios son poco o nada compatibles con una actividad profesional de tiempo completo (institucionalización adyacente).

La institucionalización secuencial —que abarca la educación y su vínculo con la ocupación, en particular a través de la formación profesional— prepara el futuro de las niñas y los niños de manera diferenciada. Se espera que ellos se incorporen a ocupaciones que se consideran actividades de tiempo completo ininterrumpidas, mientras que a ellas se les prepara para trabajos que se pueden abandonar, interrumpir o practicar a tiempo parcial más fácilmente. La institucionalización simultánea utiliza la mayor disponibilidad de mujeres —sustentada por la institucionalización secuencial— para socializarlas como amas de casa, mientras que la institucionalización adyacente contribuye a mantenerlas en esta situación (Krüger y Levy, 2001). Este

mecanismo es particularmente notable en países como Suiza, Alemania y Austria, que cuentan con un sistema de formación profesional dual muy extendido y es menos visible en otros países, por ejemplo, los Estados Unidos.

Estos procesos institucionales toman formas diferentes de un Estado político a otro y un estudio exhaustivo de las políticas gubernamentales debería permitir una mejor comprensión de las formas en que se percibe el curso de vida en una sociedad. Las relaciones entre el Estado, el mercado y la familia son elementos clave —junto con el grado de dependencia del mercado para obtener la propia subsistencia y las maneras en que la estratificación social resulta de la intervención del Estado— que sirven para construir los tres tipos ideales de Estado de bienestar descritos inicialmente por Esping-Andersen (1990): el liberal (*cf.* EE. UU.), el conservador (*cf.* Alemania) y el socialdemócrata (*cf.* Escandinavia). Estos tipos de Estados de bienestar se desarrollaron en diferentes contextos y presentan una gran variedad de dinámicas. Sin embargo, el curso de vida y el Estado de bienestar se encuentran en la imagen de la sociedad salarial, caracterizada por la tripartición entre educación, trabajo y jubilación. La generalización de los cursos de vida tripartitos implica que el Estado tiene que llenar los “agujeros” inesperados en las trayectorias individuales (accidente, enfermedad, desempleo, maternidad) mediante el desarrollo de políticas sociales. En función de sus tipos y modalidades de aplicación, estas políticas sociales —que difieren de un Estado de bienestar a otro— tienen una influencia diferenciada en el curso de vida individual (Mayer y Schoepflin, 1989; Mayer, 2001). Por ejemplo, Leisering (2003) distingue tres campos de aplicación de la política social: educación, sistema de pensiones y gestión de riesgos (seguros de desempleo, accidentes e invalidez); y tres modalidades de intervención del Estado de bienestar: estructuración (por ejemplo, según el proceso de tripartición), integración (fomento de la continuidad de las trayectorias a través de guardianes institucionales, como los seguros) y producción de normas (expectativas institucionales de roles específicos). Considerando tres modelos de inserción de la mujer en el mercado laboral (inserción ininterrumpida, interrupción definitiva e interrupción temporal), combinados con los modelos de bienestar antes mencionados, Levy *et al.* (2007) muestran cómo las llamadas políticas de incidencia biográfica contribuyen de manera específica a la conforma-

ción de cursos de vida con un sesgo de género. Para Levy, estas políticas son numerosas, pero no están explícitamente vinculadas a las políticas del curso de vida como tales. Por lo tanto, se basan en un modelo implícito del curso de vida que se ajusta al modelo de estado maestro “normal” con sesgo de género. En un contexto de institucionalización indirecta (Levy y Krüger, 2000; Krüger y Levy, 2001), su eficacia es el resultado de una profecía estructural autocumplida. Eventualmente, las parejas tienen que ajustar su funcionamiento conyugal a las representaciones institucionales y a las representaciones de ese funcionamiento. A falta de coordinación entre estas políticas seccionales, las inconsistencias funcionales resultantes deben ser manejadas a nivel de las parejas individuales y por ellas mismas.

Lo que se acaba de decir refuerza el hecho de que el curso de vida es una realidad socialmente estructurada que varía en el tiempo y en el espacio. Las trayectorias individuales son influenciadas de manera diferenciada según criterios como el sexo, la cohorte y la posición en la estructura social y las políticas locales.

Pasemos ahora a una forma de operacionalizar la perspectiva del curso de vida mediante el análisis de secuencias.

OPERACIONALIZACIÓN DE DATOS DEL CURSO DE VIDA EN EL ANÁLISIS DE SECUENCIAS

A continuación, presentamos, en pocas palabras, el núcleo del programa del análisis de secuencias (Gauthier *et al.*, 2013; Raab y Struffolino, 2023); es decir, una forma, entre otras, de operacionalizar metodológicamente las cuestiones relacionadas con el curso de vida. Según Levy (1996), esto implica adoptar una perspectiva longitudinal que considere las variaciones individuales a lo largo del tiempo en varias dimensiones. En primer lugar, según este autor, hay que tener en cuenta que los individuos se dedican simultáneamente a diversos campos sociales (como la ocupación, la familia, la asociación) en los que desempeñan una función específica (por ejemplo, como gerente, madre, tesorera). En segundo lugar, es por lo tanto posible definir socialmente a cualquier individuo por el perfil específico de sus participaciones sociales. En tercer lugar, en la mayoría de los casos, este perfil varía a

lo largo del tiempo en respuesta a acontecimientos que ocurren a nivel micro y/o macro (como la paternidad, el divorcio, la entrada o salida del mercado laboral, los accidentes, la recesión económica, la guerra). Por lo tanto, en esta perspectiva, el curso de vida puede ser visto como una secuencia de perfiles de participación.

Siguiendo la proposición anterior, lo primero que se necesita es información sobre el rol (estatus nombrado) que un individuo tiene en una o varias esferas sociales para cada punto temporal en el enfoque longitudinal considerado. En otras palabras, para construir una trayectoria de vida como la definida anteriormente, necesitamos dos tipos de información. La primera se refiere a la lista de posibles estados (llamados universo) que uno puede tener en una esfera dada de la vida. Técnicamente, este número tiene que ser finito y no nulo. Por ejemplo, si nos interesan las carreras profesionales, podemos definir el universo de estados correspondiente, por ejemplo, como $U1 = [educación (e), empleado a tiempo completo (f), empleado a tiempo parcial (p), desempleado (u), jubilado (r)]$. La segunda información se refiere a los distintos puntos temporales en los que un individuo posee un estado determinado; es decir, la ubicación y la duración. Por lo tanto, se distinguen varios periodos en una trayectoria individual, definidos por un tiempo de inicio, un tiempo de finalización y un estado que pertenece al universo. Estas son las condiciones necesarias para construir una trayectoria individual que pueda ser utilizada en un análisis de secuencias.

Según la forma en que se recaban los datos, se pueden usar indistintamente archivos largos o anchos, así como variantes de cada uno de ellos, siempre que se cumplan las condiciones anteriores.

Por ejemplo, si se consideran los dieciséis años que transcurren entre los veinte y los 35 años, un individuo (ind1) estuvo en formación educativa durante ocho años, seguido de cinco años como empleado a tiempo completo y tres años como empleado a tiempo parcial (ver cuadro 1).

Consideremos ahora el siguiente ejemplo para varios individuos (utilizando las abreviaturas de los estados). La información contenida en las secuencias individuales puede resumirse de múltiples maneras, en relación, por ejemplo, con el momento de inicio de un estado, la duración acumulada de un estado, el número total de transiciones y la entropía (ver, por ejemplo, cuadro 2).

Cuadro 1
Una trayectoria individual en formato largo

	ID	Índice	Inicio	Fin	Estatus
1	ind1	1	1	8	e
2	ind1	2	9	13	f
3	ind1	3	14	16	p

Fuente: elaboración propia.

Cuadro 2
Pequeña muestra de trayectorias individuales en formato ancho

	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	32	33	34	35
ind1	e	e	e	e	e	e	e	e	f	f	f	f	f	p	p	p
ind2	f	e	e	e	e	e	e	e	e	e	e	e	e	e	e	e
ind3	p	e	f	f	f	f	f	f	f	f	f	f	f	p	p	p
ind4	u	e	e	e	e	e	e	e	e	e	e	e	f	f	f	p
ind5	u	e	e	e	f	f	f	f	f	f	f	f	f	p	p	
ind6	u	e	e	e	e	f	f	f	p	p	p	p	p	p	p	p
ind7	e	e	e	e	e	e	f	f	e	e	f	f	p	p	p	p

Fuente: elaboración propia.

Esta información también puede ser agrupada de varias maneras de acuerdo con algunas variables de interés y utilizada de manera provechosa para el análisis descriptivo. Sin duda, es una primera forma de analizar secuencias individuales. Sin embargo, lo que comúnmente se entiende por análisis de secuencias es un proceso de varias etapas (generalmente tres o cuatro) que Gauthier *et al.* (2014) denominaron el núcleo del programa del análisis de secuencias.

1. Construcción de secuencias individuales de estados (véase arriba).
2. Comparación de secuencias (evaluación de su grado de disimilitud).
3. Agrupar las secuencias más similares para reducir la complejidad y crear una tipología.
4. Contextualizar los tipos con variables externas de interés.

La segunda etapa del núcleo del programa es más específica para el análisis de secuencias y responde al reto que supone estimar el grado de disimilitud que existe entre dos secuencias de símbolos. De hecho, el uso de la distancia euclidiana regular para este fin parece ser ineficaz. Veamos el siguiente ejemplo:

Cuadro 3
Estimación de la disimilitud entre dos secuencias Paso 1

	V1	V2	V3	V4	V5	V6
sec1	e	p	e	p	e	p
sec2	p	e	p	e	p	e

Fuente: elaboración propia.

El uso de la distancia euclidiana para comparar sec1 con sec2 identificaría una disimilitud en cada una de las seis posiciones de las dos secuencias y concluiría que la disimilitud entre sec1 y sec2 es máxima. A diferencia de una serie de atributos diferenciados que V1 a V6 representan en este ejemplo, una secuencia de estados tiene un significado holístico derivado de la disposición particular de (en este caso) los seis valores considerados (pertenecientes al mismo universo definido anteriormente), teniendo en cuenta su orden y encadenamiento (Abbott, 1992). Comparar un par de secuencias es equivalente a evaluar cómo difieren el orden y el encadenamiento respectivos de estas secuencias. La solución a este problema fue proporcionada por primera vez por Levenshtein (1966), quien propone usar el número mínimo de operaciones elementales de a) supresión, b) inserción y c) sustitución, necesarias para transformar una secuencia fuente en una secuencia objetivo como medida de la distancia (llamada óptima) entre las dos.³ Éste es el principio mismo de lo que se conoce como análisis de correspondencia óptima (Optimal Matching Analysis, OMA) En el ejemplo anterior, la inserción de un elemento vacío a la

³ La inserción y la supresión se denominan, a menudo, *indels*, en inglés.

izquierda de la *sec1* revela que las dos secuencias son casi idénticas (comparten una cadena común de cinco de los seis elementos). En este ejemplo tan elemental, la distancia entre *sec1* y *sec2* es igual a una inserción.⁴

Cuadro 4
Estimación de la disimilitud entre dos secuencias. Paso 2

	V1	V2	V3	V4	V5	V6	V7
<i>sec1</i>	-	e	p	e	p	e	p
<i>sec2</i>	p	e	p	e	p	e	-

Fuente: elaboración propia.

Equiparar la disimilitud entre dos secuencias a la suma de las operaciones elementales necesarias para transformar las primeras en las segundas implica atribuir a cada una de ellas lo que se denomina un costo. Antes de utilizar el algoritmo de Levenshtein, tenemos que definir estos costos. Originalmente, el código desarrollado por Levenshtein tenía como objetivo comparar cadenas de símbolos abstractos, como las letras que forman una palabra. En este caso no hay ningún problema para atribuir el mismo costo unitario para toda la sustitución. Como una sustitución (por ejemplo, A por U en la palabra *cat*) es igual a una inserción (aquí U en la segunda posición) y seguida de una supresión (aquí A). Cuando se utilizan símbolos que corresponden a los estados sociales en el análisis de secuencias, la cuestión de la fijación de costos es mucho menos sencilla y dio lugar a un largo e intenso debate entre los estudiosos interesados en los enfoques longitudinales (Abbott y Tsay, 2000; Levine, 2000; Wu, 2000). Durante los últimos quince años, numerosas mejoras en el método de análisis de secuencias lo han convertido en un método estándar en las ciencias sociales (Aisenbrey y Fasang, 2010).

Continuemos y comparemos las secuencias presentadas en el cuadro 2. En primer lugar, es necesario definir la matriz de costos de sustitución que se

⁴ Este ejemplo es simplista, ya que el objetivo de esta breve introducción no es presentar todos los detalles técnicos del cálculo de la comparación de secuencias (a menudo llamado alineación). Para una descripción más precisa, véase Kruskal, 1983.

fija aquí en el valor unitario de dos (cuadro 5); los índices correspondientes se fijan en la mitad de una sustitución, es decir, en uno. Cabe señalar que, el universo de estados ocupacionales definido aquí contenía un símbolo para documentar los periodos de jubilación. Como las ventanas de observación abarcan la edad entre veinte y 35 años, no hay ningún individuo en la muestra que haya experimentado este estado.

El siguiente objetivo es reunir las distancias de todos los pares de secuencias individuales que forman nuestra muestra. Podemos leer, en el cuadro 6, que algunos pares de secuencias son similares, como ind2 e ind4, mientras que otros son diferentes, como ind3 e ind6. La diagonal de la matriz es igual a cero, ya que la distancia entre una secuencia y ella misma es nula.

Cuadro 5
Definición de los costos de sustitución de las trayectorias ocupacionales

	e	f	p	u	r
e	0	2	2	2	2
f	2	0	2	2	2
p	2	2	0	2	2
u	2	2	2	0	2
r	2	2	2	2	0

Fuente: elaboración propia.

Cuadro 6
Matriz de las distancias interindividuales de las trayectorias ocupacionales

	ind1	ind2	ind3	ind4	ind5	ind6	ind7
ind1	0	12	12	8	10	10	6
ind2	12	0	24	4	20	18	12
ind3	12	24	0	20	4	16	14
ind4	8	4	20	0	16	14	8
ind5	10	20	4	16	0	14	12
ind6	10	18	16	14	14	0	8
ind7	6	12	14	8	12	8	0

Fuente: elaboración propia.

Es importante notar aquí que uno puede estar interesado en comparar no sólo pares de trayectorias individuales, sino también pares de racimos de trayectorias individuales, una variante conocida como análisis de secuencia multicanal (Multichannel Sequence Analysis, MCSA) (Aisenbrey y Fasang, 2017; Fasang y Aisenbrey, 2021; Gauthier *et al.*, 2010; Piccarreta, 2017). En este contexto, es posible captar la dinámica conjunta de varias trayectorias, a menudo interdependientes, en distintas esferas de la vida. Las trayectorias ocupacionales y familiares de los matrimonios en torno a la transición a la paternidad es un ejemplo paradigmático de tales configuraciones que corresponde a los campos interactivos descritos anteriormente. Podemos ver en el cuadro 7 que cada individuo se caracteriza por dos trayectorias que describen las carreras de ocupación y de coresidencia, respectivamente. Se debe definir un nuevo universo de estados para la coresidencia; en este ejemplo retenemos $U_2 =$ [orientación hacia la familia (o), vida en solitario (s), vida en pareja (c), vida con hijos (p), vida en un arreglo familiar alternativo (a)]. El alfabeto en cada dominio de la vida puede ser elegido libremente.

Técnicamente, la distancia resultante de la comparación por pares de múltiples dominios de vida se calcula de manera similar. Se hace en función de los canales de manera simultánea, lo cual es diferente de calcular las distancias independientemente y luego sumarlas, ya que las especificidades locales de los diferentes canales son tomadas en cuenta paso a paso por el algoritmo de emparejamiento. Eventualmente, es posible reunir todas las distancias multidimensionales interindividuales en una matriz, como la que se presenta en el cuadro 7.

Independientemente del número de canales que se consideren, el siguiente paso consiste en agrupar las secuencias más similares para crear grupos homogéneos de trayectorias. Esta reducción de la complejidad se realiza mediante el análisis de conglomerados aplicado a la matriz de distancia resultante del paso de comparación de secuencias que acabamos de describir. Son numerosas las opciones para estimar la disimilaridad de las secuencias (Gauthier *et al.*, 2009; Studer y Ritschard, 2016), clasificar las secuencias (Kaufman y Rousseeuw, 2009) y evaluar la calidad de los conglomerados (Milligan y Cooper, 1985; Studer, 2013). Para este sencillo ejemplo, elegimos la clasificación jerárquica de Ward (1963). Este procedimiento aglomerante

Cuadro 7
Trayectorias individuales multidimensionales en formato ancho

	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	32	33	34	35
<i>ind1 - ocup.</i>	e	e	e	e	e	e	e	e	f	f	f	f	f	p	p	p
<i>ind1 - cor.</i>	o	o	o	o	o	o	o	o	s	s	c	c	c	p	p	p
<i>ind2 - ocup.</i>	p	e	f	f	f	f	f	f	f	f	f	f	f	p	p	p
<i>ind2 - cor.</i>	o	s	s	s	s	s	c	p	p	p	p	p	p	p	p	p
<i>ind3 - ocup.</i>	u	e	e	e	f	f	f	f	f	f	f	f	f	f	p	p
<i>ind3 - cor.</i>	a	a	a	s	s	s	s	s	s	s	s	s	s	c	c	c
<i>ind4 - ocup.</i>	e	e	e	e	e	e	f	f	e	e	f	f	p	p	p	p
<i>ind4 - cor.</i>	o	o	o	o	o	o	o	o	a	a	c	c	c	p	p	p
<i>ind5 - ocup.</i>	f	e	e	e	e	e	e	e	e	e	e	e	e	e	e	e
<i>ind5 - cor.</i>	o	o	o	o	a	a	a	o	o	c	c	o	a	c	c	c
<i>ind6 - ocup.</i>	u	e	e	e	e	e	e	e	e	e	e	e	f	f	f	p
<i>ind6 - cor.</i>	s	s	s	s	s	c	a	s	s	a	a	a	c	c	p	p
<i>ind7 - ocup.</i>	u	e	e	e	e	f	f	f	p	p	p	p	p	p	p	p
<i>ind7 - cor.</i>	a	a	a	a	a	c	c	p	p	p	p	p	p	p	p	p

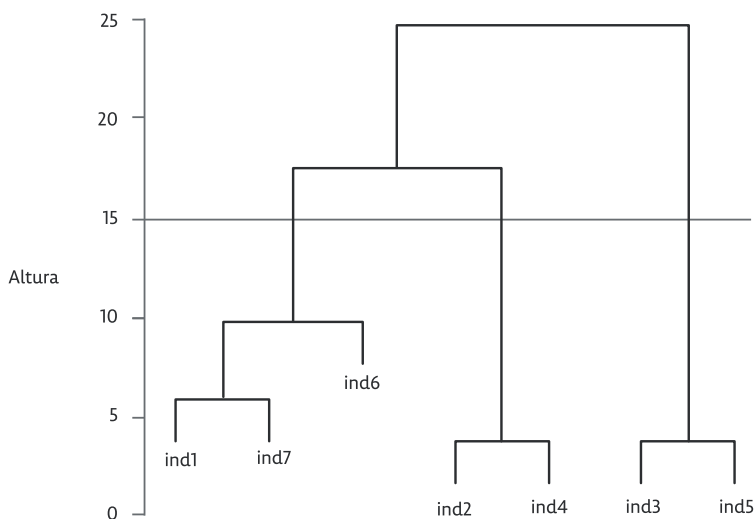
Fuente: elaboración propia.

comienza por considerar que todos los individuos son distintos entre sí y luego los agrupa de manera iterativa uno por uno, maximizando, en cada paso, la razón entre las varianzas intergrupales y las varianzas intragrupales de los coeficientes individuales. La visualización del dendrograma de la clasificación que resulta ayuda a tener una primera impresión de la forma en que se construyen los grupos (gráfico 1). En otros textos, se presenta esta técnica en detalle (Rousseeuw y Kaufman, 1990; Studer, 2013).

Un dendrograma es un diagrama que representa las relaciones de similitud existentes entre un grupo de individuos. Está formado por ramas llamadas clados, que terminan en una hoja. La disposición de los clados nos dice qué hojas son más similares entre sí. La altura de los puntos de ramificación indica lo similares o diferentes que son entre sí: cuanto mayor es la altura, mayor es la diferencia. Cortar el dendrograma a cierta altura (15, en este ejemplo) con una línea horizontal creará una agrupación con tantos grupos como la línea horizontal corte clados. En este ejemplo se crearán tres grupos. El nú-

mero de individuos en cada grupo viene dado por el número de hojas bajo los clados que acaban de ser cortados. En este ejemplo, tenemos un grupo de tres y dos grupos de dos individuos. Este procedimiento permite crear una variable categórica que atribuye a cada individuo al grupo al que pertenece (cuadro 8). La agrupación es la parte técnica del análisis; conceptualmente se crea una tipología de varios tipos (aquí tres), con características individuales que son tan similares como sea posible dentro de un grupo y tan disímiles como sea posible entre grupos.

Gráfico 1
Dendrograma de clasificación de secuencias



Coefficiente Aglomerante = 0.78⁵

Fuente: elaboración propia.

⁵ El coeficiente aglomerante (AC, por sus siglas en inglés) es un indicador de la calidad de la estructura del conglomerado que toma valores entre 0 y 1, y se obtiene de la resta a 1 del promedio de todas las distancias entre individuos al primer conglomerado con el que están asociados, dividido por la disimilaridad de la última fusión en el análisis de conglomerados. Altos valores de AC indican una estructura de conglomerados homogénea, mientras que valores bajos de AC denotan una agrupación más imprecisa (Kaufmann y Rousseeuw, 1996).

Cuadro 8
Atribución del grupo de pertenencia a las personas

ID	Grupo de pertenencia
ind1	1
ind2	2
ind3	3
ind4	2
ind5	3
ind6	1
ind7	1

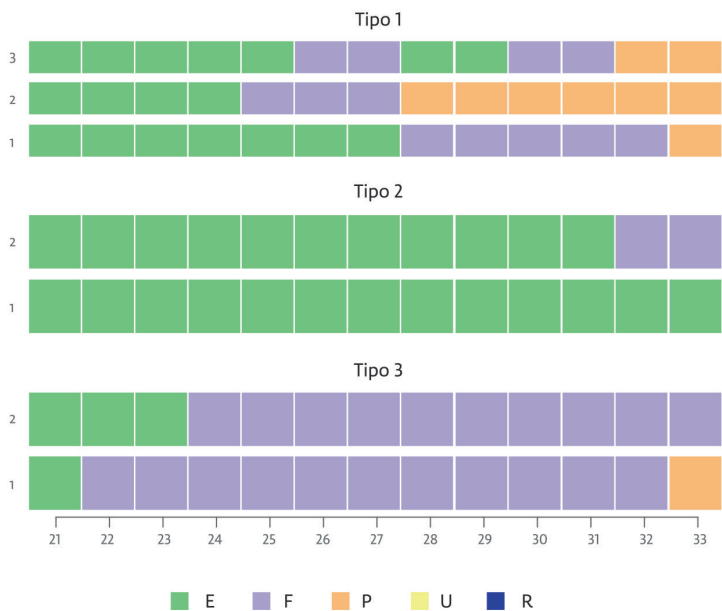
Fuente: elaboración propia.

En principio, el método es descriptivo, pero a menudo es útil visualizar los tipos de secuencias que resultan del paso de agrupamiento.⁶ A partir de las secuencias del cuadro 2, el gráfico 2 permite identificar las especificidades estructurales comunes de las secuencias que forman cada tipo. Por ejemplo, las secuencias pertenecientes al tipo 2 se caracterizan por un periodo casi estable de educación, mientras que las pertenecientes al tercer tipo pasan rápidamente de la educación al empleo a tiempo completo. El tipo uno reúne secuencias en las que la transición de la educación al empleo es más desigual.

El siguiente paso en el análisis de secuencias consiste en contextualizar los grupos de trayectorias (cuadro 9). Es posible emplear, por ejemplo, el análisis de correspondencia múltiple, como es el caso en el texto de Toft (2022) (gráfico 3), o bien modelos de regresiones logísticas (cuadro 10) para evaluar hasta qué punto una selección de factores, en este caso el sexo y el nivel de educación, hacen más probable que se siga uno u otro tipo de trayectoria. Widmer y Richard (2009) presentan un ejemplo empírico de estos últimos.

⁶ Cuando se trabaja con datos de secuencias muy grandes, el cálculo de distancias entre pares y la visualización de tipos de trayectorias puede ser difícil y aún imposible. En estos casos, el empleo de muestras probabilísticas o al azar pueden ser una opción.

Gráfico 2
Visualización de las secuencias que forman cada tipo de la tipología (ocupación)



Fuente: elaboración propia.

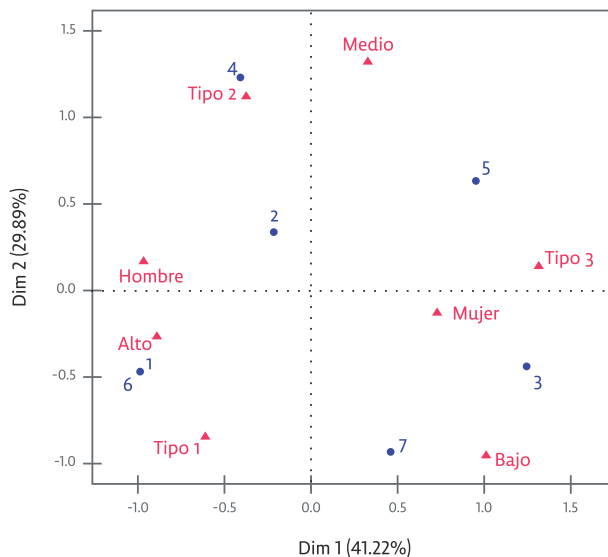
Cuadro 9
Integración de la tipología como variable categórica en la base de datos

ID	Sexo	Nivel educativo	Trayectoria
ind1	hombre	alto	tipo 1
ind2	mujer	alto	tipo 2
ind3	mujer	bajo	tipo 3
ind4	hombre	medio	tipo 2
ind5	mujer	medio	tipo 3
ind6	hombre	alto	tipo 1
ind7	mujer	bajo	tipo 1

Fuente: elaboración propia.

En el gráfico tres se incluye una típica representación especial de dos dimensiones de los individuos y los atributos expresados en variables categóricas. Los individuos que se encuentran cerca entre ellos tienden a compartir atributos y, a su vez, los atributos ubicados en la misma región del plano a situarse entre los mismos individuos. Por el contrario, los individuos que se encuentran distantes tienden a caracterizarse por diferentes atributos y atributos distantes caracterizan a diferentes individuos. Esto permite generar una interpretación más o menos formal de las principales semejanzas y diferencias definidas por los ejes del plano y, eventualmente, construir tipologías de individuos y atributos (ver, por ejemplo, Toft, 2022).

Gráfico 3
Contextualización de los tipos de trayectorias según sexo y nivel educativo mediante análisis de correspondencia múltiple



Fuente: elaboración propia.

Los modelos de regresión logística constituyen otra forma de analizar la composición de los tipos y pueden ser binomiales o multinomiales (Retherford y Choe, 1993). Cuando el número de categorías de la variable dependiente es superior a dos, como es nuestro caso, es posible elegir entre uno de

estos dos modelos; si se elige la regresión binomial, se estima un modelo para cada tipo. En la regresión logística binomial comúnmente se aplica la función exponencial a los coeficientes, que corresponden a razones de momios y que son más sencillas de interpretar, o bien se calculan probabilidades. En el caso del modelo multinomial, la interpretación de los coeficientes es más compleja, por lo que se acude con frecuencia al cálculo de las probabilidades.

Con el objeto de guardar consistencia con el ejemplo previo, a continuación, presentamos la estimación de un modelo de regresión logística binomial con los mismos datos (cuadro 10). Los resultados de este ejercicio no son válidos para ser interpretados, debido al escaso número de observaciones. Pero cabe señalar que un coeficiente positivo indica que la categoría correspondiente de la variable explicativa (por ejemplo, ser mujer) es más probable que se encuentre en el tipo uno en comparación con la categoría de referencia (ser varón); por el contrario, un coeficiente negativo revela que es menos probable.

Cuadro 10
Contextualización de las trayectorias del tipo 1 según sexo y nivel educativo mediante un modelo de regresión logística binomial (coeficientes, errores estándar entre paréntesis)

<i>Variables explicativas</i>	<i>Variable dependiente: Trayectorias de vida tipo 1</i>
Sexo: mujer	- 41.123 (21,081.200)
Nivel educativo: medio	- 61.431 (26,218.870)
Nivel educativo: alto	- 20.309 (15,588.840)
Constante	41.123 (21,081.200)
Observaciones	7
Logaritmo de la verosimilitud	- 1.386
Criterio de información de Akaike ⁷	10.773

Nota: * p < 0.1; ** p < 0.05; *** p < 0.01
Fuente: elaboración propia.

⁷ Medida de la calidad relativa en función de la bondad de ajuste y el número de parámetros. Constituye un medio de selección del modelo.

El objetivo de esta breve introducción ha sido describir el principio del análisis de secuencias y sus cuatro etapas. Cuando se usan datos de investigación, hay muchos temas y alternativas que tratar en cada etapa del análisis. El paquete TraMineR (Gabadinho *et al.*, 2011) del entorno estadístico R (R Core Team, 2016) proporciona una eficiente caja de herramientas para tratar la mayoría de los aspectos técnicos del análisis de secuencias. Blanchard *et al.* (2014) reunieron aplicaciones metodológicas y empíricas de última generación del análisis de secuencias. Cabe mencionar que el paquete estadístico Stata también proporciona un conjunto de herramientas integrales para describir, visualizar y analizar datos secuenciales (Brzinsky-Fay *et al.*, 2006; Halpin, 2017).

En cuanto a la metodología, el campo del análisis de secuencias ha tenido un rápido desarrollo en varias direcciones; por ejemplo, la vinculación del análisis de secuencias con el de redes (Cornwell, 2018), o bien los modelos de base (*model-based*) para formar los conglomerados (Scott *et al.*, 2020) y las técnicas difusas (*fuzzy*) (Tripathy y Rahul, 2019). Es de destacar que, a partir de 2018, la Asociación de Análisis de Secuencias (SAA, por sus siglas en inglés) “promueve la investigación, la enseñanza y la difusión del análisis de secuencias (SA, por sus siglas en inglés) y sus vínculos con métodos relacionados”.⁸

REFERENCIAS

- Abbott, Andrew (1992). “From causes to events notes on narrative positivism”. *Sociological Methods & Research* 20(4): 428-455.
- Abbott, Andrew (1997). “Of time and space: The contemporary relevance of the Chicago School”. *Social Forces* 75(4): 1149-1182.
- Abbott, Andrew (2001). *Time Matters: On theory and method*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Abbott, Andrew y Angela Tsay (2000). “Sequence analysis and optimal matching methods in sociology review and prospect”. *Sociological Methods & Research* 29(1): 3-33.

⁸ Traducción literal del texto [en línea]. Disponible en <<https://sequenceanalysis.org/>>.

- Aisenbrey, Silke y Anette E. Fasang (2010). "New life for old ideas: The 'second wave' of sequence analysis bringing the 'course' back into the life course". *Sociological Methods & Research*, 38(3): 420-462.
- Aisenbrey, Silke y Anette E. Fasang (2017). "The Interplay of Work and Family Trajectories over the Life Course: Germany and the United States in Comparison". *American Journal of Sociology* 122(5): 1448-1484 [en línea]. Disponible en <<https://doi.org/10.1086/691128>>.
- Anderson, Nels (1925). *The hobo: The sociology of the homeless man*. (s.l.) (s.p.i).
- Ariès, Philippe (2014). *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime*. Francia: Points.
- Baltes, Paul B. (1987). "Theoretical propositions of life-span developmental psychology: On the dynamics between growth and decline". *Developmental Psychology* 23(5): 611-626.
- Baltes, Paul B. (1997). "On the incomplete architecture of human ontogeny: Selection, optimization, and compensation as foundation of developmental theory" [en línea]. *American Psychologist* 52(4): 366-80. Disponible en <<https://doi.org/10.1037/0003-066X.52.4.366>>.
- Beck, Ulrich y Elisabeth Beck-Gernsheim (2001). *Individualization*. Londres: Sage Publications.
- Beck-Gernsheim, Elisabeth (1996). "Life as a planning project". En *Risk, Environment and Modernity: Towards a New Ecology*, editado por Scott Lash, Bronislaw Szerszynski y Brian Wynne, 139-153. Londres: Sage Publications.
- Berger, Peter L. y Thomas Luckmann (1991). *The social construction of reality: A treatise in the sociology of knowledge*. Inglaterra: Penguin.
- Blanchard, Phillippe; Felix Bühlmann y Jaques-Antoine Gauthier (eds.). (2014). *Advances in sequence analysis: Theory, method, applications* [en línea]. Cham, Heidelberg, New York, Dordrecht y London: Springer. Disponible en <<https://doi.org/10.1007/978-3-319-04969-4>>.
- Blöss, Thierry (1999). *Les Liens de famille. Sociologie des rapports entre générations*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Blöss, Thierry (2001). *La Dialectique Des Rapports Hommes-Femmes* [en línea]. Paris: Presses Universitaires de France. Disponible en <<https://doi.org/10.3917/puf.bloss.2001.02>>.
- Bourdieu, Pierre (1990). "La domination masculine". *Actes de La Recherche En Sciences Sociales* 84(1): 2-31.
- Brzinsky-Fay, Christian; Ulrich Kohler y Magdalena Luniak (2006). "Sequence analysis with Stata". *The Stata Journal* 6(4): 435-460.
- Burgess, Ernest W. y Harvey J. Locke (1950). *The Family: From Institution to Companionship*. New York: The American Book Company.
- Chafetz, Janet S. (1997). "Feminist theory and sociology: Underutilized contributions for mainstream theory". *Annual Review of Sociology* 23(1): 97-120.
- Chauvel, Louis (1998). *Le destin des générations: Structure sociale et cohortes en France au xxe siècle*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Clausen, John A. (1986). *The Life Course: A Sociological Perspective*. Toronto: Prentice-Hall.

- Comte, Auguste (1830). *Cours de philosophie positive*. Paris: (s.p.i.)
- Cornwell, Benjamin (2018). "Network analysis of sequence structures" [en línea]. En *Sequence analysis and related approaches: Innovative methods and applications*, editado por Gilbert Ritschard y Matthias Studer, 103-120. Cham: Springer International Publishing [en línea]. Disponible en <https://doi.org/10.1007/978-3-319-95420-2_7>.
- Dannefer, Dale (2003). "Cumulative advantage/disadvantage and the life course: Cross-fertilizing age and social science theory". *The Journals of Gerontology: Series B*. 58(6): 327-337.
- Duvall, Evelyn M. y Brent C. Miller (1985). *Marriage and family development*. Nueva York: Harper & Row.
- Elder, Glen H. (1998). "The Life Course as Developmental Theory". *Child Development* 69(1): 1-12.
- Elder, Glen H. (1999). *Children of the Great Depression*. Colorado: Westview Press.
- Elder, Glen H.; Monica K. Johnson y Robert Crosnoe (2003). "The Emergence and Development of Life Course Theory". En *Handbook of the life course*, editado por Jeylan T. Mortimer y Michael J. Shanahan, 3-19. Boston: Springer.
- Epstein, Cynthia F. (2006). "Similarity and difference: The sociology of gender distinctions" [en línea]. En *Handbook of the sociology of gender*, 45-61. Boston: Springer. Disponible en <https://doi.org/10.1007/0-387-36218-5_3>.
- Erikson, Erik (1980). *Identity and the Life Cycle*. New York: W. W. Norton & Company.
- Esping-Andersen, Gosta. (1990). *The Three Worlds of Welfare Capitalism*. Cambridge: Polity Press.
- Esser, Hartmut (1996). "What is wrong with 'variable sociology'?" *European Sociological Review* 12(2): 159-166.
- Fasang, Anette E. y Silke Aisenbrey (2021). "Uncovering Social Stratification: Intersectional Inequalities in Work and Family Life Courses by Gender and Race" [en línea]. *Social Forces* 101(2): 575-605. Disponible en <<https://doi.org/10.1093/sf/soab151>>.
- Fay, Brian (1996). *Contemporary philosophy of social science*. (S.l.): Wiley-Blackwell.
- Gabadinho, Alexis; Gilbert Ritschard, Nicolas S. Müller y Matthias Studer (2011). "Analyzing and Visualizing State Sequences in R with TraMineR" [en línea]. *Journal of Statistical Software* 40(4): 1-37. Disponible en <<https://doi.org/10.18637/jss.v040.i04>>.
- Galland, Olivier (2001). *Sociologie de la jeunesse*. Paris: Armand Colin.
- Gauthier, Jaques-Antoine (2007). "Empirical categorizations of social trajectories: A sequential view on the life course". Tesis de doctorado. University of Lausanne.
- Gauthier, Jaques-Antoine; Eric D. Widmer, Philipp Bucher y Cedric Notredame (2009). "How much does it cost? Optimization of costs in sequence analysis of social science data" [en línea]. *Sociological Methods & Research* 38(1): 197-231. Disponible en <<https://doi.org/10.1177/0049124109342065>>.
- Gauthier, Jaques-Antoine; Eric D. Widmer, Philippe Bucher y Cedric Notredame (2010). "Multichannel sequence analysis applied to social science data" [en lí-

- nea]. *Sociological Methodology* 40(1): 1-38. Disponible en <<https://doi.org/10.1111/j.1467-9531.2010.01227.x>>.
- Gauthier, Jaques-Antoine; René Levy y Eric D. Widmer (2013). "Optimal matching, a tool for comparing life-course sequences" [en línea]. En *Gendered life courses between standardization and individualization. A European approach applied to Switzerland*, editado por René Levy y Eric. D. Widmer, 37-52. Wien: LIT..
- Gauthier, Jaques-Antoine; Felix Bühlmann y Philippe Blanchard (2014). "Introduction: Sequence Analysis in 2014" [en línea]. En *Advances in sequence analysis: Theory, method, applications*, editado por Philippe Blanchard, Felix Bühlmann y Jaques-Antoine Gauthier, 1-17. Nueva York: Springer. Disponible en <https://doi.org/10.1007/978-3-319-04969-4_1>.
- George, Linda K. (1993). "Sociological Perspectives on Life Transitions". *Annual Review of Sociology* 19(1): 353-373.
- Giddens, Anthony (1990). *The consequences of modernity*. Cambridge: Polity Press.
- Giddens, Anthony (1991). *Modernity and self-identity: Self and society in the late modern age*. Stanford: Stanford University Press.
- Giddens, Anthony (2006). *Sociology*. Cambridge: Polity Press.
- Giele, Janet Z. y Glen H. Elder Jr. (1998). *Methods of Life Course Research: Qualitative and Quantitative Approaches* [en línea]. (S.l.) Sage Publications. Disponible en <<https://doi.org/10.4135/9781483348919>>.
- Glaser, Barney G.; Anselm L. Strauss y Elizabeth Strutzel (1968). "The discovery of grounded theory; strategies for qualitative research". *Nursing Research* 17(4): 364.
- Glick, Paul C. y Robert Parke, Jr. (1965). "New approaches in studying the life cycle of the family". *Demography* 2(1): 187-202.
- Goffman, Erving (1976). "Gender display" [en línea]. *Gender advertisements* 3(2): 69-77. Disponible en <<https://core.ac.uk/reader/214186440>>.
- Goffman, Erving (1977). The arrangement between the sexes. *Theory and society* 4(3): 301-331.
- Griffin, Larry J. (1993). "Narrative, event-structure analysis, and casual interpretation in historical sociology". *The American Journal of Sociology* 98(5): 1094-1133.
- Halpin, Brendan (2017). "SADI: Sequence analysis tools for Stata". *The Stata Journal* 17(3): 546-572.
- Havighurst, Robert J. (1948). *Developmental Tasks and Education*. Chicago: Chicago University Press.
- Höpflinger, Francois. (1991). "The future of household and family structures in Europe". En *Council of Europe, Seminar on Present Demographic Trends and Lifestyles in Europe. Strasbourg: Council of Europe, Strasbourg*, 291-338. (S.p.i).
- Isen, Adam y Betsey Stevenson (2010). "Women's education and family behavior: Trends in marriage, divorce and fertility" [en línea]. *NBER Working Paper* (15725). Disponible en <https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=1548803>.

- Kaufman, Leonard y Peter J. Rousseeuw (2009). *Finding groups in data: An introduction to cluster analysis*. (S.l.) John Wiley & Sons.
- Kohlberg, Lawrence (1981). *The philosophy of moral development: Moral stages and the idea of justice*. San Francisco: Harper & Row.
- Kohlberg, Lawrence (1984). *Essays on moral development*. San Francisco: Harper & Row.
- Kohli, Martin (1985). "Die Institutionalisierung des Lebenslaufs. Historische Befunde und theoretische Argumente". *Kölner Zeitschrift Für Soziologie Und Sozialpsychologie* 37(1): 1-29.
- Kohli, Martin (2007). "The institutionalization of the life course: Looking back to look ahead". *Research in Human Development* 4(3-4): 253-271.
- Kohli, Martin (2009). "The world we forgot: A historical review of the life course". En *The life course reader: Individuals and societies across time*, editado por Walter R. Heinz, Johannes Huinink y Ansgar Weymann, 64-90. Frankfurt: Campus-Verlag.
- Kruskal, J. (1983). "An overview on sequence comparison". En *Time warps, string edits, and macromolecules. The theory and practice of sequence comparison*, editado por David Sankoff y Joseph B. Kruskal, 1-44. Estados Unidos: CSLI Publications.
- Krüger, Helga y René Levy (2001). "Linking life courses, work, and the family: Theorizing a not so visible nexus between women and men". *Canadian Journal of Sociology/Cahiers Canadiens de Sociologie* 26(2): 145-166.
- Laszloffy, Tracey A. (2002). "Rethinking family development theory: Teaching with the systemic family development (SFD) model". *Family Relations* 51(3): 206-214.
- Lefèvre, Cécile y Alexandra Filhon (2005). *Histoires de familles, histoires familiales*. Paris: Institut National d'Etudes Démographiques.
- Leisering, Lutz (2003). "Government and the life course" [en línea]. En *Handbook of the Life Course*, editado por Jeylan T. Mortimer y Michael J. Shanahan, 205-225. Boston: Springer. Disponible en < https://doi.org/10.1007/978-0-306-48247-2_10>.
- Levenshtein, Vladimir (1966). "Binary codes capable of correcting deletions, insertions and reversals". *Cybernetic Control Theory* 10(8): 707-710.
- Levine, Joel H. (2000). "But what have you done for us lately? Commentary on Abbott and Tsay". *Sociological Methods & Research* 29(1): 34-40.
- Levy, René (1977). *Der Lebenslauf als Statusbiographie: Die weibliche Normalbiographie in makrosoziologischer Perspektive*. Verlag: Enke, Stuttgart.
- Levy, René (1991). "Status passages as critical life course transitions". En *Theoretical Advances in Life Course Research*, editado por Walter R. Heinz, 87-114. Weinheim: Deutscher Studien Verlag.
- Levy, René (1996). "Toward a theory of life course institutionalization". En *Society and Biography*, editorado por Ansgar Weymann y Walter R. Heinz, 83-108. Weinheim: Deutscher Studien Verlag.
- Levy, René (2013). "Analysis of life courses - A theoretical sketch". En *Gendered life courses between standardization and individualization: A European approach applied to Switzerland*, editado por René Levy y Eric D. Widmer, 13-36. Wien: Lit Verlag.

- Levy, René; Felix Bühlmann y Eric D. Widmer (2007). "Dual and single career couples in Switzerland: Exploring partners' trajectories". *Journal of Family Research* 3(3): 263-289.
- Levy, René; Jaques-Antoine Gauthier y Eric D. Widmer (2013). "Trajectories between the family and paid work". En *Gendered life courses between standardization and individualization. A European approach applied to Switzerland*, editado por René Levy y Eric D. Widmer, 71-92. Wien: LIT.
- Levy, René; Paolo Ghisletta, Jean-Marie Le Goff, Dario Spini y Eric Widmer, E. (eds.). (2005). *Towards an interdisciplinary perspective on the life course*. Amsterdam: Elsevier JAI.
- Levy, René y Helga Krüger (2000). "Masterstatus, Familie und Geschlecht. Vergessene Verknüpfungslogiken zwischen Institutionen des Lebenslaufs". *Berliner Journal Für Soziologie* 10(3): 379-401.
- Manzo, Gianluca (2005). "Variables, mécanismes et simulations: Une synthèse des trois méthodes est-elle possible?" *Revue Française de Sociologie* 46(1): 37-74.
- Marx, Karl y Friedrich Engels (1972). *The german ideology*. Nueva York: International Publishers Co.
- Mayer, Karl Ulrich (2001). "The paradox of global social change and national path dependencies: Life course patterns in advanced societies". En *Inclusions and exclusions in European societie*, editado por Alison Woodward y Martin Kohli, 89-110. London: Routledge.
- Mayer, Karl Ulrich (2009). "New directions in life course research". *Annual Review of Sociology* 35: 413-433.
- Mayer, Karl Ulrich y Urs Schoepflin (1989). "The state and the life course". *Annual Review of Sociology* 15(1): 187-209.
- Merton, Robert K. (1967). *Social Theory and Social Structure*. New York: The Free Press.
- Meyer, Jean (2019). "Ancien Régime". *Encyclopædia Universalis* [en-línea]. Disponible en <<http://www.universalis-edu.com/encyclopedia/ancien-regime/>> (consulta: 4 de febrero de 2019).
- Milligan, Glenn W. y Martha C. Cooper (1985). "An examination of procedures for determining the number of clusters in a data set" [en línea]. *Psychometrika* 50(2): 159-179. Disponible en <<https://doi.org/10.1007/BF02294245>>.
- Modell, John; Frank F. Furstenberg Jr y Theodore Hershberg (1976). "Social Change and Transitions to Adulthood in Historical Perspective". *Journal of Family History* 1(1): 7-32.
- Mortimer, Jeylan y Michael J. Shanahan (eds.) (2003). *Handbook of the life course*. New York: Kluwer Academic.
- Nock, Steven L. (1979). "The Family Life Cycle: Empirical or Conceptual Tool?" *Journal of Marriage and the Family* 41(1): 15-26.
- Oakley, Ann (2015). *Sex, gender and society*. (S.l.) Ashgate Publishing, Ltd.
- Oppenheimer, Valery K., y Alisa Lewin (1999). *Career development and marriage formation in a period of rising inequality: Who is at risk? What are their prospects?* Greenwood: Praeger.
- Parsons, Talcott (1955). *Éléments pour une sociologie de l'action*. Paris: Plon.

- Passeron, Jean-Claude (1989). "Biographies, flux, itinéraires, trajectoires". *Revue Française de Sociologie* xxxi: 3-22.
- Piaget, Jean (1953). "The origins of intelligence in children" [en línea]. *Journal of Consulting Psychology* 17(6): 467. Disponible en <<https://doi.org/10.1037/h0051916>>.
- Piccarreta, Raffaella (2017). "Joint Sequence Analysis: Association and Clustering". *Sociological Methods & Research* 46(2): 252-287.
- R Core Team (2016). *R: A Language and Environment for Statistical Computing*. Vienna, Austria: R Foundation for Statistical Computing.
- Raab, Marcel y Emanuela Struffolino (2023). *Sequence analysis (Quantitative Applications in the Social Sciences)*. (S.l.) SAGE Publications.
- Retherford, Robert D. y Minja K. Choe (1993). *Statistical Models for Causal Analysis* [en línea]. Nueva York: John Wiley and Sons. Disponible en <<http://dx.doi.org/10.1002/9781118033135>>.
- Rousseeuw, Peter J. y Leonard Kaufman (1990). *Finding Groups in Data* [en línea]. Nueva York: Wiley Online Library. Disponible en <https://www.researchgate.net/publication/220695963_Finding_Groups_in_Data_An_Introduction_To_Cluster_Analysis>.
- Scott, Joan Wallach (1993). "The woman worker". *A History of Women in the West* 4: 419-444.
- Scott, Marc A; Kaushik Mohan y Jaques-Antoine Gauthier (2020). "Model-based clustering and analysis of life history data". *Journal of the Royal Statistical Society: Series A (Statistics in Society)* 183(3): 1231-1251.
- Settersten, Richard A. (1999). *Lives in Time and Place: The Problems and Promises of Developmental Science*. Nueva York: Baywood Publishing Company, Inc.
- Settersten, Richard A. (2003). *Invitation to the Live Course: Toward New Understandings of Later Life*. Nueva York: Baywood Publishing Company, Inc.
- Shaw, Clifford R. (1930). *The Jack-Roller: A Delinquent Boy's Own Story*. Chicago: University of Chicago Press.
- Spanier, Graham B.; William Sauer y Robert Larzelere (1979). "An Empirical Evaluation of the Family Life Cycle". *Journal of Marriage and the Family* 41(1): 27-38.
- Spencer, Herbert (1892). *The study of sociology*. London: Henry S. King & Co.
- Stoller, Robert J. (1985). *Presentations of gender*. Estados Unidos: Yale University Press.
- Stone, Lawrence (1979). "The revival of narrative: Reflections on a new old history". *Past and Present* 85: 3-24.
- Strauss, Anselm y Juliet Corbin (1998). *Basics of qualitative research*. Thousand Oaks: Sage Publications.
- Studer, Matthias (2013). "Weighted Cluster library manual: A practical guide to creating typologies of trajectories in the social sciences with R" [en línea]. *LIVES Working Paper* 24:1-34. Disponible en <<http://dx.doi.org/10.12682/lives.2296-1658.2013.24>>.
- Studer, Matthias y Gilbert Ritschard (2016). "What matters in differences between life trajectories: A comparative review of sequence dissimilarity measures". *Journal of the Royal Statistical Society: Series A (Statistics in Society)* 179(2): 481-511.
- Thomas, William I. (1923). *The unadjusted girl*. Boston: Little, Brown and Company

- Thornton, Arland (2001). "The Developmental Paradigm, Reading History Sideways, and Family Change". *Demography* 38(4): 449-465.
- Toft, Maren (2022). "Quantifying class trajectories: Linking topological and temporal accounts" [en línea]. *Bulletin of Sociological Methodology* 154(1): 105-132. Disponible en <<https://doi.org/10.1177/07591063221088321>>.
- Tripathy, B. K. y Dahlya Rahul. (2019). "Fuzzy Clustering of Sequential Data" [en línea]. *International Journal of Intelligent Systems and Applications* 11(1): 43-54. Disponible en <<https://doi.org/10.5815/ijisa.2019.01.05>>.
- Vincent-Lancrin, Stéphan (2008). "The reversal of gender inequalities in higher education: An on-going trend". En *Higher Education to 2030*, 266-298. Paris: OECD Publishing.
- Ward, Joe H. (1963). "Hierarchical Grouping to Optimize an Objective Function". *Journal of the American Statistical Association* 58(301): 236-244.
- West, Candance y Don H. Zimmerman (1987). "Doing gender". *Gender & Society* 1(2): 125-151.
- Widmer, Eric D.; René Levy y Jaques-Antoine Gauthier (2004). "L'implication dans les champs domestique et professionnel selon les phases de la vie familiale". En *Vivre en Suisse 1999-2000. Une année dans la vie des ménages et familles suisses*, editado por E. Zimmerman & R. Tillmann, 95-108. Berne: Peter Lang.
- Widmer, Eric D.; Kellerhals, J. y Levy, R. (2006). Types of conjugal interactions and conjugal conflict: A longitudinal assessment. *European Sociological Review* 22(1): 79-89.
- Widmer, Eric D. y Gilbert Ritschard (2009). "The de-standardization of the life course: Are men and women equal?" *Advances in Life Course Research* 14(1): 28-39.
- Wu, Lawrence L. (200). "Some Comments on 'Sequence Analysis and Optimal Matching Methods in Sociology: Review and Prospect'". *Sociological Methods & Research* 29(1): 41-64.

Trayectorias a la vida adulta en mujeres y varones de grandes centros urbanos mexicanos.

Un análisis de cohorte y desigualdad social

Karina Videgain Martínez

PRESENTACIÓN

El presente trabajo está dirigido a analizar la forma en que las personas construyen conjuntamente sus trayectorias educativas, laborales y familiares en sus cursos de vida juveniles, en el México urbano, desde la segunda mitad del siglo pasado hasta la primera década de siglo XXI. De esta forma, se estudian las experiencias de tránsito a la vida adulta (TVA) para tres cohortes de nacimiento en el país en un periodo de profundas transformaciones sociales, como forma de vincular la historia con las biografías. Se parte de entender que todo cambio histórico y social supone cambios en las instituciones en torno a las cuales los individuos organizan sus vidas. Si bien los individuos conforman una cohorte de nacimiento por haber experimentado ciertos eventos vitales en un contexto histórico particular y común, son, a su vez, heterogéneos en sus condiciones de vida, pues ocupan distintas posiciones en la estructura de distribución de recursos y oportunidades. Por lo que creemos fundamental complementar la idea de cohorte con aspectos que evidencien desigualdades heredadas y nos permitan recuperar la propia heterogeneidad intracohorte. En este sentido, las estructuras de desigualdad se tornan en un aspecto fundamental a explorar en nuestra investigación bajo la

hipótesis de que las transformaciones sociales pudieran haber afectado en forma desigual a su población, provocando efectos segmentados en sus pautas demográficas. De esta manera, se busca indagar si, en el tiempo analizado, los comportamientos demográficos involucrados en la transición a la vida adulta han jugado también como mecanismos de reproducción de desigualdades de origen. A lo largo de nuestra investigación, podremos conocer no sólo cómo un conjunto de individuos transita a su vida adulta, sino también algunos aspectos sobre cómo se gestan los procesos de producción y reproducción de las desigualdades sociales en el tiempo.

Este documento se organiza de la siguiente manera. En primer lugar, se aborda la contextualización y caracterización de las tres cohortes de nacimiento, donde buscamos caracterizar el contexto social para comprender las desiguales condiciones históricas de vida de las que dan cuenta las diferentes cohortes de nacimiento y, de esta forma, identificar cómo los cambios que se procesan desde la segunda mitad del siglo xx hacia nuestros días podrían imponer mayor centralidad y relevancia al papel de las desigualdades sociales en la estructuración de los cursos de vida juveniles. En este momento, se retoman los antecedentes que resaltan la profundidad de las transformaciones estructurales, económicas y sociales, así como sus impactos en el mundo del trabajo, la educación, la organización familiar y los nuevos roles de la mujer. En una segunda instancia, nos abocamos a presentar los elementos centrales y ejes teóricos con los cuales se aborda el objeto de estudio y desde el cual emergen las hipótesis trabajadas. En tercer lugar, se presentan los aspectos a destacar del abordaje metodológico y técnico del estudio. En cuarto lugar, nos abocamos a la presentación y análisis de los resultados para, en un apartado final, reflexionar sobre ellos a la luz de nuestras hipótesis de investigación.

CONTEXTO: CONDICIONES DE EXISTENCIA CAMBIANTES

En México, la transición demográfica llega de manera tardía y no inicia sino hasta avanzado el siglo xx (aproximadamente, a partir de 1930). Sin embargo, el ritmo de las transformaciones demográficas fue muy acelerado y, en muy pocas décadas, su población procesó cambios profundos en su dinámica

demográfica, lo cual transformó su estructura y composición; pero, sobre todo, modificó la estructura de demanda y oferta de recursos en vías de reorganizar el tiempo de vida. De esta forma, a lo largo de las últimas décadas, la población mexicana ha vivido cambios importantes en su crecimiento y estructura demográfica tras el procesamiento de dos grandes transiciones: la transición demográfica y la transición epidemiológica. Entre 1950 y 1970, se alcanzaron tasas de crecimiento demográfico superiores al 3% anual. A partir de allí, se mantuvieron en valores superiores a dos hasta fines del siglo xx. De esta manera, la población mexicana creció de 34 millones, en 1960, a 81 millones en 1990, y 112 millones en 2010 (Inegi, 2013). La esperanza de vida, que en 1960 era de 58 años, a partir de 1990 alcanzó a superar los setenta años. Por otro lado, la fecundidad disminuyó, pasó de siete a dos hijos por mujer, aproximadamente en cinco décadas (1960-2015). Es necesario mencionar que esta evolución de los indicadores a nivel nacional invisibiliza las grandes diferencias de calendario y ritmo con el que la transición demográfica se ha desplegado en el territorio mexicano (Videgain y Banegas, 2020).

El descenso de la fecundidad en México guarda particularidades. A diferencia de otros contextos, no supuso un retraso generalizado en el calendario de uniones y nacimiento del primer hijo de las mujeres mexicanas, sino que descansó sobre el control de la fecundidad mediante métodos modernos de anticoncepción, sobre todo a partir de los 25 años (Zavala de Cosío, 2014). En este sentido, el descenso de la fecundidad en México siguió un modelo dual, marcado por patrones muy desiguales entre mujeres de diferentes sectores sociales (Quilodrán y Juárez, 1990; Zavala de Cosío, 2014). De esta manera, se han identificado como pioneras en el descenso de la fecundidad a aquellas mujeres preferentemente urbanas y con alta escolaridad en la década de los años sesenta del siglo pasado, y que constituían los sectores medios y altos (Quilodrán y Juárez, 1990). Mientras, al mismo tiempo, mujeres de contextos rurales y con poca escolaridad se mantenían en niveles de fecundidad pretransicionales.

En este sentido, la propia transformación demográfica de la población mexicana ha sido también resultado de transformaciones económicas y sociales que se han ido desplegando tanto en el tiempo histórico como a lo largo del territorio nacional, con calendarios y ritmos muy diversos.

Modelos de desarrollo: supuestos, implicaciones y alcances

Desde la década de los cuarenta del siglo pasado, México adoptó un modelo económico nacional que tenía como objetivo principal convertir la actividad industrial en eje del desarrollo económico y de acumulación del capital (conocido como ISI por sus siglas: Industrialización por Sustitución de Importaciones). De esta forma, buscaba transitar de una economía principalmente agrícola y minera a otra, en la que la industria pudiera proveer al mercado interno, sustituyendo las importaciones. Es así como se desarrolló una industrialización a través de subsidios y con medidas proteccionistas que daban prioridad al sector industrial, marginando al sector agricultor. Este modelo generó riqueza en algunas regiones del país, promoviendo un fuerte proceso de urbanización a partir del acelerado desplazamiento de la mano de obra agrícola hacia zonas urbanas. Sin embargo, hubo un gran abandono del sector rural.

El énfasis del modelo ISI estaba en el crecimiento económico porque se suponía que éste sería el mecanismo para mejorar las condiciones y niveles de vida de la población. Por lo tanto, la inversión pública se concentró, sobre todo, en infraestructura, la cual generó empleos e ingresos. En materia de políticas de bienestar, el foco estuvo puesto en acciones a grupos urbanos organizados, las cuales propiciaron mejoras en la cobertura de salud y educación. El avance más importante de la época en materia social fue la creación del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), en 1943, y del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE), en 1959. Ambas garantizaban el derecho a la salud y a la seguridad social. Sin embargo, se carecía de una política de salud que integrara acciones más amplias para toda la población, pues se restringía a las personas adscritas a la seguridad social (IMSS e ISSSTE), es decir, con empleo formal. De esta manera, incrementar el acceso al empleo formal debía ser el vehículo para llevar salud y seguridad social a una mayor proporción de la población.

La estrategia del modelo ISI, si bien favoreció el crecimiento económico, promovió una estructura de desarrollo social desequilibrado, cuyo rasgo inherente sería la desigualdad social (Cordera, 2015). Además, el crecimiento errático e insuficiente del empleo formal ponía en juego la sustentabilidad

y financiamiento del seguro social (Cordera, 2017). En un primer momento, el gasto público se financiaba con renta petrolera y luego con déficit; lo cual derivó en un periodo inflacionario, entre 1940 y 1958, donde los asalariados vieron revertirse los logros anteriores (Cordera, 2015). En vías de atender la inflación y reducir el déficit, la política económica inició la fase de crecimiento sin inflación, conocida como Desarrollo Estabilizador, desde 1958 hasta 1970.¹

A partir de la década de los setenta del siglo pasado, como en otros países de la región, se comenzó a hacer notorio el agotamiento del modelo ISI. Por características propias de la estructura productiva mexicana, este agotamiento se hizo más evidente a partir de la caída del precio del petróleo en 1982 y el estallido de la crisis de la deuda en México (Cordera y González, 1991; Dussel, 1997).

Con la entrada de México al Acuerdo General sobre Comercio y Aranceles (GATT) en 1986, se inició el proceso de apertura económica hasta la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte con Estados Unidos y Canadá en 1994. Esta última formalizó y dio marco regulatorio a la estrategia gubernamental de integración a la economía global. La desregulación y la no intervención del Estado en la economía constituían las condiciones impuestas por los inversionistas internacionales para traer sus capitales a nuestro país, lo que convertía al sector productivo en el principal agente del crecimiento económico (Pozas, 2010). Sin embargo, el aumento en las exportaciones y los montos de la inversión extranjera directa (IED) no contribuyeron de manera significativa al crecimiento del empleo ni del salario ni a mejorar las condiciones de vida de la población (Cortés y Oliveira, 2010). Agravando la situación la gran crisis que el país atravesó en 1994-1995.

La reestructuración y liberalización económica iba de la mano de una reducción significativa del gasto social y de las inversiones públicas (Aboites, 2008). En 1982 se inició la reforma del Estado que, entre otras cosas, implicó el redimensionamiento del sector público y el replanteamiento del papel del Estado en las políticas sociales. Se abandonó el universalismo que había

¹ En esta fase, se buscó controlar el precio de los principales elementos que influían en los costos de los productos industriales y, con el aumento de la producción, se contribuía a frenar la inflación.

privilegiado a sectores medios y altos de las ciudades y se implementaron políticas y programas selectivos, focalizados en los segmentos de población con mayores carencias y rezagos (Sánchez, 2012). En resumen, el gasto público, en general, y el gasto social en particular sufrieron fuertes recortes, y la política social se sometió a criterios de eficiencia en asignación de recursos (Banegas, 2011; Sánchez, 2012), dejando a amplios sectores de la población sin políticas compensatorias que les permitieran amortiguar los efectos de las crisis y ajustes estructurales.

Si bien dichas reformas han sido exitosas al conseguir equilibrios fiscales y controlar la inflación, el ritmo de crecimiento económico y la evolución del mercado laboral no han sido favorables para mejorar los niveles de vida de la mayor parte de la población mexicana, y mucho menos para reducir la pobreza (Ibarra, 2004). De esta manera, las reformas económicas en las que se encaminó México en las últimas décadas no tuvieron los resultados esperados y han contribuido a un incremento de su gran deuda social.

Cambios institucionales

Mercado trabajo y nuevo rol de la mujer

Desde la salida del modelo ISI, se puede observar un acelerado deterioro del poder adquisitivo de los ingresos de los trabajadores (Tuirán, 1993). México sufrió tres crisis importantes en las últimas décadas (1982, 1995 y 2009). Entre 1994 y 1996, el ingreso familiar de los mexicanos sufrió una caída del 24.8%, pero para algunas zonas urbanas, como la capital del país, esta disminución llegó a 38% (Sánchez, 2012). Luego de la crisis de 1995, el país inició una fase de recuperación que resultó lenta y variable según regiones y economías locales. En 2004, la Ciudad de México, una de las ciudades más importantes del país, aún se encontraba 27.2% por debajo de los ingresos reales percibidos diez años atrás (Sánchez, 2012).

Ante esta coyuntura y la escasez de empleo asalariado, las familias comenzaron a buscar soluciones para lidiar con los efectos de las crisis movilizándolo sus recursos. Las estrategias familiares para conseguir más recursos se reflejaban, a su vez, en el crecimiento del autoempleo, el empleo informal, la

precarización y polarización del trabajo. Ante las crisis se han documentado estrategias de sobrevivencia, que fueron caracterizadas por la autoexplotación forzada de los recursos de las familias, las redes de solidaridad social y la extensión de las actividades informales (Cortés y Rubalcava, 1991); así como por el cambio en los patrones de consumo, la distribución de los recursos y el recurrir a la migración laboral en Estados Unidos o al autoempleo, entre otras (Gonzalbo y Rabell, 2004).

Los cambios en el modelo de desarrollo y las estrategias de inserción de la economía mexicana al comercio internacional fueron cambiando la estructura ocupacional del país; la demanda de la fuerza de trabajo femenina fue variable en cada una de sus fases, orientando a las mujeres hacia diferentes ocupaciones (Oliveira y Ariza, 1998). En este sentido, se han investigado los vínculos de los modelos de desarrollo con la organización familiar y los nuevos roles de la mujer, así como el papel que tuvieron las crisis económicas del periodo sobre la participación femenina en la fuerza de trabajo.

Para Rendón (2004), entre 1950 y 1970 se consolidó el modelo tradicional de un jefe de familia varón como único proveedor de ingresos; sostenido, en gran medida, por los incrementos en productividad y aumentos de salarios observados durante la consolidación del modelo nacional de desarrollo (ISI). La consolidación de este modelo propició la instalación una demanda de fuerza laboral femenina hacia trabajos en el sector de servicios de la economía formal (Oliveira *et al.*, 1996). Sector que se fortaleció con la conformación de una burocracia estatal (escuela, salud, administración) propia de los procesos de modernización que vivió México, entre los años 1930 y 1970. Si bien, entre 1970 y 1980, la participación económica femenina aumentó del 18 al 28%, el modelo de arreglo familiar con único proveedor varón prevaleció en el periodo (Lustig, 1990). Este modelo tradicional se puso en crisis junto al agotamiento del modelo ISI.

Las décadas de los ochenta y los noventa del siglo pasado se caracterizaron por crisis y recesión económica, y la tasa de participación femenina pasó de 32%, en 1991, a 35%, en 1996. Si bien el incremento no fue muy grande, se modificó en este contexto el perfil de la mano de obra que participaba en la actividad económica, con mayor presencia de mujeres casadas y con hijos, como estrategia de los hogares para aumentar el número de proveedores ante

las condiciones de inestabilidad económica (Pedrero y Rendón, 1982; García y De Oliveira, 1994; Rendón, 2004; Parrado y Zenteno, 2005). Asimismo, la reestructuración económica en el marco de un nuevo modelo productivo orientado a la exportación de manufacturas actuó de manera conjunta con la división sexual del trabajo para reorganizar el mercado laboral hacia una mayor demanda de mujeres; aprovechando la desigualdad de género para encontrar en la fuerza de trabajo femenina un recurso menos costoso (Oliveira y Ariza, 1998; Chant, 1991). De esta forma, las crisis sufridas a partir de 1982 y la reestructuración de la economía propiciaron un deterioro generalizado de las condiciones laborales. El escaso crecimiento de mejores empleos en el sector terciario ha contribuido a que las mujeres se inserten, con frecuencia, en empleos precarios (Oliveira y Ariza, 2000).

Trabajo remunerado y demandas domésticas

Desde que la participación laboral femenina comenzó a crecer de manera sostenida a partir de 1970, se pudo observar el fuerte condicionamiento entre el mundo del trabajo y el mundo de la familia, el cual termina por estructurar la oferta laboral femenina, sobre todo hacia las mujeres solteras y sin hijos (García y De Oliveira, 1994). Más de la mitad de las mujeres trabajaba antes de unirse por primera vez, pero pocas trabajan de manera ininterrumpida, pues era muy común que abandonaran el trabajo durante el inicio de la formación de sus familias.

Desde finales de los años ochenta, se observó una mayor participación en mujeres en edades a partir de los 35 años, cuando generalmente los hijos empezaban a crecer. Entre las solteras, la participación ha sido regularmente elevada; en las mujeres de los sectores medios con más escolaridad se ha alcanzado mayor participación (García y Oliveira, 1994; Mier y Terán, 2016). Investigaciones de corte longitudinal han permitido constatar patrones laborales caracterizados por entradas y salidas frecuentes del mercado de trabajo, que se combinan con los calendarios reproductivos y fases de mayor demanda en la crianza de los hijos (Mier y Terán *et al.*, 2016). Las principales fuentes de empleo para las mujeres se concentran en el comercio y los servicios personales; siendo este último uno de los sectores más precarios de

la economía mexicana y donde las actividades de tiempo parcial son la norma, más que la excepción (Pedrero *et al.*, 1997).

Si bien en una primera instancia, la entrada de las mujeres al mercado de trabajo fue producto de fuerzas coyunturales en el marco de economías recesivas (Lustig, 1990), procesos de corte demográfico (descenso de la fecundidad y expansión educativa) y de cambio cultural actuaron de manera conjunta para traernos a los niveles de participación femenina en el mercado de trabajo actual. En 2018 encontramos una tasa del 44% de actividad económica en mujeres de 15 años y más, que no logra incrementarse significativamente frente un 53% que se alcanzaba como promedio en los países latinoamericanos en 2010 (García y Pacheco, 2014).

Este techo en los niveles de participación laboral femenina da cuenta que la participación de la mujer en el mercado de trabajo no ha visto, como contraparte, el desarrollo de políticas que permitan resolver las problemáticas de inequidad de género a las que nos convoca este cambio de roles femeninos. Diversas investigaciones han destacado que la paulatina participación de las mujeres en el mercado de trabajo extradoméstico y remunerado no se acompañaba de cambios en los roles de los varones ni un mayor involucramiento de ellos en las tareas domésticas (Barbieri, 1984; Oliveira *et al.*, 1996; Oliveira y Ariza, 2001; Rendón, 2000). Todos estos factores, de la mano de un mercado de trabajo precarizado, dan cuenta de un contexto de desincentivos a una mayor participación laboral femenina y permiten comprender el nivel de participación actual.

Expansión educativa

Es importante señalar que este escenario de salida de la mujer al mercado de trabajo coincide con los años de expansión educativa en México, a partir de la cual niños, niñas y jóvenes aumentaron sus años de estudios. Las nuevas metas educativas imponían a los hogares una mayor inversión en años de crianza y de dependencia económica de sus hijos. Las coyunturas de crisis del periodo fueron una fuente de desigualdad importante entre jóvenes de distintos sectores de la población. Mientras unos retrasaban la posibilidad de convertirse en perceptores para el hogar de origen, prolongando

su rol estudiantil, niños y jóvenes de sectores sociales menos favorecidos debían alejarse de estas metas educativas para atender la urgencia familiar y salir en busca de ingresos para el hogar (Mier y Terán y Rabell, 2001).

Lo que sucede en el ámbito educativo es un claro ejemplo de las escasas respuestas económicas y sociales por parte del Estado ante la alta presión demográfica. En 1950, el sistema educativo mexicano tenía tres millones de alumnos, para el año 2000 se había elevado a treinta millones (Cordera, 2017). Si bien México realizó un gran esfuerzo para poder responder, en su proceso de expansión educativa, a los niveles de crecimiento poblacional, resultó insuficiente para atender sus problemas de cobertura; a estos problemas de cobertura se añaden los problemas de calidad educativa. Si bien la obligatoriedad de la escuela primaria data de 1867, el Estado mexicano se propuso proveer escuelas para todos los niños mexicanos (Plan Nacional de Once Años) recién en 1970 (Mier y Terán y Rabell, 2005). Sin embargo, en 1992 todavía no se había alcanzado la cobertura total en educación primaria (95.2%), un tercio aún no alcanzaba la educación secundaria y la cobertura en educación media superior y superior era muy escasa (Cordera, 2017). El primer ciclo de la educación secundaria se volvió obligatoria en 1993 y la educación media superior se incluyó recién en 2011.

Con la escuela secundaria, el Estado mexicano volvió a mostrar rezago en la cobertura; por lo cual, la obligatoriedad no suponía alcanzar metas de universalidad. En 1980, un 48% de los niños entre 12 y 14 años asistían a la secundaria, hasta 1990 se alcanzó el 79% (Mier y Terán y Rabell, 2005). En 2008, si bien se observó un gran avance en la educación secundaria (94.2%), la educación media superior sólo alcanzó un 61% de cobertura y la superior apenas alcanzaba una cuarta parte (Cordera, 2017).

El proceso de expansión educativa en México no sólo fue tardío, sino también incompleto y, por lo tanto, inequitativo. En este sentido, los problemas de oferta educativa pública han propiciado la posibilidad de emergencia de un sector educativo privado que se ha ido expandiendo en diferentes niveles educativos, cada vez con más fuerza a medida que se ha incrementado la presión demográfica. A esto se refiere Saraví (2015) cuando analiza el caso mexicano y hace referencia a las trampas de la universalidad y la inclusión desigual para dar cuenta del profundo proceso de segmentación a partir del

cual se expande la educación en México; es decir, reproducción de desigualdades a partir del sistema educativo. En un estudio sobre el aumento de la escolaridad en la población económicamente activa en México, se observó que aquellos que tienen 13 años o más de escolaridad serán quienes ocupen posiciones con mejor remuneración respecto a quienes tienen una escolaridad más baja, independientemente del sector de la economía de que se trate (De Ibarrola, 2009).

La baja inversión en infraestructura rural heredada del desbalanceado modelo ISI (orientado a la industria y los entornos urbanos), se refleja en un rezago aún mayor en cobertura, donde ha sido más acuciante la carencia de escuelas y planteles de los distintos niveles. De esta forma, Mier y Terán y Rabell (2005) identifican que la expansión educativa y el requerimiento de mano de obra calificada para la industria fueron los dos grandes factores que promovieron la segmentación de los cursos de vida; explican por qué fue tan tardío el proceso de institucionalización de la niñez y juventud en México, más aún cuando se trataba de contextos rurales. Tanto la expansión educativa como la industrialización tuvieron un impacto más fuerte y temprano en los espacios urbanos. Si bien nuestra fuente de datos trabaja con población residente en grandes áreas urbanas al momento de la encuesta (2011), es importante señalar que puede contener experiencias de escolarización y entrada al trabajo en espacios rurales o urbanos de menor escala.

Cambio demográfico y cambio institucional

Finalmente, es interesante destacar que no sólo el descenso de la fecundidad y la expansión educativa siguieron un terreno trazado por las desigualdades sociales, sino que ambas dimensiones se reforzaron para generar condiciones diferenciales para entrar al mercado de trabajo y permanecer en él; en lo que respecta la intensidad en el trabajo (duración de la jornada) y la calidad del empleo al que se puede acceder. Desde la perspectiva sociodemográfica, se han analizado también los patrones familiares y reproductivos de las mujeres dependiendo de su participación y tipo de inserción en el mercado laboral (Pacheco y Blanco, 2003), así como los patrones de entrelazamiento entre ambas trayectorias (Mier y Terán *et al.*, 2016). Para mediados de los

noventa, la tasa global de fecundidad en mujeres sin escolaridad primaria finalizada era de 4.1 hijos y 2.4 cuando contaban con secundaria o más (Mier y Terán y Partida, 2001). Cuando las mujeres tenían como nivel máximo de escolaridad la primaria, la edad mediana para tener el primer hijo era de veinte años, cuando alcanzaban estudios profesionales era de treinta años (Mier y Terán, 2010). De esta manera, las expectativas depositadas en la educación para atraer a la mujer al mercado de trabajo no fueron del todo colmadas.

Implicaciones del contexto y caracterización de las cohortes

Los procesos de cambios históricos e institucionales acontecidos nos permiten establecer las bases o condiciones de regulación y cambio en los patrones de estructuración de los cursos de vida analizados y delinear la estructura de limitaciones y oportunidades de cada cohorte. Para resumir aquellos que creemos más relevantes en relación con las transiciones de vidas analizadas entre sus 15 y 25 años de vida, y con base en la revisión anteriormente realizada, se elabora el siguiente cuadro (cuadro 1) de contextualización de las tres cohortes de nacimiento.

CONSIDERACIONES TEÓRICAS

Este trabajo de investigación se centra en uno de los objetos de estudio más clásicos de la perspectiva de curso de vida, como es la transición a la vida adulta y los efectos de los cambios históricos sobre las posibilidades de estructuración de los cursos de vida tempranos. Ambos elementos ya fueron presentados y delineados desde el primer capítulo introductorio de este libro. De todas maneras, creemos necesario recuperar y profundizar en algunos aspectos ya mencionados y resaltar otros, que contribuyen a la delimitación del objeto de estudio que nos ocupa en este capítulo en particular. El marco de referencia teórico diseñado parte de dos enfoques, que creemos complementarios y vinculados por su carácter multidimensional

Cuadro 1
Caracterización de las tres cohortes de nacimiento

1951-1954. 15 y 25 años entre 1966 y 1976	1966-1968. 15 y 25 años entre 1981 y 1991	1978-1980. 15 y 25 años entre 1993 y 2003
Desarrollo Estabilizador (1958 a 1970).	Cohorte bisagra entre dos modelos	Nuevo modelo de inserción económica del país.
Alta urbanización. Ciudades se colman de inmigrantes rurales.	Agotamiento del modelo ISI: - Limitaciones para generar empleo formal. - Reducción del gasto social.	Contexto de debilitamiento del rol estatal en las políticas públicas y sociales.
Sectores emergentes del modelo con acceso a fuentes de bienestar estatal: empleos formales, públicos y privados, en ámbitos urbanos.	Crisis de los ochenta. “Décadas perdidas” en el crecimiento económico. Etapa formativa: universalización de la escuela primaria, aunque con problemas de cobertura desde educación media en adelante (mercantilización).	Etapa formativa: - Mayor requerimiento de capital cultural por parte del mercado de trabajo. - Cobertura insuficiente a nivel de educación media, media superior y superior (mercantilización).
Alto crecimiento demográfico (3.2% anual), provocado por el descenso de la mortalidad, no por el control de la fecundidad (entre 6 y 7 hijos por mujer, Conapo).	Mayor presencia de las mujeres en el mundo del trabajo remunerado, pero en contextos de estancamiento económico con procesos de precarización y desalarización de los mercados de trabajo.	Mayor presencia de mujeres en el mundo del trabajo remunerado, pero en contextos de fuerte flexibilización de los mercados de trabajo.
Los problemas de sustentabilidad del aparato estatal traducidos en endeudamiento, aminorando la pérdida de calidad de servicios y prestaciones, pero se hace evidente en las cohortes sucesivas.	Las altas tasas de crecimiento demográfico y la reducción del gasto público y social convierten en insuficientes a las políticas de empleo, educación, salud y vivienda. Institucionalización de los programas gubernamentales de planificación familiar (fines de los setenta). Niveles de fecundidad: entre 3 y 4 hijos por mujer a nivel nacional.	Ausencia de políticas de conciliación entre familia y trabajo (políticas de cuidado) en el marco de la expansión de trabajo extradoméstico y remunerado en las mujeres. Alta institucionalización de los programas gubernamentales de planificación familiar Niveles de fecundidad: 3.3 y 2.5 hijos por mujer a nivel nacional.

Fuente: elaboración propia.

y dinámico, como son la perspectiva del curso de vida y el análisis de las desigualdades sociales.²

En un primer momento, nos proponemos presentar las condiciones que permiten la emergencia de la transición a la vida adulta como hecho social. Comprender la transición a la vida adulta como hecho social supone poder aprehender las condiciones de existencia y regulación que caracterizan las principales particularidades de esta etapa, que luego, desde las ciencias sociales, se constituyen en objeto de estudio. Esto supone comprender lo que es de fundamental interés para nuestra investigación: los efectos sobre la estructuración de los cursos de vida que tienen los procesos de modernización económica y social, así como la transición demográfica (Kohli, 2007). Ambos procesos son la base estructural sobre la que se desarrollan las vidas individuales que nos atañen en este estudio. Un segundo movimiento requiere abordar la transición a la vida adulta como objeto de estudio, a modo de recuperar lo que, desde la perspectiva de curso de vida, se ha acumulado y sistematizado al respecto. Lo cual nos remite a las potencialidades del estudio de la TVA para analizar el vínculo entre historia y biografía. Finalmente, se buscará vincular los procesos asociados a la TVA con el estudio de trayectorias y desigualdades de Abbott (2001 y 2016), quien concibe a las trayectorias de vida como la unidad analítica privilegiada para estudiar el proceso mismo de estructuración de las desigualdades sociales.

La emergencia de la adolescencia y juventud como una etapa biográficamente distintiva debe ser entendida como un largo proceso de segregación gradual de los niños del mundo adulto, que se remonta a los orígenes de la sociedad moderna. En las sociedades preindustriales, factores demográficos, sociales y culturales se combinaban para producir las mínimas diferencias en las etapas de vida (Hareven, 2000). La infancia y la adolescencia

² Algunos aspectos de la propuesta de abordaje teórico planteados en este trabajo se originan y provienen de investigaciones anteriores (Videgain, 2012). Para los fines de este capítulo, se realizó un esfuerzo por presentar, de manera abreviada, movimientos teóricos ya trabajados en la tesis de doctorado, que consideramos pertinentes para la construcción del andamiaje conceptual de la investigación que nos ocupa.

no eran etapas distintivas y los niños, a muy corta edad, formaban parte del mundo adulto con las correspondientes responsabilidades. Los principales roles adultos, como el trabajo y la paternidad, se desarrollaban casi a lo largo de toda la vida. Matrimonios relativamente tardíos, corta esperanza de vida y altas tasas de fecundidad no daban tiempo para que las familias y hogares se quedaran sin hijos que criar (Hareven, 2000). Se trataba de condiciones sociales donde el curso de vida estaba comprimido a un espacio breve y relativamente homogéneo. Transiciones que hoy podemos identificar como partes de la transición a la vida adulta (salida de la escuela, entrada a trabajar, establecer un hogar independiente, matrimonio y tener hijos), que no estaban claramente estructuradas ni significaban un punto de quiebre en las estructuras de responsabilidades y derechos en la población.

La integración de las actividades económicas con la vida familiar proveía continuidad al curso de vida. Pero el impacto de la industrialización en la estructura social, acompasado con los cambios que trae la transición demográfica, van a propiciar procesos de discontinuidad en el curso de vida y de diferenciación gradual por grupos de edad asociados a funciones (Hareven, 2000; Kohli, 2007). La separación de las funciones del hogar y la empresa (del ámbito de la producción y el consumo) conlleva a procesos de diferenciación social. En estos procesos, los individuos deben desarrollar sus vidas en múltiples espacios; ejecutando diferentes roles, en lugar de construir su vida social en torno a la pertenencia a un determinado grupo primario (comunidad o familia). En este sentido, la construcción social de la juventud es el resultado de un proceso de diferenciación social creciente, que fue segmentando en etapas los cursos de vida individuales, desde la niñez (con el surgimiento de la infancia) hasta la adultez.

La participación de las escuelas fue notable en la consolidación de la infancia. A medida que se extiende la obligatoriedad a más niveles, se observa que el proceso cumple, igualmente, el rol de institucionalizar nuevas etapas: la adolescencia y juventud (Hareven, 2000; Kohli, 2007). La escuela, en sus distintos niveles (primaria, educación media, educación media superior y superior), se va convirtiendo en un espacio institucional de desarrollo, socialización y aprendizaje social clave en edades cada vez más avanzadas. De la mano con el proceso de expansión educativa, también se fueron regulando

las entradas de los individuos al mundo del trabajo en una lógica de retraso, toda vez que se limitaba el trabajo infantil y se ampliaba la edad mínima para poder trabajar.

En el marco de estos procesos, el transcurso de vida, desde que un individuo nace hasta que muere, va convirtiéndose en una serie institucionalizada y socialmente reconocida de etapas en la vida de los individuos, en donde se definen obligaciones personales y derechos, estatus y roles, en relación con una multiplicidad de dominios institucionales (Mayer, 1991). Este proceso se conoce como estructuración y diferenciación de los cursos de vida. La edad biológica de un individuo comienza a estar fuertemente asociada con estas etapas y la configuración de roles que implican, constituyéndose en una construcción social históricamente anclada. Estos son elementos necesarios para la emergencia del curso de vida como un hecho social.

Las características estructurales de las sociedades altamente diferenciadas no sólo hacen posible la emergencia de los cursos de vida como hechos sociales, sino que promueven requerimientos también de carácter estructural y regulatorios que hacen necesario que las personas “se capaciten” para habitar el mundo que les espera (Elias, 2000). Este abismo, entre la actitud que pueden tener los niños y la que se le exige a un adulto en contextos de organizaciones modernas, sitúa al adolescente en un lugar muy particular de la organización de la vida social. Entre el niño y el adulto no sólo hay una brecha de comportamientos, sino que eso podemos traducirlo en una brecha de tiempo, tanto individual como social. En el curso del proceso de individualización y formación social, los individuos deben aprender a administrar su tiempo individual, adquiriendo, entre otras cosas, un sentido de la oportunidad (*timing*), desarrollando calendarios de entrada y salida de diferentes espacios y roles (escuela, trabajo, maternidad, entre otros). Para esta tarea, la sociedad moderna desarrolla y destina instituciones.

Todo lo dicho nos enfrenta a una condición estructural de las sociedades contemporáneas occidentales derivadas del curso civilizatorio del cual nos habla Elias (2000): la institucionalización de la transición a la vida adulta. Los jóvenes ya no son preparados para la vida adulta directa y únicamente por sus familias, sino de manera indirecta a través de instituciones especializadas, como escuelas y universidades (Elias, 2000). La TVA es vista por

Elias (2000) como un proceso de fijación social imprescindible e inevitable en las sociedades modernas y contemporáneas, donde los cursos de vida individuales se estructuran a partir de la participación individual en diferentes instituciones que median en el proceso de integración del individuo al todo social.

Es así como la transición a la vida adulta no se da de un momento a otro; en cambio, debe ser identificada como un proceso donde ocurren múltiples transiciones, que implica un pasaje de estatus caracterizado por cierta indeterminación social. La bibliografía sociodemográfica (Shanahan 2000; Hogan and Astone, 1986; Modell *et al.*, 1976) ha puesto énfasis en algunas de las transiciones involucradas en el proceso y nos proporciona un modelo analítico que supone valorar transiciones no familiares y familiares (Modell *et al.*, 1976). De esta forma, el pasaje a la vida adulta es un periodo demográficamente denso, en tanto se procesa una cantidad importante de eventos demográficos y cambios de estatus que, al involucrar múltiples dominios institucionales, modifican también la estructura de derechos y responsabilidades de los individuos. Estas transiciones pueden variar entre distintas sociedades y el tiempo (Galland, 2001). La idea es poder contemplar aquellas que sean más relevantes para dar cuenta del cambio en la estructura de derechos y responsabilidades que supone la vida adulta en la sociedad y tiempo analizado.

La juventud, entendida como proceso, es más que una categoría y se convierte en una etapa clave en la inserción social del individuo, donde se juegan chances vitales en un juego de estructura y agencia, así como de causación acumulativa. Se procesan transiciones familiares, laborales y educativas que van a impactar las vidas futuras de forma inevitable a través de los efectos de transición y efectos de selección (Elder y O'Rand, 1995). Los primeros refieren a los efectos inherentes a la transición: un cambio de estatus y rol; mientras que los segundos (de selección) nos advierten sobre los efectos diferenciados que pueda tener una misma transición en distintos casos y que siempre descansan en la propia contingencia de la biografía individual. Así, los efectos de una transición interactúan con características propias, como la edad, el sexo, el lugar que se ocupa en una estructura familiar, la condición ocupacional, entre muchas otras.

La entrada en la maternidad/paternidad supone efectos de transición inevitables, como asumir el cúmulo de responsabilidad de manutención y crianza al respecto. Como observamos en el apartado anterior, la transición al primer hijo puede suponer, para el caso de las mujeres, un efecto de selección que no se identifica en varones: la salida del mercado de trabajo. De esta forma, estudiar esta etapa de vida, con el conjunto de transiciones que involucra, supone estudiar gran parte del proceso de reproducción biológica y social de una población, convirtiéndose, a su vez, en una etapa muy relevante para analizar los efectos de selección y, en consecuencia, de acumulación de condiciones de ventajas o desventajas.

La condición estructural de mediación institucional que supone la TVA nos remite a la relevancia de considerar la estructura de desigualdad social. Las experiencias de vida no sólo están ancladas e históricamente estructuradas (vidas en contexto: cohorte), sino que, además, se encuentran diferenciadas por los procesos segmentadores de la estructura de desigualdad (heterogeneidad intracohorte). Ante estas fuerzas diferenciadoras, los distintos sectores o grupos sociales se encontrarían desigualmente expuestos a participar en el entramado institucional y, en ese acceso diferenciado, se juegan procesos de integración social y trayectorias de vida muy diferentes. De esta forma, entran en juego las desigualdades sociales que debemos entender en clave de interseccionalidad (clase y género) y el papel del Estado para promover o reducir desigualdades sociales.

A este proceso, Dannefer (2003) lo señala como “efecto Mateo” (extraído de Merton) a nivel de los cursos de vida: los que están en mejores posiciones estructurales podrán desarrollar sus vidas de manera tal que reforzarán su posición privilegiada. En este sentido, la TVA puede ser entendida como una desigualdad dinámica (Fitoussi y Rosanvallon, 1997). Es decir, una experiencia demográfica que, en su interacción con las desigualdades estructurales (y categoriales como género o clase, entre otras), termina por actuar como mecanismo de fijación de desventajas sociales, contribuyendo al proceso mismo de reproducción de la estructura de desigualdad.

La perspectiva dinámica de Abbott (2001 y 2016) y su propuesta de análisis de trayectorias como unidad analítica (donde se hace visible el entrelazamiento entre biografía e historia) nos permite dar un paso más sobre

la propuesta de desigualdades dinámicas de Fitoussi y Rosanvallon. Para Abbott (2016), no sólo las vidas individuales transcurren y devienen en el tiempo de manera procesual, sino que también lo hacen las propias estructuras de desigualdad. En tal sentido, las desigualdades estructurales de Fitoussi y Rosanvallon también deben ser concebidas y estudiadas de manera dinámica, es decir, como procesos. Las estructuras sociales también devienen en el tiempo a través de la permanente y continua estructuración de los cursos de vida en ella desarrollados. De esta forma, Abbott (2016) plantea que las trayectorias de vida individuales son la unidad analítica donde la historia y la biografía se entrelazan, dando lugar tanto a procesos de producción, reproducción o desmantelamiento de las propias estructuras de desigualdad social. En la trayectoria individual se hace efectivo el proceso de estructuración mismo de las desigualdades sociales (Abbott, 2016) en una lógica de realización conjunta de los cursos de vida individuales y la estructura de desigualdades sociales.

Para Dannefer (2003), los procesos de diferenciación intracohorte operan a nivel macro, organizacional y micro en el sentido de ventajas o desventajas acumulativas. En la medida en que los procesos de diferenciación intracohorte estructuran las trayectorias de vida, Abbott diría que la diferenciación intracohorte y la estructuración de las trayectorias de vida serían dos caras de un mismo proceso: el de estructuración de las desigualdades sociales. Las decisiones que a nivel individual se toman con fuertes condicionamientos sociales, no sólo tendrán consecuencias importantes y acumulativas a lo largo de las vidas de las personas, sino que, además, a nivel de las relaciones sociales, ese proceso de producción de condiciones de vida individuales va configurando la estructura misma de desigualdad social. Un muy buen ejemplo de este proceso queda ilustrado con las reflexiones en torno a las cuestiones de género que se realizan en el capítulo introductorio de esta obra (Goffman, 1976; West y Zimmerman, 1987; Bourdieu, 1990; Chafetz, 1997; Widmer *et al.*, 2004).

En tal sentido, se parte de un enfoque procesual y dinámico a nivel micro y macroestructural, donde la transición a la vida adulta, así como la estructuración de las desigualdades sociales, deben ser entendidas como procesos que se desarrollan de manera conjunta. Si esto lo podemos valorar en el

tiempo con un análisis de cohortes, se obtiene también una aproximación a las dinámicas de la desigualdad.

PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN E HIPÓTESIS DE TRABAJO

Nuestro trabajo se centra en estudiar las trayectorias a la vida adulta de mujeres y varones de tres cohortes de nacimientos (1951-53, 1966-68 y 1978-80), residentes en los principales centros urbanos de México, en vías de comprender cómo las grandes transformaciones sociales que sucedieron en el periodo pudieron haber afectado la forma en que los jóvenes estructuraban su vida y, de manera más específica, realizaban su tránsito a la vida adulta. El periodo de la historia nacional trabajado, a través de las tres cohortes de nacimiento, nos permite observar cómo se ha consolidado el proceso mismo de estructuración e institucionalización temprana del curso de vida (TVA); en tanto coincide con el proceso de diferenciación institucional y funcional de la estructura social mexicana (modernización de su estructura productiva y social).

A modo de resumen, las trayectorias de vida analizadas en este trabajo dan cuenta de un periodo de historia nacional que contempla tanto el auge como el agotamiento de un modelo nacional de desarrollo basado en la industrialización por sustitución de importaciones (ISI); para iniciar y consolidar un modelo de apertura económica que terminó por reorganizar los sectores competitivos en torno a grupos económicos y sociales muy diferentes al anterior. De esta forma, a aquellos sectores sociales rezagados por ser los olvidados del modelo ISI (ámbito y población rural), se agregaron nuevos sectores desprotegidos, ahora en el ámbito urbano.

En el marco del proceso de diferenciación funcional e institucional, el Estado de bienestar se transformó en una herramienta fundamental de integración social para los Estados modernos (Mayer, 1986); porque, al desmercantilizar el acceso a las diferentes instituciones y recursos sociales, promueve procesos de estandarización que dotan a los calendarios sociales de relativa independencia respecto a las necesidades familiares y condiciones de origen (Hareven, 2000). Pero algo muy diferente sucedió en el caso mexicano, donde se siguió un esquema de diferenciación funcional e institucional que, a la vez

que buscaba promover procesos de estandarización del curso de vida (expansión educativa, salarización de la fuerza de trabajo, seguro social, entre otros), promovía fuerzas de fragmentación social que, podemos pensar, se observan más fuertes a medida que nos acercamos a la cohorte más joven. Del esquema de políticas y protección social altamente segmentado del modelo ISI, se transitó a una fase de reducción del gasto social, donde se debilitó la intervención e inversión pública cuando se debía hacer frente a los nuevos imperativos de gobernabilidad demográfica que imponía el crecimiento poblacional. El alto nivel de crecimiento poblacional modificó en poco tiempo la estructura por edades de la población y sus tasas de dependencia económica. Sin embargo, entre 1982 y 2004 el PIB per cápita creció apenas un 0.5% al año; entre 2005 y 2012 creció, en promedio, 2.5% (Cordera, 2017). De esta manera, los cambios en la estructura y dinámica demográfica nacional han impactado directamente sobre la cuestión social (Cordera, 2017).

Como consecuencia de ello, las familias adquieren una mayor responsabilidad en la tarea de garantizar el bienestar de sus miembros, modificando su organización y la distribución de funciones y tareas en su interior. De igual manera, han sido las familias quienes han debido absorber las pérdidas y riesgos sociales crecientes de los contextos socioeconómicos recesivos, reforzando la dependencia intergeneracional. En el marco del fuerte proceso de deterioro de las condiciones de trabajo y el aumento de las metas educativas (en un proceso de mercantilización y segmentación de la oferta), las desigualdades de origen y género tendrían una relevancia creciente para comprender las dimensiones que organizan las vidas juveniles a medida que nos acercamos a las cohortes más jóvenes.

En tal sentido, planteamos que un análisis de cohorte no es suficiente para entender los efectos del cambio social sobre las vidas individuales y que la heterogeneidad intracohorte habría jugado un papel muy importante para distribuir, de manera desigual, los riesgos sociales emergentes. Es decir, las transformaciones sociales no habrían afectado de igual manera a los miembros de una misma cohorte de nacimiento. La diversidad de patrones de transición a la vida adulta podría leerse, también, como un proceso de estructuración de las desigualdades sociales. Así, la TVA, como proceso de construcción de cursos de vida tempranos, puede constituirse en sí mis-

mo en mecanismos de fijación y reproducción de la desigualdad social. En tal sentido, podemos pensar que el proceso de institucionalización de la TVA en el devenir histórico nacional puede ser expresado en clave del proceso de estructuración de desigualdades sociales en el México moderno.

DATOS Y MÉTODOS

Fuente de información

El análisis empírico está basado en la Encuesta Demográfica Retrospectiva, Eder 2011, la cual permite reconstruir las trayectorias a la vida adulta de mujeres y varones de tres cohortes de nacimiento (1951-53, 1966-68 y 1978-80), residentes en los principales centros urbanos mexicanos, a partir de un cuestionario biográfico. Dicha fuente de datos proporciona al estudio 2,782 biografías laborales, educativas y de formación familiar (1,358 de varones y 1,424 de mujeres). Las biografías se reconstruyen de manera retrospectiva con una periodicidad anual (unidad temporal mínima) desde el momento de la encuesta.

Trayectorias

Nuestra unidad analítica serán las trayectorias individuales entre los seis y treinta años de edad. En este sentido, para poder reconstruir las trayectorias de vida que den cuenta del proceso de cambio de responsabilidades y derechos que supone el tránsito a la vida adulta, proponemos descomponer lo que acontece al interior de cada dominio institucional involucrado en una secuencia de estatus (estados). Dada la fuente de datos utilizada, trabajaremos con la trayectoria escolar, la laboral y la de formación familiar.³ Esta última recupera información tanto de la trayectoria conyugal como la reproductiva

³ La fuente de datos mencionada recupera información sobre el parentesco del encuestado con las personas con las que reside, año tras año, pero no permite reconstruir los movimientos residenciales del encuestado. Por este motivo, no podemos integrar la trayectoria residencial en nuestro análisis para observar el calendario de salida de la casa de los padres.

de los encuestados, y considera cuatro estados: no unidos sin hijos, unidos sin hijos, no unidos con hijos y unido con hijos. De esta forma, en una sola secuencia podemos resumir las diferentes etapas de formación familiar.

La trayectoria escolar se construye a partir de siete estados: no estudia, primaria, secundaria, preparatoria, carrera técnica, normal y universidad. La trayectoria escolar no sólo nos informa de la edad de salida de la escuela, sino también del grado alcanzado. Esta desagregación en los niveles educativos guarda interés a la hora de observar el entrelazamiento de la trayectoria escolar con la laboral y de formación familiar.

La trayectoria laboral se construye con base en su participación en la fuerza de trabajo remunerada y la posición en la estructura ocupacional: no trabaja, trabaja en ocupación manual de alta calificación, trabaja en ocupación manual de baja calificación, trabaja en ocupación no manual de alta calificación y trabaja en ocupación no manual de baja calificación.⁴ Se parte del supuesto de que distintas vías de inserción laboral se asocian a diferentes requerimientos, sea capital humano o económico acumulado. Desagregando los estados laborales según tipos de ocupación, podemos identificar, además de su condición laboral, los tipos de inserción en distintos momentos de sus vidas que nos permiten identificar la reproducción social intergeneracional, así como los de causación acumulativa en sus propios cursos de vida. Estos estados laborales permiten dar cuenta de las condiciones que imponen a futuro, a través de procesos de reproducción de desigualdades asociadas a la estructura de movilidad ocupacional del que nos informan varias investigaciones antecedentes en el tema en México (Solís, 2007 y 2016), donde las condiciones más desfavorables en los primeros empleos pueden convertirse en obstáculos difíciles de sortear para ciertos grupos sociales. Asimismo, estas formas de inserción laboral proveen beneficios o desventajas asocia-

⁴ Cabe señalar que la condición de trabajador manual o no manual refleja situaciones muy disímiles, como ser asalariado, patrón, cuenta propia, entre otras. Pero decidimos darle prioridad a este criterio de inserción laboral, a pesar de su heterogeneidad, porque lo creímos fuertemente asociado a distintos tipos de trayectoria educativa (e inversión formativa), así como a desigualdades de origen. En ese sentido, cobra interés poder vincular el patrón de inserción al mercado de trabajo con los estratos sociales de origen, así como su entrelazamiento con trayectorias escolares específicas, a modo de valorar procesos de reproducción de desigualdades sociales.

das, tanto en lo que refiere a remuneraciones monetarias como a condiciones y tipos de jornadas laborales. Estos últimos son fundamentales a la hora de valorar la compatibilidad de las distintas vías de inserción laboral con calendarios específicos de las etapas de formación familiar.

Tipologías o patrones de transición a la vida adulta

Los estados anteriormente definidos para cada año se utilizan para reconstruir las secuencias de estados en cada dominio. A partir de allí, podremos realizar lo que se denomina análisis de secuencias. El conjunto de secuencias trabajadas puede ser analizado por medidas transversales y longitudinales. En este estudio, utilizamos la distribución de frecuencias de las distintas secuencias para elaborar recursos gráficos que permiten ver la diversidad de situaciones: gráficos de trayectorias individuales, histogramas de estados por edades específicas y tiempos promedios por estado.

Nos propusimos abordar nuestro objeto de estudio desde su multidimensionalidad y buscamos que, en la comparación de secuencias, se contemple lo que sucede de manera simultánea en los tres dominios institucionales. Para tales fines, utilizamos el análisis de secuencias multidimensional, conocido como MCSA (Multichannel Sequence Analysis) (Pollock, 2007; Gauthier *et al.*, 2008)⁵ De esta forma, se tomaron en cuenta los condicionamientos entrelazados de los distintos contextos regulatorios institucionales.

A partir de la matriz de distancias interindividual que nos arrojó el análisis de secuencia multidimensional, se pudo realizar un análisis de conglomerados para agrupar las secuencias similares en grupos típicos de trayectorias. En este caso se utilizó el algoritmo de partición en torno a medoides (Studer, 2013). Para poder seleccionar la mejor solución de clúster (número de grupos), utilizamos medidas de calidad, así como *cluster-plot* (Studer, 2013). De todas maneras, fueron determinantes para validar el número de

⁵ Para poder establecer la comparación entre secuencias individuales, utilizamos una variación de la distancia de Hamming: *Dynamic Hamming Distance-DHD* (Lesnard, 2010). Toda vez que es una medida especialmente sensible a las diferencias de calendario y orden de los estados (Studer y Ritschard, 2016).

agrupaciones, el sentido teórico y analítico de las particiones para los fines de esta investigación y los análisis derivados de la técnica *Silhouette* (Rousseeuw, 1987), que nos proporcionó una manera de verificar lo que pasaba con los objetos al interior de las distintas particiones de cada solución de clúster. De esta forma, luego de considerar todas las posibles soluciones seleccionamos la de cinco grupos que, siendo patrones relativamente homogéneos, representan entrelazamientos de trayectorias educativas, laborales y de formación familiar típicos de los individuos bajo estudio.⁶

Determinantes de los patrones

Para poder dar cuenta del peso que tienen las distintas fuentes de desigualdad social (sexo y estrato social de origen) y las tres cohortes de nacimiento en definir cada uno de los patrones identificados, utilizamos el análisis de regresión logística para estimar los determinantes de pertenencia a cada uno de ellos. Las tres variables que se incluyen en los modelos de manera simultánea son provistas por la fuente de datos trabajada: sexo, cohorte de nacimiento y estrato de origen.⁷

⁶ El valor de *ASW* (*Average Silhouette Width*) fue de 0.21. Al trabajar una ventana de observación de 25 años, podemos dar seguimiento al proceso de institucionalización del curso de vida temprano e identificar las maneras en que se van construyendo los diferentes caminos de *TVa*, incluso identificar las edades en las que, para algunos, ya se estabilizan en estados más permanentes. Pero con estas decisiones, también se incrementan las posibilidades de que las trayectorias sean similares en diferentes tramos de vida observado, lo cual juega a la hora de estimar las distancias. Asimismo, al trabajar con tres dominios, las trayectorias pueden resultar similares en algunos y diferentes sólo en uno, lo cual se expresa en menor distancia interindividual y reduce los niveles de *ASW*.

⁷ Cabe realizar algunas precisiones referidas al estrato de origen. Dicha variable es categórica (estrato bajo, medio y alto) y expresa en terciles al Índice de Orígenes Sociales (*IOS*). El *IOS* es un índice de carácter multidimensional porque incluye una dimensión de estratificación económica (activos del hogar como proxy de riqueza o recursos económicos), otra de estratificación educativa (escolaridad combinada de ambos padres) y otra de estratificación ocupacional (estatus ocupacional del jefe económico del hogar o del padre). Todas esas dimensiones se miden para los 15 años de edad de ego; lo cual permite trabajar con esta fuente de desigualdad de las trayectorias como una variable fija en el tiempo de vida de los encuestados y da cuenta de la posición socioeconómica relativa de cada persona con respecto a los miembros de su cohorte de nacimiento; además, es un indicador bastante robusto de la ubicación de las familias de origen en la estratificación social (Coubès et al., 2016: 31).

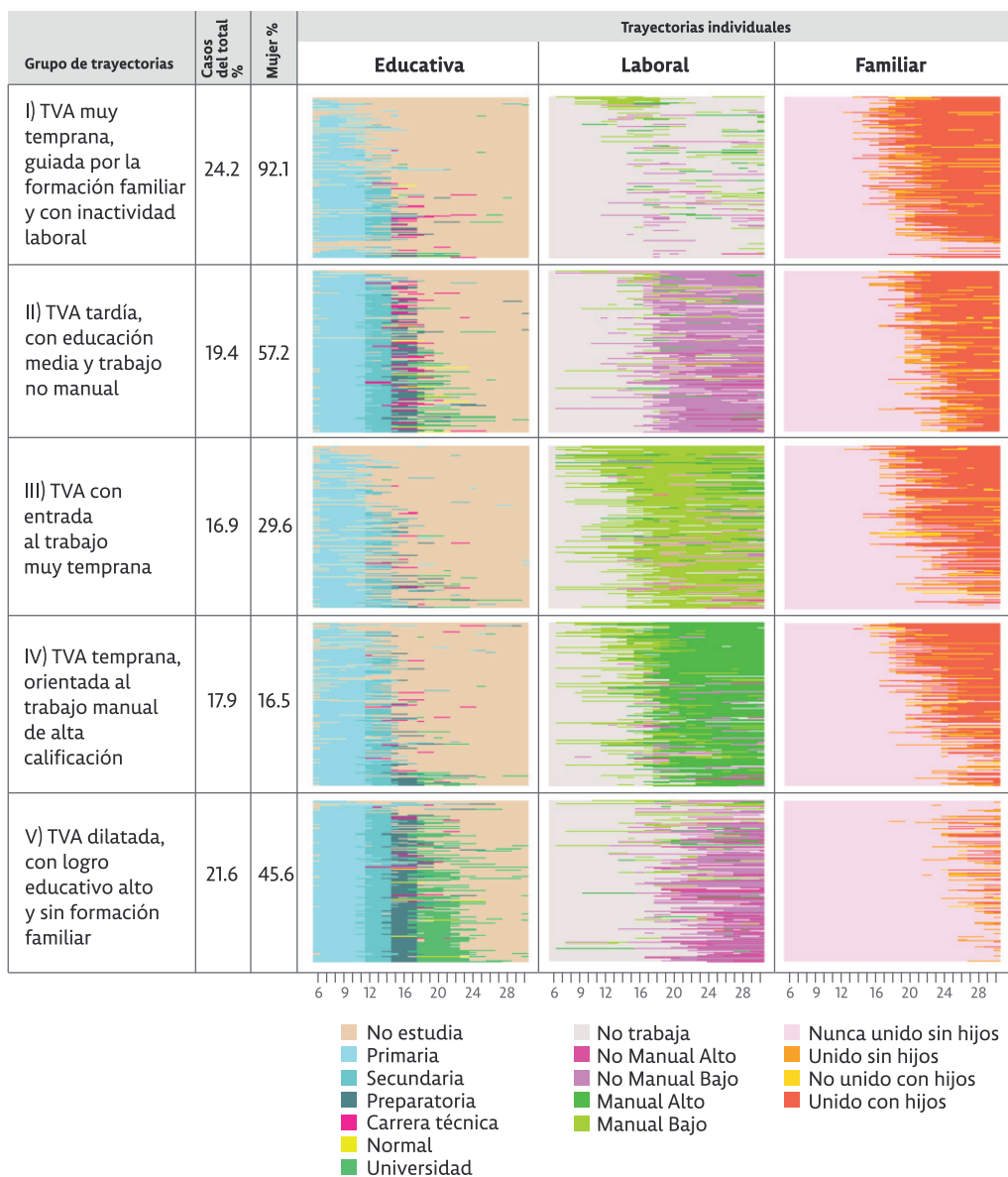
RESULTADOS

El texto que presentamos a continuación se organiza en dos partes. En la primera, se describen las principales características de los cinco grupos de trayectorias que se obtuvieron a través del análisis de MCSA y de conglomerados. En la segunda parte, analizamos la composición de dichos grupos por cohorte de nacimiento, sexo y estrato de origen. Cabe señalar que en nuestro análisis no se separan, de antemano, las experiencias individuales (ni por cohorte de nacimiento ni por sexo). Esto nos permite identificar los patrones de entrelazamientos de trayectorias de diferentes dominios institucionales, así como evaluar el papel que el tiempo histórico ha jugado en interacción con las distintas fuentes de desigualdad para promover la heterogeneidad de patrones de transición a la vida adulta constatados. De igual manera, nos permite identificar si la estructura de desigualdad (sexo-estrato de origen) ha mediado los procesos de cambio histórico, seleccionando a miembros de una misma cohorte de nacimiento hacia patrones de transición a la vida adulta diferenciales.

Patrones de transición a la vida adulta

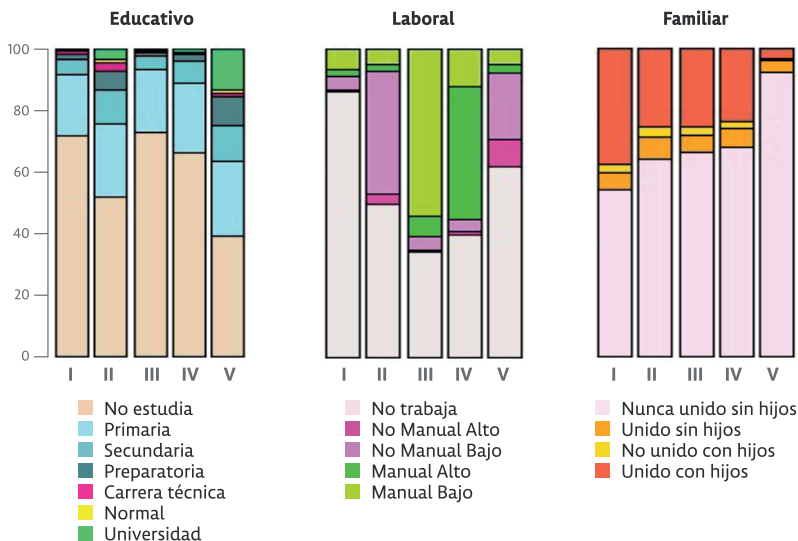
En la figura 1 se presentan algunas características relevantes para cada uno de los cinco grupos de trayectorias derivadas del clúster, así como la representación gráfica de las trayectorias individuales. En esa serie de gráficos, se ilustran la totalidad de secuencias individuales, donde cada línea representa una secuencia individual de estados de los seis a los treinta años para el dominio correspondiente. A su vez, se mantiene el mismo ordenamiento de casos (desde abajo hacia arriba) al interior de cada patrón de trayectorias para los tres dominios. De esta manera, es sencillo ver los tiempos que ocupan cada uno de los estados de los diferentes dominios institucionales en la vida de las personas de cada grupo. En la figura 2 se presenta la distribución del número promedio de años en cada estado, por grupo de trayectorias y dominio institucional, entre la edad de los seis y treinta años. Para tener una mirada transversal de cómo se distribuyen los estados por edades específicas, en la figura 3 se pueden observar los gráficos de histogramas para las trayectorias

Figura 1
Grupos de trayectorias que describen patrones de transición a la vida adulta (TVA)



Fuente: elaboración propia con los datos de la Eder 2011.

Figura 2
Distribución del número promedio de años en cada estado, por grupo de trayectoria y dominio, entre los seis y treinta años de edad

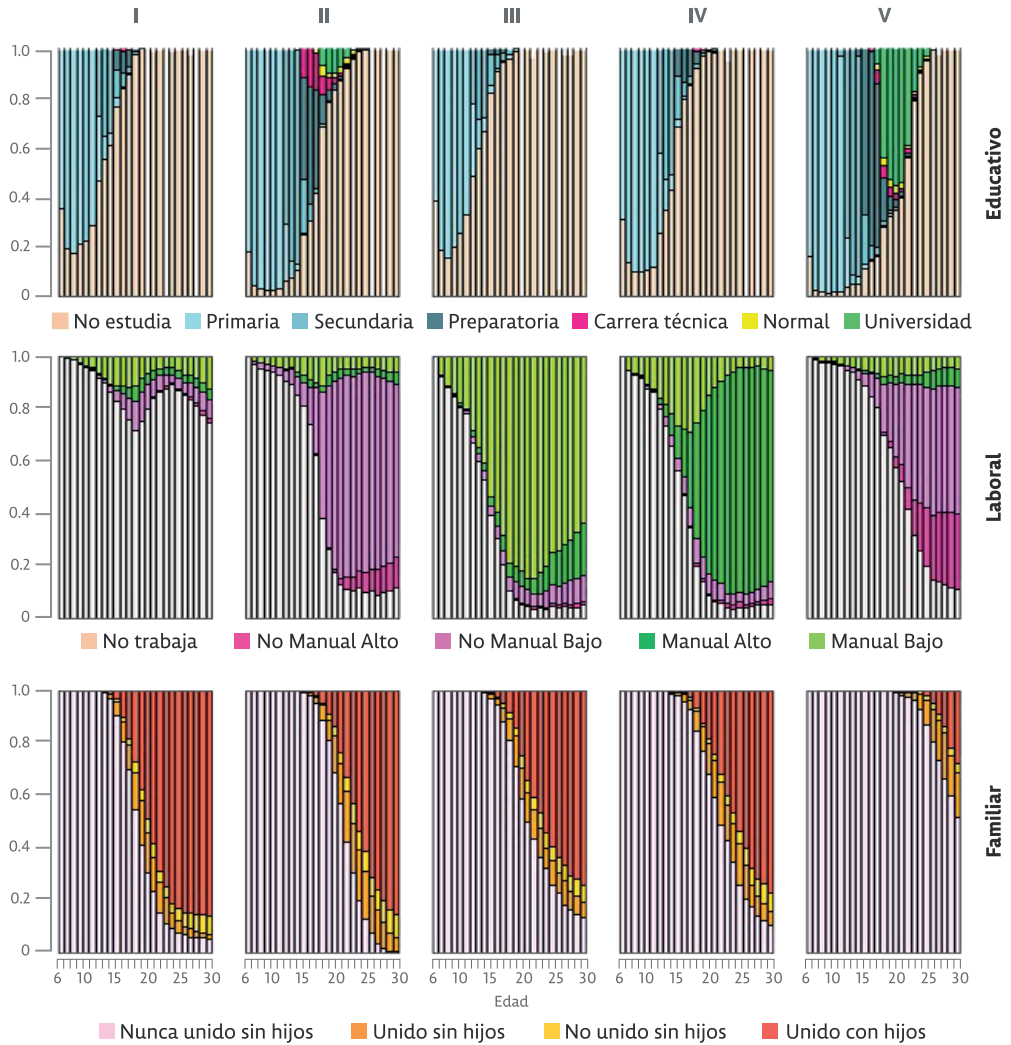


Fuente: elaboración propia con los datos de la Eder 2011.

educativas, laborales y familiares de cada grupo. Los histogramas representan la frecuencia con la que los diferentes estados se presentan en cada edad específica. Desde la diversidad de trayectorias en cada grupo, en la figura 4 se presenta la secuencia individual medoide para cada dominio en los cinco patrones. La secuencia medoide es la secuencia individual de cada grupo de trayectorias que presenta la menor distancia respecto a las otras secuencias individuales de su mismo grupo de clúster.

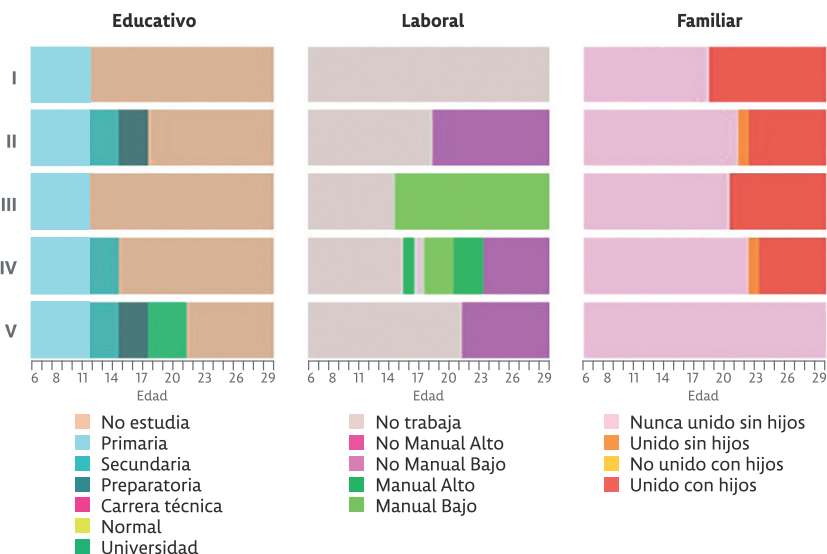
Con estos elementos nos damos a la tarea de caracterizar cada uno de los patrones de transición a la vida adulta (TVA) que nos reportan estos cinco grupos de trayectorias.

Figura 3
Histogramas para los tres dominios en cada grupo de trayectorias



Fuente: elaboración propia con los datos de la Eder 2011.

Figura 4
Secuencia medoide para los tres dominios en cada grupo de trayectorias



Fuente: elaboración propia.

De los cinco grupos de trayectorias, podemos identificar dos situaciones diferenciadas: una, que da cuenta de una transición a la vida adulta temprana y muy temprana (grupo I, III y IV), y otra que representa transiciones relativamente más tardías (tipo II y V). Los tres grupos de trayectorias de transición a la vida adulta tempranos (I, III y IV) representan la experiencia del 59% de la población estudiada. Los más tardíos son aproximadamente el 40% restante.

En su conjunto, tres de los cinco grupos se caracterizan por una corta asistencia a la escuela antes de iniciar la vida laboral y familiar. Sin embargo, esos tres grupos muestran particularidades respecto al mundo laboral y familiar. El grupo I, con una corta trayectoria educativa, presenta el calendario de formación familiar más temprano de todos; pero esto se entrelaza por una casi nula participación laboral y está conformado, sobre todo, por experiencias de mujeres. Los otros dos grupos restantes (III y IV) no difieren tanto en sus trayectorias escolares y de formación familiar, y se distinguen por sus experiencias laborales; están compuestos mayoritariamente por varones.

Mientras, aquellos que trabajan en ocupaciones manuales de baja calificación van, en su mayoría, al grupo III, con un calendario de entrada a trabajar muy temprano (el más temprano de todos); aquellos que trabajan en ocupaciones manuales de alta calificación van al grupo IV, con un calendario más tardío que el del grupo III y el segundo más temprano, si lo comparamos entre todos.

Por otro lado, los dos grupos (II y V) que muestran los calendarios de salida de la escuela más tardíos tienen, en consecuencia, mayor avance educativo, alcanzando niveles de enseñanza media superior y superior. Eso se entrelaza con trayectorias laborales en ocupaciones no manuales y calendarios de entrada al trabajo más tardíos que las de los otros grupos. Estos dos grupos se distinguen por lo que sucede en el dominio familiar. En tal sentido, sólo la mitad de los miembros del grupo V inician la formación familiar en las edades observadas. Ambos grupos son más balanceados en su composición por sexo.

Veamos con más detenimiento las particularidades de cada patrón de transición a la vida adulta.⁸

Grupo I: TVA muy temprana, guiada por la formación familiar y con inactividad laboral (673 casos, 24.2% del total)

Este patrón es el de mayor prevalencia, contiene casi un cuarto del total de las trayectorias de la muestra y principalmente representa la experiencia de mujeres, con tan solo un 8% de varones. Lo que caracteriza a este grupo es la escasa o nula participación en el trabajo extradoméstico. Como ya mencionamos, el calendario de salida de la escuela es un poco más temprano que el de los otros grupos; pero también contiene una alta proporción de casos con trayectorias educativas nulas, que no habrían aprobado ningún grado escolar. En el histograma respectivo, se observa que, en la edad de cursar primaria, el “no estudia” alcanza valores próximos al 20%. Si bien el histograma debe

⁸ El término “patrón” se refiere a un “patrón específico de TVA”, mientras que el término “grupo” hace referencia al grupo de trayectorias que resulta del análisis de conglomerados. A cada grupo de trayectorias le corresponde un patrón de TVA.

interpretarse de manera transversal, en las trayectorias educativas trabajamos con estados que representan categorías ordinales y no se puede cursar ningún grado posterior sin haber pasado al menos por primaria. Esto explica que el promedio de años (de 24 años) en el estado “no estudia” sea superior al 70% del tiempo de vida individual analizado, y tan poca la proporción de años promedio que estuvieron en el estado “primaria” (20%). A los 13 años de edad, el 50% de los miembros de este grupo ya no se encontraban estudiando. A partir de esa edad continúan estudiando, en promedio, dos años.

Si bien la amplia mayoría de los miembros de este grupo no trabajan en el tiempo de vida observado, aquellos que sí lo hacen se insertan en ocupaciones manuales y no manuales de baja calificación (aunque prevalecen las primeras). La proporción de los que trabajan es casi nula o muy baja en la mayoría de las edades y el pico máximo de participación es de 30% (ver figura 3). Si complementamos esta información con la que nos proporcionan los gráficos de trayectorias individuales, vemos que muchas de las trayectorias laborales presentan interrupciones, con un patrón de entradas y salidas.

En el dominio familiar observamos un calendario de formación familiar muy temprano. A la edad de 18 años, la mitad de sus miembros habían entrado en unión o tenido un hijo y la gran mayoría había realizado estas dos transiciones. A los 25 años, casi el 90% habían entrado en maternidad/paternidad y una proporción similar también estaba en unión.

Grupo II: TVA con educación media superior y trabajo no manual (540 casos, 19.4% del total)

Este patrón contiene, aproximadamente, la quinta parte de las experiencias analizadas y, en promedio, estudian la mitad del tiempo individual analizado (una media de 12 años estudiando), con una inserción laboral centrada en ocupaciones no manuales (y, sobre todo, manuales de baja calificación). Este grupo tiene una composición relativamente balanceada por sexo, si bien las mujeres sobrepasan por poco a los varones, aportando el 57.2% de las trayectorias.

La gran mayoría de este grupo completa la educación secundaria y otra gran parte (más de la mitad) la educación media superior (se ve claramente

en la trayectoria educativa mediodé de la figura 4). A los 18 años se reduce la proporción de personas que estudian, permaneciendo sólo un poco más del 30%. Es interesante resaltar que en este grupo se localizan casi todas las experiencias de estudios técnicos. Es importante señalar que, al descomponer las trayectorias simples por cohorte y sexo, pudimos identificar que este perfil educativo técnico del grupo II se componía, mayoritariamente, de mujeres de la cohorte intermedia. Son las mujeres llamadas para insertarse al mercado de trabajo en el periodo de consolidación de la burocracia y administración pública (acorde con la inserción laboral predominante del grupo: no manual de baja calificación).

El calendario de entrada al trabajo se sincroniza muy bien con la salida de la escuela, a diferencia de lo observado en el grupo anterior. En este sentido, a los 18 años ya podemos identificar que más de la mitad de sus miembros se encuentran trabajando. La participación laboral se concentra en ocupaciones no manuales de baja calificación.

La trayectoria familiar asociada a estas trayectorias educativas y laborales nos muestra una formación familiar un poco más tardía que la del grupo anterior. A los 22 años, más de la mitad de sus miembros habrían experimentado alguna de las dos transiciones de formación familiar y, aproximadamente, una tercera parte de este grupo habría hecho ambas: unión y primer hijo. Si bien la salida de la escuela y la entrada a trabajar son eventos que se sincronizan muy bien en el tiempo de vida, en el dominio familiar identificamos un prerrequisito: haber estado trabajando unos años antes de iniciar la formación familiar.

Grupo III: TVA con entrada al trabajo muy temprana (469 casos, 16.9% del total)

Contiene las trayectorias de casi el 17% del total de la muestra y sólo un tercio son mujeres. Junto con el grupo I, presenta un calendario de salida escolar muy temprano, 12 años. A los 16 años, aproximadamente un 80% ya no estudiaban y algunos todavía estaban cursando primaria, mostrando un rezago importante.

Este grupo presenta el calendario más temprano de entrada a trabajar y lo hacen, mayoritariamente, en ocupaciones manuales de baja calificación. Al igual que lo constatado para el grupo II, el calendario de entrada al trabajo se sincroniza muy bien con la salida de la escuela. A los 15 años, el 60% ya estaba trabajando; a los 18 años, ya era el 90%. Otro elemento que caracteriza a este grupo es que una proporción importante de sus miembros habrían trabajado desde la niñez; casi un 20% de ellos trabajaba a los diez años. Esto causa que los calendarios de entrada a trabajar muestren relativa heterogeneidad en este grupo; oscilando entre los que ocurren temprano y muy temprano. El histograma nos permite distinguir que, aunque en proporción menor, otros estados laborales participan en las trayectorias de este grupo, como los manuales de alta calificación y no manuales de baja calificación. En el gráfico de trayectorias individuales se puede constatar que se llega a ellos a través de pasajes por ocupaciones manuales de baja calificación e, incluso en muchos casos, se retorna al estado predominante de este grupo (manual de baja).

La trayectoria familiar asociada a estas trayectorias educativas y laborales muestra un calendario joven de formación familiar. A los 21 años, la mitad de este grupo había iniciado alguna de las fases de formación familiar, un 40% ya se encontraba unido y con hijos. De todas maneras, volvemos a confirmar que hay una duración aparentemente necesaria en el trabajo antes de formar pareja y tener hijos. Pero en este grupo, esa duración pareciera ser mayor, habida cuenta que su calendario de entrada a trabajar es muy temprano y el de formación familiar es incluso más tardío que el de otros grupos.

Grupo IV: TVA temprana, orientada al trabajo manual de alta calificación (497 casos, 17.9% del total)

Este patrón contiene el 17.9% de las experiencias de vida analizadas y se compone, en su mayoría, por varones (menos de una sexta parte son mujeres). Su trayectoria educativa presenta un calendario un poco más tardío que la del grupo III; esto es así por dos razones. Por una parte, se observan ingresos tardíos a la escuela, lo cual genera que la salida de la escuela primaria sea más allá de los 12 años. Por otra parte, es mayor la proporción de casos que cursan la secundaria: a los 14 años un poco más de la mitad ocupan ese estado.

La trayectoria laboral se caracteriza por tener, la mayor parte del tiempo, una inserción en ocupaciones manuales de alta calificación. Cuando se alcanzan ocupaciones no manuales, que son en una proporción muy menor de casos, tienden a ser precedidas en el tiempo por las de tipo manual. Asimismo, si bien la mayoría alcanza, a los treinta años, ocupaciones manuales de alta calificación como estado final, muchos de ellos tuvieron pasajes por las manuales de baja calificación. Estos casos, tienden a tener los calendarios de entrada a trabajar más tempranos del grupo; es decir, más acorde al promedio de entrada al trabajo que observamos en el grupo III, donde eran, en su mayoría, trabajadores manuales de baja calificación. A no ser por estos casos, donde su ingreso al trabajo es a través de ocupaciones manuales de baja calificación, las restantes son un poco más tardías. A la edad de 15 años, el 42% trabajaba; a los 18 años, el 80%.

Respecto a las trayectorias familiares, observamos un calendario más tardío que el observado en los grupos anteriores. En promedio, permanecen solteros y sin hijos dos terceras partes del tiempo de vida observado. De esta manera, a los 22 años un 50% estaba soltero y sin hijos; será a los 26 años cuando el 80% haya iniciado la formación familiar (y de estos, un 60% ya estaría unido y con hijos).

Grupo v: TVA dilatada, con logro educativo alto y sin formación familiar (601 casos, 21.6% del total)

Este patrón concentra la quinta parte de las trayectorias totales y tiene una composición relativamente balanceada por sexo, un 45.6% son mujeres. Da cuenta de trayectorias escolares muy largas, en promedio el 60% del tiempo de vida individual analizado están estudiando. Esto les permite ser el grupo que alcanza mayor nivel de logro educativo y aproximadamente el 60% realizaba estudios universitarios a sus 21 años.

La trayectoria laboral muestra inserciones centradas en ocupaciones no manuales. Pueden oscilar entre manuales de alta o baja calificación, aunque son más predominantes las primeras. Pero lo que realmente distingue a este grupo de trayectorias de las del grupo II, que también giraba en torno a ocupaciones no manuales, son dos elementos. Uno es su calendario de salida

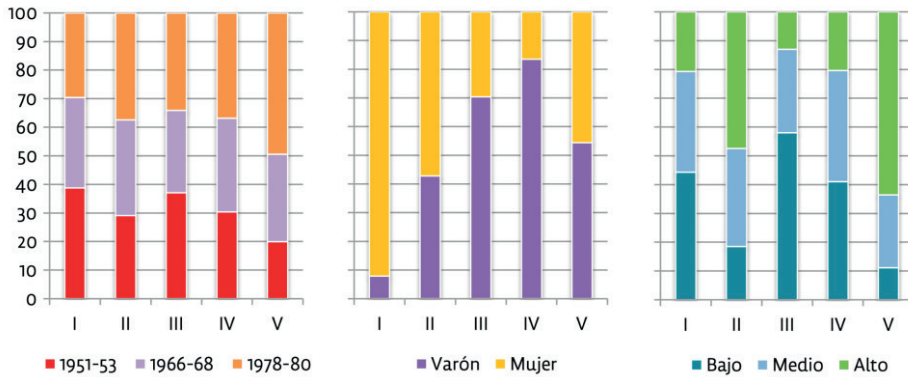
escolar relativamente tan tardío y, por lo tanto, el nivel de avance educativo alcanzado. En segundo lugar, se distinguen por el rezago en la formación familiar. De esta manera, la trayectoria familiar da cuenta de aquellas experiencias donde no se ha iniciado la formación familiar, por lo menos hasta los treinta años, donde pudimos reconstruir sus vidas familiares. En promedio, permanecen solteros y sin hijos el 90% del tiempo analizado. A la edad de 27 años, sólo un 30% había iniciado su formación familiar y, al final de nuestro periodo de observación (30 años de edad), aún la mitad permanecían solteros y sin hijos.

Determinantes de los patrones

En la figura 5 se presenta la distribución por cohorte, sexo y estrato de origen de cada uno de los cinco grupos de trayectorias. La composición por sexo ya fue incorporada en el análisis precedente, pero aquí el interés reside en valorarla con relación a las otras dimensiones contempladas. Si comparamos la distribución de las tres covariables en cada uno de los cinco patrones identificados, es evidente que la distribución por cohorte de nacimiento es la que se muestra menos desbalanceada. Por ejemplo, casi todos los patrones se componen por una proporción muy similar de nacidos entre 1966 y 1968 (cohorte intermedia), en torno a la tercera parte (entre 29% y 34%). En la cohorte más antigua (1951-53) y las más joven (1978-80), se identifican mayores desequilibrios entre el grupo II y V.

La distribución por estratos de origen muestra desequilibrios importantes, señalando que los patrones se nutren y sostienen por grupos muy desiguales en origen. En algunos patrones se puede observar que ciertos estratos de origen solo participan con un 10%, mientras que en otros superan el 60%. De manera similar a lo observado con la cohorte de nacimiento, los desequilibrios tienden a ser mayores en los extremos, es decir, entre la participación del estrato de origen bajo y el de origen alto; y relativamente más equilibrados en las proporciones de miembros de estrato de origen medio.

Figura 5
Distribución de cada grupo de trayectorias por cohorte, sexo y estrato de origen



Fuente: elaboración propia con los datos de la Eder 2011.

A continuación, veremos con mayor detenimiento la composición de cada grupo de trayectorias a la luz de la distribución de cada grupo por cohorte, sexo y estrato (figura 5), y de las razones de momios que nos arrojaron el ajuste de los cinco modelos de regresión logística binomial (cuadro 2).

El patrón de trayectorias I es el de mayor desbalance por sexo, compuesto casi en su totalidad por mujeres (ver figuras 1 y 5). Ser mujer resulta clave para este patrón (y se muestra en un efecto principal positivo, elevado y significativo). Si bien contiene miembros de las tres cohortes, predominan las de la más antigua (1951-53), que alcanzan 39% ante un 30% de la cohorte más joven (1978-80). También presenta desbalances en la composición por estrato de origen, donde el 44% son de estrato de origen bajo y solo un 21% de origen alto. Las mujeres de la cohorte intermedia muestran una selección negativa cuando su posición de origen es de estrato medio.

El patrón II tiene una mayor presencia de la cohorte más joven (37%). Así, los miembros de la cohorte más antigua están subrepresentados con un 29%. Si bien tienen una composición por sexo relativamente equilibrada, las mujeres superan a los varones y alcanzan un 57%. Sin embargo, en el modelo de

Cuadro 2
Modelos de regresión logística binomial para estimar la probabilidad de pertenecer a cada grupo de trayectorias (razón de momios)

Variables	i) TVA muy temprana con inactividad laboral	ii) TVA tardía, con educación media y trabajo no manual	iii) TVA con entrada al trabajo muy temprana	iv) TVA temprana, con trabajo manual de alta calificación	v) TVA dilatada, con logro educativo alto y sin formación familiar
Intercepto	0.066 ***	0.133 ***		0.510 ***	0.036 ***
Mujer	28.574 ***	0.399 **	0.241 ***	0.174 ***	
Estrato medio	0.317 *	1.787 *	0.531 **		4.189 **
Estrato alto	0.227 *	3.170 ***	0.202 ***	0.445 **	15.953 ***
Cohorte 1966-68		0.587 ‡			3.526 **
Cohorte 1978-80			0.736 ‡		
Mujer*Est.Medio	3.257 ‡			0.435 ‡	0.395 ‡
Mujer*Est.Alto		3.215 **			0.274 **
Mujer*1966-68		5.729 **			0.297 *
Mujer*1978-80	0.485 ‡	2.831 *	1.762 ‡		
Est.Medio*1966-68	3.785 ‡		0.430 **		
Est.Alto*1966-68					0.332 *
Est.Medio*1978-80					
Est.Alto*1978-80				0.599 ‡	
Mujer*Est.Medio*1966-68	0.157 **				
Mujer*Est.Alto*1966-68		0.179 **	3.793 ‡		7.059 ***
Mujer*Est. Medio*1978-80	0.485 ‡		0.304 **	3.454 *	
Mujer*Est.Alto*1978-80		0.394 ‡			
Número de casos	673	540	469	497	601
p value: *** < .001 ** < .05 * < .1 ‡ < .2					

Nota: Las celdas vacías corresponden a razones de momios con valores de p value superiores a 0.2.
Fuente: elaboración propia con los datos de la Eder 2011.

ajuste multivariado podemos observar que ser mujer no basta para pertenecer a este grupo y se requiere de la selección de estrato y cohorte. Asimismo, pocos de sus miembros provienen de estratos de origen bajo, y el 81% son de estratos medios y altos, generando efectos positivos y significativos en el modelo. Los efectos de interacción nos señalan que habría una selección positiva hacia mujeres de estrato alto y mujeres de las dos cohortes más recientes. Recordemos que este grupo concentra las experiencias educativas en niveles de educación técnica, que pudimos constatar en el análisis de la fase anterior, se trataba mayoritariamente de mujeres de la cohorte intermedia. Las mujeres de la cohorte intermedia y de estrato medio tenían una selección negativa al patrón I, de escasa participación laboral. En tal sentido, la formación técnica parece haber sido un canal de inserción laboral efectivo para este grupo de mujeres. Los varones de este grupo serían también, mayoritariamente, de estratos medios y altos (esto se observa en el efecto principal de la variable).

El patrón III presenta la menor proporción de nacidos entre 1966-68 (29%) y una prevalencia de los nacidos entre 1951-53 (37%). Pero lo que más distingue a este grupo es estar fuertemente guiado por las desigualdades de origen, con un 70% de varones y un 58% de sus miembros de estrato de origen bajo. Es la tipología que presenta la menor proporción de personas de estrato de origen alto, con un 13%. La estructura que nos arroja el modelo multivariado muestra que tienen selección positiva los varones de estrato bajo; siendo pocas mujeres y pocos varones de estrato medio y alto. Así, la selección era negativa para aquellos de cohorte intermedia y estrato medio, así como mujeres de estrato medio de la cohorte más joven.

El patrón IV es el más masculinizado, pues un 84% de sus trayectorias es de varones. Sin grandes desbalances por cohorte de nacimiento, se nutre un poco más de miembros nacidos entre 1978 y 1980, alcanzando un 37%. Con mayor desequilibrio se observa la composición por estratos de origen, donde sólo un 20% es de estrato alto y casi en partes iguales se distribuyen los de origen medio (39%) y bajo (41%). En este sentido, el modelo multivariado nos informa que se compone sobre todo de varones, principalmente de aquellos de estrato bajo y medio. Las mujeres en este grupo son pocas y muy selectas: de la cohorte más joven y estrato de origen medio.

El patrón v resulta ser el más balanceado por sexo. Sin embargo, tiene la composición más desigual por estrato de origen y cohorte de nacimiento. Sus miembros provienen mayoritariamente de estratos altos (64%) y sólo un 11% son de estratos de origen bajo. Este patrón de TVA se nutre, en gran medida, por aquellos nacidos en 1978 y 1980, que alcanzan a ser un 49%. Como contraparte, sólo un 20% nació entre 1951 y 1953. Los efectos principales del estrato medio y alto y la cohorte intermedia refuerzan el patrón de composición de este grupo. Para las mujeres, se observa una selección muy importante cuando se trata de aquellas de la cohorte intermedia y estrato de origen alto.

REFLEXIONES FINALES

El periodo de la historia nacional trabajado, a través de las tres cohortes de nacimiento, nos ha permitido observar cómo, en el marco de profundos cambios sociales y demográficos, se fue consolidando el proceso de estructuración e institucionalización temprana del curso de vida (TVA). El análisis de secuencia multidimensional nos reveló que las trayectorias educativas, laborales y familiares en el curso de vida temprano están interconectadas. Es decir, que patrones específicos de trayectorias en un dominio se sincronizan con patrones también particulares de los otros dos dominios y que al interior de cada uno de ellos se muestran trayectorias relativamente homogéneas en torno a los calendarios, estados y duraciones. Esto señala, por un lado, la riqueza de un análisis de entrelazamiento de trayectorias, así como los beneficios de considerar el contexto, el sexo y el estrato de origen de manera conjunta.

A su vez, los patrones de transición a la vida adulta señalaron formas muy diferentes de entrelazar el mundo escolar, el laboral y familiar. Además, cada patrón contiene experiencias de grupos sociales muy diversos y selectos. Mientras algunos patrones pueden ser compartidos por varones y mujeres, existen otros que muestran casi exclusividad por sexo. La presencia de trayectorias con varones sin participación laboral es casi nula. Mujeres y varones pueden estructurar su curso de vida temprano en torno a diferentes dimensiones institucionales; mientras algunas mujeres lo hacen en torno a la familia, los varones pertenecen a grupos donde siempre existe una orientación al trabajo. La formación familiar como eje estructurador de la

vida adulta de las mujeres persiste a lo largo del tiempo, incluso hasta la cohorte más joven. Prueba de ello es la presencia de mujeres de las cohortes más recientes en el patrón I, de TVA muy temprana con inactividad laboral.

Los patrones de trayectorias están diferenciados por sus calendarios escolares y éstos, a su vez, están vinculados no sólo con el calendario de entrada al trabajo, sino con cierto tipo de ocupaciones. Observamos que las ocupaciones no manuales se entrelazan con trayectorias escolares más largas y que los que estudian menos tiempo se vinculan a ocupaciones de carácter manual. También observamos que un mayor logro educativo retrasa la entrada al trabajo y que la formación familiar requiere una duración previa en el trabajo.

Respecto a la composición por cohorte de los diferentes patrones, identificamos dos grandes señales. Una que descansa en el hecho de que los grupos de trayectorias de mayor logro escolar requieren de mayor presencia de miembros de las cohortes más jóvenes. Lo cual da cuenta del proceso tardío de expansión educativa mexicana, expresándose muy bien en el tiempo histórico que representa cada cohorte. Así, observamos mayor institucionalización de estudios de nivel medio, medio superior y superior en aquellos grupos con miembros de las cohortes más recientes y escasean aquellos nacidos entre 1951 y 1953. De igual manera, cabe atender una segunda señal que descansa en el hecho de que los grupos con escaso logro educativo no son exclusivos de la cohorte más antigua. Esto da cuenta de un proceso de expansión educativa altamente selectivo, donde las estructuras de desigualdad social (expresadas en nuestro trabajo por el sexo y el estrato de origen) intervienen entre el tiempo histórico y el tiempo individual; diversificando los caminos a miembros de una misma cohorte de nacimiento.

A modo de resumen, la desigual composición de los diferentes patrones de transición a la vida adulta nos indica que los distintos caminos de vida, señalados en cada uno de ellos, se consolidan desde fuentes de sostenimiento social muy estructuradas y en un esquema de reproducción social rígido. Así, aquellos patrones que representan trayectorias laborales en ocupaciones manuales y bajo logro escolar se nutren, sobre todo, de estratos bajos, pues presentan escasa presencia de orígenes altos. De igual manera, el mayor logro educativo y las ocupaciones no manuales son caminos de vida mayormente reservados para aquellos de orígenes sociales más altos. Asimismo,

las mujeres muestran desventaja respecto a los varones en su proceso de institucionalización de la transición a la vida adulta, con menores niveles de participación laboral. Incluso, cuando las mujeres se insertan al trabajo remunerado alcanzan menor presencia que los varones, principalmente en aquellos estados que requieren mayor calificación, sean manuales o no. En este sentido, a igualdad de cohorte y estrato, el sexo estaría promoviendo resultados con desventaja para las mujeres.

Es importantes destacar que la composición por sexo de los patrones de TVA tiende a ser desigual, y sólo hay mayor paridad entre varones y mujeres cuando se trata tanto de trayectorias escolares de mayor logro educativo como de participación laboral en ocupaciones no manuales. En este sentido, se hace evidente que el estrato de origen es la puerta de entrada y selección de mujeres para compartir patrones de TVA con varones. Los cambios que jugaron a favor de una mayor participación laboral femenina pueden ser agrupados en dos grandes ejes: cambios demográficos y cambios de la matriz productiva nacional. Si bien ambos elementos colaboraron a generar condiciones más propicias para la entrada de la mujer al trabajo remunerado, lo hicieron sobre una estructura de desigualdad muy profunda, generando brechas en participación y condiciones del empleo entre mujeres y varones, así como al interior de la fuerza de trabajo femenina.

En tal sentido, los procesos de diferenciación intracohorte operan en la lógica de acumulación de desventajas. Lo cual nos habla de una rígida estructura de movilidad social y un temprano proceso de estructuración de los cursos de vida, muy eficiente para la reproducción de las estructuras de desigualdad. A su vez, los efectos de la estructura de desigualdad valorada por sexo y estrato de origen mostraron cambios en el tiempo histórico analizado. La dinámica de la desigualdad es compleja y se requiere conocer los procesos de selección entre sexo, estrato de origen y cohorte para tener buenos predictores de los comportamientos sociodemográficos. Las desigualdades por estrato al interior del grupo de mujeres y varones se intensifican hacia la cohorte más joven.

Si lo planteamos desde el proceso de diferenciación intracohorte, podemos observar que una misma cohorte “selecciona” a un grupo social específico configurado por sexo y estrato para un patrón de TVA. Se debe “realizar”

otro tipo de selección sexo-estrato para que los miembros de esa misma cohorte alcancen otro patrón de trayectoria. Dicho de otra manera, otro subgrupo sexo-estrato de la misma cohorte habilita la entrada a un patrón de TVA muy distinto.

Si queremos valorar la diferenciación intracohorte en clave procesual debemos detenernos en el proceso de selección entre cohortes. En este sentido, la misma composición sexo-estrato en diferentes cohortes puede dar paso también a patrones de transición a la vida adulta diferentes. La dinámica presenta una lógica descendente: con igual posición de origen, se puede alcanzar una inserción laboral más débil si se trata de cohortes más recientes. A medida que nos acercamos en el tiempo histórico, se elevan las credenciales educativas requeridas por el mercado laboral. Pero las condiciones de cobertura, segmentación y mercantilización del sistema educativo mexicano presionan para que las metas educativas sean más difíciles de alcanzar a medida que nos acercamos en el tiempo histórico. Un ejemplo de lo anterior queda expresado cuando mujeres de estratos medios de la cohorte intermedia tienen selección positiva hacia el patrón II de TVA tardía con trabajo no manual. Sin embargo, cuando las mujeres de origen medio son de la cohorte más joven tienen selección positiva al patrón IV de TVA temprana, orientada al trabajo manual de alta calificación. Se identifica un efecto cohorte en las mujeres del mismo origen social. Es decir, en el escenario de profundos cambios sociales mexicanos identificados en el tiempo histórico trabajado, las tres cohortes de nacimiento se constituyen en contextos de oportunidades y limitaciones muy diferentes.

A modo de esquema, estaríamos pensando un patrón de distribución diferencial de flujos de vida hacia ciertos tipos de trayectorias educativas, familiares y laborales tempranas según cohorte, sexo y estrato de origen. En otras palabras, podemos pensar que el proceso de institucionalización de la transición a la vida adulta en el devenir histórico nacional se consolidó de manera conjunta con la emergencia de una estructura de desigualdad social que presenta una dinámica precisa. La dinámica de esa estructura está orientada a producir, a través del tiempo (entre cohortes), procesos de diferenciación y segmentación de trayectorias juveniles, con pautas cambiantes de heterogeneidad intracohorte (sexo-estrato).

REFERENCIAS

- Abbott, Andrew (2001). *Time matters: on theory and method*. Chicago: University of Chicago Press.
- Abbott, Andrew (2016). *Processual Sociology*. Chicago: University of Chicago Press.
- Aboites, Luis (2008). "El último tramo, 1929-2000". En *Nueva historia mínima de México ilustrada*. Pablo Escalante, Bernardo García et al., 469-551. México: El Colegio de México.
- Banegas, Israel (2011). *La Ilusión Tecnocrática en la Política Social: Progresos-Oportunidades*. México: El Colegio Mexiquense.
- Barbieri, Teresita de (1984). "Incorporación de la mujer a la economía en América Latina". En *Memoria del congreso latinoamericano de población y desarrollo*, 355-389. México, Programa de Investigaciones Sociales en Población sobre América Latina/Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México.
- Blanco, Mercedes y Edith Pacheco (2003). "Trabajo y familia desde el enfoque del curso de vida: dos subcohortes de mujeres mexicanas". *Papeles de Población* 9(38): 159-193.
- Bourdieu, Pierre (1990). "La domination masculine". *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* 84(1): 2-31.
- Chafetz, Janet S. (1997). "Feminist theory and sociology: Underutilized contributions for mainstream theory". *Annual Review of Sociology* 23(1): 97-120.
- Chant, Sylvia (1991). *Women and survival in Mexican Cities. Perspectives on gender, labour markets and low-income households*. Manchester: Manchester University Press.
- Cordera, Rolando (2015). "La Política Social moderna: evolución y perspectivas" [en línea]. En *Escritos de Rolando Cordera Campos*. Disponible en <http://www.pued.unam.mx/cordera/1-Pol_Soc/index.html>.
- Cordera, Rolando (2017). *La perenne desigualdad*. México: Fondo de Cultura Económica, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Cordera, Rolando y T. González (1991). "Las perspectivas de la economía mexicana". *Investigación Económica* 48(188): 69-113.
- Cortés, Fernando y Orlandina de Oliveira (2010). "El contexto de la desigualdad internacional y el problema del desarrollo". En *Los grandes problemas de México. V. Desigualdad social*, coordinado por Fernando Cortés y Orlandina de Oliveira. México: El Colegio de México.
- Cortés, Fernando y Rosa María Rubalcava (1991). *Autoexplotación forzada y equidad por empobrecimiento. La distribución del ingreso familiar en México (1977-1984)*. México: Colegio de México.
- Coubès, Marie-Laure; Patricio Solís y María Eugenia Zavala de Cosío (coords.) (2016). *Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México*. México: El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.

- Dannefer, Dale (2003). "Cumulative advantage/disadvantage and the life course: Cross-fertilizing age and social science theory". *The Journals of Gerontology: Series B*. 58(6): 327-337.
- De Ibarrola, María (2009). "El incremento de la escolaridad de la PEA en México y los efectos sobre su situación laboral y sus ingresos, 1992-2004" [en línea]. *Revista Electrónica de Investigación Educativa* 11(2). Disponible en <<http://redie.uabc.mx/vol11no2/contenido-deibarrola.html>>.
- Dussel, Enrique (1997). *La economía de la polarización. Teoría y evolución del cambio estructural del sector manufacturero mexicano (1982-1996)*. México: Editorial Jus/Universidad Nacional Autónoma de México.
- Elder, Glen H y Angela M. O'Rand (1995). "Adult Lives in a Changing Society". En *Sociological Perspectives on Social Psychology*, editado por Karen S. Cook, Gary Alan Fine y James S. House, 452-475. Massachusetts: Allyn and Bacon.
- Elias, Norbert (2000). *El proceso de la civilización: Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fitoussi, Jean Paul y Pierre Rosanvallon (1997). *La nueva era de las desigualdades*. Buenos Aires: Editorial Manantial.
- Galland, Olivier (2001). *Sociologie de la jeunesse*. Paris: Armand Colin.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1994). *Trabajo femenino y vida familiar en México*. México: El Colegio de México.
- García, Brígida y Edith Pacheco (coords.) (2014). *Uso del tiempo y trabajo no remunerado en México*. México: El Colegio de México/ Organización de las Naciones Unidas-Mujeres/Inmujeres.
- Gauthier, Jaques-Antoine; Eric D. Widmer, Phillipp Bucher y Cedric Notredame (2008). "Multichannel Sequence Analysis Applied to Social Science Data". *Sociological Methods and Research* 38(1): 197- 231.
- Goffman, Erving (1976). "Gender display" [en línea]. *Gender advertisements* 3(2): 69-77. Disponible en <<https://core.ac.uk/reader/214186440>>.
- Gonzalbo, Pilar y Cecilia Rabell (2004). "La Familia en México". En *La familia en Iberoamérica 1550-1980*, coordinado por Pablo Rodríguez, 93-124. Colombia: Universidad Externado de Colombia.
- Hareven, Tamara (2000). *Families, History, and Social Change. Life course and Cross-Cultural Perspectives*. Colorado: Westview Press.
- Hogan, Dennis P. y Nan Marie Astone (1986). "The transition to adulthood". *Annual Review of Sociology* 12: 109-130.
- Ibarra, David (2004). "Los laberintos del orden internacional: la importación de las reformas". *Revista de la CEPAL* 82: 7-17.
- Inegi (2013). *Mujeres y hombres en México 2012*. México: Instituto Nacional de Estadística y Geografía.
- Kohli, Martin (2007). "The institutionalization of the life course: Looking back to look ahead". *Research in Human Development* 4(3-4): 253-271.

- Lesnard, Laurent (2010). "Setting cost in optimal matching to uncover contemporaneous sociotemporal patterns". *Sociological Methods and Research* 38(3): 389-419.
- Lustig, Nora (1990). "Economic crisis, adjustment and living standards in Mexico, 1982-85". *World Development* 18(10): 1325-1342.
- Mayer, Karl Ulrich (1986). "Structural Constraints on the Life Course". *Human Development* 29(3): 163-170.
- Mayer, Karl Ulrich (1991). "Life courses in the welfare state". En *Theoretical advances in life course research*, editado por Heinz, Walter R., 171-186. Weinheim: Deutscher Studien Verlag.
- Mier y Terán, Marta (2010). "La adopción de roles adultos en el ámbito privado de las jóvenes en México". En *Procesos y tendencias poblacionales en el México contemporáneo. Una mirada desde la Enadid 2006*, editado por Ana María Chávez y Catherine Menkes, 283-326. México: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias/Centro Nacional de Equidad de Género y Salud Reproductiva/Secretaría de Salud.
- Mier y Terán, Marta (2016). "La escolaridad, el estrato social y la formación de la unión en México. Una visión de largo plazo". *Revista Notas de Población* 43(102): 302-327.
- Mier y Terán, Marta y Virgilio Partida (2001). "Niveles, tendencias y diferenciales de la fecundidad en México, 1930-1997". En *La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI*, coordinado por José Gómez de León y Cecilia Rabell, 168-206. México: Consejo Nacional de Población/Fondo de Cultura Económica.
- Mier y Terán, Marta y Cecilia Rabell (2001). "Introducción". En *Jóvenes y niños: un enfoque sociodemográfico*, coordinado por Marta Mier y Terán y Cecilia Rabell, 7-22. México: H. Cámara de Diputados LIX Legislatura/Instituto de Investigaciones Sociales- Universidad Nacional Autónoma de México/Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales/Miguel Ángel Porrúa.
- Mier y Terán, Marta y Cecilia Rabell (2005). "Cambios en los patrones de coresidencia, la escolaridad y el trabajo de los niños y los jóvenes". En *Cambio demográfico y social en el México del siglo xx*, coordinado por Marie-Laure Coubès, María Eugenia Zavala de Cosío y René Zenteno, 285-329. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- Mier y Terán, Marta; Karina Videgain, Nina Castro, y Mario Martínez (2016). "Familia y trabajo. Historias entrelazadas". En *Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México*, coordinado por Marie-Laure Coubès, Patricio Solís y María Eugenia Zavala de Cosío, 313-336. México: El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.
- Modell, John; Frank F. Furstenberg Jr. y Theodore Hershberg (1976). "Social Change and Transitions to Adulthood in Historical Perspective". *Journal of Family History* 1(1): 7-32.
- Oliveira, Orlandina de; Marina Ariza y Marcela Eternod (1996). "Trabajo e inequidad de género". En *La condición femenina: una propuesta de indicadores. Informe Final*. México, Sociedad Mexicana de Demografía (Somede)/ Consejo Nacional de Población (Conapo).
- Oliveira, Orlandina de y Marina Ariza (1998). "Trabajo, familia y condición femenina: una revisión de las principales perspectivas de análisis". Ponencia presentada en co-

loquio Tres lustros de estudios de la mujer y estudios de género en el PIEM en El Colegio de México.

- Oliveira, Orlandina de y Marina Ariza (2000). *Hogares y familias en contextos de crisis, ajuste y reestructuración económica*. Costa Rica: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales/SocialScience Research Council.
- Oliveira, Orlandina de y Marina Ariza (2001). "Transiciones familiares y trayectorias laborales femeninas en el México urbano". En *Procesos sociales, población y familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre vida doméstica*, compilado por C. Gómez. México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales/Editorial Porrúa.
- Pacheco, Edith y Mercedes Blanco (2003). "Trabajo y familia desde el enfoque del curso de vida: dos subcohortes de mujeres mexicanas". *Papeles de Población* 9(38): 159-193.
- Parrado, Emilio y René Zenteno (2005). "Entrada en unión de hombres y mujeres en México: perspectiva de los mercados matrimoniales". En *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX*, coordinado por Marie-Laure Coubès, María Eugenia Zavala de Cosío y René Zenteno, 65-96. México: El Colegio de la Frontera Norte.
- Pedrero, Mercedes y Teresa Rendón (1982). "El trabajo de la mujer en México en los setenta". En *Estudios sobre la mujer 1. Empleo y la mujer. Bases teóricas, metodología y evidencia empírica*. México: Instituto Nacional de Estadística y Geografía-Secretaría de Programación y Presupuesto.
- Pedrero, Mercedes; Teresa Rendón y Antonieta Barrón. (1997). *Segregación ocupacional por género en México*. Cuernavaca: Universidad Nacional Autónoma de México-Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.
- Pollock, Gary (2007). "Holistic trajectories: A study of combined employment, housing and family careers by using multiple-sequence analysis". *Journal of the Royal Statistical Society, Series A (Statistics in Society* 170(1): 167-183.
- Pozas, María (2010). "El contexto de la desigualdad internacional y el problema del desarrollo". En *Los grandes problemas de México V. Desigualdad social*, coordinado por Fernando Cortés y Orlandina de Oliveira. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Quilodrán, Julieta y Fátima Juárez (1990). "Mujeres pioneras del cambio reproductivo en México". En *Revista Mexicana de Sociología* 52(1): 33-49.
- Rendón, Teresa (2000). "Trabajo de hombres y trabajo de mujeres en México durante el siglo xx". Tesis de doctorado en economía. México: Universidad Nacional Autónoma de México- Facultad de Economía.
- Rendón, Teresa (2004). "El mercado Laboral y la división intrafamiliar del trabajo". En *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*, coordinado por Marina Ariza y Orlandina Oliveira, 49-87. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales.
- Rousseeuw, Peter J. (1987). "Silhouettes: A Graphical Aid to the Interpretation and Validation of Cluster Analysis". *Journal of Computational and Applied Mathematics* 20: 53-65.
- Sánchez, Adolfo (2012). "La evolución de la Ciudad de México. Factores para el desarrollo social". En *Informe del estado de desarrollo social en el Distrito Federal*. México: Evalúa DF.

- Saraví, Gonzalo. (2009). *Transiciones vulnerables: juventud, desigualdad y exclusión en México*, México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Saraví, Gonzalo. (2015). *Juventudes fragmentadas. Socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Shanahan, Michael J. (2000). "Pathways to Adulthood in Changing Societies: Variability and Mechanisms in Life Course Perspective". *Annual Review of Sociology* 26: 667-692.
- Solís, Patricio (2007). *Inequidad y movilidad social en Monterrey*. México: El Colegio de México.
- Solís, Patricio (2016). "Estratificación social y movilidad de clase en México a principios del siglo XXI". En *Y sin embargo se mueve.... Estratificación social y movilidad intergeneracional de clase en América Latina*, coordinado por Patricio Solís y Marcelo Boado. México: El Colegio de México/Centro de Estudios Espinosa Yglesias.
- Studer, Matthias (2013). "Weighted Cluster library manual: A practical guide to creating typologies of trajectories in the social sciences with R" [en línea]. *Lives Working Paper* 24:1-34. Disponible en <<http://dx.doi.org/10.12682/lives.2296-1658.2013.24>>.
- Studer, Matthias y Gilbert Ritschard (2016). "What matters in differences between life trajectories: A comparative review of sequence dissimilarity measures". *Journal of the Royal Statistical Society: Series A (Statistics in Society)* 179(2): 481-511.
- Tuirán, Rodolfo (1993). "Estrategias de vida en época de crisis: el caso de México". En *Serie A Celade* 246 [en línea]. Disponible en <https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/9398/S9360729_es.pdf?sequence=1&isAllowed=y>.
- Videgain, Karina (2012). *Cambios en el patrón de estructuración por edad de los cursos de vida tempranos en Montevideo una aproximación a los efectos de interacción entre historia, estructura de desigualdades y biografía (1985-2006)*. Tesis de doctorado en Estudios de Población. México: El Colegio de México- Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales.
- Videgain, Karina e Israel Banegas (2020). "Panorama de la dinámica demográfica y su expresión territorial en México (1970-2019)". En *Informe del Desarrollo 2019*, coordinado por Cordera, Rolando y Enrique Provencio. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades.
- West, Candance y Zimmerman, Don H. (1987). "Doing gender". En *Gender & Society* 1(2): 125-151.
- Widmer, Eric D.; René Levy y Jaques-Antoine Gauthier (2004). "L'implication dans les champs domestique et professionnel selon les phases de la vie familiale". En *Vivre en Suisse 1999-2000. Une année dans la vie des ménages et familles suisses*, editado por E. Zimmerman & R. Tillmann, 95-108. Berne: Peter Lang.
- Zavala de Cosío, Maria Eugenia (2014). "La transición demográfica en México (1895-2010)". En *Los mexicanos. Un balance del cambio demográfico*, coordinado por Cecilia Rabell, 80-114. México: Fondo de Cultura Económica.

Trayectorias familiares y laborales interdependientes: experiencias de mujeres en un periodo de rápido descenso de la fecundidad

*Marta Mier y Terán Rocha
Karina Videgain Martínez*

Durante la segunda mitad del siglo pasado, tuvieron lugar cambios sociales profundos que transformaron la vida de las personas, los hogares y la sociedad mexicana en su conjunto. El descenso de la fecundidad, la expansión del sistema educativo y la creciente participación femenina en el mercado de trabajo han sido algunos de los procesos que han afectado de manera más directa la vida de las mujeres, los cuales guardan una estrecha vinculación entre sí. Las mujeres pueden adaptar su participación en el mercado de trabajo a su formación y desarrollo familiar, a la vez que limitan su fecundidad para participar en él, en especial cuando cuentan con mayor escolaridad. Interesa, entonces, conocer la forma en que las grandes transformaciones sociales se reflejan en las trayectorias de vida de las mujeres y la manera en que ellas concilian la formación de sus familias, cada vez menos numerosas, con su creciente asistencia a la escuela e incorporación al mercado laboral.

En este capítulo, el objetivo general es describir la forma en que las mujeres construyen sus interdependientes trayectorias familiares y laborales en el contexto urbano de México durante un periodo de rápido descenso de la fecundidad y otras transformaciones sociales. Los objetivos específicos son dos. El primero consiste en describir las diferencias entre estratos sociales

de origen y los cambios en el tiempo en las trayectorias, en las dimensiones reproductiva, marital y educativa-laboral de las mujeres. Con el propósito de identificar patrones en los cursos de vida de las mujeres, el segundo objetivo estriba en conformar grupos de trayectorias en las interdependientes dimensiones, que reflejen patrones de conciliación de los dominios familiar y laboral, así como caracterizar la composición social de estos grupos en cuanto al estrato social de origen y la cohorte de nacimiento.

Hacemos uso de la perspectiva holística del curso de vida y del Análisis de Secuencias Multidimensional para analizar las trayectorias en las dimensiones reproductiva, marital y escolar-laboral, con un enfoque multidimensional que permite conocer su compleja interacción a lo largo del curso de vida. Aplicamos un análisis de conglomerados para obtener grupos de trayectorias y, con el objeto de evaluar la composición en cuanto al estrato social de origen y la cohorte de nacimiento, estimamos un modelo de regresión logística multinomial. La fuente de datos es la Encuesta Demográfica Retrospectiva, Eder, llevada a cabo en 2011, de la que analizamos las cohortes de nacimiento 1951-1953 y 1966-1968.

El material del capítulo está organizado en tres partes con siete secciones. En una primera parte presentamos una sección de antecedentes, en la que exponemos lo que se conoce sobre los principales rasgos del descenso de la fecundidad en el país y su vinculación con los cambios en las otras dimensiones del curso de vida analizadas: la formación y la disolución de las uniones, la escolaridad y la participación laboral. En la segunda sección, introducimos un marco de referencia con elementos sobre la incompatibilidad de los roles de la mujer en la familia y el trabajo, que permita interpretar la forma en que las mujeres del estudio construyen sus trayectorias. Se introduce la tercera sección con la metodología y la fuente de datos, y se procede a presentar los resultados del estudio en las siguientes dos partes. En la primera parte de resultados, se evalúan los efectos del cambio en el tiempo y las diferencias entre estratos sociales de origen, mediante un análisis unidimensional de las trayectorias en cada una de las tres dimensiones. En la tercera parte, con una aproximación multidimensional, se exponen los elementos metodológicos del análisis de secuencias y de conglomerados específicos de nuestro estudio, así como los principales rasgos de los grupos de trayectorias

interdependientes. En otra sección de esta tercera parte, se evalúa la composición social de los grupos de trayectorias mediante un modelo de regresión logística multinomial. Se termina con una sección de reflexiones finales.

ANTECEDENTES

Descenso de la fecundidad

Al igual que muchos otros países en desarrollo, una de las transformaciones sociales más importantes que ha tenido lugar en México, a partir de la segunda mitad del siglo pasado, ha sido la transición de la fecundidad: se pasó de niveles máximos en los primeros años de la década de 1960 a niveles cercanos al reemplazo de la población, a inicios del siglo actual. La tasa global de fecundidad se redujo en casi dos terceras partes, al pasar de 6.7 hijos entre 1960 y 1964, a 2.3 en 2010 (Partida, 2017). En un inicio, el descenso fue paulatino y se acentuó notablemente entre las décadas de los setenta y noventa, continuando en los siguientes años, aunque con un ritmo que tiende a reducirse.

Son varios los cambios en la vida de las mujeres y las parejas que han estado asociadas a este fuerte descenso, pero se afirma que el uso creciente de métodos de anticoncepción modernos hizo posible la variación en los patrones reproductivos y el acentuado descenso de la fecundidad. Este proceso tuvo lugar sin que hubiera cambios significativos en la nupcialidad, la que permaneció con una intensidad elevada y un calendario temprano. Para los años setenta y ochenta, se estima que el incremento en el uso de anticonceptivos da cuenta, prácticamente, de todo el descenso de la fecundidad que tuvo lugar (Moreno y Singh, 1996).

En estos años, la legislación con orientación poblacionista, que databa de los años cuarenta, fue modificada en su orientación demográfica (Sandoval, 2014). En 1973, se promulgó la nueva Ley General de Población, cuyo objetivo era reducir el crecimiento de la población, se elaboró el Plan Nacional de Planificación Familiar y se derogaron las leyes que prohibían la venta de métodos anticonceptivos (Brugeilles, 2005). Cuatro años después, se pusieron en marcha programas de planificación familiar, los que en poco tiempo

alcanzaron una amplia cobertura; la extensa red de clínicas y dispensarios de la Secretaría de Salubridad y Asistencia¹ hicieron posible su rápida consolidación, al facilitar el acceso a la anticoncepción a amplios sectores de la población (Zavala de Cosío, 2001).

En la década de 1970, el uso de anticonceptivos era muy escaso, aun en las ciudades; pero en 1995, la proporción de usuarias había aumentado a 71% de las mujeres unidas residentes en las localidades urbanas (Zavala de Cosío, 2001). En las cohortes de nacimiento de mujeres urbanas, el uso de anticonceptivos a los treinta años de edad pasó de 40%, en las nacidas en 1951-1953, a 51% en las nacidas en 1966-1968; la proporción de las mujeres alguna vez usuarias a los treinta años se incrementó a más del doble entre estas dos cohortes: de algo menos de 30% a poco más de 60% (Brugeilles, 2005). Los métodos empleados también cambian en el tiempo: la mitad de las mujeres de la cohorte de los años cincuenta usó la esterilización femenina como primer método, mientras que métodos no definitivos como las pastillas y el DIU cobraron mayor importancia en las cohortes nacidas en la siguiente década.

El calendario de la fecundidad fue rejuveneciéndose debido a los escasos cambios en las primeras etapas de formación de las familias y a la práctica común del uso de métodos definitivos, una vez alcanzada la prole deseada. La edad al nacimiento del primer hijo está estrechamente vinculada a la dimensión de las descendencias; por ejemplo, las mujeres que tienen a su primer hijo antes de los 18 años tienen un número de hijos muy superior al de quienes lo hacen a partir de los 23 años (Mier y Terán y Partida, 2001). En el conjunto de las mujeres, no se modifican los intervalos entre la unión y el nacimiento del primer hijo y entre éste y el nacimiento del segundo, mientras que hay un leve retraso del tercer nacimiento y un claro descenso del nacimiento del cuarto hijo (Juárez y Llera, 1996).

Se afirma que la edad en el inicio de la formación de las descendencias es reflejo de normas, valores y perspectivas distintas. Quienes inician su fecundidad en edades tempranas pertenecen, generalmente, a grupos vulnerables con baja escolaridad, ideales de fecundidad más elevada, menor

¹ 1 Denominada Secretaría de Salud a partir de 1982.

acceso a la anticoncepción y, si participan en el mercado de trabajo, lo hacen en sectores tradicionales con escasas posibilidades de superación personal (Zavala De Cosío, 2001).

Fecundidad, y formación y disolución de uniones

Los cambios en la nupcialidad han sido menos marcados, aunque se observa cierto retraso de la edad de la primera unión y un aumento de la disolución de uniones y el divorcio, rasgos que fueron leves en los años ochenta y noventa, pero que se han acentuado en el siglo actual (Gómez de León, 2001; Quilodrán, 2010; Solís y Ferraris, 2014). El tipo de unión, tanto en México como en otros países, ha tenido un cambio sensible al ser la unión libre una forma cada vez más frecuente de formar una pareja; este tipo de unión se caracteriza por tener lugar en edades más tempranas y ser más inestable, pero con un número de hijos semejante al de los matrimonios (Solís, 2013). Con conclusiones semejantes, en otro estudio reciente sobre 13 países latinoamericanos, se señala que, a partir de la década de 1980, los patrones de fecundidad en los distintos sectores sociales no están asociados a la situación legal de la relación conyugal (Laplante *et al.*, 2015).

Se plantea que el retraso de la unión y el incremento en las uniones libres han estado asociados a las crecientes dificultades para encontrar trabajos estables y de calidad; la incertidumbre no se limita a los sectores bajos, sino que atañe igualmente a aquellos con mayor escolaridad en ocupaciones no manuales (Solís y Ferraris, 2014). En este trabajo, los autores señalan que la edad mediana a la primera unión de las mujeres ha aumentado poco, de 21 a 22 años entre las cohortes 1951-53 y 1966-68, pero que las grandes diferencias se observan entre los estratos socioeconómicos y según el nivel educativo.

En cuanto a la disolución, se observa una leve tendencia al aumento a partir de la década de los años noventa. Después de diez años de unión, la proporción de mujeres con uniones disueltas por separación o divorcio aumentó, de 11% a 16% entre las cohortes nacidas en el inicio de los años cincuenta y las nacidas a fines de los años sesenta (Samuel y Seville, 2005). Se plantea que los factores que propician la ruptura durante los primeros años de unión son: el tipo de unión (libre), la mayor escolaridad, el menor núme-

ro de hijos y la edad joven al inicio de la unión (Solís y Ferraris, 2014); a estos factores se añade el hecho de que la mujer trabaje y que haya tenido más de un empleo (Samuel y Seville, 2005).

Fecundidad y escolaridad

La escolaridad es la variable que más se emplea en el análisis de la nupcialidad y la fecundidad. La asistencia a la escuela es un fuerte inhibidor del inicio de la formación de las familias, ya que el rol de estudiante se considera incompatible con la formación de la unión y el nacimiento del primer hijo (Blossfeld y Huinink, 1991; Gómez de León, 2001; Liefbroer y Corijn, 1999; Mier y Terán, 2016). Además, la experiencia escolar y el contenido de la enseñanza favorecen la adquisición de nuevas ideas, actitudes y valores asociados a la limitación de los nacimientos; las mujeres con mayor escolaridad tienen mayores oportunidades laborales y una vía de movilidad social (Castro, 1995; Cerrutti, 2000; Malhotra, 1997). Una mayor escolaridad en las mujeres aumenta sus posibilidades y recompensas de participar en la actividad económica a lo largo de su vida y reduce su propensión de casarse (Cerrutti, 2000), además de que propicia un inicio más tardío de la formación de la unión (Gómez de León, 2001; Mier y Terán, 2016; Solís y Ferraris, 2014).

En la segunda mitad del siglo xx, la asistencia a la escuela se hizo casi universal y la escolaridad y los niveles educativos aumentaron sustancialmente. En 1959 se elaboró el Plan de los Once Años (1959-1970) con el fin de que hubiera escuelas primarias para todos los niños del país. El Plan fue exitoso y se considera que la década de 1960 fue un parteaguas en la educación primaria: la asistencia de las niñas entre seis y 12 años aumentó de 34 a 65%; esta proporción siguió aumentando hasta ser de 90% en 1990 (Mier y Terán y Rabell, 2014). Los resultados, en cuanto a la terminación de los ciclos básicos en niñas y jóvenes, reflejan notables mejoras, pero permanecen en niveles menos alentadores: entre 1970 y 1990, la terminación de la primaria aumentó de 30 a 75%, y la de secundaria de nueve a 46%. En el contexto urbano, el número medio de años aprobados en la escuela aumentó de siete a diez años entre las cohortes femeninas nacidas en 1951-1953 y 1966-1968 (Coubès *et al.*, 2016). A pesar de estos logros en las cifras promedio, las des-

igualdades sociales en la escolaridad son marcadas: aún en la cohorte nacida en los años sesenta, la ocupación del padre, como indicador de los orígenes sociales, es un factor determinante de la permanencia a la escuela (Mier y Terán y Rabell, 2005).

Las diferencias en los niveles de fecundidad entre mujeres con distintos niveles educativos son muy marcadas. A mediados de los años ochenta, la tasa global de fecundidad de las mujeres sin primaria era de 6.3 hijos, mientras que la de las mujeres con secundaria o más era de 2.7 hijos; es decir, menos de la mitad. Diez años después, con descensos más pronunciados entre las menos escolarizadas, los valores de las tasas son, respectivamente, 4.1 y 2.4 (Mier y Terán y Partida, 2001). El calendario de la fecundidad está también permeado por las desigualdades educativas. Por ejemplo, con datos más recientes, se observa que la edad mediana al nacimiento del primer hijo es de veinte años entre las mujeres con estudios de primaria, mientras que es de 24 años entre quienes tienen estudios en el nivel medio superior, y treinta años entre quienes tienen estudios profesionales (Mier y Terán, 2010). En un análisis de cohortes, se observa tanto una descendencia menor como intervalos más prolongados en la cohorte nacida en los años sesenta que en nacida en la década anterior (Páez y Zavala, 2016).

En un estudio de seis países latinoamericanos, entre los que se encuentra México, se observa que, de los años setenta a los ochenta, los cambios en la composición educativa de la población contribuyeron al descenso de la fecundidad, pero los cambios más significativos ocurrieron en el interior de los estratos educativos (Rodríguez, 1996). Las mujeres de baja escolaridad redujeron su fecundidad en mayor medida que las mujeres con más escolaridad, y lo hicieron mediante la limitación de sus descendencias y sin cambios mayores en el espaciamiento de los hijos.

Fecundidad y participación laboral

La vinculación entre la fecundidad y la participación femenina en el mercado de trabajo es compleja. Se reconoce que la relación causal entre estos dos procesos ocurre en ambos sentidos: las mujeres que quieren o necesitan trabajar elegirán un número de hijos más pequeño, pero al mismo tiempo, el

tener hijos en el hogar hará más difícil que las madres trabajen. A su vez, la relación depende de diversos elementos, entre los que se encuentran el tipo y las condiciones del trabajo, las prácticas de cuidado de los hijos, la disponibilidad de servicios de cuidado, así como el calendario y el número de los nacimientos (Bongaarts *et al.*, 2019; Brewster y Rindfuss, 2000).

En general, el empleo femenino está determinado por múltiples factores, entre los que se encuentra la fecundidad, la educación, las normas sociales y la naturaleza de los empleos disponibles (Verick, 2014). La participación de la mujer varía significativamente entre países, como resultado de condiciones diferentes en cuanto a nivel de desarrollo, niveles educativos, normas sociales, niveles de fecundidad, así como al acceso al cuidado infantil y otros servicios de apoyo.

Con el descenso de la fecundidad, en los países de ingreso medio y bajo, el tiempo para tener y criar a los hijos tiende a reducirse, lo que puede significar mayores oportunidades de continuar los estudios y trabajar, en particular ante el crecimiento del sector terciario (Dyson, 2001). En México, la participación femenina en el mercado de trabajo creció de 18%, en 1970, a 28% en 1980; este crecimiento estuvo asociado a la expansión del gobierno y el sector de servicios de la economía formal (Parrado y Zenteno, 2005). Las siguientes dos décadas fueron caracterizadas por crisis y recesión económica, y el aumento en la participación femenina fue menor (32% en 1991 y 35% en 1996). En estos años, la recesión económica impulsó la incorporación de mujeres casadas como estrategia de los hogares ante la inestabilidad de la economía (Parrado y Zenteno, 2005). Se plantea que las crisis sufridas a partir de 1982 y la reestructuración de la economía propiciaron un deterioro generalizado de las condiciones laborales, y que el escaso crecimiento de mejores empleos en el sector terciario ha tenido como consecuencia que las mujeres se inserten con frecuencia en empleos precarios (Oliveira *et al.*, 2001).

El ritmo de crecimiento de la participación femenina mexicana ha sido menor que en otros países; por ejemplo, en 2010, la tasa de actividad económica de las mujeres de 15 años y más era 44% en México, y 53% en el promedio de los países latinoamericanos (García y Pacheco, 2014). El principal aumento en la ocupación ha ocurrido después de los 35 años, cuando generalmente los hijos empiezan a crecer. Desde finales de los años ochenta

ta, la mayor participación femenina era en las edades de treinta a 39 años. Entre las solteras, la participación ha sido regularmente elevada, al igual que en las mujeres de los sectores medios, con más escolaridad; entre las mujeres de escasos recursos el ritmo de aumento ha sido también importante.

En las décadas de los años setenta y ochenta, más de la mitad de las mujeres trabajaba antes de unirse por primera vez, pero pocas lo hacían de manera ininterrumpida, ya que era común que abandonaran el trabajo durante el inicio de la formación de sus familias. No obstante, a partir de estos años, las mujeres permanecen en el mercado de trabajo cada vez más a lo largo de su vida (García y Oliveira, 1994; Mier y Terán, 1996). Esta tendencia creciente a permanecer en el trabajo sin interrupción en las etapas de formación de las familias ha seguido aumentando en años más recientes (Mier y Terán *et al.*, 2016). Sin embargo, se observa que el empleo intermitente es una forma común de participación que es flexible y se caracteriza por entradas y salidas frecuentes del mercado de trabajo, lo que lleva a cuestionar la distinción entre las mujeres que trabajan y las que no lo hacen, especialmente en los sectores bajos (Cerrutti, 2000). Este tipo de empleo flexible tiene impactos negativos a mediano y largo plazo, ya que impide la acumulación de experiencia laboral y limita la posibilidad de tener acceso a prestaciones sociales.

Es común que el empleo de las mujeres sea en trabajos de menor productividad y con menor remuneración que el de los varones; no obstante, la mayor escolaridad es un factor decisivo en el acceso a mejores empleos (Cerrutti, 2000). La educación de la mujer debe ser al menos de preparatoria para que su participación aumente, especialmente en trabajos con mejores condiciones, y los estudios profesionales propician, además, el acceso a trabajos estables.²

Con mayor educación, el ingreso potencial es más alto, así como el costo de oportunidad de no trabajar, lo que propicia un efecto positivo en la decisión de trabajar y de permanecer en el trabajo y un efecto negativo en la

² En un interesante estudio sobre el aumento de la escolaridad en la población económicamente activa en México, se observó que, independientemente del sector de la economía, quienes tenían 13 o más años de escolaridad ocupaban posiciones laborales mejor remuneradas y recibían, en promedio, ingresos más elevados que quienes tenían una escolaridad más baja (De Ibarrola, 2009).

fecundidad (Psacharopoulos y Tzannatos, 1989).³ Las mujeres con menor escolaridad tienen un número de hijos mayor y participan en menor medida y de manera más intermitente que aquellas con mayor escolaridad (Cerrutti, 2000).

En países de ingreso medio, cuando la escolaridad aumenta y la fecundidad descende, las mujeres se incorporan en mayor medida a la fuerza de trabajo en el sector de los servicios. En cambio, en los países más pobres, las mujeres con menor escolaridad trabajan más y lo hacen en actividades de subsistencia y empleos informales, mientras que quienes tienen mayor escolaridad cuentan con los recursos para permanecer fuera del mercado de trabajo (Verick, 2014). De esta manera, la participación femenina puede resultar tanto de la pobreza como del aumento de la escolaridad y las crecientes oportunidades laborales de las mujeres en las economías más modernas. Además, en periodos de crisis, para mantener el consumo de los hogares, las mujeres ingresan al mercado laboral; con frecuencia, en empleos informales, más inestables que los formales (Cerrutti, 2000; Parrado y Zentento, 2005; Verick, 2014).⁴

Las limitaciones económicas, las oportunidades en el mercado de trabajo y las normas de género inciden en las decisiones de las mujeres en su vida laboral. Ante la carencia de servicios y oportunidades laborales limitadas, las mujeres con baja escolaridad e hijos pequeños tienen la exigencia de generar un ingreso mientras atienden las labores domésticas y de cuidado de los hijos, lo que propicia su inserción en empleos informales que, con frecuencia, son inestables y precarios (Cerrutti, 2000).

Se afirma que, en el marco de un proceso de rápida urbanización, se propician las oportunidades de trabajo para las mujeres fuera del hogar,

³ Los autores plantean que, tanto la participación femenina en el mercado de trabajo como la fecundidad, dependen de muchos otros factores difíciles de cambiar mediante políticas públicas, por lo que la educación de la mujer debe ser un objetivo primordial.

⁴ En México, por ejemplo, durante los años de crisis en la década de 1980, el peso relativo de las ocupaciones más calificadas y con mayor seguridad disminuyó (García y Oliveira, 1994: 73). Por otra parte, en las ciudades de México y Buenos Aires, las mujeres pobres participan en el sector informal en empleos por cuenta propia, en el comercio, servicio doméstico y otros servicios personales, o bien como asalariadas en pequeños talleres (Cerrutti, 2000).

así como actitudes y aspiraciones favorables al trabajo asalariado (Beguy, 2009). En México, la expansión y la diversificación del sector terciario, y otros cambios en la economía, han originado que el comercio y los servicios se conviertan en las principales fuentes de trabajo en las ciudades, lo que asociado al incremento de la escolaridad y el descenso de la fecundidad han propiciado la creciente participación femenina en el mercado de trabajo (Oliveira *et al.*, 2001).

MARCO DE REFERENCIA

Los procesos de decisión relativos a la formación de la familia y la participación en el mercado de trabajo mantienen una relación imbricada a lo largo del curso de vida de las mujeres (Mier y Terán *et al.*, 2016). La conciliación entre la maternidad y la participación en el mercado de trabajo es uno de los temas más abordados en la investigación sobre la fecundidad en los países occidentales (Sobotka, 2004). En diversas perspectivas sobre la formación de las familias, en especial la económica, se plantea que los roles de la maternidad y el empleo son incompatibles: los hijos y el trabajo plantean demandas simultáneas, por lo que, entre más tiempo se dedica a una de estas actividades, menos se destina a la otra (Psacharopoulos y Tzannatos, 1989). En la perspectiva sociodemográfica, el interés se centra en identificar la capacidad de las mujeres para compaginar el nacimiento y cuidado de los hijos con el trabajo, lo que depende de una complejidad de factores específicos que difieren entre las sociedades (Beguy, 2009). También, se plantea que una perspectiva dinámica en el estudio de la incompatibilidad permite una mejor aproximación, ya que puede tender a reducirse en el tiempo, de manera que se refleje en cambios entre cohortes y sea más acentuada en algunas etapas del curso de vida que en otras, así como en algunos sectores sociales (Liefbroer y Corijn, 1999; Brewster y Rindfuss, 2000).⁵

⁵ Por ejemplo, los altos costos de oportunidad de las personas con más escolaridad son mayores al inicio de sus carreras que más adelante (Liefbroer y Corijn, 1999).

La rivalidad entre los dos roles, en particular durante el periodo de crianza de los hijos, surge de la separación del lugar de trabajo y el hogar, la naturaleza del empleo y las normas sociales respecto a los roles de mujeres y hombres. Las mujeres y las parejas toman sus decisiones en cuanto a la formación de sus familias, el cuidado de los hijos y el trabajo remunerado en contextos con condiciones específicas en cuanto a políticas en materia de la familia, características y legislación de los mercados de trabajo y normas de género.⁶ En contextos favorables, las madres están más presentes en el mercado de trabajo con mejores condiciones porque la tensión entre el trabajo y el cuidado de los hijos es menor (Matysiak y Weizak-Bialowolska, 2016).

En los países occidentales, la participación de las mujeres en el mercado de trabajo es menor en las edades de tener y criar a los hijos, pero cuando el desarrollo de la legislación social y los permisos por maternidad y paternidad son avanzados, la participación femenina puede ser igualmente elevada en estas etapas de la vida (Psacharopoulos y Tzannatos, 1989).

Ante la incompatibilidad de los roles de la maternidad y el trabajo, la relación entre éste y el número de los hijos tiende a ser inversa, en particular durante el periodo de crianza (Beguy, 2009; Cerrutti, 2000; García y Oliveira, 1994; Psacharopoulos y Tzannatos, 1989). Las mujeres trabajan menos y con mayor intermitencia cuando sus hijos son pequeños (Cerrutti, 2000). Las trayectorias laborales discontinuas son una de las consecuencias del conflicto entre el trabajo y la crianza de los hijos a lo largo del curso de vida.⁷ Las trabajadoras que quieren tener una familia, en ocasiones deben optar por transigir o abstenerse de formarla; con el tiempo, cuando el trabajo femenino se fue generalizando, esta disyuntiva se ha hecho cada vez menos común (Goldscheider *et al.*, 2015).

⁶ De las políticas en materia de familia, los principales instrumentos para favorecer la conciliación de la familia y el trabajo son los servicios de cuidado de los niños y los permisos por maternidad y paternidad; la flexibilidad de horarios de trabajo y el ingreso son elementos importantes del mercado de trabajo; las ideologías y normas, la división del trabajo doméstico y extradoméstico entre hombres y mujeres, son el elemento fundamental de las normas de género (Matysiak y Weizak-Bialowolska, 2016).

⁷ Kempeneers, 1987 (citado en Beguy, 2009).

En cuanto al tipo de trabajo, gran parte de las actividades asalariadas tienen lugar fuera del hogar, en fábricas u oficinas del sector moderno de la economía, lo que difícilmente permite el desarrollo simultáneo de los dos roles (Beguy, 2009). Con el deterioro de las condiciones laborales, las mujeres se insertan cada vez más en trabajos informales, los que son flexibles y facilitan su conciliación con las demandas domésticas en los hogares. Se observa que las madres se encuentran comúnmente forzadas a acudir a empleos precarios por los que reciben menores remuneraciones (Villanueva y Lin, 2019: 20). En especial, entre las mujeres más pobres, es posible que el trabajo para su subsistencia sea en empleos en los que no importe el número de sus hijos (Cerrutti, 2000).

Otro factor crucial en la conciliación de la maternidad y el trabajo es la disponibilidad de instituciones que provean cuidado a los hijos de trabajadoras, así como el acceso a ayuda doméstica de bajo costo o los familiares que puedan encargarse del cuidado de los niños, todo lo cual se encuentra claramente estructurado socialmente (Beguy, 2009; Cerrutti, 2000). Las mujeres de clase media tienen familias más pequeñas y niveles educativos más altos, con los que pueden acceder a mejores trabajos y servicios formales de cuidado u optar por el pago de servicio doméstico y cuidado para los niños, de manera que establecen arreglos domésticos para trabajar fuera del hogar y lograr el desarrollo de trayectorias laborales más estables. Las mujeres pobres con baja escolaridad, cuando trabajan, lo hacen en actividades mal pagadas y sin prestaciones, generalmente en el sector informal, en el que se insertan las personas con escasa calificación y restricciones de tiempo; se emplean en el servicio doméstico, como vendedoras en pequeños establecimientos, vendedoras ambulantes, trabajadoras en pequeños talleres y en servicios de limpieza, actividades que comúnmente son por cuenta propia y de tiempo parcial (Cerrutti, 2000). El apoyo de otros miembros de la familia en el cuidado de los hijos puede también hacer posible la participación de las mujeres pobres con hijos pequeños. Por ejemplo, el conflicto entre el trabajo y la crianza de los hijos es menos marcado en la Ciudad de México que en Buenos Aires porque hay más fuentes de cuidado de los niños: las mujeres de clase media pueden pagar el servicio de cuidado y en los sectores bajos se cuenta con el apoyo de familiares (Cerrutti, 2000). No obstante, también en la

Ciudad de México, los servicios de guardería son muy insuficientes: las guarderías de los gobiernos federal y municipal atienden a menos del 12% de los niños de madres trabajadoras (Tolbert, 1990; citado en García y Oliveira, 1994: 73).

La flexibilidad de la ubicación del trabajo también puede favorecer la conciliación de las actividades. Por ejemplo, cuando hay un negocio familiar o actividad en el hogar es posible el desempeño simultáneo de tareas domésticas y extradomésticas; esto ocurre principalmente en el sector informal, aunque también puede tener lugar en actividades profesionales y técnicas por cuenta propia (García y Pacheco, 2014). Sin embargo, en un estudio reciente de cinco países latinoamericanos, se observan menores salarios entre las madres que entre las mujeres sin hijos, y que una mayor propensión de las madres a trabajar en el sector informal contribuye a esta penalización de la maternidad. Una vez en éste, las mujeres con hijos tienden a desarrollar trayectorias laborales de baja calidad (Villanueva y Lin, 2019).

Las normas de género son otro aspecto crucial en la conciliación de roles familiares y laborales. Las normas sociales tradicionales de los roles de género y la división del trabajo en los hogares mitigan la tensión entre el trabajo femenino y la fecundidad, porque las mujeres estarían principalmente abocadas al hogar y la crianza de los hijos, sin mayores aspiraciones de trabajo remunerado, en especial del más incompatible con el rol de madre (Beguy, 2009). Así, las expectativas asociadas a los roles de género tradicionales favorecen una menor participación femenina o una participación esporádica para solventar requerimientos económicos específicos (Cerrutti, 2000). La mayor escolaridad de las mujeres propicia visiones menos tradicionales del papel de las mujeres y una orientación hacia la participación femenina en el mercado de trabajo, con mayor acceso a mejores empleos y servicios domésticos y de cuidado de los hijos estables. Asimismo, en el contexto de las ciudades existen mayores oportunidades de empleos remunerados fuera del hogar, a la vez que se propician actitudes y aspiraciones favorables a este tipo de empleo (Beguy, 2009).

Se afirma que normas más igualitarias propician una menor tensión entre el trabajo femenino y la familia, ya que los varones se involucran más en el cuidado de los hijos y se favorece tanto la fecundidad como la partici-

pación laboral de la mujer y la estabilidad de las uniones (Goldscheider *et al.*, 2015; Matysiak y Weizak-Bialowolska, 2016).

La temporalidad de la formación familiar también puede influir en la conciliación entre el trabajo y la fecundidad (Sobotka, 2001). El calendario del nacimiento del primer hijo y el espaciamiento de los nacimientos pueden constituir estrategias de las parejas para lograr el equilibrio entre el trabajo y la familia (Bongaarts *et al.*, 2019; Brewster y Rindfuss, 2000). Un nacimiento en edades tempranas puede limitar las opciones laborales de las mujeres, en particular de las que pertenecen a los sectores medio y alto, quienes eventualmente hubieran podido continuar en la escuela y optar por mejores empleos (Mier y Terán, 2010). En la Ciudad de México, el evento que más propicia la salida del mercado de trabajo es la formación de la unión (Cerrutti, 2000), probablemente por la estrecha vinculación temporal entre la unión y el nacimiento del primer hijo (Mier y Terán, 2014).

Nuestro análisis se centra en los dominios de la familia y el trabajo. Nos interesa conocer la forma en que las grandes transformaciones sociales se reflejan en las trayectorias de vida y, en particular, queremos investigar la manera en que las mujeres concilian la formación de sus familias, cada vez menos numerosas, con su creciente incorporación al mercado laboral. El estudio del desarrollo simultáneo de las trayectorias en los dominios familiar y laboral permite un pertinente acercamiento a su compleja interacción a lo largo del curso de vida.

En un contexto de rápido descenso de la fecundidad, planteamos que las formas en que se entrelazan la vida familiar y laboral están mediadas por la posición desigual en la estructura social. Ante una estructura de oportunidades cambiante, la posibilidad de limitar el número de hijos y controlar su espaciamiento está condicionada por desigualdades sociales iniciales y de cohorte y, a su vez, modifica la eventualidad de participar en el ámbito laboral. Asimismo, la participación en el mercado de trabajo puede ser más o menos limitante en la formación de la familia, dependiendo de las condiciones del trabajo y el acceso a los servicios, lo que también está condicionado por los antecedentes sociales de las mujeres.

FUENTE DE DATOS Y METODOLOGÍA

Hacemos uso de la perspectiva holística del curso de vida, en la que las trayectorias son unidades conceptuales de análisis y el interés se centra en éstas por encima de las transiciones o los estatus simples (Billari y Piccarreta, 2005). El análisis de las trayectorias permite dar cuenta de procesos de continuidad y quiebres en el curso de vida, así como de los efectos del tiempo histórico y los cambios que acontecen en las vidas individuales. En las trayectorias individuales, los condicionantes macro y microestructurales se reúnen y dan paso a distintos caminos de vida.

La Encuesta Demográfica Retrospectiva llevada a cabo en zonas urbanas en 2011 es la fuente de datos de este estudio. Empleamos información anual de los estados en las historias de vida reproductiva, conyugal, escolar y laboral durante un periodo de treinta años de la vida de las personas, a partir de los 12 años de edad y hasta los 41. Analizamos una muestra de 888 mujeres que pertenecen a dos cohortes nacidas en 1951-1953 y 1966-1968.⁸

Las cohortes estudiadas tuvieron experiencias distintas en cuanto a cambios sociales clave en la vida reproductiva y laboral de las mujeres. La implementación de los programas de planificación familiar fue experimentada por la cohorte nacida en los años cincuenta, cuando tenía entre 25 y 27 años, es decir, cuando la mayoría de las mujeres ya había iniciado la formación de su familia; mientras que la cohorte más joven tenía solamente entre diez y 12 años, de manera que inició su periodo reproductivo en un contexto de control de los nacimientos. El ámbito económico también difiere sustancialmente: la transición a la vida adulta de la cohorte 1951-1953 tiene lugar en un periodo de crecimiento económico sostenido y reducción de la desigualdad social, con un incremento en los salarios reales, así como en el gasto en salud y educación (Aboites, 2008). En cambio, la cohorte 1966-1968 inicia su vida adulta en años de recesión económica con alta inflación, escaso gasto público y salarios reducidos.

⁸ No incluimos a la cohorte más joven entrevistada en la encuesta porque solamente se le observa hasta la edad de 31 años, cuando muchas de las mujeres no han concluido la formación de sus familias.

En el análisis de las desigualdades sociales, empleamos el índice sobre la posición social de origen, elaborado por Patricio Solís para la encuesta con base en la escolaridad, la ocupación, el lugar de nacimiento y el origen étnico de los padres, así como la posesión de bienes y servicios en la vivienda cuando el entrevistado tenía 15 años. El índice permite ubicar la posición socioeconómica del entrevistado respecto a los demás miembros de la cohorte en la estratificación social (Coubès *et al.*, 2016: 30).

Estudiamos las trayectorias en las dimensiones reproductiva, conyugal y escolar-laboral. Construimos las secuencias de las trayectorias individuales en torno a los estados definidos en cada dimensión. Los estados en la trayectoria reproductiva corresponden al número de hijos nacidos vivos, que va de uno en uno, desde cero hasta cinco y más. Distinguimos el número de hijos porque consideramos que, en la conciliación de la familia y el trabajo, cada hijo adicional repercute en una condición distinta y que, en un contexto de rápido descenso de la fecundidad, el número de hijos refleja la participación de la mujer en este proceso. Planteamos que conforme la mujer va teniendo a sus hijos y éstos son más numerosos, sus posibilidades de participar en el mercado de trabajo de manera continua y en trabajos de mayor calidad se reducen. Además, cuando el nacimiento de los hijos ocurre en las etapas más jóvenes, las posibilidades de continuar en la escuela y tener acceso a mejores empleos se ven limitadas.

En la trayectoria conyugal o marital, distinguimos cinco estados: soltera, unida en primera unión, en segunda, en tercera o subsecuentes, y separada de una unión previa. Esta clasificación obedece a nuestro interés en indagar sobre la manera en que la conciliación de la familia y el trabajo se ve afectada por el hecho de contar con una pareja y la estabilidad en la unión. No hacemos distinción entre las uniones sancionadas legal o religiosamente de las consensuales, que son más inestables, porque nuestro interés no se centra en explicar la inestabilidad, sino en la relación de ésta con la conciliación de la reproducción y el trabajo extradoméstico; además, en México, las uniones consensuales tienen una fecundidad semejante a la de los matrimonios (Solís, 2013). Podemos suponer que, dada la estrecha vinculación en el país entre la vida reproductiva y la conyugal, las mujeres solteras tienen menor carga de trabajo doméstico que limite sus posibilidades de participar en el

mercado de trabajo; mientras que las mujeres separadas de uniones previas se encuentran en la situación opuesta, es decir, con requerimientos de cuidado y domésticos de hijos de la unión previa y, probablemente, sin el apoyo económico de la pareja, por lo que es apremiante contar con ingresos de su trabajo. El hecho de encontrarse en una unión propiciaría, entonces, una menor participación laboral, en especial de mujeres con poca escolaridad y sin acceso a trabajos con mejores condiciones.

Los seis estados posibles en la trayectoria escolar-laboral son en la escuela, en el hogar y en el trabajo: este último diferenciado en cuatro estados según sus características: si es manual o no manual y si es calificado o no calificado. Estas categorías de la participación en el mercado de trabajo distinguen entre los trabajos no manuales y manuales, ya que en los primeros es más probable que se tenga una trayectoria laboral con un inicio más tardío y mayor escolaridad, lo que propicia la permanencia en el trabajo en las etapas de formación de las descendencias. Las condiciones en los trabajos calificados son, en general, mejores y las mujeres cuentan con más posibilidades de conciliar el trabajo con la familia porque pueden tener acceso a los servicios necesarios para el cuidado de los hijos. Los no calificados con frecuencia son informales, en los que difícilmente se tiene acceso a estos servicios, pero los trabajos suelen ser más flexibles en cuanto a horarios y lugar de trabajo, lo que facilita que la mujer se haga cargo del cuidado de los hijos al mismo tiempo que trabaja.

Abordamos las trayectorias desde una perspectiva multidimensional mediante el Análisis de Secuencias Multidimensional (Multichannel Sequence Analysis, MSA). Con esta perspectiva es posible dar cuenta de la interdependencia entre la participación de las mujeres en los dominios familiar y laboral (Gauthier *et al.* 2010). En un primer momento, medimos la disimilitud entre pares de secuencias individuales con la distancia de Hamming.⁹ Con el objeto de lograr un mejor acercamiento a la estructuración social del calendario de los eventos, calculamos las disimilitudes con los costos obte-

⁹ La distancia de Hamming entre dos secuencias es el número de sustituciones necesarias para cambiar una secuencia en otra; en ella, la longitud de las secuencias debe ser la misma (Lesnard, 2010).

nidos a partir de tasas de transición entre un estado y otro, que varían en las etapas de la vida de las mujeres.¹⁰

En el MSA, se construye una matriz única de distancia de los pares de secuencias que contempla las tres dimensiones de interés: reproductiva, conyugal y escuela-trabajo. En un siguiente paso, para obtener las tipologías o grupos de trayectorias a partir de la matriz de distancia, realizamos un análisis de conglomerados con un método de reasignación, Partición Alrededor de Medoides (PAM), que no es jerárquico y en el que el número de particiones se define previamente; se realiza a partir de la medoide, que es la secuencia de estados cuya disimilaridad media a todas las secuencias en el grupo es mínima, de manera que es la secuencia ubicada más hacia el centro del grupo (Kaufman y Rousseeuw, 2005).¹¹

RESULTADOS DEL ANÁLISIS

Trayectorias en las dimensiones reproductiva, marital y escolar y laboral. Cambios en el tiempo y desigualdades sociales

La distribución de las duraciones medias que las mujeres pasaron entre los 12 y los 41 años de edad en los distintos estados, en las trayectorias reproductiva, conyugal y escolar-laboral, revelan rasgos interesantes en cuanto a la temporalidad de los estados, su cambio en el tiempo y las desigualdades entre estratos sociales (gráfica 1).

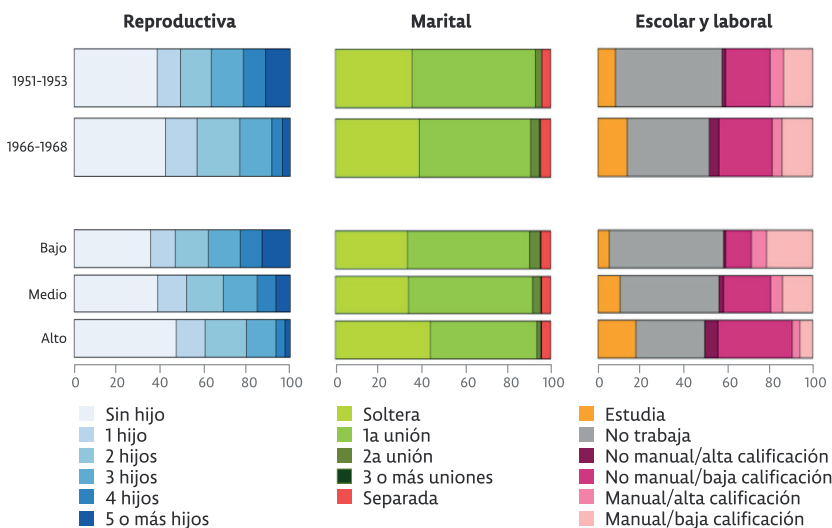
En las trayectorias reproductivas, el inicio de la maternidad es temprano y, como reflejo del descenso de la fecundidad, se observa cierto retraso del inicio entre las cohortes, a la vez que un sensible aumento en el número de años con uno y dos hijos, mientras que se redujeron notablemente los tiempos medios de las mujeres con familias de cuatro y cinco o más hijos; el aumento en el número de años con uno y dos hijos pudo resultar tanto de una reducción del número de hijos como de una mayor dimensión de los pri-

¹⁰ Más adelante, en la presentación del análisis, especificamos en detalle las tasas de transición empleadas.

¹¹ La interpretación de las secuencias medoides de cada grupo se realiza después.

meros intervalos intergenésicos (ver Páez y Zavala de Cosío, 2016). En las trayectorias conyugales, la primera unión ocurre en edades algo más tempranas que la primera maternidad, y es muy poco el tiempo que las mujeres pasan separadas de una unión conyugal o en segundas nupcias. Entre las cohortes se observa también un leve retraso de la entrada en unión y un aumento del tiempo que las mujeres pasan como separadas y en segundas nupcias. En las trayectorias escolares y laborales, las mujeres de la primera cohorte pasaron más de la mitad del tiempo en el hogar y asistieron a la escuela muy poco tiempo; dedicaron al trabajo algo más de 12 años en promedio, principalmente en trabajos no manuales de baja calificación. En la cohorte más joven, aumentó la permanencia en la escuela y en el mercado de trabajo, principalmente en trabajos no manuales y de baja calificación, y se incrementó levemente el tiempo en trabajos no manuales de alta calificación. Tal como se esperaba, los cambios entre la primera y la segunda cohorte en las dimensiones reproductiva y laboral son más pronunciados que en la conyugal.

Gráfica 1
Distribución de las duraciones medias en cada estado en las dimensiones reproductiva, marital, y escolar y laboral, según cohorte y estrato de origen



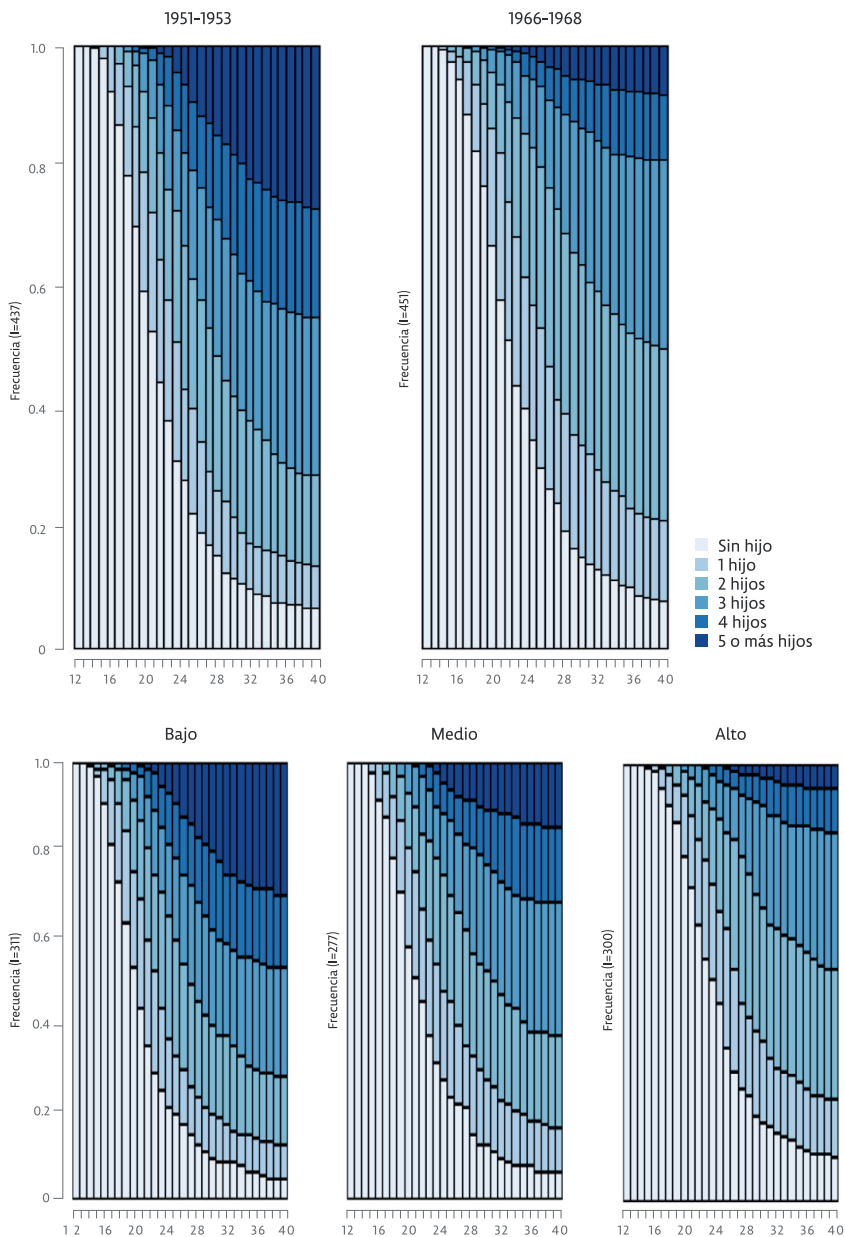
Fuente: elaboración propia con datos de la Eder 2011.

Las diferencias son más marcadas entre los estratos de origen. En la dimensión reproductiva, a medida que el estrato es más alto, la edad promedio a la maternidad es menos temprana y el tiempo medio con proles numerosas es menor. En las trayectorias conyugales, sólo las mujeres del estrato alto se diferencian con un mayor retraso de la primera unión y, probablemente asociado a éste, un menor tiempo en segundas nupcias. En las trayectorias escolares y laborales, el estrato marca grandes diferencias: a medida que el estrato es más alto, la permanencia en la escuela es mayor y el tiempo dedicado al hogar, menor. El tipo de trabajo también es distinto: en el estrato bajo, predominan los trabajos manuales de baja calificación, mientras que en el medio y en el alto predominan los trabajos no manuales; algunas mujeres de estos estratos, sobre todo en el alto, tienen acceso a trabajos no manuales calificados.

Esta distribución de los tiempos medios de vida de las trayectorias de las mujeres refleja las transformaciones demográficas entre estas dos cohortes, y muestra que las trayectorias están mediadas por la estructura de desigualdad. El análisis más detallado a través de histogramas de los estados en los que se encuentra el conjunto de las mujeres en cada edad individual entre los 12 y los 41 años revela, además, la temporalidad en la vida de las mujeres en la que ocurren los estados y permite un acercamiento al proceso del desarrollo de las trayectorias.

En la trayectoria reproductiva, la experiencia de la cohorte nacida en los años cincuenta tiene un inicio temprano. La maternidad empieza a ser perceptible a partir de los 15 años; a los 21 ya comprende a la mitad de las mujeres y son pocas las que permanecen sin hijos. En la cohorte más reciente, el inicio de la maternidad sugiere cierto retraso: la edad mediana se pospone un año y hay un leve aumento de las mujeres que persisten sin hijos a los 41 años (gráfica 2). En cuanto al tamaño de las proles, en la cohorte 1951-1953, los tamaños más comunes son de tres y cinco o más, y estas proles numerosas se alcanzan en edades relativamente jóvenes, lo que sugiere intervalos intergenésicos cortos, además del inicio temprano. En la cohorte nacida entre 1966 y 1968, la reducción en el tamaño de las proles es drástica, ya que los estados de cuatro hijos y cinco y más disminuyen notablemente, mientras que aumentan los de uno y dos hijos, y los tamaños de familia más comu-

Gráfica 2
Histograma de la trayectoria reproductiva, según cohorte y estrato de origen



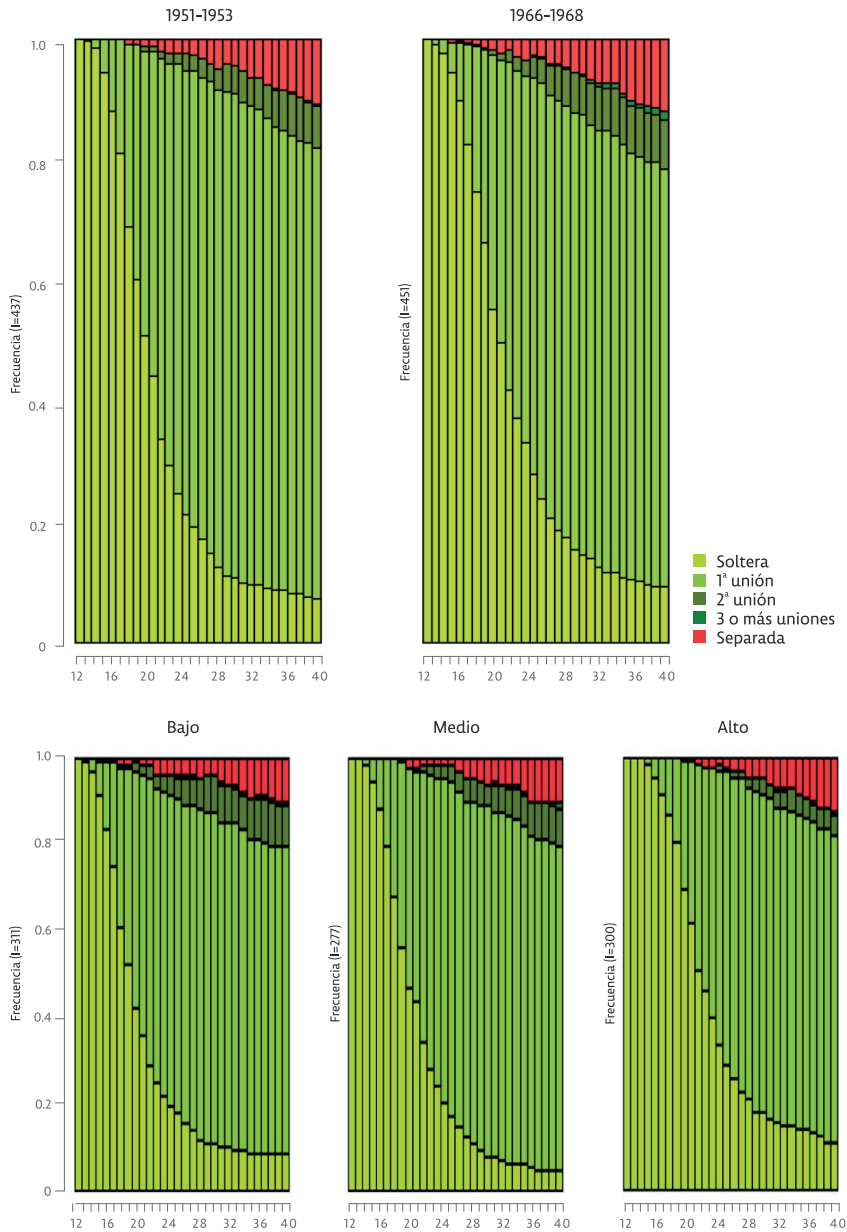
Fuente: elaboración propia con datos de la Eder 2011.

nes son de dos y tres hijos. Las diferencias entre estratos son marcadas y graduadas en cuanto a la temporalidad de los estados, así como la dimensión de las proles. El inicio es más temprano y las proles más numerosas en el estrato bajo, con cinco hijos y más como el tamaño más común a los 41 años. En el estrato medio, el tamaño más común de las familias es de tres hijos. Pero el estrato más diferenciado es el alto, en el que el retraso de la maternidad es acentuado y tener dos hijos es lo más común, aunque tener tres también es frecuente.

En las trayectorias maritales, los rasgos más sobresalientes en la primera cohorte son el calendario temprano y la unión casi universal —cerca de 7% permaneció soltera—; las disoluciones no son numerosas, pero empiezan a ocurrir desde edades tempranas, a partir de los 18 años, y, junto con las segundas nupcias llegan a ser cerca del 20% de las trayectorias a los 41 años (gráfica 3). Se observa un calendario más tardío en la cohorte 1966-1968, además de que una proporción algo mayor permanece sin contraer nupcias y en segundas nupcias respecto a la cohorte anterior. En los estratos, destaca el calendario algo más tardío en el medio, pero sobre todo en el alto. Es interesante que la proporción que permanece sin contraer nupcias no esté graduada, ya que es la menor en el estrato medio, le sigue el bajo y después el alto, donde la unión es menos frecuente. Las separaciones siguieron un patrón relativamente semejante en los tres estratos: mientras que las segundas nupcias son más comunes en el bajo, donde algunas tienen lugar en edades muy tempranas, son menos comunes en el alto; en el estrato medio, el patrón fue intermedio.

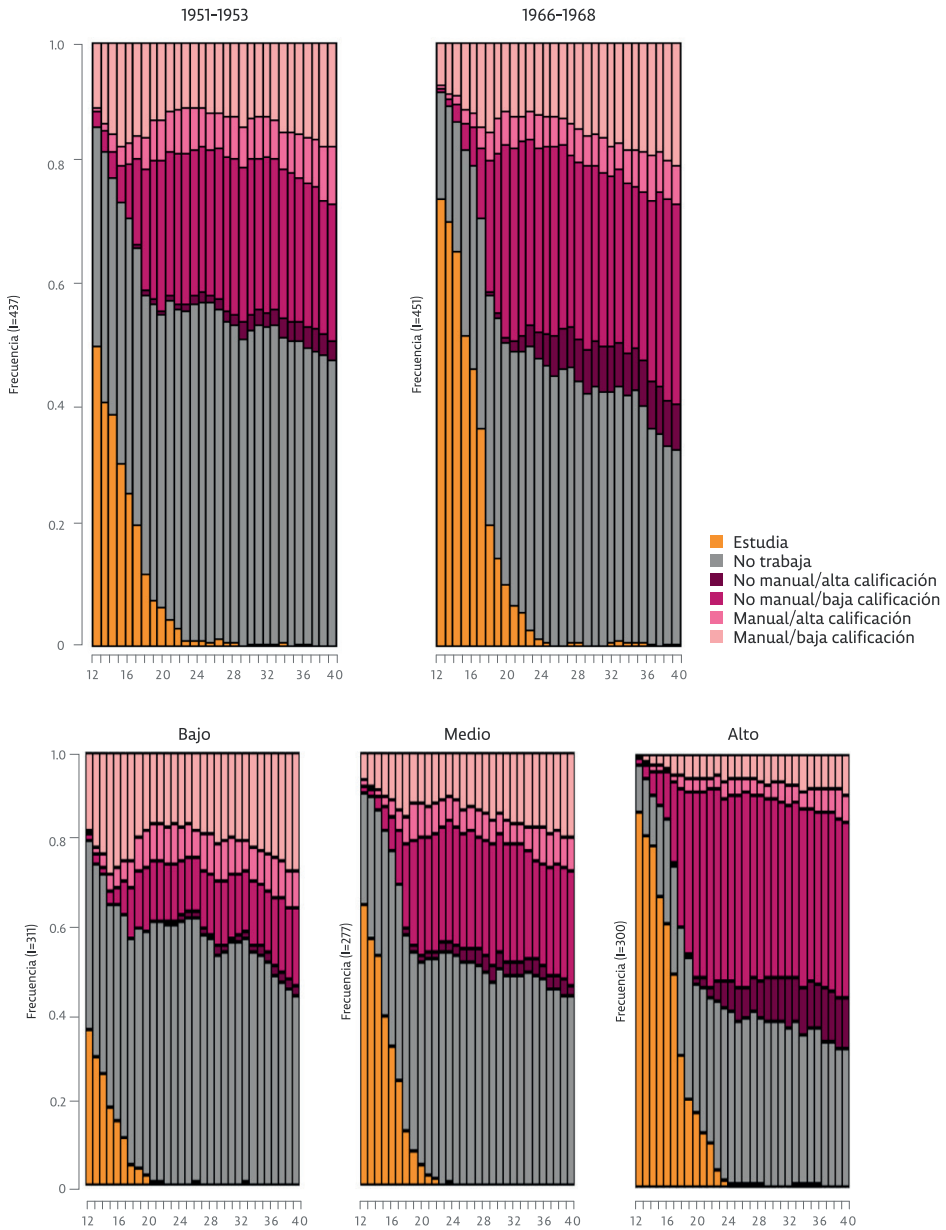
Los histogramas de las trayectorias escolar y laboral son más complejos porque la secuencia entre estados no es única, pero aun así son reveladores (gráfica 4). Entre las cohortes, se observa la creciente permanencia en la escuela y participación en el mercado de trabajo en empleos no manuales; de éstos, los calificados pasan de ser casi inexistentes a algo más frecuentes en la cohorte joven, en particular a partir de los 25 años. De los trabajos manuales, los calificados se reducen, mientras que los no calificados aumentan. Entre los estratos, las diferencias son notables y graduadas: en el alto, la asistencia más prolongada está vinculada a la mayor participación, en especial, en trabajos no manuales de baja calificación; los pocos trabajos no ma-

Gráfica 3
Histograma de la trayectoria marital, según cohorte y estrato de origen



Fuente: elaboración propia con datos de la Eder 2011.

Gráfica 4
Histograma de la trayectoria escolar y laboral, según cohorte y estrato de origen



Fuente: elaboración propia con datos de la Eder 2011.

nuales de alta calificación están concentrados en este estrato alto. El estado no trabaja predomina en los estratos medio y bajo, pero sobre todo en este último, donde los empleos de baja calificación son los más comunes, en especial los manuales.

Con esta primera aproximación a la forma en que los procesos de reducción de la fecundidad, y el aumento en la asistencia a la escuela y la participación en el mercado laboral se traducen en las trayectorias de las mujeres en las tres dimensiones del curso de vida, pasamos al análisis de la integración de las tres dimensiones mediante una aproximación multidimensional.

Aproximación multidimensional.

Trayectorias interdependientes en las tres dimensiones.

Matriz de distancia y análisis de conglomerados

En esta sección, presentamos el material conforme fuimos elaborando la aproximación multidimensional. En un primer momento, medimos la disimilitud entre pares de secuencias individuales con la medida de disimilaridad de Hamming, que corresponde al número de sustituciones necesarias para cambiar una secuencia en otra, la cual aplica cuando la longitud en las secuencias es fija; es especialmente sensible a la temporalidad de las diferencias (Studer y Ritschard, 2014). En este trabajo, la medida resulta adecuada ya que se cuenta con secuencias fijas de treinta años y es de particular interés delimitar patrones socio-temporales en cada una de las tres dimensiones.

Según la teoría, la elección de los costos de sustitución determina el agrupamiento de las secuencias (Lesnard, 2010). En este capítulo, con el objeto de lograr un mejor acercamiento a la estructuración social del calendario de los eventos, calculamos las disimilitudes con los costos obtenidos a partir de tasas de transición observadas entre un estado y otro, las que varían en las distintas etapas de la vida de las mujeres. Empleamos costos variables asociados a las etapas de la vida de las mujeres, por lo que agrupamos las edades en cuatro etapas en el cálculo de las tasas de transición: de 12 a 17 años, de 18 a 21 años, de 22 a treinta años y de 31 a 41 años.

Tasas de transición entre estados

Los patrones en las tasas de transición empleadas en la matriz de distancias son interesantes, aunque complejos; por limitaciones de espacio, no incluimos las tasas en cada una de las cuatro etapas planteadas. Solamente con fines ilustrativos, presentamos algunos de los rasgos principales de estas medidas en el conjunto de las cuatro etapas. En la dimensión reproductiva, la tasa de transición entre ningún hijo y un primer hijo es baja porque, aunque la gran mayoría de las mujeres llegan a ser madres, los años que permanecen sin hijos a partir de los 12 años no son pocos. La tasa entre uno y dos hijos es la más elevada porque es común que las mujeres con un hijo tengan el segundo relativamente pronto; las siguientes tasas son cada vez menores hasta ser nulas. En las otras dos dimensiones, las secuencias no contienen todos los estados con un mismo orden, por lo que son particularmente elocuentes. En la dimensión marital, la tasa de la soltería a la primera unión tiene un valor muy cercano al de la primera maternidad, y la gran estabilidad de las uniones se refleja en valores bajos en las tasas de transición a la separación, que es pequeña desde la primera unión y mayor desde la segunda, lo que sugiere una menor estabilidad en las segundas nupcias que en las primeras. Del estado de separado, es algo más frecuente que se transite a una segunda unión que a una tercera o subsecuente unión. En la dimensión escolar y laboral, en cada estado de origen hay varias posibilidades de transición. De la asistencia a la escuela, la transición más común es al no trabajo, aunque también es frecuente a trabajos no manuales de baja calificación. Una vez en el estado de no trabajo, la transición a cualquier tipo de trabajo o la asistencia a la escuela, las tasas son bajas, aunque levemente superiores a trabajos de baja calificación.

Así, los resultados sugieren que quienes trabajan justo después de dejar la escuela se emplean en mayor medida en trabajos no manuales, que quienes empiezan un episodio de participación después de haber permanecido sin asistencia a la escuela ni trabajo remunerado. En cuanto a la estabilidad de los empleos, se observa un crecimiento en las tasas hacia el no trabajo a medida que el tipo de trabajo es de menor calidad. Además, el cambio descendente de trabajos no manuales de alta calificación a trabajos no manuales de baja calificación no es desprecia-

ble, mientras que el valor de la tasa inversa que reflejaría un ascenso laboral es menor. A partir de los trabajos manuales, las tasas de transición a los no manuales de baja calificación tienen valores pequeños, pero a los de alta calificación son nulos. Los resultados en esta última dimensión coinciden con los de otros estudios sobre la mayor inestabilidad en los empleos precarios (Cerrutti, 2000) y las escasas oportunidades de ascenso en el trabajo, en particular entre las mujeres madres, la gran mayoría de la población femenina en edades reproductivas (Villanueva y Lin, 2019).

Matriz de distancias y análisis de conglomerados

Una vez evaluado el sentido de las tasas de transición, cuya diferencia con la unidad constituye el costo de sustitución, pasamos a la construcción de la matriz única de distancia entre los pares de secuencias que contempla de manera conjunta las tres dimensiones de interés. Con esta matriz, realizamos el análisis de conglomerados para la conformación de los grupos de trayectorias. Como se dijo, elegimos el agrupamiento con el método de reasignación denominado Partición Alrededor de Medoides (PAM), en el que el número de particiones se define previamente. La partición se realiza a partir de la medoide, que es la secuencia de estados cuya disimilitud media con todas las secuencias del grupo es mínima, de manera que es la secuencia ubicada más hacia el centro del grupo (Kaufman y Rousseeuw, 2005).

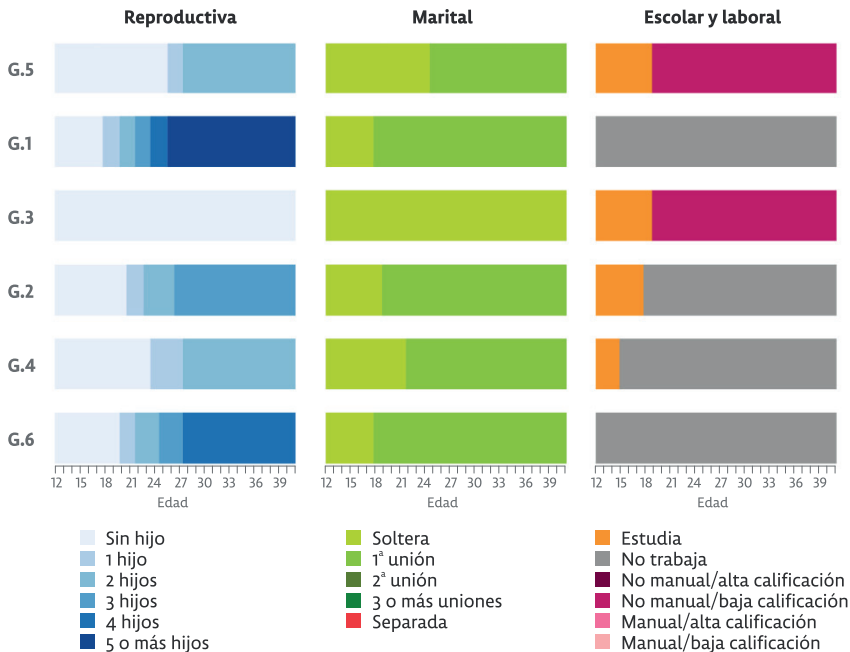
En este trabajo elegimos el clúster de seis grupos, con un valor de 0.17 en la medida ASW (*Average Silhouette With*) y en el que este valor es superior a 0.10 en todos los grupos.¹² Además, la distribución de las trayectorias en los seis grupos es balanceada y muestran particularidades en una o más de las dimensiones de interés en esta investigación.

Un primer resultado del análisis de conglomerados son las secuencias de las medoides como trayectorias indicativas de las mujeres de cada uno de los grupos (gráfica 5). En la dimensión reproductiva, se observa que las seis trayecto-

¹² Es una medida para evaluar la validez de la agrupación. Toma valores entre -1 y +1. Un valor elevado indica que las secuencias se asemejan a las de su conglomerado y se diferencian de las de los conglomerados vecinos (Rousseeuw, 1986).

Gráfica 5

Secuencias de medoides en las dimensiones reproductiva, marital, y escolar y laboral. Análisis de conglomerados de partición alrededor de medoides (PAM) de seis grupos



Fuente: elaboración propia con datos de la Eder 2011.

rias se encuentran bien diferenciadas en cuanto al calendario y la intensidad. En la medoide del primer grupo resalta el calendario temprano, pues a los 17 años tienen el primer hijo y a los 26 años cuentan con una prole de cinco o más hijos; también, la unión ocurre en una edad temprana; de los 12 a los 41 años de edad no asisten a la escuela ni participan en el mercado laboral. Con una trayectoria reproductiva parecida, aunque con calendario algo más tardío y tamaño de la prole menos numeroso (cuatro hijos), la medoide del sexto grupo tiene trayectorias iguales a las del grupo anterior en las otras dos dimensiones: unión temprana y sin asistencia a la escuela ni participación laboral. La medoide del segundo grupo experimenta la primera maternidad y unión en edades un poco mayores, con intervalos intergenésicos más largos y alcanza una prole de tres

hijos. La asistencia a la escuela dura cinco años, pero tampoco hay participación laboral. En la medoide del cuarto grupo, la primera maternidad ocurre más tarde, a los 23 años, y con un intervalo intergenésico largo alcanza a tener dos hijos; la unión ocurre a los 21 años; sólo se asiste a la escuela durante un par de años y no se participa en el mercado de trabajo. La medoide del quinto grupo tiene dos hijos, al igual que en el cuarto grupo, pero inician la maternidad y la unión considerablemente más tarde, y permanecen en la escuela hasta los 18 años, cuando empieza una trayectoria ininterrumpida en trabajos no manuales de baja calificación. Finalmente, la medoide del tercer grupo se distingue de las anteriores en que no hay eventos en la dimensión reproductiva ni marital, pero, al igual que en el quinto grupo, se permanece en la escuela hasta los 18 años y se participa en trabajos no manuales de baja calificación.

De esta manera, la única secuencia en la que se concilia la formación familiar con la participación en el mercado de trabajo es la del grupo cinco, con mayor asistencia a la escuela, eventos familiares más tardíos y un número pequeño de hijos. La otra secuencia, en la que también hay participación laboral, no hay formación de familia; mientras que no hay participación laboral en las demás secuencias donde hay formación familiar. En estas cinco secuencias no se observa conciliación de los dominios familiar y laboral.

Caracterización de los grupos del análisis de conglomerados

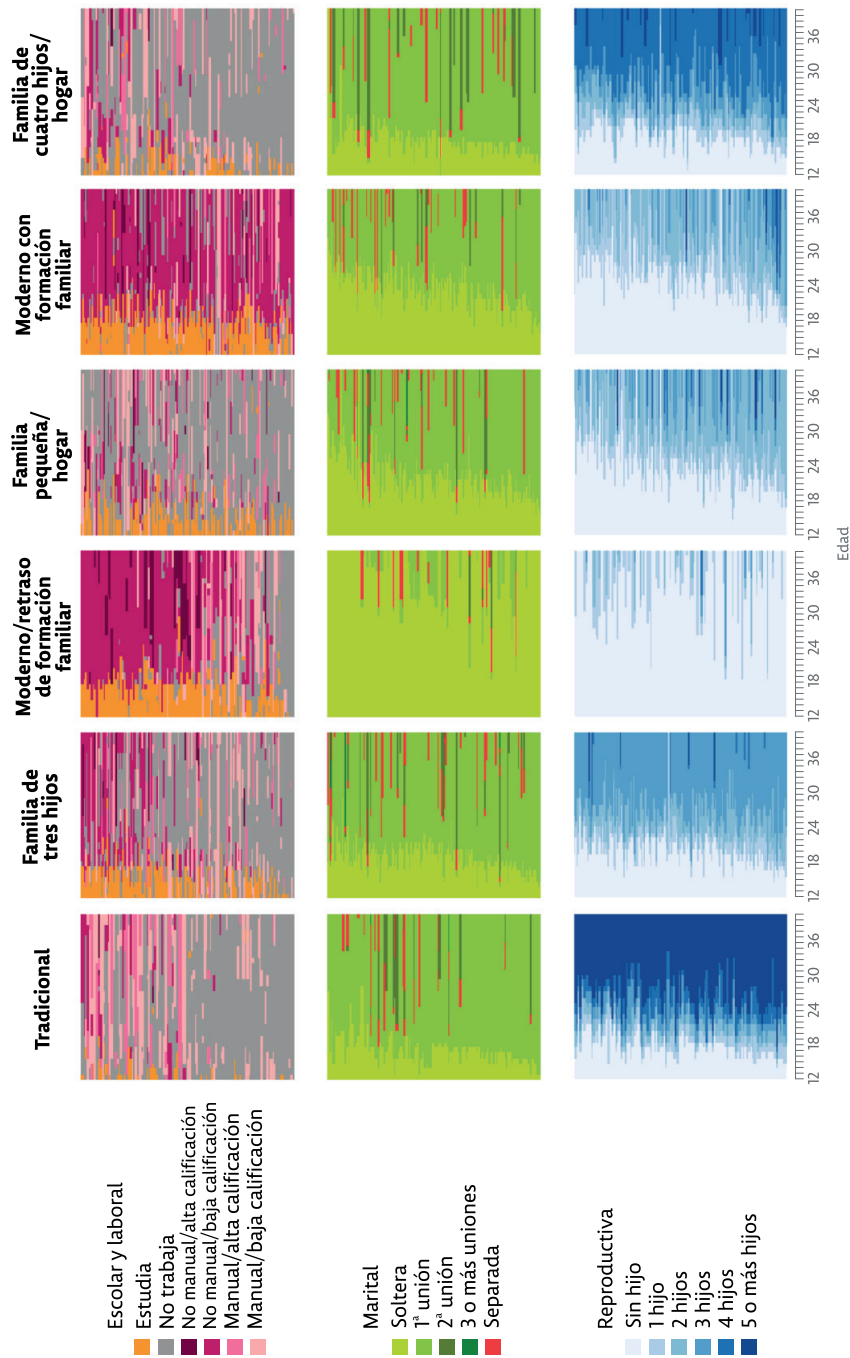
Con este primer acercamiento a la trayectoria indicativa de los grupos, pasamos a analizar los patrones en el conjunto de las mujeres que componen cada grupo mediante dos tipos de aproximaciones metodológicas complementarias. Las duraciones medias que las mujeres pasan en los distintos estados sugieren patrones promedio del conjunto de las trayectorias que componen cada uno de los grupos, pero sin distinguir el momento de la vida ni el orden en que ocurren los estados (cuadro 1). La representación gráfica de las trayectorias individuales constituye otra forma de análisis más fino que resuelve estas limitaciones mediante el seguimiento de las secuencias en las tres dimensiones estudiadas a lo largo de la vida de las mujeres (gráfica 6). A continuación, presentamos los principales rasgos que distinguen a cada grupo a partir de ambas aproximaciones.

Cuadro 1
Duración media en estados de las dimensiones reproductiva, marital,
escolar y laboral, según el grupo de conglomerado

Estados	Grupo 1	Grupo 2	Grupo 3	Grupo 4	Grupo 5	Grupo 6
	Tradicional	Familia de tres hijos	Moderno con retraso de formación familiar	Familia pequeña y hogar	Moderno con formación familiar	Familia de cuatro hijos y hogar
<i>Reproductiva</i>						
Sin hijos	6.1	8.4	25	12.5	14.0	7.0
Un hijo	1.9	2.9	3.6	4.8	5.7	2.5
Dos hijos	2.0	4.5	1.1	9.7	6.8	3.2
Tres hijos	2.5	13.8	0.3	2.1	2.8	4.5
Cuatro hijos	2.7	0.3	0.1	0.6	0.5	11.9
Cinco hijos o más	14.9	0.3	0.0	0.4	0.2	1.0
Total	30.0	30.0	30.0	30.0	30.0	30.0
<i>Marital</i>						
Soltera	5.4	7.4	26.6	10.7	12.0	6.4
Primera unión	21.7	19.5	2.2	17.3	15.9	20.2
Segunda unión	1.4	1.4	0.3	0.8	0.7	2.1
Tercera o más	0.1	0.2	0.0	0.1	0.0	0.0
Separada	1.4	1.5	1.0	1.2	1.5	1.4
Total	30.0	30.0	30.0	30.0	30.0	30.0
<i>Escuela-trabajo</i>						
Escuela	0.6	3.0	4.8	2.9	5.6	1.5
No trabaja	18.4	15.9	5.4	18.4	3.2	19.7
No manual alto	0.1	0.5	2.3	0.6	1.9	0.1
No manual bajo	1.7	4.7	12.2	2.3	15.9	2.0
Manual alto	2.4	1.7	1.9	1.6	0.8	1.9
Manual bajo	6.8	4.1	3.5	4.3	2.6	4.7
Total	30.0	30.0	30.0	30.0	30.0	30.0

Fuente: elaboración propia con datos de la Eder 2011.

Gráfica 6
 Trayectorias individuales de las mujeres en las tres dimensiones, según el clúster



Fuente: elaboración propia con datos de la Eder 2011.

Grupo 1 (115 casos; 13% del total)

Con transiciones tempranas y alta fecundidad, orientación al hogar y sólo algo de participación en trabajos manuales, identificamos a este grupo como *tradicional*. Son el grupo de mujeres que menos asisten a la escuela: a partir de los 12 años, asisten durante menos de un año en promedio, es decir, a penas con la primaria completa, y permanecen la mayor parte del periodo analizado (18.4 años) sin asistir a la escuela ni contar con un trabajo remunerado.¹³ Cuando participan en el mercado laboral, lo hacen en trabajos manuales (9.2 años), en especial de baja calificación (6.8 años). Inician su unión marital en edades tempranas (a los 16.4 años) y tienen uniones estables: pasan 21.7 años en una primera unión y sólo 2.9 años como separadas o en segundas y ulteriores uniones. La fecundidad en este grupo es la más elevada: todas las mujeres alcanzan proles de cinco o más hijos y su vida reproductiva inicia en edades tempranas, en promedio a los 17.1 años y con intervalos intergenésicos¹⁴ cortos (de 1.9 a 2.7 años); en promedio, a los 26 años ya tienen al menos cinco hijos. Las trayectorias reproductivas individuales en este grupo revelan cierta heterogeneidad en cuanto a las edades de inicio de la maternidad y transiciones a las siguientes paridades, pero predomina el calendario temprano y el hecho de que todas pasan una buena parte del periodo estudiado con cinco o más hijos. Las trayectorias maritales abarcan a todas las mujeres de este grupo e inician en edades tempranas; las separaciones, poco frecuentes, ocurren en distintos momentos de la vida de las mujeres, pero todas después de varios años de unión. Destaca tanto la escasa asistencia a la escuela, a partir de los 12 años, como la disparidad de las trayectorias laborales. Alrededor de tres de cada cuatro mujeres no asisten a la escuela y no participan en el mercado laboral, o lo hacen de manera discontinua. Algunas mujeres participan a partir de edades muy tempranas, mien-

¹³ Con el objeto de agilizar la redacción de las duraciones medias, en algunos casos omitimos mencionar que el número de años es un promedio.

¹⁴ Consideramos que la duración media en cierta paridad es el intervalo intergenésico entre el nacimiento de esa paridad y el de la siguiente, siempre que las mujeres hayan alcanzado la paridad siguiente.

tras que otras en edades más avanzadas. Quienes tienen algo de asistencia, participan en trabajos manuales; en algunos casos, esta participación no se interrumpe en las edades de procreación y crianza de los hijos. Al final de la observación, participan alrededor de la mitad de las mujeres en trabajos de baja calificación.

Grupo 2 (156 casos; 18% del total)

En este grupo, la asistencia escolar es algo más prolongada y la orientación al hogar coincide con cierta participación, pero lo que es distintivo del grupo es el tamaño de la *familia de tres hijos*. En promedio, las mujeres asisten a la escuela hasta los 14 años, y después permanecen sin actividad remunerada algo más de la mitad de los treinta años observados (15.9 años). Cuando trabajan, lo hacen en empleos de baja calificación, tanto no manuales (4.7 años) como manuales (4.1 años). Su entrada en unión no es tan temprana (18.4 años) y forman uniones relativamente estables, ya que, en promedio, sólo pasan 3.1 años como separadas o en segundas o ulteriores uniones. Su fecundidad es algo más tardía y baja que en el grupo anterior: en promedio tienen a su primer hijo a los 19.4 años y, con intervalos intergenésicos más amplios (2.9 y 4.5 años), casi todas tienen tres hijos, muy pocas tienen más. En las trayectorias individuales, se observa que la asistencia a la escuela a partir de los 12 años no es prolongada, pero sí algo más generalizada (dos de cada tres mujeres) y, en ciertos casos, hay asistencia después de unos años en los que se trabaja o se permanece en el hogar. Pocas mujeres permanecen fuera del mercado laboral durante los treinta años observados; las más dejan de trabajar en la etapa de formación de la familia, ya sea que regresan más tarde a trabajar o no. Hacia el final de la observación, sólo participa la mitad de ellas. En la dimensión marital, con uniones algo más tardías, hay algo más de rupturas y segundas nupcias: cuando las rupturas son tempranas, es común que haya segundas nupcias. Aunque hay cierta heterogeneidad en las edades en las que ocurren los nacimientos, en casi todos los casos ya se tiene al tercer hijo alrededor de los treinta años de edad, dimensión que casi siempre se mantiene hasta los 41 años.

Grupo 3 (115 casos; 13% del total)

Las mujeres de este grupo asisten más a la escuela, tienen trayectorias continuas en empleos no manuales y posponen la formación de sus familias, por lo que denominamos al grupo como *moderno con retraso de formación familiar*. Permanecen en la escuela hasta las edades de asistir a la educación media superior (15.8 años). Participan con frecuencia en trabajos no manuales (14.5 años), algunos de ellos de alta calificación (2.3 años), aunque también desempeñan trabajos manuales, en especial de baja calificación (3.5 años). En gran medida, posponen el ingreso a la primera unión, pues lo hacen hasta los 37.6 años en promedio y, cuando se unen, tienen uniones más inestables: de los años en los que no están en soltería, pasan 2.2 años en primera unión y 1.3 años, más de la mitad, separadas o en segundas nupcias. Algo más de la mitad permanece sin hijos hasta el final de la observación; en promedio, tienen a su primer hijo a los 36 años. Algunas tienen un hijo, pocas tienen dos y aún menos tienen tres. Cabe destacar que, en promedio, posponen más el inicio de la primera unión que el nacimiento del primer hijo, lo que sugiere que algunas mujeres concilian su papel de madre con el de trabajadora, pero sin un compañero que provea del apoyo para la subsistencia del hogar. Las trayectorias individuales reflejan, además, que la mayor asistencia a la escuela y las trayectorias laborales continuas son casi generalizadas, en particular cuando se trata de trabajos no manuales. A los trabajos no manuales de alta calificación se llega casi siempre desde los no manuales de baja calificación, ya que es poco común que se llegue a este tipo de trabajos directamente de la escuela o del hogar. Las escasas mujeres que contraen nupcias lo hacen o bien en edades tardías, o bien en edades algo más tempranas, pero en uniones que duran poco; de manera que, en conjunto, pasan gran parte del periodo analizado en soltería. La maternidad es más común, aunque algo más de la mitad de las mujeres permanece sin hijos. Entre las mujeres que llegan a ser madres, el nacimiento del primer hijo puede acontecer en edades tempranas, pero, en general, ocurre después de los 25 años y se tiene un solo hijo. Son mujeres que no concilian sus trayectorias laborales continuas con una vida familiar, la que limitan y retrasan, lo cual refleja una falta de motivación o de oportunidades de formar una unión marital, aun cuando hubiera un hijo.

Grupo 4 (187 casos; 21% del total)

La asistencia escolar y la participación en el mercado de trabajo son escasas, hay cierto retraso de la maternidad y las familias son de pocos hijos. Es el grupo con *familia pequeña y orientación al hogar*. Las mujeres de este grupo asisten poco a la escuela, salen en promedio algo antes de cumplir 14 años, edad normativa en la que concluyen la secundaria. De los años observados, una gran parte (18.4 años) no se asiste a la escuela ni se participa en el mercado laboral. Cuando trabajan, la mayoría lo hace en trabajos de baja calificación, en especial manuales. Retrasan levemente la formación de su primera unión, la que ocurre en promedio a los 21.7 años, y forman uniones estables; sólo pasan 2.1 años separadas o en segundas y ulteriores nupcias. Retrasan el nacimiento del primer hijo un par de años más y la mayoría, a la edad de 41 años, tienen dos hijos, aunque hay algunas mujeres con sólo uno o con tres, y muy pocos con cuatro o más hijos. En muchas de las trayectorias laborales, la secuencia es de la escuela al hogar y, más tarde, ingresan al mercado de trabajo para interrumpir su participación en las etapas de formación de las familias. Una parte de las mujeres regresa más tarde al mercado de trabajo, pero, al final de la observación, menos de la mitad del total trabaja. Son mujeres que, con escasa asistencia a la escuela, posponen el inicio de la formación de su familia y limitan el número de sus nacimientos, pero aún con estos patrones reproductivos no tradicionales, concilian de manera muy limitada su vida laboral y familiar. Es probable que la escasa escolaridad favorezca valores tradicionales en cuanto al papel de las mujeres, al mismo tiempo que les impida el acceso a mejores trabajos en los que puedan tener mayor estabilidad.

Grupo 5 (193 casos; 22% del total)

Es el grupo con la asistencia a la escuela más prolongada, a la vez que se participa en gran medida en el mercado de trabajo, se pospone la maternidad y se tienen familias pequeñas, por lo que lo llamamos *moderno con formación familiar*. En él, las mujeres permanecen en la escuela hasta las edades de terminar la educación media superior (16.6 años) y poco después ingresan al

mercado de trabajo en trabajos no manuales, en especial de baja calificación, donde trabajan, en promedio, más de la mitad de los años observados (15.9 años). Es el grupo con el menor tiempo dedicado al hogar (3.2 años), lo que refleja su mayor permanencia en la escuela, pero, sobre todo, su mayor estabilidad en el mercado laboral. Todas las mujeres inician una unión conyugal, pero no lo hacen en edades tempranas: en promedio, forman su primera unión a los 23 años. En su gran mayoría, sus uniones son estables, sólo pasan 2.2 años como separadas o en segundas nupcias. Un par de años después de la unión, a los 25 años, tienen a su primer hijo y, aunque la mayoría cuenta con dos hijos a los 41 años, una quinta parte de ellas tiene uno solo; y otras, tres; las familias más grandes son muy poco comunes. En las trayectorias individuales se observa cierta heterogeneidad en las edades en las que ocurre el nacimiento de los hijos y la primera unión, pero predominan edades más avanzadas que en los otros grupos en los que hay formación familiar generalizada. Sólo las pocas mujeres con familias numerosas tienen a su primer hijo en edades más jóvenes. Es común que las trayectorias laborales inicien tan pronto como se deja de asistir a la escuela y continúan hasta el fin de la observación. Las salidas del mercado de trabajo son poco frecuentes, sin patrón por edad definido. Hacia el final de la observación, casi todas las mujeres participan en trabajos no manuales, aunque algunas realizan trabajos manuales y otras no participan, aunque sí lo hacen en edades más jóvenes. Las mujeres de este grupo con mayor educación y una visión diferente del papel de la mujer, tienen acceso a mejores y más estables empleos que les permiten desarrollar simultáneamente su vida familiar, cuya conformación se pospone y se limita el número de hijos.

Grupo 6 (122 casos; 14% del total)

Las transiciones de la salida de la escuela, el inicio de la primera unión y la maternidad son tempranas, al tiempo que la participación en el mercado de trabajo es escasa, por lo que denominamos a este grupo como *familia de cuatro hijos con orientación al hogar*. Con una baja escolaridad, poco después de terminar la primaria, participan poco en el mercado de trabajo y, cuando lo hacen, se desempeñan, sobre todo, en trabajos manuales de baja califica-

ción (4.7 años). Es el grupo con el número más alto de años que se dedican al hogar (19.7 años). Forman sus uniones en edades muy tempranas, a los 17.4 años en promedio; son uniones estables, aunque, cuando hay una separación, es el grupo en el que las segundas nupcias son más comunes (pasan 2.1 años en segundas nupcias y 1.4 años separadas). Su fecundidad, que empieza en edades tempranas (18 años), es relativamente elevada: casi todas tienen cuatro hijos y sólo algunas tienen familias más numerosas. Sus intervalos intergenésicos no son muy cortos (2.5, 3.2 y 4.5 años, respectivamente, entre el primero, segundo y tercer hijo). Todas forman una unión y tienen hijos. Quienes trabajan, con frecuencia dejan de hacerlo en las edades del inicio de la formación de las familias. Se trata de un grupo en el que, con escasa escolaridad, los patrones reproductivos tradicionales cambian poco en cuanto a posponer y limitar las descendencias, y en el que la conciliación con el dominio del trabajo es sumamente limitada.

Aproximación multidimensional.

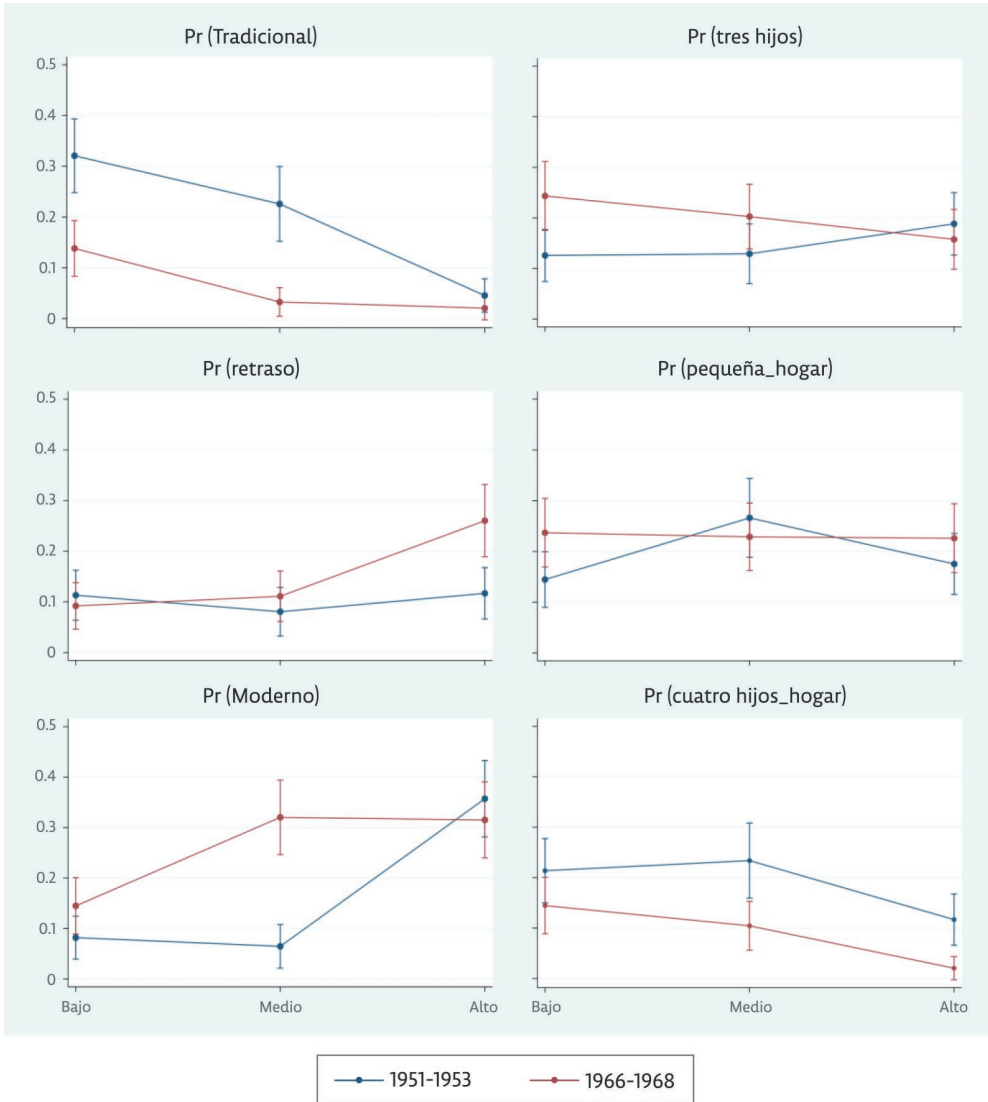
Trayectorias interdependientes en las tres dimensiones.

Composición social de los grupos de las trayectorias

Con el objeto de conocer la composición social y demográfica de los grupos del análisis de conglomerados, estimamos un modelo de regresión logística multinomial, en el que la variable dependiente son los tipos de trayectorias que resultan del análisis de conglomerados y las variables explicativas son el estrato del origen social, la cohorte y sus interacciones. Buscamos identificar en qué medida el tipo de trayectoria responde al cambio en el tiempo histórico, a las desigualdades de origen y al cambio de éstas en el tiempo.

Los resultados de la estimación del modelo multinomial se encuentran en el cuadro del anexo (cuadro A.1). No obstante, en estos modelos, los coeficientes son difíciles de interpretar porque son relativos a la categoría de referencia, tanto de la variable explicativa como de la dependiente. Una forma de facilitar la interpretación del efecto de las variables explicativas es mediante el efecto marginal al cambiar sus valores a la probabilidad de observar cada uno de los grupos (Stata corp, 2011). Los resultados son elocuentes (gráfica 7).

Gráfica 7
Probabilidades marginales de clasificación en cada uno de los seis grupos del clúster, según el estrato y la cohorte



Fuente: elaboración propia a partir de los resultados de la regresión logística multinomial (Cuadro A.1).

En el grupo *tradicional*, con muy escasa asistencia a la escuela y fecundidad no controlada, hay una clara estratificación social y diferencias entre las cohortes. Las probabilidades son mayores en los estratos bajo y medio de la cohorte nacida en los años cincuenta y, en menor medida, en el estrato bajo de la cohorte más reciente. Las mujeres del estrato alto no se encuentran en este grupo, ni siquiera las de la cohorte más antigua, y las probabilidades de las mujeres del estrato medio de estar en este grupo se reducen notablemente entre la primera cohorte y la siguiente. A pesar de que en el estrato bajo también se reduce significativamente la probabilidad en el tiempo, en la cohorte más reciente permanece más alta que en los otros estratos. Es una trayectoria asociada a la falta de oportunidades educativas, así como de acceso a la limitación de los nacimientos. En este grupo, las mujeres de la cohorte 1951-1953, de los estratos medio y bajo, con poca escolaridad y trayectorias laborales discontinuas en trabajos manuales de baja calificación, no se vieron beneficiadas de la etapa de crecimiento económico que privaba cuando iniciaban su vida productiva y tampoco tuvieron acceso a la anticoncepción al inicio de la formación de su familia. En esta cohorte, sólo las del estrato alto se encuentran en otros grupos con mejores condiciones. En la cohorte más joven, con mayor acceso a la educación y a la planificación familiar, las mujeres del estrato medio tampoco siguieron esta trayectoria *tradicional* que quedó limitada a mujeres del estrato bajo.

En el grupo de *familia de tres hijos*, con algo más de escolaridad y trayectorias laborales discontinuas en trabajos de baja calificación, se tiene una estratificación social menos marcada e inversa entre una y otra cohorte. En la cohorte nacida en los años cincuenta, las mujeres del estrato alto tienen una probabilidad algo superior a la de los otros dos estratos de estar en este grupo, mientras que, en la cohorte más joven, las mujeres del estrato bajo tienen una probabilidad mayor. Estas familias de tamaño intermedio, en el proceso de descenso de la fecundidad, son algo más comunes en el estrato alto de la primera cohorte y en el bajo de la más reciente.

El grupo *moderno con retraso de formación familiar* es poco común, salvo en las mujeres del estrato alto en la cohorte joven, quienes asisten más a la escuela, tienen trayectorias laborales continuas en trabajos no manuales y cuentan con mayor acceso a la anticoncepción, lo que les permite postergar

su formación familiar. En estas mujeres del estrato alto que concilian de manera muy limitada su vida en los dominios del trabajo y la familia, la falta de oportunidades para formar una pareja estable puede ser una de las explicaciones de su prolongada soltería, al no encontrar candidatos adecuados que cumplan con sus expectativas, que deben de ser altas por su escolaridad, trabajo y origen social.

Resulta interesante que el grupo *familia pequeña con orientación al hogar* no esté estratificado, en particular, en la cohorte más joven donde las probabilidades son semejantes en los tres estratos. Son mujeres a quienes el acceso a la anticoncepción les permite posponer y limitar su fecundidad, pero con escolaridad intermedia tienen escasa participación en trabajos manuales. Con valores menos tradicionales en cuanto a la formación familiar, se mantiene una visión tradicional de los roles de género en tanto se considera al trabajo de la mujer como una actividad menos importante que el cuidado de la familia y las labores domésticas. Además, en el estrato medio, pero sobre todo en el alto, es probable que las mujeres elijan permanecer fuera del mercado laboral porque los trabajos manuales a los que tienen acceso no son atractivos y su ingreso no es indispensable para la subsistencia del hogar, además de que tienen la posibilidad de salir a trabajar cuando las condiciones en el hogar lo permiten y es necesario para afrontar alguna eventualidad en el hogar e, incluso, una separación del cónyuge.

La trayectoria del grupo *moderno con formación familiar* está reservada a las mujeres del estrato alto en la cohorte nacida en los años cincuenta; pero, en la cohorte nacida en los años sesenta, las mujeres del estrato medio también pueden desarrollar este tipo de trayectoria en la que la escolaridad es más alta y se logra conciliar mejor la vida familiar con la vida laboral. Con mayor escolaridad, cierta postergación de la formación familiar y con proles poco numerosas, estas mujeres tienen mayor acceso a mejores trabajos que les permiten solventar los servicios domésticos y de cuidado a los hijos, y establecer arreglos en el hogar que les permitan la continuidad en el trabajo. Las mujeres del estrato bajo tienen bajas probabilidades de estar en este grupo en ambas cohortes.

Finalmente, el grupo *familia de cuatro hijos con orientación al hogar* está conformado, principalmente, por la cohorte más antigua, en especial los

estratos bajo y medio. En la cohorte más reciente se reducen significativamente las probabilidades de las mujeres de los estratos medio y alto y el gradiente entre estratos se vuelve nítido. Con muy escasa asistencia, no se retrasa el inicio de la formación familiar y sí se limita el número de hijos, pero con proles que no son pequeñas; se tienen trayectorias con pocos lapsos de trabajo en empleos de baja calificación. Las mujeres de este grupo no se vieron beneficiadas por la expansión del sistema educativo ni por las condiciones favorables de la economía de los años sesenta y setenta, y adoptaron la anti-concepción hasta en etapas avanzadas de la formación de su familia. La conciliación de los dos dominios es sumamente limitada porque la formación de la familia es temprana y la prole relativamente numerosa, a la vez que la participación laboral es escasa.

REFLEXIONES FINALES

Con el Análisis de Secuencias Multidimensional fue posible obtener patrones en las trayectorias entrelazadas de las mujeres, encauzados por pautas reproductivas distintas en cuanto al calendario y el número de hijos al final de la trayectoria observada.

La agrupación que resulta del análisis de conglomerados refleja trayectorias reproductivas distintas que van desde una fecundidad no controlada en el grupo *tradicional*, en el que la fecundidad se inicia en edades sumamente tempranas y las descendencias son de cinco o más hijos, hasta una fecundidad postergada en el grupo *moderno con retraso de la formación familiar*, en el que la mayoría de las mujeres permanecen sin hijos hasta cumplidos los cuarenta años. Entre estos extremos se encuentran los grupos en los que, con distintos calendarios, predominan las descendencias de dos, tres y cuatro hijos. Estos patrones están estrechamente vinculados a los estratos sociales de origen y las duraciones distintas de asistencia a la escuela. En general, quienes más asisten a la escuela pertenecen al estrato alto, a la cohorte joven y tienen una fecundidad controlada, mientras que quienes asisten en menor medida son principalmente del estrato bajo, de la cohorte antigua y tienen las proles más numerosas. Casos especiales son el grupo *familia pequeña con orientación al hogar*, en el que se alcanza una descendencia semejante a la del

grupo *moderno con formación familiar*, donde la asistencia escolar es sensiblemente mayor. Esto refleja que el impacto de los programas de planificación familiar no se limita a los estratos sociales medio y alto, ya que mujeres del estrato bajo, incluso de la cohorte antigua, pertenecen a este grupo de familia pequeña. Otro caso especial es el del grupo *moderno con retraso de formación familiar* donde la asistencia a la escuela no es la más prolongada, mientras que el *moderno con formación familiar* sí tiene la asistencia más prolongada y en él predominan las descendencias de dos hijos, pero también hay de tres, lo que está reflejando oportunidades y elecciones distintas en cuanto a la formación familiar en las mujeres del estrato alto en la cohorte joven, quienes se encuentran en ambos grupos.

En las trayectorias maritales, el calendario de inicio define las diferencias entre los grupos y guarda una estrecha relación con el del inicio de la maternidad: muy temprano en los grupos *tradicional* y de *familia de cuatro hijos con orientación al hogar*, mientras que en el extremo opuesto está el grupo que retrasa sustancialmente la formación familiar. Las rupturas y segundas nupcias están presentes en todos los grupos y no parecen ser más comunes en el *moderno con formación familiar*, en el que la asistencia a la escuela es más prolongada y la participación en el mercado de trabajo es más frecuente.

Los únicos grupos con trayectorias laborales continuas son los *modernos*, donde se encuentran las mujeres con mayor asistencia escolar y que desempeñan trabajos no manuales. La mayor escolaridad está vinculada a una valoración menos tradicional de los roles de género y el papel de la mujer en el dominio del trabajo, a la vez que favorece el acceso a mejores y más estables empleos, los que pueden conciliar con una formación familiar pausada y una primera maternidad relativamente tardía, o bien con el retraso sensible de la formación familiar. Esto coincide con lo planteado por Cerrutti (2000) en cuanto a que, cuando el trabajo forma parte del proyecto de vida, las mujeres, pueden optar por tener un número y espaciamiento de los hijos que les permita mantener trayectorias continuas en el mercado laboral. Las mujeres del estrato bajo no se ubican en estos grupos *modernos*. En los otros grupos, la participación en el mercado de trabajo también ocurre, pero con escasa asistencia a la escuela, tienen un inicio temprano y es sumamente

discontinua: de los treinta años observados, dedican gran parte a las actividades del hogar, sin asistir a la escuela ni participar en el mercado de trabajo.

En el grupo *tradicional*, a pesar de las proles tan numerosas, las mujeres participan en igual o mayor medida que en otros grupos no *modernos* con menos hijos. Con la menor asistencia a la escuela, su inserción es, sobre todo, en trabajos manuales de baja calificación, los que probablemente son de tipo informal, más inestables y precarios que los trabajos en el sector formal, a los que acuden las personas con responsabilidades domésticas (Cerrutti, 2000). La limitada conciliación del trabajo con la familia es posible en este grupo por el tipo de trabajo que las mujeres desempeñan, que les permite subsistir con sus familias numerosas; su participación está asociada a la pobreza, la que también se vincula con proles numerosas.

En cuanto a las particularidades de las cohortes y el cambio en el tiempo, se observa que las mayores oportunidades asociadas a la expansión de la economía en las décadas de 1960 y 1970, sólo las mujeres del estrato alto pudieron aprovecharlas y formar parte del grupo *moderno con formación familiar*, al tiempo que evitaron pertenecer a los demás grupos en los que la conciliación de los dominios del trabajo y la formación familiar es limitada. Los cambios ocurridos en la creciente escolaridad, acceso a la anticoncepción y expansión del sector terciario de la economía favorecieron la inclusión de las mujeres del estrato medio en el grupo *moderno con formación familiar*, que había estado reservado a las del alto. A la vez, algunas mujeres del estrato alto optaron por el grupo recién surgido, en el que se privilegia el dominio laboral sobre el familiar. Este patrón novedoso, en cuanto al retraso de la formación de la unión y la fecundidad, ha sido ya señalado en estudios con otras perspectivas analíticas en México y otros países latinoamericanos (Rosero-Bixby *et al.*, 2009; Solís *et al.*, 2008). En este sentido, una aportación de este capítulo consiste en el seguimiento de las trayectorias hasta cerca del final de la vida reproductiva, lo que permite suponer que el retraso, en muchos de los casos, es definitivo, al menos en la dimensión reproductiva; además, el análisis conjunto con el dominio laboral sugiere que desarrollan trayectorias continuas en trabajos no manuales, en ocasiones calificados. Estos grupos *modernos* participan en los cambios en el nivel macro en los dominios reproductivo, escolar y laboral.

Los estratos medio y bajo de la cohorte antigua se encuentran en los dos grupos más prolíficos. En el *tradicional*, la gradación según el origen social es muy marcada: el estrato medio, pero sobre todo, el estrato bajo se encuentra en este grupo. Las mujeres de la cohorte joven, sujeta a las crisis económicas durante su etapa de transición a la vida adulta, en particular las del estrato medio, lograron evitar su ubicación en los grupos *tradicional* y *familia de cuatro hijos con orientación al hogar*, caracterizados por tener las proles más numerosas y una participación discontinua en trabajos manuales de baja calificación, y se encuentran, en mayor medida, en el grupo con un menor número de hijos (tres), donde sólo algunas consiguieron insertarse temporalmente en trabajos no manuales de baja calificación.

En ámbitos cruciales de la vida de las mujeres, los cambios seculares hacia una sociedad menos tradicional, con crecientes oportunidades educativas, de acceso al mercado de trabajo y la anticoncepción, parecen haber sido más decisivos para la gran mayoría de las mujeres que las mejores condiciones económicas que vivió la cohorte nacida en los años cincuenta. En el nivel de las trayectorias, esto parece coincidir, en parte, con lo planteado para el nivel macro por Dyson (2001), en cuanto a que el logro de una baja fecundidad es el proceso causal más importante de la igualdad de género. En los grupos *modernos*, esta afirmación puede ser válida porque, con una fecundidad controlada, las mujeres pueden desarrollar sus trayectorias laborales continuas en trabajos no manuales. Pero esto no es así en el grupo *familia pequeña y orientación al hogar*, en el que la fecundidad es baja, pero con escasa escolaridad, por lo que solamente tienen acceso a trabajos de baja calificación, en particular manuales, que son inestables y propician trayectorias discontinuas. Con una visión más tradicional de los roles de género y de la participación de la mujer en el mercado laboral, estas mujeres limitaron sus nacimientos, tuvieron familias pequeñas, lo que no conciliaron con una trayectoria laboral continua ni con una participación en mejores empleos. En este grupo se encuentran mujeres de ambas cohortes y de los tres estratos. Es probable que las motivaciones detrás de estas trayectorias difieran según el estrato social: en el bajo, las limitaciones en el acceso a mejores empleos propiciarían la menor participación; mientras que en el alto, posiblemente los ingresos del hogar permitan evitar la participación en empleos poco

atractivos, a los que las mujeres con la baja escolaridad tienen acceso. Así, las posibilidades de desarrollo en el ámbito laboral asociadas al descenso de la fecundidad están fuertemente permeadas por la estratificación social.

De esta manera, en el proceso de descenso de la fecundidad y creciente participación en el mercado de trabajo, las mujeres urbanas han adoptado distintos caminos en cuanto a su vida familiar y laboral, en los que la mayor asistencia a la escuela ha sido crucial. Las mujeres que se encuentran en los grupos *modernos*, con mayor escolaridad, tienen una valoración favorable de su papel en el dominio del trabajo, a la vez que tienen acceso a mejores empleos y, en lo reproductivo, controlan su fecundidad. Con escolaridad intermedia, las mujeres en los grupos *familia de tres hijos* y *familia pequeña con orientación al hogar* limitan el número de sus hijos; en el primero, con poco retraso y proles de tres hijos; en el segundo, con mayor retraso y sólo dos hijos; en ambos grupos, a pesar de la limitación de su fecundidad, la conciliación con el trabajo es sumamente limitada, como lo revelan las trayectorias discontinuas: en trabajos de baja calificación para las mujeres con tres hijos y en trabajos manuales para las de dos. En los otros dos grupos, donde la asistencia a la escuela es muy corta, no se posponen ni se limitan los nacimientos, como en el grupo *tradicional*, o sólo se limitan en cierta medida, como en el caso de *familia de cuatro hijos*; en ambos grupos, las trayectorias laborales son discontinuas en trabajos manuales. En suma, para que las mujeres logren de manera creciente conciliar el dominio de la familia con el del trabajo a lo largo de su vida, es indispensable impulsar la creciente escolaridad. También, se plantea la relevancia del ingreso a programas de capacitación, así como el mayor acceso al cuidado de los hijos y otras medidas de apoyo institucional y legales que faciliten la carga de las tareas domésticas (Verick, 2014).

En este trabajo, no fue posible abordar ciertas problemáticas en cuanto a la tensión entre los roles familiares y el trabajo en las mujeres; otras se han podido abordar, aunque de manera limitada. En especial, conocer con mayor detalle las condiciones de trabajo en cuanto a la flexibilidad de los empleos y el acceso a prestaciones y servicios, que permitan comprender mejor la forma en que las mujeres mexicanas han logrado conciliar los dominios familiar y laboral a lo largo de su vida en este periodo de profundas transformaciones sociales. Además, conocer las condiciones laborales de la pareja

permitiría profundizar en la toma de decisiones conjuntas en el ámbito laboral. También, interesa conocer los patrones de cohortes más recientes en cuanto a la conciliación de la familia y el trabajo en un periodo en el que el descenso de la fecundidad ha continuado, aunque con un ritmo más lento, al igual que la creciente inserción femenina en el incierto mercado de trabajo.

REFERENCIAS

- Aboites, Luis (2008). "El último tramo, 1929-2000". En *Nueva historia mínima de México Ilustrada*. México, Pablo Escalante, Bernardo García et al., 469-551. México: El Colegio de México.
- Beguy, Donatien (2009). "The impact of female employment on fertility in Dakar (Senegal) and Lomé (Togo)". En *Demographic Research* 20: 97-128.
- Billari, Francesco y Raffaella Piccarreta (2005). "Analyzing Demographic Life Courses through Sequence Analysis" [en línea]. *Mathematical Population Studies* 12(2): 81-106. Disponible en <<http://dx.doi.org/10.1080/08898480590932287>>.
- Blossfeld, Hans-Peter y Johannes Huinink (1991). "Human capital investments or norms of role transition? How women's schooling and career affect the process of family formation". *American Journal of Sociology* 97(1): 143-168.
- Bongaarts, John; Ann K. Blanc y Katharine J. McCarthy (2019). "The links between women's employment and children at home: Variations in low- and middle-income countries by world region" [en línea]. *Population Studies* 73(2): 149-163. Disponible en <<https://doi.org/10.1080/00324728.2019.1581896>>.
- Brewster, Karin L. y Ronald R. Rindfuss (2000). "Fertility and Women's Employment in Industrialized Nations". *Annual Review of Sociology* 26: 271-295.
- Brugelles, Carole (2005). "Tendencias de la práctica anticonceptiva en México: tres generaciones de mujeres". En *Cambio demográfico y social en el México del siglo xx*, coordinado por Marie-Laure Coubès, María Eugenia Zavala de Cosío y René Zenteno, 121-157. México: El Colegio de la Frontera Norte.
- Castro, Teresa (1995). "Women's education and fertility: Results from 26 Demographic and Health Surveys". *Studies in Family Planning* 26(4): 187-202.
- Castro, Teresa (2002). "Consensual unions in Latin America: Persistence of a dual nuptiality system". *Journal of Comparative Family Studies* 33(1): 35-55.
- Cerrutti, Marcela (2000). "Intermittent employment among married women: A comparative study of Buenos Aires and Mexico City". *Journal of Comparative Family Studies* 31(1): 19-43.
- Cerrutti, Marcela y René Zenteno (2000). "Cambios en el papel económico de las mujeres entre las parejas mexicanas". *Estudios Demográficos y Urbanos* 15(1): 65-95.
- Coubès, Marie-Laure; María Eugenia Zavala de Cosío y René Zenteno (2005). "Introducción. La Encuesta Demográfica Retrospectiva". En *Cambio demográfico y social en el*

- México del siglo xx, coordinado por Marie-Laure Coubès, María Eugenia Zavala de Cosío y René Zenteno, 11-37. México: El Colegio de la Frontera Norte.
- Coubès, Marie-Laure; Patricio Solís y María Eugenia Zavala de Cosío (2016). "Introducción". En *Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México*, coordinado por Marie-Laure Coubès, Patricio Solís y María Eugenia Zavala de Cosío, 17-42. México: El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.
- De Ibarrola, María (2009). "El incremento de la escolaridad de la PEA en México y los efectos sobre su situación laboral y sus ingresos, 1992-2004" [en línea]. *Revista Electrónica de Investigación Educativa* [en línea] 11(2). Disponible en <<http://redie.uabc.mx/vol-11no2/contenido-deibarrola.html>>.
- Dyson, Alan (2001). "Dilemas, contradicciones y variedades de la inclusión". En *Apoyos, autodeterminación y calidad de vida*, editado por Miguel Verdugo y Francisco Jordán de Urrías, 145-160. Salamanca: Amarú.
- Esping-Andersen, Gosta y Francesco Billari (2015). "Re-theorizing Family Demographics". *Population and Development Review* 41(1): 1-31.
- García, Brígida y Edith Pacheco (2000). "Esposas, hijos e hijas en el mercado de trabajo de la ciudad de México en 1995" [en línea]. *Estudios Demográficos y Urbanos* 15(1): 35-63. Disponible en <<https://doi.org/10.24201/edu.v15i1.1066>>.
- García, Brígida y Edith Pacheco (2014). "xviii Participación económica en las familias: el papel de las esposas en los últimos veinte años". En *Los mexicanos. Un balance del cambio demográfico*, coordinado por Cecilia Rabell, 704-732. México: Fondo de Cultura Económica.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1994). *Trabajo femenino y vida familiar en México*. México: El Colegio de México.
- Gauthier, Jacques-Antoine; Eric D. Widmer, Philipp Bucher y Cédric Notredame (2010). "Multichannel Sequence Analysis Applied to Social Science Data". *Sociological Methodology* 40(1): 1-38.
- Goldscheider, Frances; Eva Bernhardt y Trude Lappegard (2015). "The Gender Revolution: A Framework for Understanding Changing Family and Demographic Behavior". *Population and Development Review* 41(2):207-239.
- Gómez de León, José (2001). "Los cambios en la nupcialidad y la formación de familia: algunos factores explicativos". En *La población de México. Tendencias y perspectivas socio-demográficas hacia el siglo xxi*, coordinado por José Gómez de León y Cecilia Rabell. México: Consejo Nacional de Población/Fondo de Cultura Económica.
- Hakim, Catherine (2003). *Models of the family in modern societies: ideals and realities*. Inglaterra: Ashgate Publishing Limited.
- Juárez, Fátima y Silvia Llera (1996). "The process of Family Formation during the Fertility Transition". En *The Fertility Transition in Latin America*, editado por José Miguel Guzmán, Susheela Singh y Germán Rodríguez, 48-73. Inglaterra: Clarendon Press Oxford.
- Kaufman, Leonard y Peter J. Rousseeuw (2005). *Finding Groups in Data. An Introduction to Cluster Analysis*. New York: John Wiley & Sons, Inc.

- Kempeneers, Marianne (1987). "Femmes et mouvements du travail. Pour un élargissement de l'analyse démographique de l'activité salariée et de l'activité maternelle des femmes". Tesis de Doctorado en demografía. Montréal: Université de Montréal.
- Knaul, Felicia y Susan Parker (1997). "Estrategias de empleo y cuidado de los niños entre mujeres mexicanas con hijos pequeños". *Memorias del Seminario de Investigación Laboral: participación de la mujer en el mercado laboral*, 59-108. México: Secretaría del Trabajo y Previsión Social.
- Laplante, Benoît; Teresa Castro; Clara Cortina y Teresa Martín (2015). "Childbearing within Marriage and Consensual Union in Latin America, 1980-2010" [en línea]. *Population and Development Review* 41(1): 85-108. Disponible en <<https://doi.org/10.1111/j.1728-4457.2015.00027.x>>
- Lesnard, Laurent (2010). "Setting cost in optimal matching to uncover contemporaneous sociotemporal patterns". *Sociological Methods and Research* 38(3): 389-419.
- Liefbroer, Aart C. y Martin Corijn (1999). "Who, What, Where, and When? Specifying the Impact of Educational Attainment and Labour Force Participation on Family Formation". *European Journal of Population* 15: 45-75.
- Malhotra, Anju (1997). "Gender and the timing of marriage: Rural urban differences in Java". *Journal of Marriage and the Family* 59(2): 434-450.
- Matysiak, Anna y Dorota Weziak-Bialowska (2016). "Country Specific Conditions for Work and Family Reconciliation: An attempt at Quantification". *European Journal of Population* 32: 475-510.
- Mier y Terán, Marta (1996). "The Implications of Mexico's Fertility Decline for Women's Participation in the Labour Force". En *The Fertility Transition in Latin America*, editado por José Miguel Guzmán, Susheela Singh y Germán Rodríguez, 323-342. Inglaterra: Clarendon Press Oxford.
- Mier y Terán, M. (2010). "La adopción de roles adultos en el ámbito privado de las jóvenes en México". En *Procesos y tendencias poblacionales en el México contemporáneo. Una mirada desde la Enadid 2006*, editado por Ana María Chávez y Catherine Menkes, 283-326. México: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Mier y Terán, Marta (2014). "Pautas reproductivas: la escolaridad y otros elementos explicativos". En *Los mexicanos: un balance del cambio demográfico*, coordinado por Cecilia Rabell, 306-349. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mier y Terán, Marta (2016). "La escolaridad, el estrato social y la formación de la unión en México. Una visión de largo plazo". *Revista Notas de Población* 43(102): 302-327.
- Mier y Terán, Marta y Virgilio Partida (2001). "Niveles, tendencias y diferenciales de la fecundidad en México, 1930-1997". En *La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI*, coordinado por José Gómez de León y Cecilia Rabell, 168-206. México: Consejo Nacional de Población/Fondo de Cultura Económica.
- Mier y Terán, Marta y Cecilia Rabell (2005). "Cambios en los patrones de coresidencia, la escolaridad y el trabajo de los niños y los jóvenes". En *Cambio demográfico y social en*

- el México del siglo xx*, coordinado por Marie-Laure Coubès, María Eugenia Zavala de Cosío y René Zenteno, 285-329. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- Mier y Terán, Marta y Cecilia Rabell (2014). "La educación básica en México de 1895 a 2010". En *Los mexicanos: un balance del cambio demográfico*, coordinado por Cecilia Rabell, 594-640. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mier y Terán, Marta; Ana Karina Videgain; Nina Castro y Mario Martínez (2016). "Familia y trabajo. Historias entrelazadas". En *Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México*, coordinado por Marie Laure Coubès, Patricio Solís y María Eugenia Zavala de Cosío, 313-336. México: El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.
- Moreno, Lorenzo y Susheela Singh (1996). "Fertility decline and changes in proximate determinants in the Latin American and Caribbean Regions". En *The Fertility Transition in Latin America*, editado por José Miguel Guzmán, Susheela Singh y Germán Rodríguez, 113-134. Inglaterra: Clarendon Press Oxford.
- Oliveira, Orlandina de; Marina Ariza y Marcela Eternod (2001). "La fuerza de trabajo en México. Un siglo de cambios". En *La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI*, coordinado por José Gómez de León y Cecilia Rabell, 873-923. México: Consejo Nacional de Población/Fondo de Cultura Económica.
- Partida, Virgilio (2017). *Conciliación Demográfica de México 1950-2015*. México: Consejo Nacional de Población.
- Parrado, Emilio y René Zenteno (2005). "Medio siglo de incorporación de la mujer a la fuerza de trabajo: cambio social, reestructuración y crisis económica en México". En *Cambio demográfico y social en el México del siglo xx*, coordinado por Marie-Laure Coubès, María Eugenia Zavala de Cosío y René Zenteno, 191-226. México: El Colegio de la Frontera Norte.
- Páez, Olinca y María Eugenia Zavala (2016). "Tendencias y determinantes de la fecundidad en México: las desigualdades sociales". En *Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México*, coordinado por Marie Laure Coubès, Patricio Solís y María Eugenia Zavala, 313-336. México: El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.
- Psacharopoulos, George y Zafiris Tzannatos (1989). "Female Labor Force Participation: An International Perspective". En *World Bank Research Observer* 4(2): 187-201.
- Quilodrán, Julieta (2010). "Hacia un nuevo modelo de nupcialidad". En *Población. Los grandes problemas de México*, coordinado por Brígida García y Manuel Ordorica, 173-212. México: El Colegio de México.
- Rodríguez, Guadalupe (1996). "The Spacing and Limiting Components of the Fertility Transition in Latin America". En *The Fertility Transition in Latin America*, editado por José Miguel Guzmán, Susheela Singh y Germán Rodríguez, 27-47. Inglaterra: Clarendon Press Oxford.
- Rosero-Bixby, Luis; Teresa Castro y Teresa Martín (2009). "Is Latin America Starting to retreat from early and universal childbearing?". *Demographic Research* 20(9): 169-194.
- Rousseeuw, Peter J. (1987). "Silhouettes: A Graphical Aid to the Interpretation and Validation of Cluster Analysis". *Journal of Computational and Applied Mathematics* 20: 53-65.

- Samuel, Olivia y Pascal Seville (2005). "La nupcialidad en movimiento". En *Cambio demográfico y social en el México del siglo xx*, coordinado por Marie-Laure Coubès, María Eugenia Zavala de Cosío y René Zenteno, 41-64. México: El Colegio de la Frontera Norte.
- Sandoval, (2014). "El ciclo de las políticas públicas de población". En *Los mexicanos: un balance del cambio demográfico*, coordinado por Cecilia Rabell, 49-79. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sirniö, Outi; Timo M. Kauppinen y Pekka Martikainen (2017). "Intergenerational determinants of joint labor market and family formation pathways in early adulthood". *Advances in Life Course Research* 34: 10-21.
- Sobotka, Tomás. (2004). *Postponement of Childbearing and Low Fertility in Europe*. Amsterdam: Dutch University Press.
- Solís, Patricio (2013). "Las nuevas uniones libres en México: más tempranas e inestables, pero tan fecundas como los matrimonios". *Coyuntura Demográfica* 4: 31-36.
- Solís, Patricio y Sabrina Ferraris (2014). "Nuevo siglo, ¿nuevas pautas de formación y disolución de uniones?". En *Los mexicanos. Un balance del cambio demográfico*, coordinado por Cecilia Rabell, 269-305. México: Fondo de Cultura Económica.
- Solís, Patricio, Cecilia Gayet y Fátima Juárez (2008). "Las transiciones a la vida sexual, a la unión y a la maternidad en México: cambios en el tiempo y estratificación social". En *Salud Reproductiva y Condiciones de Vida en México*, coordinado por Susana Lerner e Ivonne Szasz. México: El Colegio de México.
- Solís, Patricio e Ismael Puga (2009). "Los nuevos senderos de la nupcialidad: cambios en los patrones de formación y disolución de las primeras uniones en México". En *Tramas familiares en el México contemporáneo. Una perspectiva sociológica*, coordinado por Cecilia Rabell Romero, 179-198. México: Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México.
- StataCorp (2011). *Stata Release 12*. Statistical Software. College Station, Texas: StataCorp.
- Studer, Matthias y Gilbert Ritschard (2014). "A comparative review of sequence dissimilarity measures" [en línea]. *Lives Working Paper* 33. Disponible en <<http://dx.doi.org/10.12682/lives.2296-1658.2014.33>>.
- Therborn, Göran (2004). *Between Sex and Power. Family in the World, 1900-2000*. Londres: Routledge, Londres.
- Verick, Sher (2014). "Female labor force participation in developing countries" [en línea]. *IZA World of Labor* 87. Disponible en <<https://wol.iza.org/articles/female-labor-force-participation-in-developing-countries/long>>.
- Villanueva, Aida y Ken-Hou Lin (2019). "Motherhood Wage Penalties in Latin America: The Significance of Labor Informality" [en línea]. *Social Forces* 99(1): 59-85. Disponible en <<https://doi.org/10.1093/sf/soz142>>.
- Zavala de Cosío, M. E. (2001). "La transición de la fecundidad en México". En *La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI*, coordinado por José Gómez de León y Cecilia Rabell, 147-167. México: Consejo Nacional de Población.

Anexo 1

Coefficientes e intervalos de confianza (95%) del modelo de regresión logística multinominal con los grupos del análisis de conglomerados como variables dependiente, y con cohorte y estrato de origen y su interacción como variables explicativas

Variables	Coefficiente	[95% Conf. Interval]	
<i>Tradicional</i>			
C 1966-68	-1.413	-2.267	-0.560
E Medio	-0.114	-1.108	0.880
E Alto	-3.428	-4.423	-2.434
C 1966-68 # E Medio	-2.122	-3.602	-0.641
C 1966-68 # E Alto	0.745	-0.902	2.391
_cons	1.367	0.758	1.976
<i>Retraso</i>			
C 1966-68	-0.777	-1.756	0.201
E Medio	-0.102	-1.274	1.070
E Alto	-1.442	-2.332	-0.552
C 1966-68 # E Medio	-0.504	-1.963	0.954
C 1966-68 # E Alto	1.703	0.509	2.897
_cons	0.325	-0.388	1.039
<i>Cuatro hijos_hogar</i>			
C 1966-68	-0.961	-1.832	-0.091
E Medio	0.326	-0.684	1.337
E Alto	-2.078	-2.910	-1.247
C 1966-68 # E Medio	-1.446	-2.745	-0.146
C 1966-68 # E Alto	-0.652	-2.202	0.899
_cons	0.961	0.322	1.601
Observaciones: 888			
LR chi2(25) = 224.47			
Prob > chi2 = 0.0000			
Log likelihood = -1457.2552			
Pseudo R2 = 0.0715			

Variables	Coefficiente	[95% Conf. Interval]	
<i>Tres hijos</i>			
C 1966-68	0.089	-0.786	0.964
E Medio	0.262	-0.837	1.361
E Alto	-1.071	-1.901	-0.240
C 1966-68 # E Medio	-1.240	-2.540	0.059
C 1966-68 # E Alto	-0.142	-1.246	0.962
_cons	0.431	-0.267	1.129
<i>Pequeña_hogar</i>			
C 1966-68	-0.078	-0.941	0.784
E Medio	0.847	-0.183	1.876
E Alto	-1.282	-2.103	-0.461
C 1966-68 # E Medio	-1.675	-2.912	-0.439
C 1966-68 # E Alto	0.457	-0.618	1.533
_cons	0.571	-0.110	1.251

Categorías de referencia:
 Moderno
 C 1951-53
 E Bajo
 C 1951-53-E Bajo

Fuente: elaboración propia con datos de la Eder 2011.

El modelo normativo de curso de vida en México: evidencias desde la desigualdad de género para una cohorte de adultos mayores

*Fiorella Mancini
Gerardo Damián*

INTRODUCCIÓN

La perspectiva de curso de vida reconoce, en términos generales, la importancia de analizar cuatro grandes fases en la vida de las personas (Setters-ten, 2003; Blossfeld *et al.*, 2006): la transición a la vida adulta, la movilidad laboral en plena edad activa, el vínculo entre trabajo y familia y, finalmente, la última etapa activa, asociada a la jubilación o el retiro del mercado de trabajo. A pesar de este reconocimiento generalizado, la mayoría de los estudios se han enfocado de manera particular en las tres primeras, dejando de lado el momento final de las trayectorias biográficas (Marshall y Heinz, 2003; Mayer, 2004). En efecto, en América Latina, en general, y en México, en particular, son escasas las investigaciones que se proponen analizar las trayectorias laborales de las y los trabajadores de manera extendida, es decir, desde que comienza la carrera ocupacional de un individuo hasta sus últimos años. Esta ausencia relativa obedece a razones tanto teóricas como metodológicas.

Desde la perspectiva teórica, las investigaciones se han inclinado, mayoritariamente, hacia el análisis de dos grandes etapas en las trayectorias ocupacionales. Por un lado, la preocupación recae en las primeras fases de la

trayectoria laboral y, específicamente, en las características del primer empleo en la vida de los jóvenes. Las investigaciones acerca del constreñimiento que ejerce el mercado laboral sobre el curso de vida de los trabajadores han mostrado que las condiciones de entrada a un determinado empleo producen efectos de largo plazo en la carrera ocupacional (Parrado, 2007; Triano, 2012) o, dicho en otros términos, que los eventos ocupacionales que se experimentan a edades tempranas tienen ramificaciones profundas que se extienden a lo largo del curso de vida (Solís y Billari, 2003; Mancini, 2016). Varias investigaciones han mostrado cómo el primer empleo actúa, en la práctica, como una especie de herencia social de las personas que condiciona y cristaliza no sólo las posibilidades futuras del trabajo, sino también las oportunidades de bienestar social y la acumulación de (des)ventajas sociales (Mancini, 2017, 2019). Además, las investigaciones sobre los primeros años de la trayectoria laboral suelen estar enfocadas al estudio de grupos vulnerables específicos (mujeres, migrantes, sectores sociales bajos, etc.), en la medida en que dichas poblaciones son las que más sufren estos condicionamientos del mercado, sobre todo en términos de precarización, informalidad o desempleo (Pacheco *et al.*, 2011). Por otro lado, otros estudios se centran en los años activos de las carreras ocupacionales, especialmente para analizar las diferencias y desigualdades entre varones y mujeres respecto del vínculo entre familia y trabajo (Mayer, 2004).

Desde la perspectiva metodológica, no sólo son muy recientes las posibilidades de realizar análisis longitudinales que permitan observar trayectorias laborales, sino que son aún más escasas las chances de analizar el comportamiento de una cohorte de manera “completa”. Es recién durante la segunda mitad del siglo xx que comienzan los grandes estudios tipo panel, sobre todo en países industrializados, que permiten recoger datos repetidos y retrospectivos para un mismo individuo. En la actualidad, los análisis longitudinales representan una de las técnicas principales para reconstruir biografías individuales de manera cuantitativa (Mayer, 2009). La Encuesta Demográfica Retrospectiva de México, en ese sentido, es una de las pocas herramientas que permite dicha observación en nuestro país.

Bajo estas premisas generales, el objetivo de este capítulo es analizar modelos sociales diferenciados de cursos de vida entre trabajadores que,

actualmente, se encuentran en la fase final de sus trayectorias laborales; es decir, de aquellos individuos pertenecientes a la cohorte 1951-1953, que tenían 57 años o más al momento de la encuesta.

Dicho objetivo refiere a tres tesis particulares que la perspectiva de curso de vida vincula con los trabajadores mayores (Levy y Widmer, 2013; Mac-Millan, 2005): 1) la estandarización normativa de sus trayectorias laborales; 2) la distinción por género de dichas trayectorias; y 3) la llamada nueva individualización del curso de vida.

La primera tesis postula el predominio de un modelo relativamente unificado y organizado en torno al trabajo remunerado, que presenta secuencias lineales de las principales fases en la vida de las personas: educación, trabajo y retiro (Kohli, 1986, 2007, 2009).

La segunda tesis sostiene la existencia de dos modelos diferenciados, tipificados por el género y que se centran, fundamentalmente, en la disputa entre trabajo y familia, donde el modelo masculino reflejaría un gran predominio del rol de proveedor principal entre los hombres, y el patrón femenino se caracterizaría por una contribución predominante en el trabajo doméstico no remunerado (Krüger y Levy, 2001).

Finalmente, la tercera tesis negaría, en términos generales, cualquier forma de estandarización del curso de vida y, en cambio, postularía que las regularidades en las secuencias o en el tiempo de las trayectorias laborales ya no deberían aparecer, al menos con la misma claridad con que ocurrieron en el pasado (Levy, 1991).

La presente investigación intenta someter a prueba empírica cada uno de estos postulados. Respecto del primero, se sostiene que la probabilidad de encontrar un modelo estandarizado de trayectorias laborales en México no sólo es baja, sino que es aún menos probable que dicho modelo se encuentre basado en la tripartición entre educación, trabajo y retiro (Mora y Oliveira, 2009). Lo que se esperaría encontrar, en cambio, es una especie de modelo normativo "latinoamericano" basado, por un lado, en escasos años de educación y una permanencia generalizada en el mercado de trabajo hasta el final de las trayectorias y, por otro, en una polarización entre aquellas (escasas) trayectorias más seguras o estables y el resto de las situaciones, profundamente inestables e inseguras.

Respecto de la segunda tesis se esperaría encontrar, efectivamente, modelos diferenciados por género, no sólo con una mayor carga de las mujeres hacia el trabajo no remunerado y una inclinación mayor de los varones hacia el trabajo productivo, sino también con impactos diferenciados de las variables familiares sobre las trayectorias laborales de cada grupo poblacional (Levy y Widmer, 2013).

Finalmente, respecto de la tercera hipótesis, se esperaría que la llamada individualización de las trayectorias laborales de los adultos mayores en México se observara, especialmente, hacia el final de sus recorridos profesionales y que dicha heterogeneidad se presentara como una característica estructural del mercado del trabajo mexicano en la actualidad (Mancini, 2017).

Para dar cuenta de estos resultados, el capítulo se organiza como sigue. Además de esta introducción, en el primer apartado se describen los datos y métodos utilizados para realizar el análisis. En el segundo, se presenta una breve descripción histórica de los diferentes momentos que fueron atravesando los trabajadores de la cohorte bajo estudio, con el fin de contextualizar las hipótesis de trabajo y contemplar la influencia de dichos procesos históricos en los hallazgos de investigación. En el tercer apartado, se muestran los resultados generales de la investigación. En las consideraciones finales, además de incluir una síntesis de los principales hallazgos, se identifican líneas futuras de investigación en la problemática considerada.

DATOS Y MÉTODOS

Para llevar a cabo el estudio se utilizaron datos provenientes de la Encuesta Demográfica Retrospectiva de México (Eder 2011), incluyendo a todas las personas que nacieron entre 1951 y 1953; es decir, que tenían entre 57 y 60 años o más al momento de la encuesta.

La variable dependiente describe, para cada año de la vida de las personas entrevistadas, sus principales participaciones sociales respecto del mercado de trabajo y la familia (Gauthier, 2023), distinguiendo seis estados posibles (o categorías): 1) tiempo completo en educación; 2) tiempo completo en casa

o retirado;¹ 3) tiempo completo como trabajador asalariado; 4) tiempo completo como trabajador no asalariado; 5) trabajador asalariado a tiempo parcial; y 6) trabajador no asalariado a tiempo parcial. La selección de dichos estados (o estatus) se relaciona con dos consideraciones teórico-metodológicas: en primer lugar, permiten corroborar la existencia del modelo normativo de curso de vida y, en segundo lugar, suponen diferentes posiciones sociales dentro del mercado de trabajo y, por ende, distintos modos de enfrentar los últimos años de las trayectorias laborales. En el contexto institucional más amplio en el que se desarrollan los cursos de vida de los trabajadores mexicanos es muy probable que, quienes tengan un trabajo informal o un empleo a tiempo parcial hacia el final de sus vidas, presenten trayectorias laborales relativamente precarias e inseguras.

A partir de la diferenciación de estas categorías, cada trayectoria laboral se describe por una secuencia de estados basada, precisamente, en la actividad predominante en los diferentes campos sociales institucionalizados del país (educación, trabajo y hogar).

Una vez obtenidas las secuencias individuales de cada trabajador, éstas se someten a un Optimal Matching Analysis (OMA), seguido por un análisis de conglomerados que permite la construcción de diferentes tipologías empíricas de análisis (Gauthier, 2023; Levy y Widmer, 2013). Para realizar el OMA se decidió utilizar un costo de sustitución de 1. Aunque la selección de estos costos puede ser motivo de crítica para algunos autores, en muchos casos no hay bases teóricas para elegir valores numéricos de los costos asociados a la sustitución, inserción o supresión de estados, sobre todo cuando consideramos al análisis de secuencias como una técnica exploratoria en la que no existe una “verdadera” estructura de costos (Brzinsky-Fay y Kohler, 2010).

¹ Debido al diseño de la encuesta, no es posible distinguir entre jubilación, retiro o dedicación al hogar. La Eder 2011 permite saber, exclusivamente, si la persona se encuentra trabajando durante un determinado año o si, en cambio, se encuentra fuera del mercado de trabajo o en el hogar. De allí que hay que ser muy cuidadosos con las interpretaciones en términos, especialmente, de “retiro” o de dedicación al trabajo no remunerado (en la medida en que estar fuera del mercado laboral no implica, necesariamente, ninguna de las otras dos situaciones posibles).

Respecto de los conglomerados, se optó por un análisis jerárquico a través del método de Ward, en el cual todos los casos se tratan como únicos al inicio y, luego de distintas etapas de iteración, se combinan aquellos más cercanos entre sí para alcanzar conglomerados de casos equivalentes (Cornwell, 2015: 130-133).

Además, con el fin de identificar posibles tipos o modelos de cursos de vida, masculinos y femeninos respectivamente, las trayectorias de varones y mujeres se analizan por separado.

Posteriormente, para explorar las razones por las cuales un individuo pertenece a un tipo de trayectoria en lugar de otra, se ejecutan modelos de regresión logística binomial con el fin de analizar en qué medida ciertas variables relacionadas con el origen social de los trabajadores y aspectos familiares influyen en las probabilidades de que una persona pertenezca a uno de los modelos empíricos, en lugar de a otro.

CONTEXTUALIZAR EL CURSO DE VIDA.

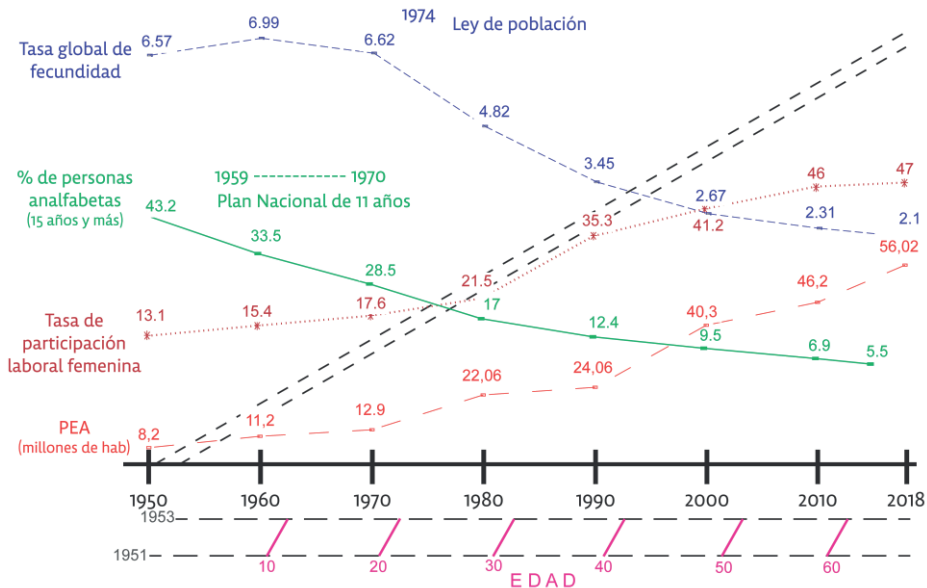
UBICACIÓN HISTÓRICA DE LA COHORTE DE ESTUDIO

Desde la perspectiva de curso de vida, las maneras como los individuos se desenvuelven en el mundo social dependen, fundamentalmente, de lo que pasó en el mundo en el momento de su crecimiento (Mayer, 2004). El supuesto que hay detrás de ello es que las influencias históricas moldean el desarrollo de las personas que crecen en un tiempo particular y que comparten una identidad cultural que la distingue de otras generaciones. Estas experiencias formativas únicas (Alwin y McCammon, 2004) son las que hacen distintiva a cada generación en sus visiones sobre el mundo, en sus orientaciones y en sus comportamientos.

La cohorte de estudio de la presente investigación nació entre 1951 y 1953. Se trata, pues, de una generación “vieja”, que es preciso ubicar temporalmente y conocer los diferentes momentos históricos por los que ha atravesado. Esta cohorte, a pesar de ser exclusivamente urbana al momento de la encuesta, ha sido sometida a procesos migratorios internos y deviene, en ese sentido, en una protagonista fundamental del proceso de urbanización

e industrialización que comienza a llevarse a cabo en México a partir de la segunda mitad del siglo veinte.

Figura 1
Características sociodemográficas seleccionadas, México, 1950-2018



Fuente: elaboración propia con base en Censos Generales de Población y Vivienda, distintos años (Inegi, s.f.; Conapo, s.f.; INEE, 2017; Banco Mundial, s.f.)

La cohorte bajo estudio transitó a la vida adulta durante un periodo de relativo, pero sostenido, crecimiento económico impulsado por el modelo de sustitución de importaciones.² Durante este periodo, se produjeron los mayores

² En la figura 1 se presenta un diagrama que muestra la edad de la cohorte estudiada a lo largo del periodo de acuerdo con datos como: tasa global de fecundidad, porcentaje de analfabetismo, población económicamente activa y tasa de participación laboral femenina. La intención es mostrar cómo las tendencias sociales y demográficas se cruzaron con las distintas edades de la cohorte bajo

cambios seculares en la vida de la población mexicana. No sólo comenzó en estos años el proceso de urbanización del país, acompañado de un descenso del trabajo agrícola y la vida rural en general, sino que también aumentaron notoriamente los niveles educativos de los trabajadores (especialmente de los varones).³ Además, esta cohorte alcanzó los veinte años a comienzos de la década de los setenta, momento clave de las políticas públicas de población y la planificación familiar (Ley de Población de 1974) (Quilodrán, 1991). A partir de esta cohorte, el descenso de la fecundidad en México adquirió un patrón mucho más clarificado que afectó de manera particular a esta generación de mujeres, especialmente en las zonas urbanas (Zavala de Cosío, 1988; Juárez, 1989), junto con una notable disminución de la mortalidad. Tal como lo indica Mier y Terán (1992), las generaciones de mujeres que iniciaron el descenso de la fecundidad en México son las mismas que comenzaron una mayor participación en la actividad económica. Es decir, la población femenina de esta cohorte era más educada que en el pasado, tuvo un menor número de hijos que sus antecesoras (aunque no necesariamente haya pospuesto ni el matrimonio ni la llegada del primero) y, al mismo tiempo, consolidó su trayectoria laboral a principios de los años ochenta, periodo profundamente afectado por la crisis económica. En efecto, en México, los aumentos sostenidos de la participación laboral de la fuerza de trabajo femenina no sólo se relacionan con la caída en los niveles de fecundidad, sino que también se encuentran afectados por la compulsión de ingresar al mercado de trabajo y diversificar los ingresos de los hogares en un momento histórico caracterizado por una profunda crisis económica, pero, sobre todo, por el empobrecimiento y la pauperización de diversos sectores sociales (González de la Rocha, 1989): mientras que, en 1950, la tasa de participación laboral femenina era de 13%, esta proporción aumentó hasta 16% en 1970, a 21% en 1979 y a 25% en 1982 (Oliveira y García, 1990; Mier y Terán, 1992).

estudio. Por tal razón, y dada la incompatibilidad de escalas en el eje y, se presentan datos puntuales como una manera de realizar la lectura del diagrama, con fines ilustrativos.

³ Eso, a su vez, se encuentra directamente vinculado con el Plan Nacional de 11 años que inició en 1959 e impulsó la escolaridad obligatoria hasta los once años.

Se trata, en definitiva, de varones y mujeres que pertenecen a una cohorte bisagra en el contexto histórico mexicano, que ha nacido y se ha desarrollado en pleno crecimiento económico, en la consolidación del modelo de industrialización, en el desarrollo de las grandes ciudades, donde los procesos de urbanización se encontraban en su etapa de fortalecimiento, con una gran dinámica de la migración interna. Todo ello implicó, entre otras cosas, no sólo niveles educativos más altos respecto de las cohortes precedentes, sino también un proceso de salarización del mercado de trabajo, basado en el desarrollo de la industria y la gran empresa. Los trabajadores de esta cohorte comenzaron sus trayectorias laborales entre finales de la década de los sesenta y comienzos de los setenta, en medio de una aceleración del crecimiento industrial, de un afianzamiento de los Estados populares y en medio de la expansión de la cobertura educativa (Solís, 2007). Finalmente, como una especie de *turning point* histórico, la consolidación de sus trayectorias se produjo entre finales de los setenta y la década de los ochenta, con los inicios de la crisis de la deuda, los primeros intentos de reestructuración productiva, el crecimiento de ciudades intermedias, el estancamiento de la migración interna, la expansión de barrios marginales, el auge del comercio y los servicios, así como la profunda desafección laboral de muchos trabajadores, ya fuera mediante la precarización de la fuerza de trabajo, la profundización de la informalidad, la emigración internacional o, incluso, la desocupación abierta. Evidentemente, cada uno de estos procesos (tal como se verá a continuación) habrá tenido profundas influencias y ramificaciones en las trayectorias de vida de esta generación mexicana.

HALLAZGOS Y DISCUSIÓN

Modelos de curso de vida y diferencias de género

La gráfica 1 muestra las trayectorias laborales individuales de varones y mujeres, antes de ser sometidas al análisis de secuencias. Una mirada rápida hacia el comportamiento de ambos grupos revela importantes diferencias entre sí: el empleo de tiempo completo (asalariado o por cuenta propia) predomina en las trayectorias de los hombres casi a lo largo de sus vidas adultas hasta el

final de la observación, mientras que las trayectorias femeninas resultan considerablemente más heterogéneas, con un predominio del tiempo dedicado a labores fuera del mercado de trabajo. Podría sugerirse que las trayectorias masculinas son las que más se ajustarían, en principio, al modelo tripartito del curso de vida en términos de una relativa “estandarización”, organizada en torno al trabajo remunerado, con secuencias más lineales entre la educación, el trabajo y el abandono del mercado. Sin embargo, como ya se indicó, este último estado es muy poco común entre los trabajadores mexicanos y ello está directamente relacionado con el tipo de régimen de bienestar mexicano, donde las instituciones de protección social no sólo son escasas sino también profundamente ineficientes para proteger los riesgos asociados a esta etapa del curso de vida de los trabajadores (Mancini, 2017).⁴

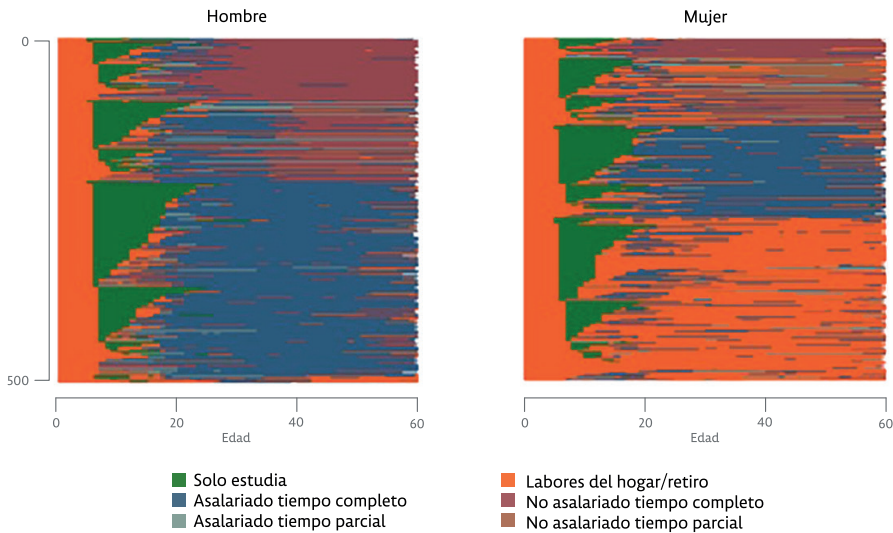
Respecto de las trayectorias femeninas individuales, será importante analizar hasta qué punto la heterogeneidad observada corresponde a una verdadera pluralización o desestandarización del curso de vida o si, por el contrario, existe un número restringido de patrones de secuencias claramente identificables. En principio, parecería que la diversidad interna que presenta esta cohorte de mujeres pudiera estar relacionada con dos importantes características estructurales de la fuerza de trabajo femenina: 1) las intermitencias entre el trabajo no remunerado y remunerado y 2) el retorno al mercado laboral después de haber pasado los principales años reproductivos en el hogar, dedicados fundamentalmente a la crianza de hijos pequeños.

En cualquier caso, lo que indican estas trayectorias individuales es un estadio relativamente corto de permanencia en el hogar (hasta los seis años

⁴ Si bien el truncamiento que presenta la cohorte a los sesenta años no nos permite analizar el retiro en sentido estricto (que, en la mayoría de los casos es a partir de los 65 años, salvo algunas excepciones de empresas estatales), es importante considerar el complejo funcionamiento del sistema de pensiones en nuestro país (con más de mil esquemas o modelos), fragmentado de origen y exclusivamente relacionado con el empleo formal, en general, y el empleo público, en particular. Para el año de la encuesta, sólo 19% de los adultos mayores contaban con algún tipo de pensión individual, mientras que 20 % del gasto en pensiones se dirigía sólo al 3.2% del total de pensionados (con montos que oscilan entre \$700,000 pesos anuales para algunos pocos y \$7,000 anuales para la mayoría). Para una mayor contextualización del retiro en México, véase Murillo y Venegas (2011) y Valencia (2018).

aproximadamente), aunque un poco más extendido en el caso de las mujeres (como si el calendario de entrada a la escuela fuera más retrasado); periodos ciertamente escasos de educación exclusiva (también mucho más corto en el caso de la cohorte femenina) y, finalmente, un larguísimo lapso dedicado a actividades laborales o, en el caso de las mujeres, con importantes idas y vueltas entre el trabajo remunerado y las actividades no lucrativas.

Gráfica 1
Trayectorias laborales individuales de varones y mujeres,
cohorte 1951-1953, México 2011

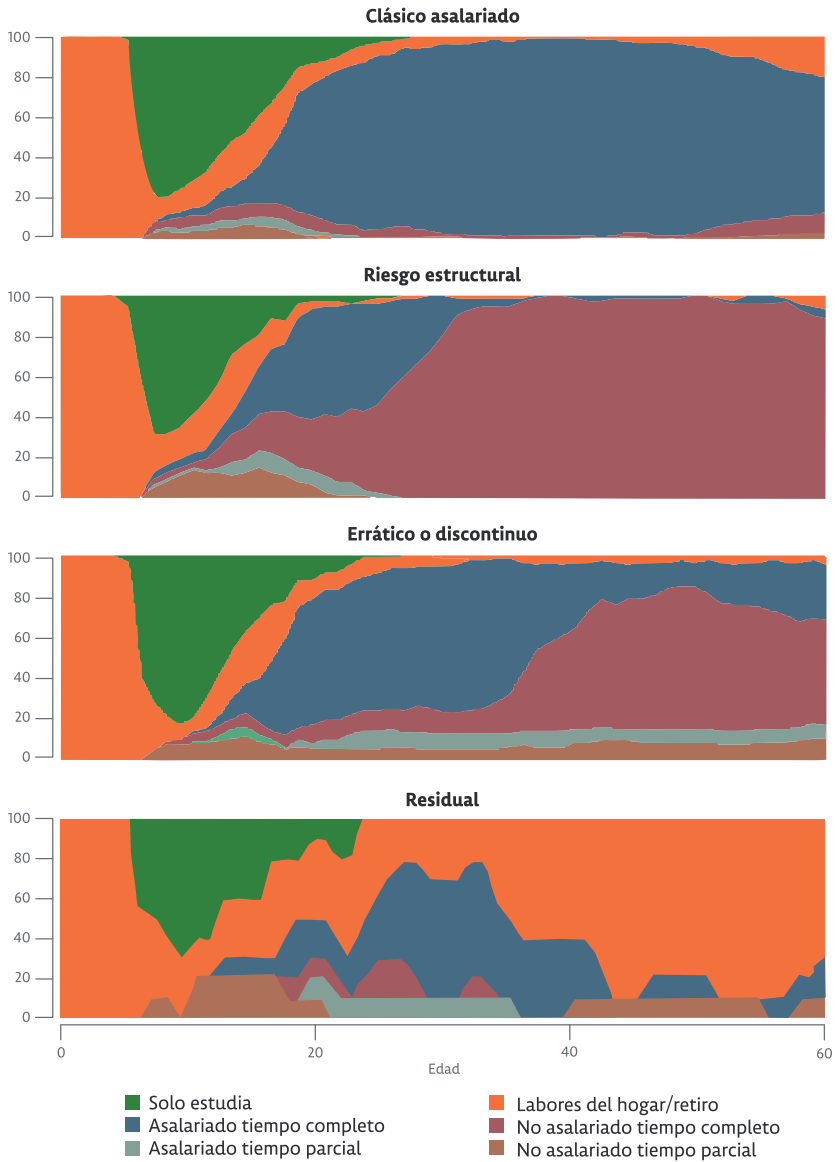


Fuente: Elaboración propia con base en la Eder 2011, Inegi.

Modelos masculinos de trayectorias laborales

La gráfica 2 muestra la distribución de trayectorias laborales (y de los diversos estados en cada una de ellas) por edad de los varones, organizadas en cuatro grandes grupos, en función de los conglomerados producidos por el

Gráfica 2
Histogramas de los estados por edad según tipo de trayectorias
laborales masculinas, cohorte 1951-1953, México 2011



Fuente: Elaboración propia con base en la Eder 2011, Inegi.

análisis de secuencias,⁵ donde cada grupo o tipo se define por la similitud de las secuencias biográficas de sus miembros hasta el final de la observación.

En términos generales, es posible identificar tres grandes modelos de trayectorias de vida para los varones (y uno residual) asociados a su participación en la escuela, en el trabajo, y en el hogar: 1) el modelo clásico asalariado, 2) el modelo en riesgo estructural y 3) el modelo errático o discontinuo.

El primer tipo es el que correspondería al modelo estandarizado o clásico del curso de vida: una fase inicial de educación a tiempo completo que duraba, en promedio, nueve años (de los seis hasta los 15 años, aunque para un grupo se extiende considerablemente hasta después de los 18), y una segunda etapa larguísima de trabajo asalariado a tiempo completo que se prolongaba hasta el final de la observación y que sólo para unos pocos casos deviene en el abandono del mercado. En este tipo de trayectorias, otras situaciones como el trabajo a tiempo parcial, el autoempleo o interrupciones ocupacionales eran escasas. El dato más interesante de este primer grupo –que no sólo cumpliría parcialmente con el modelo tripartito de curso de vida, sino que, además, se trataría de trabajadores más protegidos y estables en la medida en que se caracterizaban por ser asalariados y formales– es que corresponde a 56.3% de la cohorte bajo estudio. Poco más de la mitad de los trabajadores de esta cohorte, en México, experimentó un curso de vida regido por la relativa “normalidad” y estabilidad de sus trayectorias biográficas. La posibilidad de transitar por secuencias lineales y, ciertamente, predecibles, en las que un suceso conduce a otro, sobre todo en función de la edad de las personas, es algo que en México le ocurre sólo a la mitad de los trabajadores adultos mayores.

El segundo grupo de trayectorias (en riesgo estructural) agrupa a 17.9% de los varones de esta cohorte. Desde una perspectiva histórica (y también conceptual), estas trayectorias forman parte del gran mundo de la informalidad y la heterogeneidad productiva que caracterizan al mercado de trabajo mexicano. De allí que se trate de una especie de tipología estructural de la fuerza de trabajo masculina, signada por la falta de remuneración, el cuenta-

⁵ Para elegir la solución con cuatro clústeres, consideramos, además de los dendogramas correspondientes, el valor del índice Calinski/Harabasz, que ofrece un valor de 1.38 para ese número de conglomerados.

propismo y, en general, una profunda precariedad de los puestos de trabajo. Como ya se advirtió, México ha contado históricamente con sistemas de protección social tremendamente débiles, fragmentados y asociados, exclusivamente, al empleo formal asalariado. Por lo tanto, lo que se revela a través de este grupo es que una buena parte de los trabajadores de la cohorte masculina más vieja del mercado laboral ha vivido, la mayor parte de su vida, entre la inestabilidad, la inseguridad de sus ingresos y una ausencia casi permanente de protección social.

Otros tres hallazgos resultan de este tipo estructural. En primer lugar, los trabajadores de este grupo presentan, en promedio, menos años de educación que el resto de los trabajadores. Ello también ha sido documentado en varias investigaciones anteriores (Roberts y Oliveira, 1993; Mancini, 2017). La informalidad en México se compone, fundamentalmente, de trabajadores con menores niveles educativos que el resto y ello está vinculado, por un lado, con un abandono temprano de la escuela debido a la necesidad de generar ingresos para el hogar y, por otro, con las menores chances que tienen en el mercado de trabajo de obtener empleos formales que exigen credenciales educativas más altas.

En segundo lugar, tal como se desprende de la gráfica, buena parte de estos trabajadores ha tenido, en los inicios de su carrera ocupacional, algunos intentos de trabajo asalariado, especialmente entre los 15 y los veinte años. A pesar de estas intenciones erráticas, la gran mayoría termina insertándose en el empleo no asalariado a partir de los treinta años. Estas posibilidades truncadas de “salarización” en el inicio de la trayectoria laboral se encuentran directamente relacionadas con el temprano ingreso al mercado de trabajo que, en la mayoría de los casos, ocurre en el empleo asalariado (Mancini, 2019). Cualquier actividad económica en el trabajo por cuenta propia exige recursos mínimos para comenzar y un tiempo previo de consolidación en la trayectoria laboral. Es muy difícil iniciar una carrera ocupacional desde el trabajo independiente y, por lo general, el primer empleo de los varones se realiza en actividades asalariadas, aunque profundamente precarizadas.

Finalmente, en tercer lugar, entre estos trabajadores, la posibilidad de abandonar el mercado de trabajo hacia el final de su trayectoria es prácticamente nula y sustantivamente menor que en el tipo anterior. Si durante la

mayor parte del curso de vida, estos trabajadores se han dedicado al trabajo informal, las posibilidades de ahorro o de contribuir al sistema de pensiones durante los años productivos resultan inalcanzables y, en cuanto tal, es esperable que continúen participando activamente en el mercado laboral hasta muchos años después de haber alcanzado los sesenta años.

El tercer modelo que arroja el análisis de secuencias ilustraría la llamada “desestandarización” o pluralización de las trayectorias biográficas; es decir, trayectorias que revisten una gran inestabilidad e irregularidad entre un estado y otro: por momentos, se estudia; por otros, se consigue un empleo asalariado; luego, se pasa por trabajos caracterizados por la informalidad; de allí, se transita a permanecer un tiempo en el hogar sin ningún tipo de empleo, incorporando momentos de trabajo a tiempo parcial, fuera en la modalidad asalariada o de autoempleo. Estos trabajadores, 23.6% de la cohorte masculina, han experimentado enormes interrupciones en su vida laboral. Para ellos, los intercambios entre empleo y desempleo, o los frecuentes cambios de trabajo, así como las múltiples transiciones experimentadas a lo largo de la trayectoria, son el patrón de vida normal y esperado. En realidad, una trayectoria laboral continua y fluida rara vez es parte de sus posibilidades. En este tipo de trayectorias, el patrón principal de análisis se configura en torno a las carreras desordenadas, en las que los trabajadores experimentan frecuentes discontinuidades en su curso de vida. La gran diferencia con el segundo tipo radica en que, mientras aquellos trabajadores viven permanentemente en la informalidad y en la precariedad laboral (de allí lo estructural de dicha condición), en este caso, se transita con relativa facilidad entre un estado y otro, donde por momentos se pueden conocer los beneficios del trabajo asalariado y, por otros, experimentar la desocupación, la informalidad o incluso el empleo a tiempo parcial.⁶ Podría argumentarse, en ese sentido, que este grupo de trabajadores forma parte de los grandes perdedores de los efectos del cambio en el modelo de acumulación. Entre otras cosas, la globalización y las transformaciones económicas de las últimas décadas, especialmente en

⁶ En ese sentido, el cuarto clúster (las trayectorias residuales para los varones) parecería ser una radicalización de estas trayectorias. Sin embargo, al afectar a menos de 2% de los varones de la cohorte, preferimos no detenernos en su análisis.

términos de una desindustrialización acompañada del mayor auge del sector servicios, han hecho obsoletas ciertas habilidades y competencias ocupacionales y, en dicho contexto, estos trabajadores viejos se vuelven menos competitivos respecto de los más jóvenes para las mayores exigencias que genera la demanda laboral en materia de escolaridad y capacidades específicas. Quizás, el dato de interés aquí es que, mientras en otros contextos internacionales este tipo de trayectorias asume una modalidad “novedosa” y especialmente observable entre las generaciones más jóvenes (Levy y Widmer, 2013), en el caso mexicano se trata de un modelo prevaeciente en plena mitad del siglo xx, como una especie de categoría social marginada que no logra integrarse ni al empleo asalariado ni al empleo tradicional independiente basado en los oficios.⁷

En síntesis, el primer modelo de curso de vida para los varones de la cohorte 1951-1953 sería el más cercano al modelo clásico de las trayectorias biográficas, asociado a tres fases relativamente estandarizadas: educación, trabajo y abandono del mercado. No obstante, se trata de una versión particular de dicha estandarización en la medida en que: 1) los años que transcurren los trabajadores en el ciclo educativo son escasos (desde los seis hasta los quince años, en promedio); 2) la entrada o el ingreso al mercado laboral es muy temprana (antes de los 16 años) y, por lo mismo, pudiera esperarse que las características del primer empleo fueran ciertamente precarizadas (Mancini, 2016); y 3) el trabajo asalariado de tiempo completo es el estatus que más se prolongaba a lo largo de la trayectoria, continuando más allá de los sesenta años. Este modelo, que representa lo más cercano a una trayectoria laboral relativamente segura y estable (asociada, también, a la figura del obrero industrial), es también el más frecuente, pues describe a 56.3% de las trayectorias masculinas de la cohorte, proporción esperada si se considera que, en México, en el periodo de desarrollo estabilizador y antes de la crisis de la deuda de los años ochenta, el intento de una especie de “sociedad salarial” tuvo cierta influencia en la fuerza de trabajo masculina. Ciertamente,

⁷ De hecho, en el quinto capítulo de este mismo volumen, Martínez y Ferraris (2023) encuentran este mismo patrón (*proveedurías con alternancia en el tipo de empleo*) para 44% de la población masculina de la siguiente cohorte de estudio, nacida entre 1966 y 1968.

como una especie de efecto periodo, dicha estandarización se consigue en un particular momento histórico, relativamente corto, donde sólo ciertas generaciones de trabajadores formales (y, sobre todo, públicos) fueron cobijados por arreglos institucionales más protectores.

Por el contrario, el segundo tipo de trayectorias laborales (de riesgo estructural) refiere a 17.9% de la población masculina de esta cohorte y representa al prototipo de la masa marginal de la época: aquel trabajador que, abandonando la escuela a edades muy tempranas, vive el resto de su carrera laboral entre la informalidad y la precariedad que ofrece el mercado de trabajo.

Finalmente, el tercer modelo, que describe a 23.6% de las trayectorias masculinas, indicaría un patrón más desestandarizado de trayectorias laborales, vinculado a procesos de pluralización y desinstitucionalización del curso de vida (MacMillan, 2005; Levy y Widmer, 2013; Blossfeld *et al.*, 2006; DiPetre, 2002). Lo que caracteriza a este tipo no es sólo su heterogeneidad, sino su ineficacia para mostrar trayectorias claramente perfiladas, donde el empleo a tiempo parcial es el único estatus social que sobresale por encima de los demás. Las interrupciones, el desempleo y, en general, periodos de inactividad económica son también más frecuentes en el curso de vida de estos trabajadores que en el resto. Como se dijo, quizás el dato más relevante sea que esta configuración se esté observando en una población que ya ha pasado más de cuarenta años en el mercado laboral. Es decir, no se trata de recién llegados ni de los primeros ingresos al mercado laboral (caracterizados, históricamente, por la inestabilidad y la discontinuidad), sino de toda una vida transcurrida en lo errático, en el margen, en el desorden del trabajo, en lo “atípico” (Pacheco *et al.*, 2011).

Por otro lado, la marcada contraposición entre los dos primeros modelos (56.3% y 17.9% respectivamente) da cuenta de la gran polarización que caracteriza a la estructura ocupacional en México; conformada, por una parte, por un sector protegido, formal y asalariado y, por otra, por un polo que, estructuralmente, vive en la informalidad y no encuentra modos de transitar hacia el lado más seguro del mercado; barrera típica que se encuentra en los contextos sociales duales y segmentados, caracterizados por la heterogeneidad productiva y una enorme desigualdad social (Pries, 1992).

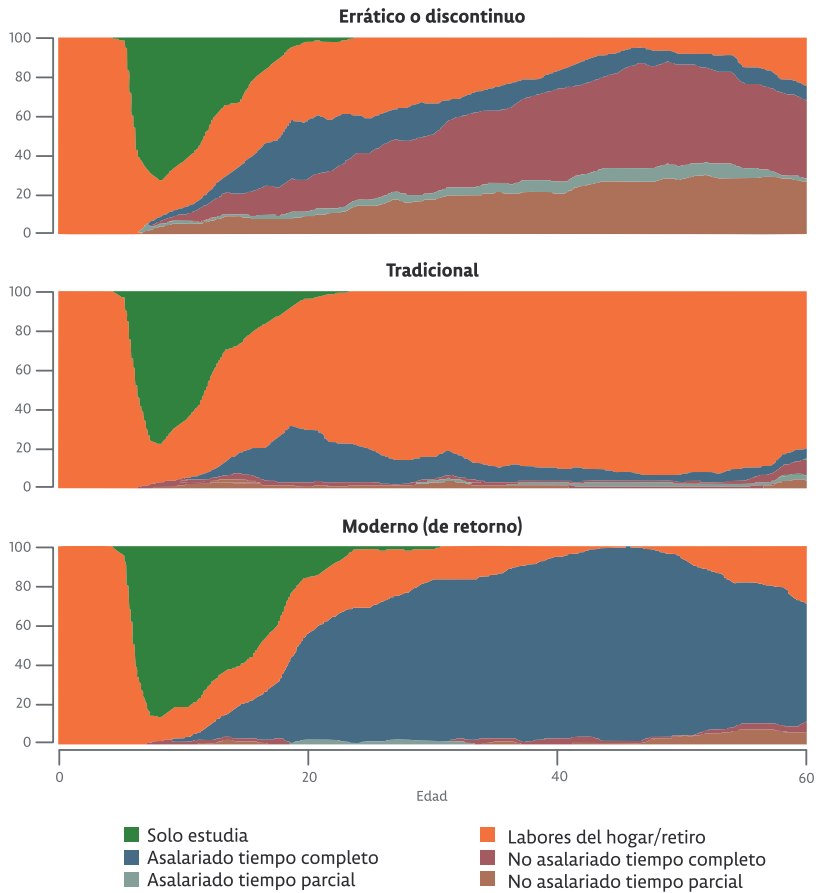
Modelos feminizados de trayectorias laborales

La gráfica 3 muestra la distribución de las trayectorias laborales por edad de las mujeres, organizadas a partir del análisis de secuencias. En términos generales, es posible identificar tres modelos de trayectorias de vida para la población femenina, en función de su participación en la escuela, en el trabajo y en el hogar: 1) el modelo errático o discontinuo, 2) el modelo tradicional y 3) el modelo de retorno (o moderno).⁸ Cada una de estas trayectorias representa lo que Levy *et al.* (2007) identificaron como los tres grandes tipos de inserción laboral femenina: la inserción ininterrumpida (moderna), la interrupción definitiva (tradicional) y la interrupción temporal (errática).

El primer modelo refiere a 26.2% de las trayectorias femeninas y se caracteriza por contener transiciones erráticas, similares a las encontradas en el caso de los varones, aunque mucho más heterogéneas: luego de unos pocos años en la escuela (menos años que sus pares varones), se pasa un buen tiempo en el hogar (un promedio de 22 años, entre los 18 y los cuarenta, es decir, en pleno periodo reproductivo); más tarde, se intenta transitar por un empleo asalariado de tiempo completo, pero ello dura muy pocos años (o no se logra) y, finalmente, se “opta” por el trabajo independiente o bien por algún tipo de empleo de tiempo parcial. No obstante lo similar con el tipo masculino errático, dos grandes diferencias pueden encontrarse entre ambos. En primer lugar, entre las mujeres se observa una proporción mayor de empleo no asalariado, así como mayores interrupciones a favor del trabajo no remunerado o, al menos, de salidas del mercado de trabajo, precisamente en la franja de edad en la que las mujeres tienen, en promedio, a la mayoría de sus hijos. Estas mujeres intentarían compaginar, durante los años centrales del curso de vida familiar, el trabajo no asalariado con las labores del hogar; es decir, se trataría de un grupo importante de la fuerza de trabajo femenina dedicada a lo que, históricamente, se ha conocido como la doble jornada de trabajo. En segundo lugar, mientras que, entre los varones, este tipo describe

⁸ En este caso, la solución de tres clústeres fue la adecuada, con un valor de 1.98 en el índice Calinski/Harabasz.

Gráfica 3
Tipos de trayectorias laborales femeninas,
cohorte 1951-1953, México 2011



Fuente: Elaboración propia con base en la Eder 2011, Inegi.

a 17.9% de la cohorte, este valor se incrementa entre las mujeres hasta poco más de la cuarta parte de ellas. Entre otras cosas, dicha magnitud está relacionada con que, para las mujeres, este modelo errático es más la regla que la excepción. Entre la fuerza de trabajo femenina, la inestabilidad y las intermitencias entre el mundo del trabajo y la esfera familiar forman parte de una condición histórica. Entre las mujeres, el tipo errático deviene una condición estructural de su participación en el mercado laboral, con interrupciones permanentes y disputas recurrentes entre el empleo no remunerado y el (re)ingreso al mercado laboral. No obstante esta generalización, también es factible que, en esta cohorte en particular, lo errático y discontinuo pueda vincularse con la recesión económica de los años ochenta y el aumento del trabajo por cuenta propia entre la fuerza de trabajo femenina (es decir, una especie de efecto cohorte).

Tal como se ha documentado en otras investigaciones (Oliveira, 1989), para esta generación de mujeres “pioneras” en la participación laboral, el trabajo no asalariado (incluso en la subcontratación o en el trabajo en el domicilio) pudo resultar una alternativa viable de permanencia en el mercado laboral frente a la ausencia del empleo asalariado (producto de la larga crisis de los años ochenta y la consecuente reorganización de la actividad industrial de la época), especialmente entre los sectores menos privilegiados que se vieron obligados a diversificar sus fuentes de ingreso (González de la Rocha, 1989).

El segundo tipo, conformado por trayectorias tradicionales, es el complemento del patrón masculino predominante (clásico asalariado). En este caso, las trayectorias tradicionales siguen el típico modelo de segregación de roles familiares en el que las mujeres abandonan definitivamente el mercado laboral a las edades relacionadas con uniones y/o maternidades y permanecen en el hogar durante el resto de las trayectorias de vida. Dicho modelo, y acorde con su importancia histórica en un país donde las tasas de participación femenina oscilan entre 30% y 40%, caracteriza a 48.9% de las trayectorias. Como se verá más adelante, este modelo de curso de vida se encuentra constreñido a la presencia y al número de hijos. De hecho, varios estudios han encontrado que, en esta cohorte, la participación laboral resulta significativamente inferior cuando las mujeres están unidas y/o con hijos, especialmen-

te cuando éstos son menores de seis años (Mier y Terán, 1992; Christenson, 1990; Oliveira y García 1990). Tal como lo muestra la gráfica, entre los 18 y los 21 años se observan algunos intentos de inserción al mercado laboral, especialmente en empleos asalariados de tiempo completo. Dichos intentos prácticamente desaparecen a partir de los treinta años y se vuelve a ensayar un pequeño retorno a partir de los 49 años (edad promedio de finalización del periodo reproductivo). Esta reinserción al trabajo remunerado no sólo se relacionaría con el fin del periodo reproductivo, sino también con el acortamiento del tiempo que las mujeres pasaban con hijos pequeños, en la medida en que esta cohorte de mujeres ya ha anticipado la edad al último hijo (Mier y Terán, 1992). Por ende, a los 49 años, esta cohorte no sólo dejó de tener hijos, sino que ya hace un buen tiempo que ha tenido a los últimos.

Finalmente, el último tipo, moderno o de retorno, describe una combinación entre dos grandes trayectos: por un lado, algunas mujeres que inician y permanecen en el hogar durante varios años y realizan un ingreso tardío al mercado laboral, alrededor de los cincuenta años; por otro lado, varias de ellas, después de un periodo de trabajo remunerado a tiempo completo desde los inicios de la trayectoria, salen del mercado de trabajo en favor de la permanencia de tiempo completo en el hogar, pero una proporción importante reingresa al trabajo asalariado unos años más adelante. Este modelo de curso de vida afecta a 25.1% de las mujeres de esta cohorte. Al respecto, Mier y Terán (1992) indica que las posibilidades de (re)ingreso al mercado laboral que presenta esta cohorte pueden entenderse mediante varias alternativas posibles: algunas se incorporan al trabajo después del nacimiento de su último hijo, otras aumentan su participación después de haber completado su descendencia, algunas otras desarrollan simultáneamente la crianza de sus hijos pequeños y el trabajo remunerado y, finalmente, aquellas madres con mayor experiencia laboral se reincorporan al mercado de trabajo luego de un tiempo en el hogar.

Desde la perspectiva sociodemográfica, dichas posibilidades de retorno se explicarían, a su vez, por importantes cambios en la trayectoria de vida que esta cohorte habría experimentado durante sus años reproductivos, en la medida en que se trata de mujeres que han reducido considerablemente el tiempo dedicado a formar familias y, consecuentemente, han aumenta-

do el número de años posteriores que ya no destinan a seguir teniendo hijos, incrementando así las opciones de incorporarse al mercado de trabajo (Mier y Terán, 1992). De hecho, si bien la participación laboral de estas mujeres comienza entre los 21 y los 29 años, el gran aumento se observa a partir de los 37 años, momento en que la mayoría de ellas ha terminado de completar sus familias.

Además, y como se verá más adelante, este modelo predomina fundamentalmente entre las mujeres con un número menor de hijos, más educadas y con orígenes sociales más altos. Tal como lo indican García y Oliveira (1989), en un periodo histórico caracterizado por la creciente urbanización y la expansión del aparato estatal (momento de inicio de las trayectorias laborales de esta cohorte), para las mujeres jóvenes con mayor escolaridad, las posibilidades de ocuparse como asalariadas en las ramas más modernas del sector terciario de la economía aumentaban considerablemente, aun en épocas de crisis económicas.

En cualquier caso, este modelo moderno o de retorno describe a un grupo poblacional que cumple con los principales requisitos para el aumento de la participación femenina en la fuerza laboral mexicana: mujeres más educadas que en el pasado, con menos hijos que sus antecesoras y que, en general, regresan al mercado de trabajo en un periodo que la bibliografía especializada ubica como el gran punto de quiebre en la historia del país, como un momento fundacional de la participación masiva de la mujer en el mercado laboral, entre otras cosas, como estrategia empleada por los hogares para contrarrestar los efectos del empobrecimiento y el gran descenso en la movilidad social de la época (González de la Rocha, 1989; García y Oliveira, 1989).

Estos primeros hallazgos acerca de los modelos diferenciados de cursos de vida entre varones y mujeres admiten una serie de reflexiones sobre las tesis mencionadas al comienzo de este capítulo:

1. En México, el modelo clásico ternario, con su secuencia lineal “educación-trabajo-retiro”, puede representarse sólo como una aproximación masculina e incompleta, que implica escasos años de escolarización y un largo paso por el trabajo asalariado, con apenas unos pocos que logran, hacia el final de sus trayectorias, salirse del mercado labo-

ral. Además, dicho modelo estandarizado representa sólo a la mitad de la fuerza de trabajo masculina y es prácticamente imposible observarlo entre las mujeres. Por ende, en contra de la tesis sobre la neutralidad genérica del curso de vida, este modelo clásico estaría definido nítidamente por el género de las trayectorias laborales (y por la propia estructura de clases de la sociedad mexicana) (Levy *et al.*, 2007).

2. Para aquellos que no pertenecen a este tipo de curso de vida más seguro o estable, se configura un patrón de secuencias alternativo que presenta dos grandes posibilidades: vivir en la informalidad la mayor parte de la trayectoria laboral o transitar, erráticamente, por los diversos estados posibles. Estos patrones riesgosos de trayectoria laboral refieren a más de 40% de la fuerza de trabajo masculina.
3. Entre las mujeres, el modelo tradicional, donde familia y trabajo remunerado se excluyen mutuamente, prevalece para 49% de ellas. Se trata, claro está, de una cohorte que aún no incorporaba la participación laboral como lo harían, seguramente, las cohortes más jóvenes.
4. A diferencia de los varones, los modelos de trayectorias femeninas se encuentran fuertemente marcados por el impacto de la vida familiar sobre su curso de vida, ya sea a través de una disminución de la participación en el trabajo remunerado, una mayor proporción de empleos a tiempo parcial, o bien, el abandono o la expulsión definitiva del mercado de trabajo, especialmente durante las edades reproductivas.
5. Respecto de las intermitencias, las irregularidades y, en general, las trayectorias erráticas, mientras dicho patrón constituye una especie de categoría marginal entre los varones, deviene un rasgo estructural y persistente en el caso de las mujeres.
6. A diferencia de las trayectorias masculinas que pareciera que responden a un mandato social único (trabajar y ser proveedores del hogar), las tipologías femeninas se encuentran organizadas a partir de dos imperativos sociales que compiten entre sí: el del trabajo remunerado y el de la vida familiar. Tal como se ha demostrado en otras investigaciones (García y Oliveira, 1989), la presencia de dos lógicas sociales y normativas que son difíciles de combinar revela una enorme asimetría y desigualdad de género.

7. Finalmente, la tesis de la individualización de los cursos de vida tampoco parece ser tan clara para esta cohorte mexicana. Las trayectorias aquí analizadas evidencian una tendencia hacia cursos de vida erráticos, discontinuos o irregulares que, no obstante, se encuentran bien organizados institucionalmente en torno a nuevos patrones de acumulación y reproducción social que ofrece el mercado laboral contemporáneo.

Condiciones sociales asociadas a los modelos generizados de cursos de vida

Los hallazgos anteriores vinculados a patrones definidos y diferenciados de cursos de vida de trabajadores adultos mayores requieren la exploración de razones o condiciones por las cuales un determinado individuo sigue o pertenece a una cierta tipología, en lugar de otra. A continuación, se realiza dicha exploración a partir del análisis de modelos de regresión logística donde cada uno de los tipos de trayectoria encontrados, tanto para varones como para mujeres, deviene variable dependiente: mientras que se utilizará una serie de indicadores sociales estructurales como las principales variables explicativas. Estos indicadores forman parte de dos grandes procesos sociales que las investigaciones especializadas asocian con la desigualdad de género en el mercado de trabajo contemporáneo (García y Oliveira, 1994; Oliveira, Ariza y Eternod, 2001; Mancini, 2016). Por un lado, se trata de variables estructurales que dan cuenta de diferentes dimensiones de la desigualdad de oportunidades (origen social, movimientos migratorios); por otro lado, se consideran también variables familiares que afectarían diferenciadamente a varones y mujeres, especialmente en términos de la división sexual del trabajo y la segregación ocupacional (uniones y número de hijos). Además, se contemplaron dos variables de control: edad y número de empleos a lo largo de la vida.

Cuadro 1
Modelos de regresión logística para tipologías de trayectorias masculinas, razón de momios (OR) y probabilidades estimadas (PE), cohorte 1951-1953, México 2011

Variables	Tipo 1 riesgo estructural		Tipo 2 errático		Tipo 3 clásico asalariado	
	or	pe	or	pe	or	pe
<i>Empleos</i>	0.80***		1.08***		1.05***	
<i>Origen social</i>	0.99***		0.99***		1.4***	
Bajo		0.18		0.25		0.52
Medio		0.15		0.24		0.55
Alto		0.13		0.24		0.58
<i>Edad</i>						
<60 (ref)		0.16		0.24		0.54
60+	0.92***	0.15	1.00	0.24	1.04***	0.56
<i>Uniones</i>	1.27***	0.12 (0)	1.22***	0.20 (0)	0.73***	0.64 (0)
		0.16 (1)		0.24 (1)		0.53 (1)
<i>Hijos</i>	1.10***		1.04***		0.92***	
Ninguno		0.12		0.22		0.62
1		0.13		0.23		0.59
2		0.14		0.24		0.57
3 o más		0.16		0.25		0.55
<i>Migración</i>					1.20***	
No (ref)		0.23		0.23		0.51
Si	0.54***	0.13	1.08***	0.25		0.56
R2	0.47		0.12		0.17	

*p<0.05; **p<0.01; ***p<0.001

Fuente: elaboración propia con base en Eder 2011, Inegi.

Notas para la lectura de la tabla:

- Los OR se ubican en el renglón correspondiente a cada variable, según ésta sea continua (mismo renglón) o categórica (renglón de la categoría indicadora).
- La variable empleos se midió como variable continua (número de empleos en la vida).
- El origen social se midió mediante el índice de orígenes sociales (ios) elaborado para la Eder 2011 por Solís (2016) y para Coubés et al. (2016) como variable continua. Además, se calcularon las probabilidades estimadas para valores fijos que representan los estratos bajo, medio y alto.
- La edad se midió como variable dicotómica que distingue a menores de sesenta años (categoría de referencia) y trabajadores de sesenta y más.
- El número de uniones se midió de manera continua y se calcularon las probabilidades estimadas para valores fijos (ninguna y al menos una unión).
- El número de hijos se midió de manera continua y se calcularon las probabilidades estimadas para valores fijos (ninguno, uno, dos, tres o más).
- La migración se midió como variable categórica (ausencia o presencia de algún evento migratorio en la vida).

El cuadro 1 presenta los resultados de los modelos para cada tipología masculina. ¿Qué perfil de trabajadores alimenta a cada modelo de curso de vida? En el caso del tipo normativo, clásico, asociado al trabajo asalariado, éste se conforma por aquellos trabajadores de origen social más alto, más viejos también, con menor número de uniones e hijos. Es interesante el comportamiento de la variable hijos porque indica, en términos generales, que el modelo ternario clásico se alimenta de varones pertenecientes a una generación que ya había comenzado a disminuir su fecundidad. De hecho, a medida que aumenta el número de hijos, la probabilidad de pertenecer a este grupo de trayectorias disminuye de manera considerable.

Respecto de la migración, ésta deviene una condición positiva y significativa para explicar la pertenencia a este modelo de curso de vida: quienes han migrado en algún momento de la vida tienen más chance de tener trayectorias más seguras.

En el modelo de riesgo estructural, dos variables resultan fundamentales: el origen social y la migración. En cuanto al origen, tal como era de esperarse, a medida que éste es más bajo, aumentan las probabilidades de pertenecer a este modelo de curso de vida. Para alguien que nunca ha migrado, las chances de formar parte de estos trabajadores en riesgo estructural son de 23%, mientras que, para un migrante, dicha probabilidad se reduce a 13%. El comportamiento de ambos indicadores resulta relevante para comprender los procesos clásicos de movilidad social que ocurrieron cuando esta cohorte comenzaba y consolidaba su trayectoria laboral. En efecto, la clase social de origen (o la educación, de manera indirecta) y la migración actúan como procesos de blindaje contra las posibilidades de caer en este tipo de trayectorias inseguras y precarias. Tal como lo han evidenciado numerosas investigaciones pioneras de la época (Muñoz y Oliveira, 1973), la precariedad inicial que podían presentar los migrantes internos del país no era tanto un rasgo fijo de su curso de vida, sino una condición que podía resultar pasajera o, al menos, cambiante en la trayectoria de vida de los trabajadores. En ese sentido, estos autores han mostrado cómo o hasta qué punto la marginalidad vinculada con los primeros empleos podía ser un hecho transitorio (al menos para una parte de la población trabajadora), debido, precisamente, a las oportunidades de movilidad ascendente que estaba ofreciendo el mercado de tra-

bajo, relacionadas con el proceso de desarrollo, la creación de empleos y el volumen de mano de obra disponible en las grandes ciudades (Solís, 2016).

Finalmente, en el caso del modelo errático, la situación es mucho más heterogénea en la medida en que, si bien casi todas las variables resultan estadísticamente significativas, las diferencias entre los diversos grupos sociales no son tan claras como en los casos anteriores. El perfil de trabajadores que alimenta este modelo de curso de vida es más diverso y plural; el origen social no ejerce gran influencia, tampoco la edad de las personas. Respecto del número de hijos y de uniones, los trabajadores de este grupo se comportan de la misma manera que quienes se encuentran en riesgo estructural: a mayor número de uniones e hijos, mayor probabilidad de pertenencia a este tipo. En cualquier caso, lo interesante es que este modelo se nutre de un perfil de trabajadores que coincide con la propia caracterización del tipo de trayectoria: plural, heterogénea, diversa, donde no hay un sólo condicionamiento social que predomine entre los demás para explicar dicha pertenencia.

En los otros dos modelos, en cambio, la pertenencia a un determinado tipo de trayectoria, lejos de comportarse como una constante, se encuentra modulada por procesos relacionados con el posicionamiento social de estos trabajadores: origen social y migración parecerían estar entre las condiciones sociales más importantes para determinar los cursos de vida posibles de estos hombres mexicanos.

El cuadro 2 muestra los mismos resultados para el caso de las mujeres. Lo primero que puede observarse es que el modelo moderno de curso de vida, es decir, el de aquellas mujeres que logran permanecer durante varios años en el mercado de trabajo, o bien retornar o reingresar al mundo laboral después de unos años dedicados al hogar, es particularmente raro o poco probable entre quienes tienen varios hijos y orígenes sociales bajos.

Algo similar ocurre con las variables asociadas a las transiciones familiares. Si bien éstas resultan significativas para ambos sexos, el condicionamiento entre las mujeres es mayor, tanto respecto de las uniones como del número de hijos. Ello implicaría que la fuerza de las transiciones familiares para condicionar modelos de curso de vida es más acentuada para las mujeres, evidenciando no sólo patrones generizados, sino también una mayor desigualdad interna o polarización social entre la cohorte femenina. Entre

Cuadro 2
Modelos de regresión logística para tipologías de trayectorias femeninas, razón de momios (OR) y probabilidades estimadas (PE), cohorte 1951-1953, México 2011

Variables	Tipo 1 Moderno (de retorno)		Tipo 2 Errático		Tipo 3 Tradicional	
	or	pe	or	pe	or	pe
<i>Empleos</i>	1.23***		1.45***		0.55***	
<i>Origen social</i>	1.04***		0.99***		0.99***	
Bajo		0.19		0.27		0.49
Medio		0.21		0.26		0.47
Alto		0.23		0.25		0.46
<i>Edad</i>						
<60 (ref)		0.23		0.25		0.46
60+	0.66***	0.16	1.16***	0.28	1.24***	0.52
<i>Uniones</i>	0.71***	0.27 (0)	0.78***	0.31 (0)	1.70***	0.34 (0)
		0.21 (1)		0.26 (1)		0.47 (1)
<i>Hijos</i>	0.88***		1.01***		1.55***	
Ninguno		0.30		0.25		0.41
1		0.27		0.26		0.43
2		0.24		0.26		0.45
3 o más		0.22		0.26		0.47
<i>Migración</i>						
No (ref)		0.29		0.24		0.40
Si	0.55***	0.18	1.12***	0.27	1.20***	0.51
R2	0.07		0.07		0.16	

Nota: *p<0.05; **p<0.01; ***p<0.001

Fuente: elaboración propia con base en Eder 2011.

Notas para la lectura de la tabla:

1. Los OR se ubican en el renglón correspondiente a cada variable según ésta sea continua (mismo renglón) o categórica (renglón de la categoría indicadora).
2. La variable empleos se midió como variable continua (número de empleos en la vida).
3. El origen social se midió mediante el índice de orígenes sociales (ios) elaborado para la Eder 2011 por Solís (2016) y para Coubés *et al.* (2016) como variable continua. Además, se calcularon las probabilidades estimadas para valores fijos que representan los estratos bajo, medio y alto.
4. La edad se midió como variable dicotómica que distingue a menores de sesenta años (categoría de referencia) y trabajadores de sesenta y más.
5. El número de uniones se midió de manera continua y se calcularon las probabilidades estimadas para valores fijos (ninguna y al menos una unión).
6. El número de hijos se midió de manera continua y se calcularon las probabilidades estimadas para valores fijos (ninguno, uno, dos, tres o más).
7. La migración se midió como variable categórica (ausencia o presencia de algún evento migratorio en la vida).

las mujeres que no tienen hijos, la probabilidad de pertenecer al modelo moderno es de 30% y desciende hasta 22% cuando se tienen tres hijos o más; la misma chance es de 27% cuando no se está unida y desciende hasta 21% ante un evento de unión conyugal.

Por otro lado, la presencia de hijos y un origen social bajo refuerzan la pertenencia a trayectorias erráticas y el mismo patrón se observa en el caso del modelo tradicional, particularmente frecuente entre aquellas mujeres de orígenes bajos y con niveles más elevados de fecundidad.

Estos resultados concuerdan con lo hallado por Vincent-Lancrin (2008) e Isen y Stevenson (2010) para países desarrollados, y complementan los resultados de García y Oliveira (1994) para este mismo periodo en México, tanto respecto de la escolaridad de las mujeres como de su situación familiar. En cuanto al nivel educativo (asociado históricamente a orígenes sociales más altos), estas autoras encuentran que, durante los años de crecimiento económico (1976-1982), el mayor incremento en la participación laboral de las mujeres se daba entre aquellas de veinte a 49 años con mayores niveles de escolaridad (y, por ende, podría esperarse que fueran trabajos más seguros, formales o protegidos) mientras que, en los años de recesión de la economía (1982-1987), los mayores aumentos se encuentran entre las mujeres sin escolaridad o con primaria incompleta (con una probabilidad mayor de que fueran empleos más informales, inseguros o desprotegidos). Respecto de la presencia de hijos, los resultados de su estudio indican que, en 1976, las mujeres sin hijos o con pocos hijos trabajaban frecuentemente en laborales no manuales y más calificadas, mientras que las mujeres con tres hijos o más ejercen actividades manuales, menos calificadas, agrícolas o por cuenta propia.

Un dato más resulta relevante a partir de los hallazgos que arrojan los modelos femeninos: el efecto contrario que ejerce la migración. A diferencia de los varones, entre ellas, la migración rural-urbana fomenta más el modelo tradicional que el moderno (51% y 18%, respectivamente). Ello pudiera explicarse porque son esas mujeres “tradicionales” las que, dentro de esta cohorte de adultos mayores, “acompañan” a los trabajadores varones que cuentan con trayectorias más estables y seguras. De allí, la importancia de seguir eviden-

ciendo cómo los comportamientos (y las decisiones) familiares siguen condicionando de manera diferenciada a hombres y mujeres.

En términos generales, estos resultados indicarían que la influencia familiar para determinar trayectorias biográficas en el mundo del trabajo se encuentra históricamente marcada por el género y su desigualdad. Mientras que las trayectorias femeninas aparecen más sensibles a los requisitos de la vida familiar, las masculinas se encuentran más aisladas, no sólo de estas exigencias, sino también de la variación que va asumiendo el curso de los hogares.

CONSIDERACIONES FINALES

La perspectiva de curso de vida puede considerarse como una herramienta teórica y metodológica que permite el análisis cuantitativo de “narrativas de vida” (Gauthier, 2023). En dichas narrativas, las trayectorias biográficas admiten ser leídas como modelos a largo plazo de estabilidad y cambio (George, 1993), como secuencias de roles cambiantes en un determinado contexto (Clausen, 1986), donde las formas en que las personas están vinculadas institucionalmente a sus actividades laborales varían en función de posiciones sociales específicas y, por ende, en condiciones de desigualdad (Kohli, 2009). De allí que, siguiendo a Gauthier (2023), concebimos al curso de vida como una secuencia de perfiles de participación social, constreñidos y organizados institucionalmente a partir de categorías de distinción como el sexo o la clase social.

Bajo estas premisas generales, el objetivo de este capítulo fue analizar modelos empíricos de cursos de vida que pueden observarse entre individuos que nacieron entre 1951 y 1953 en México, con el fin de someter a prueba empírica diversas hipótesis relacionadas con la estandarización de trayectorias biográficas. La primera cuestionaba la existencia generalizada o extendida de un modelo estandarizado de curso de vida, la segunda planteaba la generalización del curso de vida a través de mecanismos estructurales de desigualdad social, y la tercera indagaba sobre una posible individualización de los trayectos laborales. Al respecto, los hallazgos indicarían que:

1. El modelo clásico ternario en México, considerado muchas veces no sólo como el esperable sino el estándar, compuesto por una secuencia lineal de estados posibles, sólo puede corroborarse como una aproximación con características específicas y propias de América Latina, donde el abandono del mercado es prácticamente una excepción a los sesenta años, el periodo de escolaridad es breve (nueve años, en promedio) y, en cambio, el resto del curso de vida se atraviesa a través de un empleo asalariado. Dicho modelo describe a alrededor del 50% de los varones y es casi imperceptible entre las mujeres.
2. No existe ni un sólo modelo de trayectoria para todos (neutralidad genérica), ni tampoco uno sólo para cada sexo. Al contrario, lo que se observa es, por un lado, modelos generizados de curso de vida y, por otro, una gran heterogeneidad interna en cada uno de los grupos poblacionales, donde las variables familiares ejercen impactos desiguales sobre las trayectorias laborales. En ese sentido, para el caso mexicano, también se observaría la profecía autocumplida que mencionan Krüger y Levy con respecto a la desigualdad de género (2001). Estos autores encuentran tres grandes mecanismos institucionales para diferenciar trayectorias de varones y mujeres: el secuencial, que distingue posibilidades educativas distintivas; el simultáneo, que impide participar al mismo tiempo del dominio familiar y laboral; y el adyacente, que representa los obstáculos institucionales para que las mujeres trabajen a tiempo completo. De cada uno de estos mecanismos, han sido representativos los modelos generizados hallados en esta investigación.
3. A su vez, en ambos grupos, los modelos encontrados se encuentran condicionados por restricciones sociales externas que afectan la pertenencia a cada uno de ellos. Estos condicionamientos (origen social, migración) no sólo afectan la entrada a una determinada trayectoria, sino que también dan forma al flujo posterior de las carreras ocupacionales a lo largo de la vida.
4. En contextos como el mexicano, caracterizados por la segmentación y la heterogeneidad estructural, la desestandarización de los cursos de vida se traduce, en la práctica, en trayectorias erráticas, cambiantes e inseguras que, no obstante, se encuentran social e institucionalmen-

te organizadas a partir de la fragmentación de la protección social y la ausencia generalizada de regulación laboral. A la vez, esta ausencia de políticas de incidencia biográfica (Levy *et al.*, 2007) se vuelve una institucionalización indirecta de la desigualdad social contemporánea.

REFERENCIAS

- Alwin, Duane, y Ryan J. McCammon (2004). "Generations, Cohorts, and Social Change". En *Handbook of the Life Course*, compilado por Jeylan T. Mortimer y Michael J. Shanahan, 23-50. Nueva York: Springer Science/Business Media.
- Banco Mundial (s/f). Indicadores del Banco Mundial [en línea]. Disponible en <<https://datos.bancomundial.org/indicador/>>.
- Blossfeld, Hans-Peter; Sandra Buchholz y Dirk Hofäcker (comps.) (2006). *Globalization, Uncertainty and Late Careers in Society*. Londres/Nueva York: Routledge.
- Brzinsky-Fay, Chistian y Ulrich Kohler (2010). "New Developments in Sequence Analysis". *Sociological Methods & Research* 38(3): 359-364.
- Christenson, B. (1990). "Family Structure of Households and Lahour Force Participation of Married Women in Mexico", ponencia presentada en la IV Reunión Nacional sobre la Investigación Demográfica en México, Ciudad de México, Sociedad Mexicana de Demografía.
- Clausen, John A. (1986). *The Life Course: A Sociological Perspective*. Toronto: Prentice-Hall.
- Coubés, Marie-Laure; Patricio Solís y María Eugenia Zavala de Cosío (coords.) (2016). *Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México*. México: El Colegio de la Frontera Norte/El Colegio de México.
- Consejo Nacional de Población (s/f). "Indicadores demográficos de México de 1950 a 2050" [en línea]. Disponible en <http://www.conapo.gob.mx/work/models/CONAPO/Mapa_Ind_Dem18/index_2.html>.
- Cornwell, Benjamin (2015). *Social Sequence Analysis. Methods and Applications*. Nueva York: Cambridge University Press.
- DiPetre, Thomas (2002). "Life Course Risks, Mobility Regimes, and Mobility Consequences: A Comparison of Sweden, Germany, and the United States". *American Journal of Sociology* 108(2): 267-309.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1989). *Cambios en la presencia femenina en el mercado de trabajo. ¿Quiénes participan y dónde?* México: El Colegio de México.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1994). *Trabajo femenino y vida familiar en México*. México: El Colegio de México.
- Gauthier, Jacques-Antoine (2023). "Introducción a la perspectiva de curso de vida y su operacionalización por medio del análisis de secuencias". En *Curso de vida y análisis*

- de secuencias*, coordinado por Marta Mier y Terán. México: Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México.
- George, Linda K. (1993). "Sociological Perspectives on Life Transitions". *Annual Review of Sociology* 19(1): 353-373.
- González de la Rocha, Mercedes (1989). "Crisis, economía doméstica y trabajo femenino en Guadalajara". En *Trabajo, poder y sexualidad*, coordinado por Orlandina de Oliveira. México: Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer-El Colegio de México.
- Instituto Nacional de Evaluación Educativa (INEE) (2017). "Panorama Educativo de México 2017" [en línea]. Disponible en <<https://www.inee.edu.mx/wp-content/uploads/2018/12/PIB116.pdf>>.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (s/f). "Tabulados de Censos de Población y Vivienda" (distintos años) [en línea]. Disponible en <<https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/2020/default.html>>.
- Isen, Adam y Betsey Stevenson (2010). "Women's education and family behavior: Trends in marriage, divorce and fertility". *NBER Working Paper* 15725.
- Juárez, Fátima. (1989). "Revisión de los estudios sobre la estimación de la fecundidad en México a partir de encuestas retrospectivas". En *La fecundidad en México*, compilado por Beatriz Figueroa. México: El Colegio de México.
- Kohli, Martin (1986). "Social Organization and Subjective Construction of the Life Course". En *Human Development and the Life Course: Multidisciplinary Perspectives*, compilado por Aage B. Sørensen, Franz E. Weinert y Lonnie R. Sherrod, 271-292. Hillsdale/New Jersey/Londres: Lawrence Erlbaum/Psychology Press.
- Kohli, Martin (2007). "The institutionalization of the life course: Looking back to look ahead". *Research in Human Development* 4(3-4): 253-271.
- Kohli, Martin (2009). "The world we forgot: A historical review of the life course". En *The life course reader: Individuals and societies across time*, editado por Walter R. Heinz, Johannes Huinink y Ansgar Weymann, 64-90. Frankfurt: Campus-Verlag.
- Krüger, Helga y René Levy (2001). "Linking life courses, work, and the family: Theorizing a not so visible nexus between women and men". *Canadian Journal of Sociology/Cahiers Canadiens de Sociologie* 26(2): 145-166.
- Levy, René (1991). "Status passages as critical life course transitions". En *Theoretical Advances in Life Course Research*, editado por Walter R. Heinz, 87-114. Alemania: Deutscher Studienverlag.
- Levy, René; Felix Bühlmann y Eric Widmer (2007). "Dual and single career couples in Switzerland: Exploring partners' trajectories". *Journal of Family Research* 3(3): 263-289.
- Levy, René y Eric Widmer (comps.) (2013). *Gendered Life Courses: Between Standardization and Individualization. A European Approach Applied to Switzerland*. Zürich: LIT Verlag GmCH/Co. KG Wien.
- MacMillan, Ross (comp.) (2005). *The Structure of the Life Course: Standardized? Individualized? Differentiated?* Amsterdam: Elsevier Ltd.

- Mancini, Fiorella (2016). "Cambios y continuidades en la movilidad laboral de la fuerza de trabajo femenina en México" [en línea]. *Notas de Población* 102. Disponible en <<https://repositorio.cepal.org/handle/11362/40266>>.
- Mancini, Fiorella (2017). *Asir incertidumbres. Riesgo y subjetividad en el mundo del trabajo*. México: Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio de México.
- Mancini, Fiorella (2019). *Movilidad social intrageneracional y desigualdades de género en México*. México: Centro de Estudios Espinoza Yglesias.
- Marshall, Victor y Walter R. Heinz (comps.) (2003). *Social Dynamics of the Life Course: Transitions, Institutions, and Interrelations*. Nueva York: Aldine de Gruyter.
- Mayer, Karl Ulrich (2004). "Whose Lives? How History, Societies and Institutions Define and Shape Life Courses". *Research in Human Development* 1(3): 161-187.
- Mayer, Karl Ulrich (2009). "New directions in life course research". *Annual Review of Sociology* 35: 413-433.
- Mier y Terán, Marta (1992). "Descenso de la fecundidad y participación laboral femenina en México". *Notas de Población* 56:143-171.
- Mora Salas, Minor y Orlandina de Oliveira (2009). "Los jóvenes en el inicio de la vida adulta: trayectorias, transiciones y subjetividades". En *Estudios Sociológicos* xxvii (79): 267-289.
- Muñoz, Humberto y Orlandina de Oliveira (1973). "Migración interna y movilidad ocupacional en la Ciudad de México". *Demografía y Economía* 7(2): 135-148.
- Murillo, Sandra y Francisco Venegas (2011). "Cobertura de los sistemas de pensiones y factores asociados al acceso a una pensión de jubilación en México". *Papeles de Población* 17(67): 207-250.
- Oliveira, Orlandina de (1989). "Empleo femenino en México en tiempos de recesión económica: tendencias recientes". En *Fuerza de trabajo femenina urbana en México*, compilado por Jennifer Cooper. México: Coordinación de Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México/Miguel Ángel Porrúa Ed.
- Oliveira, Orlandina de y Brígida García (1990). "El nuevo perfil del mercado de trabajo femenino: 1976-1987", ponencia presentada en la iv Reunión Nacional sobre la Investigación Demográfica en México, Ciudad de México, Sociedad Mexicana de Demografía.
- Oliveira, Orlandina de; Marina Ariza y Marcela Eternod (2001). "La fuerza de trabajo en México: un siglo de cambios". En *Cien años de cambios demográficos en México*, coordinado por José Gómez de León y Cecilia Rabell. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pacheco, Edith; Enrique de la Garza y Luis Reygadas (coords.) (2011). *Trabajos atípicos y precarización del empleo*. México: El Colegio de México.
- Parrado, Emilio (2007). "La reestructuración económica y la movilidad intergeneracional de clase en México". En *Cambio estructural y movilidad social en México*, coordinado por Fernando Cortés, Agustín Escobar y Patricio Solís, 163-222. México: El Colegio de México.

- Pries, Ludger (1992). "Del mercado de trabajo del sector informal. Hacia una sociología del empleo: trabajo asalariado y por cuenta propia en la ciudad de Puebla". En *Ajuste estructural, mercados laborales y TLC*, compilado por Alfredo Hualde y Jorge Carrillo. México: El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.
- Quilodrán, Julieta (1991). *Niveles de fecundidad y patrones de nupcialidad en México*. México: El Colegio de México.
- Roberts, Bryan y Orlandina de Oliveira (1993). "La informalidad urbana en años de expansión, crisis y reestructuración económica". En *Estudios Sociológicos* 11(31): 33-58.
- Settersten, Richard (2003). *Invitation to the Live Course - Toward New Understandings of Later Life*. Amityville, New York: Baywood Publishing Company, Inc.
- Solís, Patricio (2007). *Inequidad y movilidad social en Monterrey*. México: El Colegio de México.
- Solís, Patricio y Francesco Billari (2003). "Vidas laborales entre la continuidad y el cambio social: trayectorias ocupacionales masculinas en Monterrey, México". *Estudios Demográficos y Urbanos* 18(3): 559-595.
- Solís, Patricio (2016). "Estratificación social y movilidad de clase en México a principios del siglo XXI". En *Y sin embargo se mueve... Estratificación social y movilidad intergeneracional de clase en América Latina*, coordinado por Patricio Solís y Marcelo Boado, 297-366. México: El Colegio de México/Centro de Estudios Espinosa Yglesias.
- Triano, Manuel (2012). "Desigualdad de oportunidades y trayectorias ocupacionales en tres cohortes de varones y mujeres en la ZMVM". En *Movilidad social en México: constantes de la desigualdad*, editado por Raymundo M. Campos, Juan E. Huerta y Roberto Vélez, 125-176. México: Centro de Estudios Espinosa Yglesias.
- Valencia, Alberto (2018). "Medición de la pobreza: indicadores de acceso a la seguridad social durante la vejez". En *Pobreza y derechos sociales en México*, coordinado por Gonzalo Hernández, Ricardo Aparicio y Fiorella Mancini. México: Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México/Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social.
- Vincent-Lancrin, Stephan (2008). "The reversal of gender inequalities in higher education: An on-going trend". *Higher Education to 2030* 1: 266-298.
- Zavala de Cosío, María Eugenia (1988). *Cambios de la fecundidad en México*. México: Secretaría de Salud/Dirección General de Planificación Familiar.

“Ahí te dejo esos dos pesos”.

Trayectorias de proveeduría económica de los hombres en México

*Mario Martínez Salgado
Sabrina A. Ferraris*

INTRODUCCIÓN

Tradicionalmente, las actividades vinculadas con el cuidado y la crianza de los hijos y con la reproducción doméstica son rasgos definitorios de la identidad femenina, mientras que las de manutención económica del hogar se relacionan con la identidad masculina (Furlong, 2006). Desde los estudios de masculinidad, se destaca el rol de proveedor como un sistema de valores que atribuye o resta importancia a los hombres en función del estatus y de la remuneración por su trabajo (Rosas, 2008). En consecuencia, algunos elementos que contribuirían a cuestionar la identidad masculina basada en la proveeduría son la pérdida del empleo, el subempleo y la inestabilidad en el empleo. Como consecuencia de la desregulación de los mercados de trabajo, el empleo inestable no representa un caso atípico ni prevalece únicamente en sectores tradicionales o en las pequeñas empresas de Latinoamérica. Por el contrario, este modo de desarrollo capitalista está presente en muchos países del continente, ya sea en las industrias maquiladoras de República Dominicana, México y Venezuela, o bien en las industrias procesadoras de recursos naturales en Chile, siendo la forma de empleo característica de los sectores más dinámicos de las economías en cuestión (Bayón, Roberts y Saraví, 1998).

Justamente, es de nuestro interés analizar algunos aspectos del vínculo entre el mandato de proveedor, con aspectos estructurales y económicos derivados de la aplicación del modelo económico neoliberal y globalizado, caracterizado, entre otras cuestiones, por el desempleo, la precarización laboral, el cambio en legislaciones laborales, que han dado lugar a la inestabilidad laboral y a la pérdida de derechos de los trabajadores. Estas transformaciones han traído como correlato la pérdida de certezas e incertidumbre que afectan distintas esferas de la vida tanto social, laboral, familiar, como de pareja; dando lugar a profundas crisis no solamente en la economía, sino en las personas, sus familias, en sus subjetividades y en sus relaciones de género (Jiménez y Tena, 2015).

Por lo anterior, el objetivo de este trabajo es describir la forma en que los hombres mexicanos construyen sus trayectorias de proveeduría a lo largo del curso de vida de dos generaciones que han vivenciado contextos socioeconómicos diversos. A partir del tipo de empleo (formal o informal) y los periodos donde se es el principal sostén económico del hogar, nos interesa conocer los caminos que se siguen y su evolución en el tiempo, así como indagar si las desigualdades sociales de origen son uno de los factores que los definen. Con esta intención, y dada la perspectiva longitudinal del estudio, en las siguientes secciones se destacan algunas reflexiones sobre la proveeduría económica y la identidad masculina; luego, se pasa a enmarcar el contexto económico y social de México durante la segunda mitad del siglo xx; posteriormente, se detallan los aspectos metodológicos; concluimos exponiendo los principales hallazgos de la investigación antes de presentar algunas reflexiones finales.

PROVEEDURÍA E IDENTIDAD MASCULINA

El rol asignado al género puede pensarse como una compleja red de prescripciones y proscripciones que la cultura va marcando acerca del comportamiento femenino y masculino (Furlong, 2006). Tanto la femineidad como la masculinidad son construcciones históricas que condensan la experiencia de muchas generaciones y que contienen esta compleja trama de significados y pautas para cada sexo. En las sociedades occidentales, las definiciones

sociohistórico-culturales de la masculinidad han dado un énfasis particular al rol del hombre como proveedor en el hogar y, consecuentemente, funcionan como parte de una red de suposiciones ideológicas que apoyan la división sexual del trabajo entre hombres (público/productivo) y mujeres (privado/doméstico) (Capella, 2015).

En efecto, los estudios sobre masculinidad destacan el mandato social del papel de proveedor, asociado a la realización identitaria masculina a través del empleo: ser un hombre exitoso es ser un buen trabajador/proveedor; y como uno de los ejes centrales que persiste y reproduce esta división sexual del trabajo. Reconocer esta atribución a lo masculino no implica ni que todos los hombres cumplan con ello ni que todos tengan los medios para hacerlo, sino que persiste “una especie de pacto interclasista, interracial e interétnico característico de un sistema patriarcal, que asocia el poder político, económico y de reconocimiento social a la proveeduría como privilegio masculino, que la mantiene como uno de los ideales de la masculinidad, con el trabajo remunerado como centro identitario” (Tena, 2015: 17).

Además, diversas investigaciones realizadas en distintos contextos latinoamericanos, con varones de diferentes características, han evidenciado la importancia del trabajo en la configuración de la masculinidad, siendo una actividad que constituye, particularmente para los hombres unidos y con hijos, el núcleo de respetabilidad familiar y social (Rosas, 2015). De acuerdo con Burin y Meler (2000), la masculinidad se acredita por la autosuficiencia económica y, en consecuencia, se puede medir en gran parte por el dinero; su acumulación se relaciona con un aumento en el prestigio. Así, la figura de hombre proveedor puede ser vista como un complejo sistema de valores que juzga la importancia de un hombre en función del estatus y de los beneficios financieros de su trabajo (Rosas, 2008). Además, el cumplimiento del rol de proveedor está asociado con ser la autoridad en el hogar, con el ejercicio del poder: el proveedor puede manejar y controlar el dinero obtenido y decidir en qué se utiliza (Olavarría *et al.*, 1998). En contraste, los hombres que no pueden cumplir cabalmente con su papel de proveedores son susceptibles de ser humillados, pues arriesgan su calidad de hombre (Olavarría, 2006). Más aún, un hombre no sólo tiene que buscar ser un buen proveedor, sino tratar de no

depender económicamente de la mujer, porque depender de una mujer puede ser peor que no ser un proveedor suficientemente eficiente (Rosas, 2008).¹

Por otra parte, las transformaciones económicas y sociales ocurridas en el país en las últimas décadas, relacionadas con la creciente incorporación de las mujeres al mercado de trabajo, los avances en los niveles educativos de la población y el aumento de la precarización laboral entre la población masculina, han contribuido a reestructurar los arreglos laborales de los hogares y a debilitar el papel de los varones como proveedores únicos en las familias, así como la centralidad del poder y la autoridad en la figura del jefe del hogar (García, 1994; Oliveira, 1994 y 1998; García y Oliveira, 1994 y 2006; Rojas, 2012; Rojas y Martínez, 2014). Asimismo, algunas investigaciones destacan que la pérdida del empleo o el subempleo son elementos que contribuyen a cuestionar la identidad masculina, especialmente en sectores urbanos populares (Rojas, 2008). Aunado a esto, desde hace tiempo se advierte la aparición de nuevos patrones de autoridad en los hogares donde la aportación y distribución del ingreso no descansan únicamente en el hombre; cada vez

¹ En la película *Pepe el Toro* (1952), del director Ismael Rodríguez, sucede el siguiente diálogo entre una pareja:

- Pos mira, Chachita, hay momentos en la vida de los hombres, en que uno tiene que decidirse. Y yo ya me *dicidí*.
- ¿A qué?
- A que nuestras vidas se desaparten y que cada quién jale por su lado.
- Pero, Atita, ¿qué tienes?
- ¿Yo? ¡Nada! Eres tú la que tienes... ¡harta lana! Tú ya pasaste a ser millonaria.
- ¿Y eso qué tiene que ver con lo nuestro?
- ¡Mucho! Porque el hombre se casa con la mujer para mantenerla, ¿no?
- Claro.
- ¿Pos *ahí'sta*! Entonces ¿*pa'* qué le seguimos?
- Pus pa'* casarnos.
- Y ¿*pa'* que digan que el mantenido sea yo? ¿*Pa'* que digan que el méndigo cubetero se casó contigo nomás por la *fierrada*? No *mi'jita*. Mejor ya me estoy buscando una de mi clase.

Este extracto permite observar en plenitud el mandato del rol de proveedor. El diálogo deja ver que quien no puede proveer puede ser tachado de mantenido, de persona que depende de otra para su existencia y, con ello, se convierte en un subordinado al que sólo le queda buscarse una “de su clase” para poder cumplir con el mandato social.

es más común que las mujeres aporten, dentro de las familias, ingresos económicos derivados de su trabajo (Gonzalbo y Rabell, 2004).

Por otro lado, si bien las investigaciones en el país aportan elementos para señalar que la figura de proveedor sigue siendo una dimensión fundamental de la paternidad y de la identidad masculina, hay indicios de que entre las generaciones más jóvenes —sobre todo de estratos sociales medios y urbanos— está ocurriendo cierta flexibilización del papel de estos hombres como padres y cónyuges. Estos varones presentan signos de experimentar importantes procesos reflexivos que conducen a cuestionar concepciones y roles tradicionales en torno a la división sexual del trabajo. Ello se refleja en la emergencia de proveedurías compartidas y en la toma de decisiones en los hogares, lo que implica transformaciones en el ejercicio de poder en las relaciones conyugales y familiares (Rojas, 2012; Rojas y Martínez, 2014).

INFORMALIDAD E INCERTIDUMBRE LABORAL EN MÉXICO AL CIERRE DEL SIGLO XX

En América Latina, en las décadas de los ochenta y noventa del siglo pasado, las problemáticas referidas al empleo no se concentraron en el desempleo, sino más bien en aquellos que —estando ocupados en actividades de baja productividad— recibían un ingreso insuficiente (Tockman, 2001). En los países donde los seguros de desempleo no abundan o resultan bajos cuando los hay, la gente busca sus propias soluciones produciendo o vendiendo algo que permita obtener algún ingreso para sobrevivir. De acuerdo con Tockman (2001), hacia 1999, el 46.4% de la ocupación en las ciudades latinoamericanas se encontraba en actividades informales.

México no ha sido la excepción en este proceso: el principal problema durante las últimas décadas del siglo xx, más que la desocupación (que fluctuó entre 3 y 4% en los noventa y, sólo a mediados de 1995, año de recesión aguda, alcanzó 7%), ha sido la informalidad laboral. Frente a los vaivenes de la economía y las políticas aplicadas, encaminadas a consolidar un modelo de acumulación de corte neoliberal, en particular desde mediados de los ochenta, aunado a la ausencia de un seguro de desempleo, la población ha buscado sobrevivir de diversas maneras, como el autoempleo o ayudando en los negocios

o predios agrícolas familiares, pasando a formar parte de los ocupados, pero en condiciones bastante precarias (García, 1999; López, 1999). Un indicador interesante de este proceso es el crecimiento de la proporción de los trabajadores por cuenta propia y los trabajos familiares no remunerados de las últimas décadas, los cuales conforman una buena parte de los llamados informales, sobre todo, cuando se trata de trabajadores independientes poco calificados. A la par de la crisis y reestructuración económica del país, estos trabajadores, en conjunto, representaban 32% de la fuerza de trabajo en 1970, aumentaron a 34% en 1979 y a 37% durante los noventa (García, 1999). De igual manera, durante todo el periodo 1982-1994 se generaron menos de dos millones de nuevos empleos en el sector formal de la economía (López, 1999).

Antes, la quiebra de la economía mexicana en 1982 propició la salida de grandes cantidades de dólares con la consecuente devaluación del peso y el aumento de la inflación (Aboites, 2008; Ramírez, 1992). En este marco, las actividades industriales y agropecuarias entraron en recesión, hubo un aumento de la migración y el desempleo, y se empobrecieron amplios estratos de la población (González y Monterrubio, 1993). La alta inflación y la aplicación de las políticas de ajuste, estabilización y reforma estructural produjeron una marcada escasez de oportunidades laborales asalariadas y un acelerado deterioro del poder adquisitivo de los ingresos de los trabajadores (Tuirán, 1993). Durante esta década, la población resintió el debilitamiento del papel del Estado en materia de suministro de servicios básicos, observándose marcados retrocesos en las áreas que afectaban de manera directa el bienestar social (Tuirán, 1993). Los hogares tuvieron que destacar su capacidad de amparo para asegurar la sobrevivencia de sus integrantes. Las familias movilizaron sus recursos para paliar los efectos de las crisis, ya sea aumentando el número de perceptores, cambiando los patrones de consumo y de distribución de recursos o insertando a alguno de sus miembros en el mercado laboral a través de sus redes de parentesco (Gonzalbo y Rabell, 2004; Rendón y Salas, 1993). Entre 1984 y 1994, el porcentaje del total de familias con dos o más ocupados subió de 38.7 a 46.3% (Pliego, 1997, citado en López, 1999). En esta década, el mercado laboral nacional se caracterizó por una pérdida de la capacidad para generar nuevas ocupaciones, una incapacidad para crear fuerza de trabajo asalariada, un crecimiento de las actividades económicas

a pequeña escala, un proceso de terciarización cada vez mayor y un evidente aumento de la fuerza de trabajo femenina (Rendón y Salas, 1993). En algunas ciudades, los hombres, no así las mujeres, encontraron mejores opciones de empleo en el trabajo no asalariado, esto en pequeños establecimientos relacionados con la manufactura y los servicios (Pacheco, 1994).

Las políticas de reducción del Estado, control salarial, reforma del sistema de seguridad social y flexibilización laboral trajeron, como consecuencia, la precarización de la calidad del empleo en cuanto a los niveles de remuneración, obtención de prestaciones sociales y estabilidad laboral. El empleo en el sector público, que históricamente contó con mayor estabilidad y beneficios sociales, disminuyó debido a las privatizaciones y el recorte en el gasto del Estado. El empleo industrial en las grandes empresas fue particularmente afectado por el avance tecnológico y la competencia frente a la apertura económica, así como el incremento de los puestos de trabajo en las plantas maquiladoras que sólo contrarrestó en parte este proceso (García y de Oliveira, 2001; García, 2009). La terciarización del mercado laboral se acentuó en los noventa en gran medida por la expansión de las ocupaciones peor retribuidas y sin prestaciones laborales. Entre 1991 y 1997, los trabajadores sin prestaciones sociales pasaron de 61% de la población activa a 66%; en 1997, dos de cada tres trabajadores percibían, en el mejor de los casos, hasta dos salarios mínimos (García y de Oliveira, 2001). En 1996, a pesar de cierta recuperación en términos macroeconómicos, el crecimiento sostenido y el mejoramiento de los niveles de vida de la mayoría de la población serían una meta lejana (García y de Oliveira, 2001). En el periodo de 1980 a 1996, la participación de los salarios en el PIB fue de alrededor del 30%, en promedio (López, 1999).

A fines de los noventa, los principales indicadores laborales seguían siendo desalentadores en comparación con las tendencias registradas a inicios de la década anterior. Esto se ve reflejado en que, al final del siglo, los trabajadores en unidades económicas de cinco o menos empleados representaban casi el 60% de la mano de obra. Asimismo, entre 1991 y 1997, el sector de micronegocios informales y pequeños predios agrícolas originó más del 70% de las ocupaciones que se crearon en el país (García y de Oliveira, 2001). Otro rasgo del mercado laboral mexicano, compartido también por otros países

de la región latinoamericana, es la baja permanencia en los empleos y la alta rotación de los trabajadores (Tokman, 2007).

De esta forma, se destaca que las condiciones económicas han delineado un mercado laboral caracterizado por la inestabilidad y precariedad en el empleo, así como por la pérdida del empleo asalariado, el aumento del subempleo y los bajos salarios, entre otros. Condiciones que contribuyen, como ya se mencionó, a cuestionar la identidad masculina basada en el mandato del rol de proveedor.

APUNTE METODOLÓGICO

El análisis de secuencias centra su atención en el orden, en la cronológica sucesión de eventos, con la intención de mostrar que la realidad social ocurre en historias, más que en instantes (Brzinsky-Fay y Kohler, 2010). Con esta aproximación se pueden estudiar las trayectorias de vida como unidades significativas para identificar patrones de información en los cursos de vida. Dentro del análisis de secuencias, una trayectoria se define como una lista ordenada de estados donde la longitud de las secuencias, el número total de estados y sus cambios, y los patrones de frecuencias son funciones del tiempo (Levy, 2013). Con esto, es posible obtener una descripción compleja e informativa del comportamiento demográfico y trazar subdivisiones significativas de la población con base en los cursos de vida completos, además de proveer una idea de qué tan homogéneos o heterogéneos son los cursos de vida.

Entre las técnicas que forman parte del análisis de secuencias, el análisis de alineación óptima, Optimal Matching Analysis (OMA), permite encontrar patrones en las secuencias con base en una medida de la proximidad o semejanza entre ellas. Esta tarea se realiza alineando las secuencias por pares y se transforma una secuencia en la otra a partir de inserciones, borrados y sustituciones de estados. El resultado de este procedimiento se conoce como matriz de distancias y sirve de insumo para construir, mediante un análisis de clúster, una tipología de grupos de secuencias (Abbot y Tsay, 2001; Gauthier *et al.*, 2014). De esta forma, utilizamos el OMA para poder describir la forma en que los hombres mexicanos han construido sus trayectorias de proveeduría a lo largo del curso de vida.

Como fuente de información usamos la Encuesta Demográfica Retrospectiva, Eder 2011.² Esta encuesta capta los periodos de al menos un año donde los entrevistados fueron el principal sostén económico del hogar, hecho que tomamos como periodos de proveeduría económica. Sobre la población objetivo, a fin de distinguir los cambios o continuidades en el tiempo, analizamos el comportamiento de las cohortes nacidas en 1951-1953 y 1966-1968, y centramos la atención en el periodo de vida que va de los 15 a los 41 años. Estas cohortes son de particular interés porque la población nacida en una y otra experimentaron contextos socioeconómicos disímiles, como dimos cuenta en el apartado anterior. La corte más antigua atestiguó, entre los años de “juventud” y “adultez”, la crisis del modelo de sustitución de importaciones; mientras que la cohorte más reciente transitó a la vida adulta en un periodo convulso en materia económica y de transición hacia un modelo basado en el libre mercado; lo cual supone dos escenarios socioeconómicos y laborales completamente diferentes. Bajo esta selección, tenemos la información de 851 hombres: 425 de la cohorte más antigua y 426 de la de la más reciente.

Por otra parte, los estados que conforman las secuencias de proveeduría se construyeron con base en los periodos de proveeduría económica y en el tipo de empleo. Sobre el empleo, se distinguen tres situaciones: empleo en la economía formal, empleo en la economía informal y sin empleo. La condición de formalidad/informalidad se construyó con la información sobre la posición en el trabajo y el tamaño de la unidad económica. Este indicador combina dos enfoques teóricos: el primero define a la informalidad atendiendo a las características del establecimiento; el segundo destaca el carácter irregular del puesto de trabajo (Beccaria y Groisman, 2008). De esta manera, se obtienen las categorías: *empleo en la economía formal* (no asalariado formal —patrón y cuenta propia— y asalariado en el sector formal) y *empleo en la economía informal* (no asalariados informales —patrón y cuenta propia—, asalariado en sector informal, trabajador a destajo en sector informal, trabajador a destajo

² La muestra de la Eder está conformada por tres cohortes de nacimiento (1951-1953, 1966-1968 y 1978-1980), que en 2011 residían en las áreas más urbanizadas del país. Se aplicó un muestreo probabilístico, estratificado y por conglomerados. La muestra de las tres cohortes es de 2,840 personas: 1,453 mujeres y 1,387 hombres.

en sector formal y trabajador sin pago). La subestimación de la *informalidad*, reconocemos, podría estarse dando dentro de la categoría de los asalariados en el sector formal, que carezcan de compensación y prestaciones laborales conforme a la ley, lo cual es una limitación de la Eder. No obstante, es importante destacar que dicha condición del asalariado suele darse mayoritariamente en el *sector informal*, factor que sí está contemplado en la variable construida. De esta forma, cada año de vida de estos hombres está caracterizado con uno de los siguientes seis estados: 1) sin empleo; 2) con empleo en la economía informal; 3) con empleo en la economía formal; 4) proveedor sin empleo;³ 5) proveedor con empleo en la economía informal; y 6) proveedor con empleo en la economía formal.

El procesamiento de la información y la generación de las secuencias se realizó utilizando el lenguaje R (R Core Team, 2018) y el paquete TraMineR (Gabadinho *et al.*, 2011). En la construcción de la tipología se usó una matriz de costos de sustitución constante, y aplicamos un análisis de conglomerados jerárquico aglomerativo de Ward a la matriz de distancias. Como resultado de este procedimiento, se obtuvieron seis tipos de trayectorias analíticamente relevantes.⁴ En la siguiente sección se presentan, con detalle, los hallazgos obtenidos a partir de la aplicación de esta técnica.

³ Una particularidad de la Eder es que sólo recabó la información de los empleos con duración de al menos un año. Las experiencias laborales de menor duración no fueron registradas por la encuesta. Es esto lo que podría explicar, en buena medida, la presencia de lapsos de proveeduría sin empleo.

⁴ Hay varios métodos útiles para tomar una decisión sobre la cardinalidad de la tipología a analizar. El índice de Silhouette, por ejemplo, es una medida de la cohesión entre los datos de un mismo clúster y la separación con los clústeres adyacentes. En este caso, basamos la decisión en la inspección de varias tipologías (ver el árbol de trayectorias en el anexo); si bien la solución con seis tipos no es la que presenta el mayor valor del índice de Silhouette, el resultado (0.27) es mayor que el reportado en otras investigaciones que utilizan la misma fuente de información (Mier y Terán *et al.*, 2017). Además, la tipología elegida nos permite destacar algunos aspectos teóricos que consideramos relevantes para la investigación.

PRINCIPALES HALLAZGOS

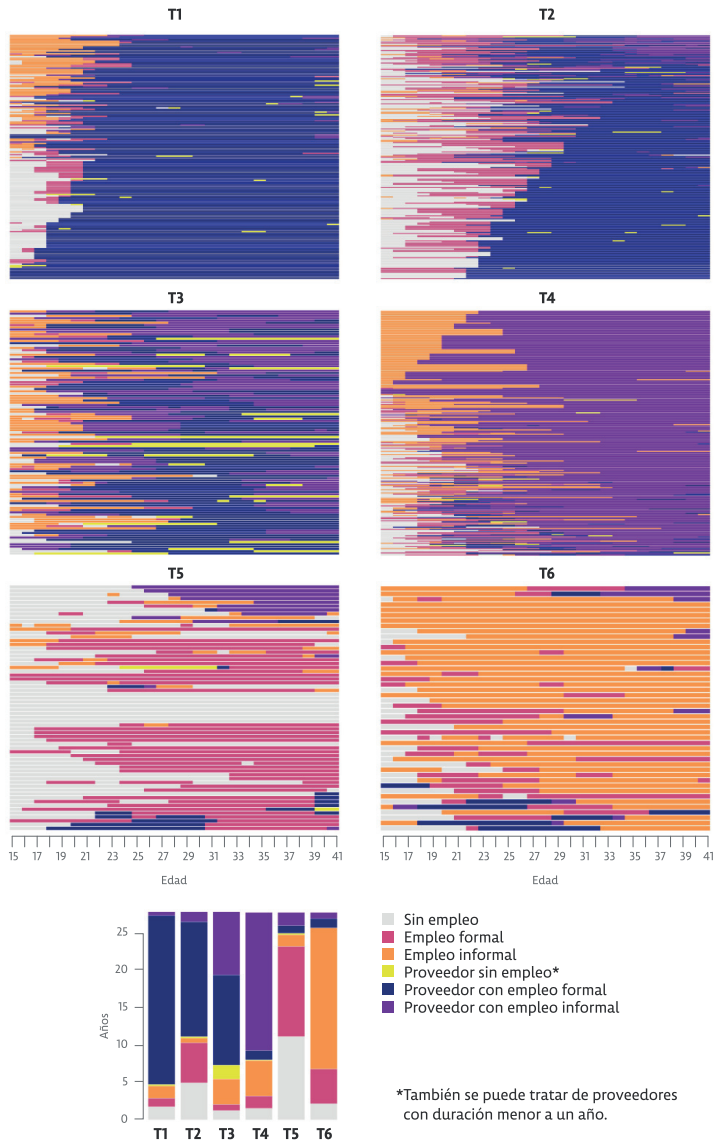
Descripción de los tipos de proveeduría económica

De los seis tipos de trayectorias, en los primeros cuatro se destacan lapsos prolongados de proveeduría económica (figura 1). Las 172 trayectorias (20.2% del total) que integran el conjunto T1, *proveeduría temprana con empleo en la economía formal*, se caracterizan por una temprana asunción del rol de proveedor. La mayoría de los hombres de este grupo se iniciaron como proveedores antes de los veinte años. Desde el comienzo y hasta el final del periodo de observación, la mayoría de los hombres de este grupo mantuvieron ininterrumpidamente el estatus de proveedor. En la figura 1 se observa que el tiempo promedio que estos varones estuvieron en dicha condición es superior a 22 años. Otra característica definitoria de este conjunto es que prácticamente todos los hombres contaron con un empleo en la economía formal en buena parte de su trayectoria.

El grupo T2, *proveeduría tardía con empleo en la economía formal*, es el más numeroso; lo forman 233 trayectorias (27.4%) y se asemeja al anterior por la formalidad del empleo, pero se distingue por el calendario de inicio del rol de proveedor. Estos hombres se convirtieron en el principal proveedor alrededor de los 25 años; antes de alcanzar este estatus se aprecian periodos no laborales seguidos de otros periodos de empleo en la economía formal. En promedio, estos hombres pasaron casi tantos años sin trabajo (o en trabajos de corta duración) como años con un empleo en la economía formal (4.8 y 5.2, respectivamente). En cuanto al tipo de empleo que acompaña al rol de proveedor y el tiempo en este estado, ya adelantamos que, al igual que en las trayectorias del T1, el trabajo sucede en la economía formal, en la mayoría de los casos, y el tiempo promedio como proveedor con empleo en la economía formal es de 14.9 años.

En las 107 trayectorias que se agrupan en T3, *proveeduría con alternancia en el tipo de empleo* (12.6% del total), el calendario del inicio de la proveeduría es temprano, alrededor de los veinte años. Antes, el tiempo medio sin empleo es de 1.2 años y con empleo en la economía informal es de 3.3 años. Otra característica relevante es que alternan periodos de proveeduría con empleo

Figura 1
Trayectorias de proveeduría económica y tiempo promedio
en cada estado. México, 2011



* También se puede tratar de proveedores con empleo con duración menor a un año.
 Fuente: elaboración propia con datos de la Eder 2011.

en la economía formal y con otros en la economía informal. En promedio, estos hombres acumularon 11.7 años en un empleo en la economía formal y 8.2 años en la economía informal. También, varias trayectorias exhiben lapsos de proveeduría sin empleo (o en trabajos de corta duración), el tiempo promedio en este estado es 1.8 años.

El conjunto T4, *proveeduría con empleo en la economía informal*, lo conforman 229 trayectorias (26.9%); es tan numeroso como el T2, la diferencia es que en éste el calendario de inicio de la proveeduría es más temprano, alrededor de los 23 años, y el empleo en que se basa el cumplimiento de este mandato de masculinidad se desarrolla en la economía informal. El tiempo promedio en el estado de proveeduría con un empleo en economía informal es de 17.9 años. Antes, un buen número de trayectorias se caracterizan, sobre todo, por los lapsos con empleo en la economía informal. La duración promedio en este estado es de 4.6 años.

Los dos tipos restantes de trayectorias se caracterizan por periodos sin empleo (o en empleos de corta duración) al inicio del lapso de observación, seguido de tramos con trabajo, pero sin proveeduría. En conjunto, agrupan 110 trayectorias, 12.9% de los registros examinados. En T5, *sólo con empleo en la economía formal*, se congregan 64 trayectorias (7.5%) de exiguos periodos de proveeduría, las cuales se distinguen por lo prolongado de los tramos sin empleo o por empleos de corta duración. El tiempo promedio en este estado es de 10.8 años y 11.7 años con empleo en la economía formal. Por otra parte, las 46 trayectorias (5.4%) de T6, *sólo con empleo en la economía informal*, al igual que en el caso anterior, exhiben sólo algunos breves episodios de proveeduría. Lo que las distingue de T5 son los prolongados periodos con empleo en la economía informal; de hecho, el tiempo medio en este estado es de 18.3 años.

Los tipos de trayectorias de proveeduría económica en el tiempo según origen social

Entre los objetivos de esta investigación está identificar si hay cambios en el tiempo en las trayectorias de proveeduría económica y si éstas varían de acuerdo con las condiciones sociales de origen. En este sentido, en el cuadro 1 se muestra que hay variaciones relevantes entre los tipos de proveeduría

y las cohortes de nacimiento. Las trayectorias T1 y T2, donde las etapas de proveeduría con un empleo en la economía formal son más prolongadas, están conformadas, en mayor medida, por hombres de la cohorte más antigua (1951-53). No obstante, la diferencia sustantiva entre éstas se encuentra en el origen social.⁵ En T1 (con el calendario de inicio más temprano), más de dos tercios de la población masculina pertenece a los estratos medio y bajo; mientras que, en T2 (con el calendario de inicio tardío), cuatro de cada cinco tienen un origen social medio o alto.

En contraste, las trayectorias T4, caracterizadas por una proveeduría con empleo en la economía informal están compuestas por una mayoría de hombres de la cohorte más joven (1966-68). En este tipo de trayectorias, además, sobresale la población masculina perteneciente al estrato bajo. Las trayectorias T3, con tramos de proveeduría con alternancia en el tipo de empleo, está compuesta mayoritariamente por hombres de la cohorte más antigua y, al igual que en T4, son mayoría los hombres del estrato bajo. De los otros dos tipos de trayectorias, donde los periodos de proveeduría son escasos, cuando no nulos, sólo destacamos que, en T5, la población masculina pertenece principalmente la cohorte más joven y que estas trayectorias están compuestas, en su mayoría, por hombres del estrato alto.

A fin de complementar esta descripción, estimamos un modelo de regresión logística multinomial sobre la probabilidad de recorrer las trayectorias T1, T3, T4, T5 y T6 con respecto de la T2, e incluimos como variables explicativas la cohorte de nacimiento, el origen social y la interacción entre ellas.⁶ Con esto, más que comparar una de las trayectorias *versus* el resto en términos de las variaciones en las razones de momios,⁷ lo que nos interesa es presentar y

⁵ En el diseño de esta variable, Solís (2013) toma en cuenta la estratificación económica, la estratificación educativa y la estratificación ocupacional.

⁶ Elegimos el conjunto trayectorias T2 como referencia porque es el que concentra la mayor cantidad de casos y porque, de los seis tipos, es el que presenta las condiciones “más favorables”: entrada en el mercado laboral tardía, lo cual podría estar asociado con una estadía más prolongada en la escuela; un tardío comienzo del lapso de proveedor económico, debido, quizá, a un inicio de la vida conyugal también tardío; y experiencias laborales en la economía formal.

⁷ En el anexo se presentan los resultados de las razones de momios estimadas con el modelo de regresión logística multinomial.

Cuadro 1
Distribución porcentual de la población masculina por cohorte de nacimiento y estrato social de origen según los tipos de trayectorias de proveeduría

	Tipología de trayectorias de proveeduría económica						Total
	T1	T2	T3	T4	T5	T6	
Cohorte							
1951-53	55.8	52.8	56.1	42.4	42.2	50.0	50.1
1966-68	44.2	47.2	43.9	57.6	57.8	50.0	49.9
Origen social							
Bajo	37.8	20.6	43.9	46.3	25.0	32.6	34.9
Medio	34.9	36.1	28.0	29.3	28.1	32.6	32.2
Alto	27.3	43.3	28.0	24.5	46.9	34.8	32.9
Total	20.2	27.4	12.6	26.9	7.5	5.4	100.0

Notas: T1: proveeduría temprana con empleo en la economía formal. T2: proveeduría tardía con empleo en la economía formal. T3: proveeduría con alternancia en el tipo de empleo. T4: proveeduría con empleo en la economía informal. T5: sólo con empleo en la economía formal. T6: sólo con empleo en la economía informal.

Fuente: elaboración propia con datos de la Eder 2011.

analizar la distribución de probabilidades de cada uno de las seis combinaciones entre cohorte y origen social, a manera de perfiles masculinos, asociada con cada tipo de trayectoria. Los resultados de este tratamiento de la información se muestran en el cuadro 2, del cual destacamos que los hombres de la cohorte 1951-1953, con un origen social bajo, es más probable que hayan transitado una trayectoria T4 o T3 (31.0 y 22.1%, respectivamente); mientras que aquellos con un origen social medio o alto es más probable que hayan recorrido una T2 (32.8% para medio y 37.8% para alto) o T1 (24.0% para medio y 23.0% para alto). Este resultado expone, de alguna manera, cierto determinismo impuesto por el origen social sobre los derroteros de proveeduría económica.

Es más probable que los hombres nacidos a principios de la década de los cincuenta del siglo pasado, con un origen social bajo, ingresen al mercado

laboral más temprano, en puestos con cierto grado de informalidad y que, al cabo de un tiempo, asuman el rol de principal sostén económico del hogar, con un empleo con presumibles rasgos de informalidad (T4) o inestabilidad (T3); en tanto que es más probable que sus pares, con un origen social medio o alto, empiecen a trabajar más tarde (T2), en un empleo en la economía formal y que su rol de proveedor económico del hogar esté respaldado por un empleo de iguales características (T1 y T2). Por otra parte, las probabilidades asociadas con los hombres de la cohorte 1966-1968 muestran, en cierta medida, los cambios en el mercado laboral ocurridos a finales de la década de los ochenta y principio de los noventa, caracterizados, en general, por la reducción de las opciones laborales formales y el incremento de las informales. Es más probable que la población masculina de esta generación, con un origen social bajo, haya recorrido una trayectoria T4 (40.1%); también aquellos con un origen social medio muestran una probabilidad elevada de recorrer este tipo de trayectorias (27.3%), la cual es casi tan alta como la asociada con el tránsito de una T2 (28.1%). En el estrato alto, por su parte, la probabilidad de recorrer una trayectoria T2 (34.5%) es casi tan elevada como la de sus pares de la generación anterior.

En suma, estos resultados muestran, de alguna manera, que sin importar la cohorte de que se trate, las trayectorias con mejores condiciones (bien porque exhiben lapsos tempranos sin empleo que podrían estar asociados con estancias más prolongadas en el sistema educativo, y porque después, al emplearse, lo hacen en la economía formal, sin la urgencia de asumir por varios años un rol protagónico en la proveeduría económica del hogar) son transitadas, a su vez, por la población masculina con las mejores condiciones de arranque, es decir, que provienen de un estrato alto. En contrapartida, este tipo de trayectorias muy difícilmente son recorridas por los hombres con un origen social bajo. Asimismo, estas probabilidades también exhiben el debilitamiento del mercado laboral formal de las últimas décadas del siglo pasado, particularmente a raíz de la crisis del 1982 y del cambio e implementación del nuevo modelo económico en 1986 (cuando los hombres de la cohorte 1966-1968 tenían entre 15 y veinte años), el cual acentúa las diferencias entre los distintos estratos sociales; incluso, en los estratos mejor posicionados, las probabilidades de transitar por una trayectoria caracterizada, sobre todo, por un

empleo en la economía informal (T4) o la intermitencia del empleo (T3) son mayores que las de la generación anterior.

Cuadro 2
Probabilidades (%) estimadas con un modelo de regresión logística multinomial sobre el tipo de trayectoria de proveeduría económica

Perfiles masculinos		Tipología de trayectorias de proveeduría económica						Total
		T1	T2	T3	T4	T5	T6	
1951-1953	Bajo	20.7	16.6	22.1	31.0	4.1	5.5	100.0
	Medio	24.0	32.8	11.0	21.9	5.5	4.8	100.0
	Alto	23.0	37.8	8.9	14.8	9.6	5.9	100.0
1966-1968	Bajo	23.0	15.8	9.9	40.1	6.6	4.6	100.0
	Medio	19.7	28.1	10.9	27.3	7.8	6.2	100.0
	Alto	11.0	34.5	12.4	24.9	11.7	5.5	100.0

Notas: T1: proveeduría temprana con empleo en la economía formal. T2: proveeduría tardía con empleo en la economía formal. T3: proveeduría con alternancia en el tipo de empleo. T4: proveeduría con empleo en la economía informal. T5: sólo con empleo en la economía formal. T6: sólo con empleo en la economía informal.
Fuente: elaboración propia con datos de la Eder 2011.

REFLEXIONES FINALES

El propósito de este trabajo fue describir la forma en que la población masculina mexicana construye sus trayectorias de proveeduría económica a lo largo del curso de vida. Particularmente, nos interesó examinar los cambios y continuidades entre dos generaciones (1951-53 y 1966-68) y la impronta que dejan las condiciones sociales de origen. Para alcanzar este objetivo empleamos un análisis de secuencias por alineamiento óptimo y la información de la Encuesta Demográfica Retrospectiva de 2011. Construimos las secuencias a partir del tipo de empleo y los periodos como principal sostén económico del hogar, y centramos la atención en el lapso de edad entre los

15 y los 41 años; también, para el análisis incluimos la propuesta de estratificación del origen social elaborada por Solís (2013).

Antes de presentar una síntesis de los resultados y una reflexión de conjunto sobre las trayectorias de proveeduría económica de los hombres en México, consideramos pertinente advertir ciertas limitantes de la investigación. La Eder es una fuente de información excepcional por los tipos de análisis que se pueden realizar con ella, sin embargo, no es ajena a presentar ciertos inconvenientes. Por su naturaleza, sólo provee información de los individuos sobrevivientes y, al apelar a la memoria, provoca imprecisiones y omisiones (Tabutin, 1997). También, en el caso concreto de la Eder, la unidad temporal de registro de los eventos, un año, hace imposible registrar experiencias de menor duración; esto constituye una limitante importante para el estudio de las historias laborales, máxime si lo que interesa estudiar es la informalidad del empleo. Por otro lado, nuestra noción de proveedor económico se basa en una pregunta cuya respuesta podría estar condicionada por el mismo mandato de masculinidad que se pretende estudiar; esto es, que el entrevistado se presente como el principal sostén económico del hogar (sin tener forma de verificarlo) para no ver cuestionada su identidad masculina; quizá este problema se podría atenuar si sólo se preguntara por los periodos donde es el sostén del hogar, sin la condición de principal. Por último, la informalidad laboral puede estar subestimada, ya que la encuesta no presenta información para aquellos asalariados que, insertos en el sector formal, no presentan las contrataciones correspondientes a las leyes laborales. A pesar de estos límites, las virtudes de la Eder la hacen una fuente de información ideal para el objetivo de esta investigación.

Ahora bien, en el marco de análisis de nuestros resultados, las derivaciones negativas generadas por los procesos de integración y apertura de las economías nacionales al mercado mundial, sumado a las consecuencias económicas y sociales impuestas por las políticas de ajuste y cambio estructural en la región, y el escenario de crisis fiscal y de endeudamiento de los Estados nacionales, explican en buena medida los graves problemas de empleo, pobreza y desigualdad social en América Latina (Salvia, 2007). En México, durante la década de los ochenta y noventa, las políticas económicas y sociales implementadas no resultaron en un mercado laboral formal

con capacidad para incorporar a toda la población. En este lapso, es posible apreciar una tasa de desempleo abierto reducida, un amplio sector informal de la economía que aumentó hacia las últimas décadas del siglo xx, salarios bajos y una escasa participación de los salarios en el PIB (López, 1999). Bajo estas condiciones, es comprensible que encontremos el predominio de los tipos de proveeduría económica en el empleo informal para la cohorte más joven (1966-68). Si bien la incertidumbre asociada al nuevo escenario económico afectaba a toda la población, el riesgo económico no se repartía equitativamente. La inestabilidad ocupacional y la inestabilidad de ingresos afectan, en mayor medida, a los grupos sociales con más carencias y que, en su mayoría, no están protegidos, quedando al margen de los mecanismos institucionales existentes. Por ello, se encuentra mayor presencia de los grupos sociales bajos en los tipos de trayectorias que incluyen lapsos dilatados de proveeduría con empleo en la economía informal. No obstante, es destacable que, en buena medida, los grupos sociales medios de la generación más joven también han sido afectados por estas políticas socioeconómicas de las últimas décadas, lo que se refleja en similares probabilidades de transitar trayectorias de proveeduría en empleo formal como en condiciones de informalidad laboral.

Asimismo, son los hombres de los estratos más bajos los que mayor peso presentan en el tipo de proveeduría con mayor alternancia en el empleo: de la economía formal a la informal o a la inversa. Además, destacamos en este caso que la incertidumbre no sólo se produciría por la desprotección social que brindaba tal contexto, sino que probablemente se conjugue con la inestabilidad producida por entradas y salidas o estancias cortas (menores a un año) en el mercado de trabajo.

También, los grupos sociales más bajos son los que asumen el rol de proveeduría más tempranamente, lo que quizás se asocie con una salida más temprana del sistema escolar formal. En estas condiciones desfavorables, enfrentan un escenario poco alentador, ya que ello posiblemente dificulta su acceso a oportunidades de inserción laboral estable o formal y de efectivas posibilidades de movilidad social. En contraste, los grupos medios y altos no sólo se ven favorecidos por una mayor estancia de proveeduría en empleos formales, con todas las protecciones sociales que ellos les brinda, sino que

también confluye con calendarios más tardíos de las mismas, producto, posiblemente, de estancias más prolongadas en el sistema escolar y/o de un calendario más tardío del inicio de la vida conyugal.

Por último, destacamos que la mayor parte de estos hombres se representan en trayectorias dilatadas de proveeduría económica. Es decir, más allá de la incertidumbre que pudiera generarse a partir de las dificultades de un contexto económico y social desfavorable, que redundan en inestabilidad laboral y de ingresos, pareciera ser que el mandato de masculinidad sigue primando. También, si bien la imagen del hombre proveedor aparece como única, monolítica, en el orden cotidiano, las condiciones sociales de origen y las restricciones del mercado laboral fracturan esta figura y exponen diversas formas de cumplimiento de este mandato. Esto plantea la necesidad de incorporar, en futuras investigaciones, las contribuciones de los estudios etnográficos, los cuales han aportado a los estudios de masculinidad la posibilidad de la existencia de diferentes soluciones en la distribución de roles y la eventualidad de su intercambio (Collin, 2015), habilitando, en consecuencia, el desplazamiento del término “masculinidad” hacia el de “masculinidades”, y dando cuenta de la importancia del análisis en contexto. Las identidades masculinas, como toda identidad, no son esencias fijas e inalterables, sino que se construyen y re-construyen en las prácticas cotidianas, en los diversos contextos y a lo largo de los cursos de vida.

REFERENCIAS

- Aboites, Luis (2008). “El último tramo, 1929-2000”. En *Nueva historia mínima de México Ilustrada*. Pablo Escalante, Bernardo García et al., 469-551. México: El Colegio de México.
- Abbott, Andrew y Angela Tsay (2000). “Sequence analysis and optimal matching methods in sociology review and prospect”. *Sociological Methods & Research* 29(1): 3-33.
- Bayón, Cristina; Bryan Roberts y Gonzalo Saraví (1998). “Ciudadanía social y sector informal en América Latina”. *Perfiles latinoamericanos* 7(13): 73-111.
- Beccaria, Luis y Fernando Groisman (2008). “Informalidad y pobreza en Argentina”. *Investigación Económica* LXVII (266): 135-169.
- Burin, Mabel e Irene Meler (2000). *Varones. Género y Subjetividad Masculina*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Brzinsky-Fay, Chistian y Ulrich Kohler (2010). “New Developments in Sequence Analysis”. *Sociological Methods & Research* 38(3): 359-364.

- Capella, Santiago (2015). “¿Sólo trabajadores/proveedores?”. En *Cómo seguir siendo hombre en medio de la crisis económica*, coordinado por María Lucero Jiménez y Olivia Tena. México: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Collin, Laura (2015). “Masculinidades diversas, aportes para su clasificación”. En *Cómo seguir siendo hombre en medio de la crisis económica* coordinado por María Lucero Jiménez y Olivia Tena, 177-200. México: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Furlong, Aurora (2006). *Género, poder y desigualdad*. México: Facultad de Economía-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Gabado, Alexis; Gilbert Ritschard, Matthias Studer y Nicolas Müller (2011). *Mining sequence data in R with the TraMineR package: A user's guide*. Geneva: Department of Econometrics and Laboratory of Demography.
- García, Brígida (1994). “Fuerza de trabajo. Ocupación y condiciones de trabajo”. *Demos* 7: 31-32.
- García, Brígida (1999). “Los problemas laborales de México a principios del siglo XXI”. *Papeles de Población* 5(21): 9-19.
- García, Brígida (2009). “Los mercados de trabajo urbanos de México a principios del siglo XXI”. *Revista Mexicana de Sociología* 71(1): 5-46.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (2001). “Transformaciones recientes en los mercados de trabajo metropolitanos de México 1990-1998”. *Estudios Sociológicos* 19(57): 653-689.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (2006). *Las familias en el México metropolitano: visiones femeninas y masculinas*. México: El Colegio de México.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1994). *Trabajo femenino y vida familiar en México*. México: El Colegio de México.
- Gauthier, Jaques-Antoine; Felix Bühlmann y Philippe Blanchard (2014). “Introduction: Sequence Analysis in 2014” [en línea]. En *Advances in sequence analysis: Theory, method, applications*, editado por Philippe Blanchard, Felix Bühlmann y Jaques-Antoine Gauthier, 1-17. Nueva York: Springer. Disponible en <https://doi.org/10.1007/978-3-319-04969-4_1>.
- Gonzalbo, Pilar y Cecilia Rabell (2004). “La Familia en México”. En *La familia en Iberoamérica 1550-1980*, coordinado por Pablo Rodríguez, 93-124. Colombia: Universidad Externado de Colombia.
- González, Ligia y María Monterrubio (1993). “Tendencias en la dinámica y la distribución de la población, 1970-1992”. En *El poblamiento de México. Una visión histórico-demográfica. México en el siglo XX. Hacia el nuevo milenio: El poblamiento en perspectiva*. México: Secretaría de Gobernación, tomo IV.
- Jiménez, María Lucero y Olivia Tena (2015). “Introducción”. En *Cómo seguir siendo hombre en medio de la crisis económica*, coordinado por María Lucero Jiménez y Olivia Tena.

- México: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Levy, René (2013). "Analysis of life courses - A theoretical sketch". En *Gendered life courses between standardization and individualization: A European approach applied to Switzerland*, editado por René Levy y Eric D. Widmer, 13-36. Wien: Lit Verlag.
- López, Julio (1999). *Evolución reciente del empleo en México*. Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe.
- Mier y Terán, Marta; Karina Videgain, Nina Castro y Mario Martínez (2017). "Familia y trabajo: historias entrelazadas en el México urbano". En *Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México*, coordinado por Marie Laure Coubès, Patricio Solís y María Eugenia Zavala de Cosío. México: El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.
- Olavarría, José (2006). "Hombres e identidad de género: algunos elementos sobre los recursos de poder y violencia masculina". En *Debates sobre masculinidades*, coordinado por Gloria Careaga y Salvador Cruz. México: Programa Universitario de Estudios de Género-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Olavarría, José; Cristina Benavente y Patricio Mellado (1998). *Masculinidades Populares. Varones adultos jóvenes de Santiago*. Chile: Flacso.
- Oliveira, Orlandina de (1994). "La familia. Cambios en la vida familiar". *Demos* 7: 35-36.
- Oliveira, Orlandina de (1998). "Familia y relaciones de género en México". En *Familias y relaciones de género en transformación. Cambios trascendentales en América Latina y el Caribe*, coordinado por Beatriz Schmukler, 23-52. México: The Population Council/Edamex.
- Pacheco, Edith (1994). "Heterogeneidad laboral en la ciudad de México a fines de los ochenta". Tesis de doctorado. México: Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales-El Colegio de México.
- R Core Team (2018). *R: A Language and Environment for Statistical Computing*. Vienna, Austria: R Foundation for Statistical Computing.
- Ramírez, José Agustín (1992). *Tragicomedia mexicana 2. La vida en México de 1970 a 1982*. México: Editorial Planeta.
- Rendón, Teresa y Carlos Salas (1993). "El Empleo En México en los Ochenta: Tendencias y Cambios". *Comercio Exterior* 43(8): 717-730.
- Rojas, Olga (2008). *Paternidad y vida familiar en la ciudad de México. Un estudio del desempeño masculino en los procesos reproductivos y en la vida doméstica*. México: El Colegio de México.
- Rojas, Olga (2012). "Masculinidad y vida conyugal en México. Cambios y persistencias". *Géneros* 10: 79-104.
- Rojas, Olga y Mario Martínez (2014). "Uso del tiempo en el ámbito doméstico entre los padres mexicanos". En *Uso del tiempo y trabajo no remunerado en México*, coordinado por Brígida García y Edith Pacheco, 433-470. México: El Colegio de México/Organización de las Naciones Unidas-Mujeres/Instituto Nacional de las Mujeres.

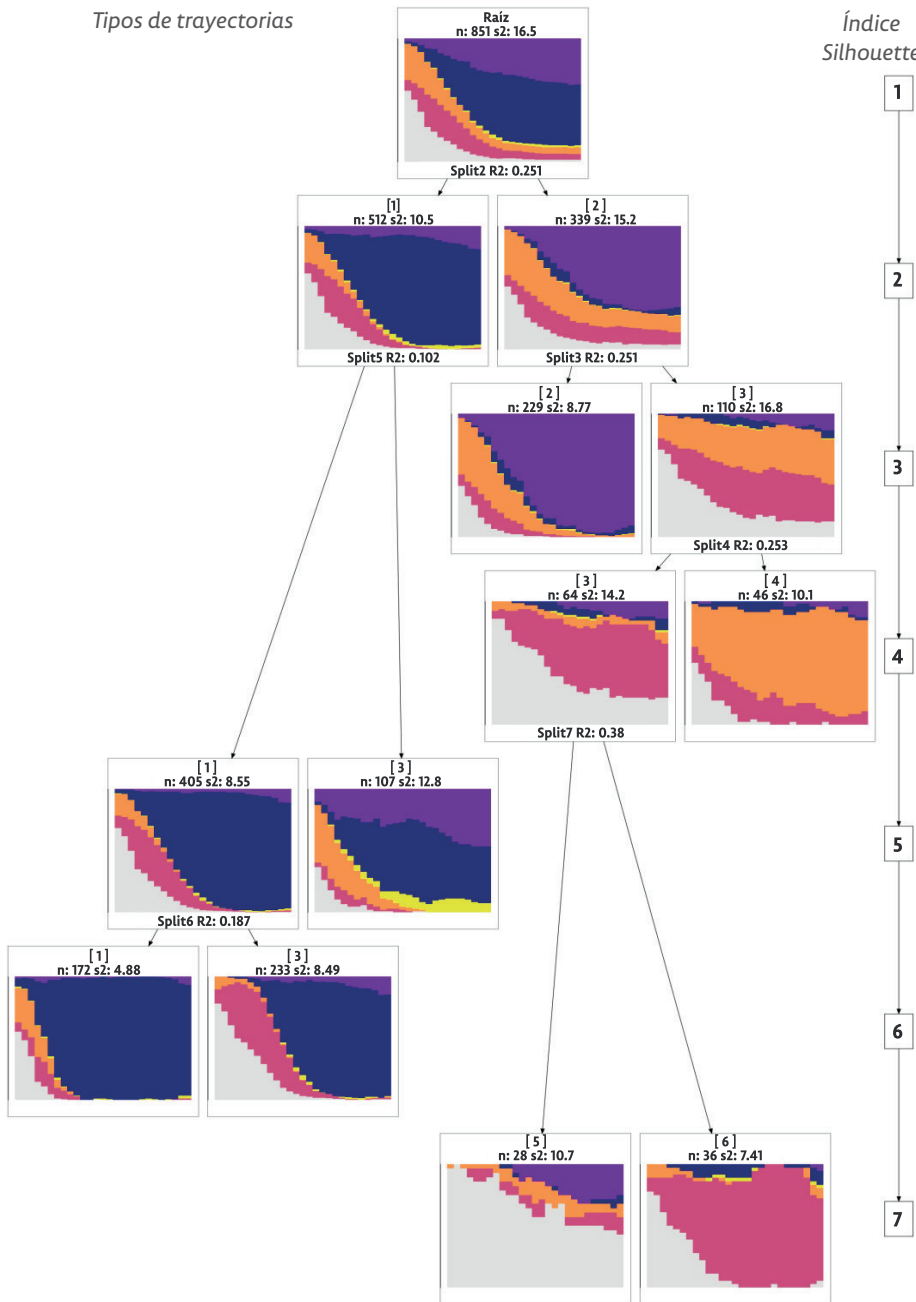
- Rosas, Carolina (2008). *Varones al son de la migración: migración internacional y masculinidades de Veracruz a Chicago*. México: El Colegio de México.
- Rosas, Carolina (2015). “Migrar para proveer. Cardaleños, desde Veracruz a Chicago: un estudio cualitativo con varones adultos”. En *Cómo seguir siendo hombre en medio de la crisis económica*, coordinado por María Lucero Jiménez y Olivia Tena. México: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Salvia, Agustín (2007). “Consideraciones sobre la transición a la modernidad. La exclusión social y la marginalidad económica”. En *Sombras de una marginalidad fragmentada. Aproximaciones a la metamorfosis de los sectores populares de la Argentina*, editado por Agustín Salvia y Eduardo Chávez. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Solís, Patricio (2013). “Un índice de orígenes sociales para la Eder 2011”. *Presentación de la construcción de la variable IOS, mimeo* (s.l.) (s.p.i.).
- Tabutin, Dominique (1997) “Sistemas de información en demografía”. *Estudios Demográficos y Urbanos* 12(3): 377-426.
- Tena, Olivia (2015). “Preámbulo”. En *Cómo seguir siendo hombre en medio de la crisis económica*, coordinado por María Lucero Jiménez y Olivia Tena. México: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Tockman, Víctor (2001). “De la informalidad a la modernidad”. *Economía*, 24(48): 153-178.
- Tokman, Víctor (2007). *Informalidad, inseguridad y cohesión social en América Latina*. Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe.
- Tuirán, Rodolfo (1993). “Estrategias de vida en época de crisis: el caso de México”. *Serie A- Celade* 246. Santiago de Chile: CEPAL.

Anexo 1

Árbol de secuencias. Tipologías de trayectorias de proveeduría económica

Tipos de trayectorias

Índice Silhouette



Fuente: elaboración propia con datos de la Eder 2011.

“Ahí te dejo esos dos pesos”. Trayectorias de proveeduría económica de los hombres en México

Anexo 2

Razones de momios estimadas con una regresión logística multinomial sobre el tipo de trayectoria de proveeduría económica transitada (categoría de referencia: T2. Proveeduría tardía con empleo en la economía formal)

	T1 vs. T2	T3 vs. T2	T4 vs. T2	T5 vs. T2	T6 vs. T2
Cohorte					
1951 – 1953	0.857	2.133*	0.737	0.600	1.143
Origen social					
Medio	0.476*	0.623	0.382**	0.667	0.761
Alto	0.219***	0.576	0.283***	0.815	0.549
Cohorte y Origen social					
1951 – 1953	1.224	0.401	0.929	0.998	0.575
Medio					
1951 – 1953	2.217	0.307*	0.739	1.250	0.857
Alto					
Constante	1.459	0.625	2.543***	0.417*	0.292**

T1: proveeduría temprana con empleo en la economía formal. T2: proveeduría tardía con empleo en la economía formal. T3: proveeduría con alternancia en el tipo de empleo. T4: proveeduría con empleo en la economía informal. T5: sólo con empleo en la economía formal. T6: sólo con empleo en la economía informal.

Notas: * p < 0.1; ** p < 0.01; *** p < 0.001.

Fuente: estimaciones propias con datos de la Eder 2011.

Entradas y salidas del mercado de trabajo durante la crisis de 2008 en México: análisis de secuencias de los itinerarios laborales

*Nina Castro
Julio César Martínez
Edith Pacheco*

INTRODUCCIÓN

El estudio de la participación laboral de mujeres y hombres en el mercado de trabajo, desde una perspectiva longitudinal, ha señalado que las trayectorias laborales femeninas y masculinas poseen características peculiares que las diferencian.

La participación económica de las mujeres se caracteriza por la intermitencia de sus inserciones asociada, en gran parte, a la expresión de la “conciliación entre el trabajo remunerado y el trabajo de cuidados no remunerado” y, fundamentalmente, a la manifestación de un reparto desigual del trabajo entre hombres y mujeres. Las trayectorias de los varones se caracterizan por la continuidad de su participación a lo largo de la vida. Si bien existe evidencia empírica de que algunos varones pertenecientes a estratos medios participan en el cuidado de los hijos, ellos se encuentran muy lejos de asumir la corresponsabilidad del trabajo de cuidados no remunerado porque sólo dedican algo más de la tercera parte de las horas que las

mujeres dedican al trabajo de cuidados no remunerado (García y Pacheco, 2014; ONU-Mujeres, 2018).

Los estudiosos del mercado laboral han investigado que dichas características se pueden llegar a modificar en contextos de crisis económicas. Por ejemplo, García y Pacheco (2000) encuentran que la inserción laboral de las esposas en la Ciudad de México, durante la crisis económica de 1995, responde a la disminución de los ingresos del hogar; de suerte tal que la necesidad económica promueve la participación de las mujeres en el mercado de trabajo (Pacheco y Parker, 2001). En el caso de los varones, las crisis económicas los expulsan del mercado de trabajo, afectando no sólo el ingreso de los hogares sino también la asistencia escolar (Parker, 2012).

El objetivo de este trabajo es dar cuenta de los efectos de la crisis económica de 2008-2009 en la incorporación laboral, a partir del análisis de los itinerarios laborales de las mujeres y los hombres en México. En dicho periodo, la economía mexicana fue afectada fuertemente por la crisis financiera y el incremento internacional de los precios de alimentos (Freije, López-Acevedo y Rodríguez-Oreggia, 2011).

Los itinerarios laborales se definen como segmentos de la trayectoria laboral. Una de las ventajas de enfocarse en los itinerarios laborales, en comparación con la trayectoria completa, es que se pueden observar las entradas y salidas del mercado de trabajo en el corto plazo, movimientos que no son captados por las encuestas longitudinales cuya unidad de análisis es anual la mayor parte de las veces.

Utilizamos la información que proporcionan los paneles de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) en el periodo que abarca desde el primer trimestre de 2009 hasta el primer trimestre del 2010, dado que, como se verá más adelante, fue el periodo con la mayor caída del crecimiento económico, el cual se vio reflejado en las tasas de desempleo con los niveles más altos.

Las secuencias laborales se reconstruyeron con base en cuatro diferentes estados (*ocupado* —con trabajo remunerado—, *desocupado* —con búsqueda de trabajo—, *disponible* —sin búsqueda, pero disponible—, y *no disponible* —sin búsqueda y sin disponibilidad—), los cuales fueron recabados en los cinco trimestres que cada entrevistado permaneció en la muestra. Las secuencias

laborales individuales fueron agrupadas utilizando el Optimal Matching Analysis (OMA) y un análisis de conglomerados.

El estudio de las intermitencias laborales adquiere relevancia en el contexto de intensa movilidad que se presenta en los mercados laborales durante los periodos de recesión económica. En nuestro país, la ausencia de un seguro de desempleo y la pérdida del poder adquisitivo mantienen la tasa de desocupación en niveles bajos; los expulsados del mercado de trabajo formal permanecen poco tiempo como desempleados (Revenga y Riboud, 1993) y buscan opciones que les permitan poseer un ingreso económico, por lo que, en diversos casos, recurren a la informalidad.

Este capítulo se encuentra dividido en cuatro secciones. En la primera de ellas se presenta el contexto socioeconómico de la investigación haciendo énfasis en el desempleo en México. Un segundo apartado presenta el estado del arte sobre el estudio de las intermitencias en México. Posteriormente, describimos la fuente y la metodología que emplearemos para el análisis. Los resultados y las reflexiones se presentan en la parte final del documento.

CONTEXTO SOCIOECONÓMICO: CRISIS 2008-2009

La crisis económica de finales de la primera década del siglo XXI y sus efectos en el mercado de trabajo son el contexto de este trabajo.

La recesión financiera mundial de 2008 se ha asociado, en parte, a la crisis del mercado de bienes raíces: los créditos hipotecarios con alto riesgo de impago y el aumento de la inflación en Estados Unidos (Solís, 2009).

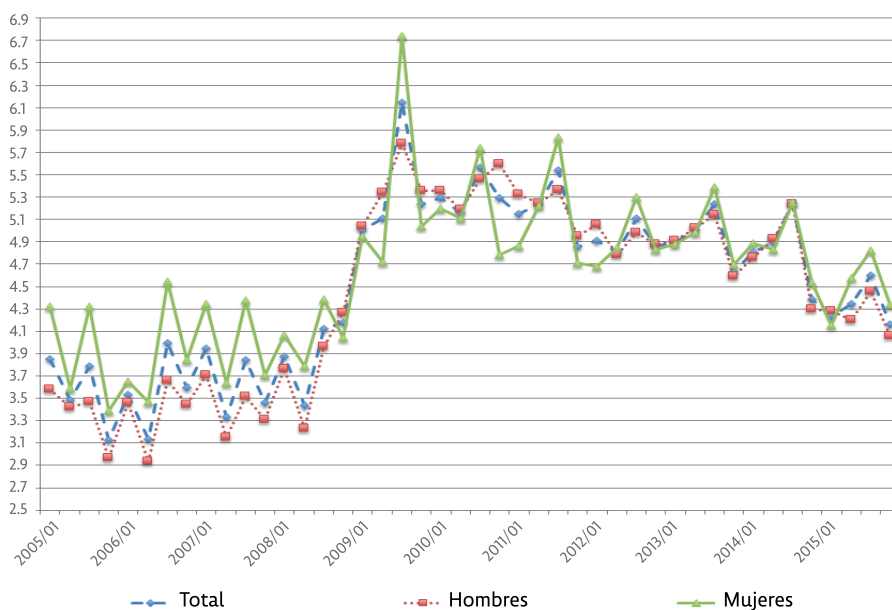
En Estados Unidos, la ausencia de liquidez de los bancos afectó a las economías a nivel mundial, incluyendo México. La salida de las inversiones extranjeras, junto con la creciente desigualdad económica, que se ha ido agravando en nuestro país, hicieron que la Bolsa Mexicana de Valores cayera con la consecuente devaluación del peso frente al dólar.

La tasa de desempleo abierto se ha caracterizado históricamente por sus bajos niveles, situación que se asocia a la ausencia de un seguro de desempleo¹

¹ Desde 2007, en la Ciudad de México se ofrece un seguro de desempleo por un corto periodo.

y la apremiante necesidad de un ingreso que, en muchas ocasiones, orilla a las personas a generar sus propias fuentes de trabajo. La crisis de 2008 tuvo efectos en el mercado laboral, los cuales se pueden observar en la gráfica 1, donde se muestra la tendencia de largo plazo de la tasa de desempleo en México, desde 2005 hasta 2015. De acuerdo con las cifras obtenidas a partir del Banco de Información Económica del Inegi y con base en los datos que proporciona la ENOE, entre 2005 y principios de 2008 se observan diversas fluctuaciones en los valores de las tasas que varían entre 2.9 y 4.5% ; los niveles son más altos en el caso de las mujeres.

Gráfica 1
Tasa de Desempleo en México, 2005-2015

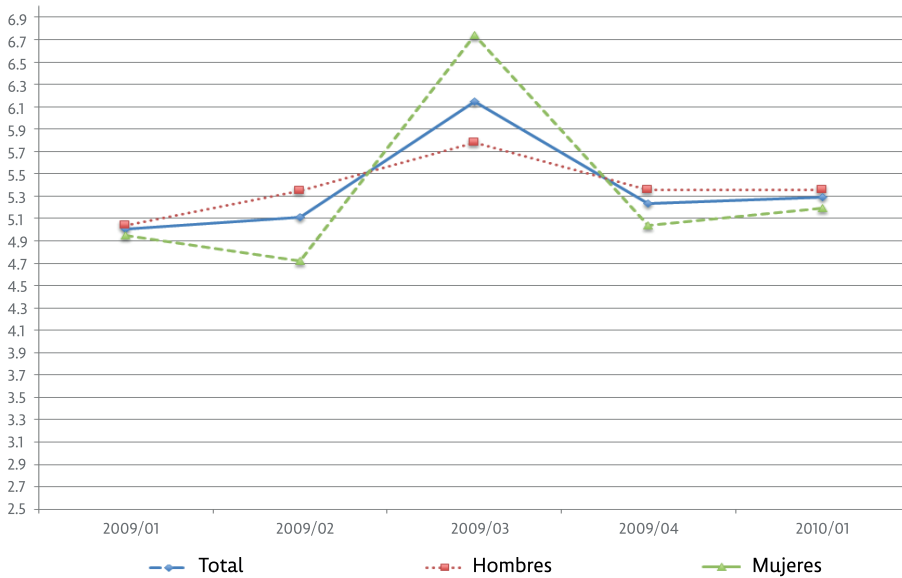


Fuente: Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo. Banco de Información Económica, Inegi.

Especialmente, a partir del segundo trimestre de 2008 se puede observar un incremento en la tasa de desempleo, que inicia en 3.5% y alcanza su nivel máximo en el tercer trimestre de 2009 con un valor de 6.2%, lo que implica

un crecimiento del 77% (ver gráfica 2). Cabe resaltar que, en plena crisis, durante el cuarto trimestre de 2008 y el primer trimestre del 2009, la brecha entre hombres y mujeres se cierra, tal como habían señalado Pacheco y Parker (2001) al analizar periodos de crisis en los años noventa.

Gráfica 2
Tasa de Desempleo en México, 2009-2010



Fuente: Banco de Información Económica, Inegi. Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo.

Ahora bien, la crisis de 2008 cobra importancia, en comparación con las recesiones económicas previas, debido al incremento notable en la tasa de desempleo abierto (tasas superiores al 5%) y la permanencia de dichos niveles. García y Sánchez (2012) confirman el aumento significativo en la desocupación urbana en el periodo 2005-2010, y precisan que las ciudades más afectadas por el desempleo fueron aquellas con más fuerza de trabajo en la manufactura y mayor presencia de grandes establecimientos. Las autoras señalan que son los jefes de familia los más afectados por el desempleo en

este periodo, y las mujeres son quienes poseen un papel esencial para contrarrestar las pérdidas del ingreso familiar. Otro hallazgo muy preocupante es la relación entre el nivel de escolaridad y la desocupación: entre más alto era el nivel de escolaridad, la desocupación fue mayor; la mano de obra relativamente más calificada fue la más afectada.

Nosotros hemos decidido analizar este lapso de tiempo que va del primer trimestre de 2009 hasta el primer trimestre del 2010 porque la mayor caída en el crecimiento económico se registra al inicio de este periodo (disminución de 6.7%) además, como se constató en este apartado, las mayores tasas de desempleo también se observan en dicho lapso.

En el siguiente apartado hacemos una revisión no exhaustiva de las investigaciones que hacen referencia al estudio de las intermitencias laborales, desde un acercamiento de corte longitudinal a través del estudio de encuestas panel.

ANTECEDENTES

El análisis de un fragmento de la trayectoria laboral, al cual se le denomina itinerario, nos permite distinguir algunos rasgos que diferencian la participación económica de hombres y mujeres. Nos acercamos a los itinerarios a partir de la información obtenida en un panel.

Los itinerarios laborales de las mujeres se caracterizan por las constantes entradas y salidas del mercado de trabajo, conocidas como intermitencias. Los movimientos entre la ocupación y la desocupación, o bien fuera de la fuerza de trabajo, se han asociado históricamente al trabajo de cuidados no remunerado, que incluye la atención de los hijos y las tareas domésticas que desempeñan las mujeres.

Los itinerarios laborales de los hombres tienden a la continuidad, con pocas entradas y salidas del mercado laboral. Los varones también poseen responsabilidades en el cuidado de los hijos y del hogar; sin embargo, en la mayoría de los casos, su participación en dichas actividades históricamente ha sido mucho menor en comparación con las mujeres. Santoyo y Pacheco (2014) señalan que para el 2009, en México, los varones dedican en promedio

15.4 horas a la semana al trabajo doméstico,² mientras que las mujeres le dedican 40.4 horas.

Las intermitencias que se presentan en los itinerarios laborales de las mujeres han sido estudiadas previamente a partir de la información de diversos paneles. Suárez (1992) utiliza la Encuesta Nacional de Fecundidad y Salud (Enfes) de 1987 para reconstruir ocho itinerarios familio-profesionales con base en la combinación de estados laborales de las mujeres (trabaja o no trabaja con remuneración), y tres momentos que se pueden asociar a la formación de la familia (antes de la primera unión; entre la primera unión y el nacimiento del primer hijo; y en el momento de la encuesta). El itinerario que agrupó la mayor proporción de mujeres en edades productivas (38.2%) fue el itinerario sin actividad económica en las tres etapas analizadas, claro ejemplo de la difícil tarea de conciliación entre las responsabilidades laborales y familiares que enfrentan las mujeres. El segundo itinerario en importancia fue el que presentó actividad en las tres etapas familiares (20.4%), el cual ilustraba en aquel momento la creciente participación de las mujeres en el mercado de trabajo, aun cuando sus responsabilidades de cuidados se hacían presentes. Una proporción muy importante de la muestra (más del 40%) agrupa a las mujeres con itinerarios intermitentes, demostrando la intensa movilidad que caracteriza la participación de las mujeres.

Revenga y Riboud (1992) utilizan la Encuesta Nacional de Empleo Urbano (ENEU), del tercer trimestre de 1990 al tercer trimestre de 1991, para explorar las características, determinantes y duración del desempleo para hombres y mujeres por separado. A partir de los modelos probit, encuentran que la probabilidad de desempleo disminuye con la edad y la escolaridad. La unión se asocia con una menor probabilidad de desempleo para los hombres y para las mujeres con mayor escolaridad. A partir de modelos de riesgos proporcionales

² Las autoras (Santoyo y Pacheco, 2014) consideran que las actividades que se realizan con el objetivo de beneficiar a los integrantes del hogar, sin recibir pago o retribución por las mismas, constituyen el trabajo doméstico. Entre dichas actividades se incluyen: trabajo en el hogar (preparación de alimentos, limpieza de vivienda, cuidado de ropa y calzado); mantenimiento, instalación y reparaciones a la vivienda o bienes del hogar; compras para los integrantes del hogar; servicios (pagos, trámites, administración del hogar); cuidados de la familia; apoyos a otros hogares.

estiman la duración del desempleo; al respecto, señalan que los periodos de desempleo son cortos, 6.7 meses para los hombres y 7.2 meses para las mujeres, aspecto que explicaría el mayor promedio en la tasa de desempleo para ellas. La duración del desempleo disminuye con la edad, y la escolaridad no muestra variaciones considerables. A pesar de que la duración del desempleo es corta, el 70% se asoció a periodos de al menos seis meses, y el 30% restante corresponde a periodos de al menos un año.

El trabajo de Rodolfo Cruz (1994) destaca la intensa movilidad de la participación femenina en comparación con la masculina. El autor se enfoca en los mercados de trabajo urbanos de las ciudades fronterizas de Tijuana, Matamoros y Monterrey, y calcula un índice de volatilidad con la información que proporciona la ENEU para un periodo de 12 trimestres (desde enero-marzo de 1987 a octubre-diciembre de 1989). Rodolfo Cruz (1994) analiza las entradas y salidas del mercado laboral para estimar el grado de estabilidad e inestabilidad, cuyo rango fluctúa entre 0 (cinco trimestres con participación para el mercado) y 1 (cinco trimestres sin participación económica). Las tres ciudades fronterizas acumulan una alta proporción de mujeres con estabilidad (superiores al 28.7%), mientras que la inestabilidad es muy reducida (por debajo del 1.5%). Entre el 62 y el 71% de las mujeres acumulan entre uno y cuatro movimientos en el mercado laboral, ejemplo de la alta volatilidad que caracteriza la participación económica femenina. Rodolfo Cruz (1994) encuentra que el mayor nivel de volatilidad en el empleo se origina en las edades que se encuentran en los extremos: entre 12 y 19 años, y mayores de cuarenta años. La mayor volatilidad también se asocia a un menor nivel de escolaridad, así como a la vida en pareja, a un mayor número de hijos, a la residencia en hogares de mayor tamaño, a la coresidencia con mayor número de niños menores de seis años y al bajo nivel de los ingresos en el hogar. Las especificidades de los mercados laborales fronterizos, vinculados al trabajo en la maquila, también podrían influir en una mayor volatilidad.

A pesar de que la participación de las mujeres es más intermitente y la de los varones más continua, la bibliografía sociodemográfica ha señalado que las crisis económicas poseen efectos diferenciales entre hombres y mujeres en periodos de recesión: los varones jóvenes y las mujeres adultas se incorporan al mercado de trabajo (Tuirán, 1993), incluso, con la presencia de

hijos pequeños (García y Oliveira, 1994); mientras que los jefes de familia son expulsados del mercado de trabajo (Pacheco y Parker, 2001).

García y Pacheco (2000) señalan que, aun controlando factores individuales, en 1995 se observaba que en los hogares en los que el jefe era profesionista, técnico o comerciante establecido en la ciudad de México, la participación económica de las esposas y los hijos varones era mayor. Este hallazgo confirma la importancia de la participación económica de las cónyuges para complementar los ingresos familiares, y evidencia la multiplicidad de estrategias que implementan los hogares con la finalidad de contrarrestar la pérdida de los ingresos familiares.

Las crisis económicas no sólo confluyen en el desempleo; Pacheco y Parker (2001) señalan que poseen repercusiones en todos los movimientos en el mercado de trabajo. Las autoras analizan la dinámica del mercado de trabajo en dos contextos de crisis económica en México, 1987 y 1995, a partir de la comparación de las características sociodemográficas y laborales de tres tipos de trayectorias laborales: continuas, intermitentes y con desempleo, las cuales se construyen a partir de la información de la Encuesta Nacional de Empleo Urbano (ENEU).

El incremento en la tasa de participación longitudinal de las mujeres (trabajo remunerado en al menos un trimestre) lleva a las autoras (Pacheco y Parker, 2001) a suponer que la inserción de mano de obra femenina es una estrategia para combatir la caída del ingreso familiar. Adicionalmente, encuentran que la proporción de mujeres con dos o más salidas del mercado laboral es mayor en comparación con los hombres. La crisis económica pudo haber afectado particularmente a los hombres expulsándolos al desempleo, en mayor medida a quienes trabajaban en el sector formal.

La transición del empleo al desempleo del jefe de hogar posee consecuencias negativas en la asistencia escolar y la participación económica de los hijos, situación que se acentúa durante los periodos de crisis; en algunos casos, también se le asocia a la transición de los integrantes del hogar a la pobreza. Parker (2012) demuestra que el desempleo del jefe se asocia con una mayor probabilidad de inasistencia escolar y con el incremento significativo de la probabilidad de que los niños entre 12 y 19 años ingresen en la pobreza multidimensional.

Finalmente, nos interesa recuperar los hallazgos de Ochoa (2016), quien analiza el periodo de crisis 2008-2009 y lo compara con periodos de estabilidad económica (2006-2007). La autora confirma un incremento de trayectorias con desempleo; además, muestra una alta movilidad en el mercado de trabajo mexicano con alta movilidad en el tránsito entre la ocupación y la inactividad; con la característica de que la estabilidad laboral se asocia a mejores condiciones de trabajo y las trayectorias inestables se asociaron a condiciones de vulnerabilidad. Asimismo, aquellos que permanecieron en el mercado laboral experimentaron procesos de precarización laboral. La autora también observó que los hombres mostraron un alto porcentaje de trayectorias de ocupación continua, pero también altos niveles de desempleo, mientras que las mujeres presentaron un alto porcentaje de trayectorias con inactividad.

De esta manera, la revisión bibliográfica nos ha mostrado que las crisis económicas poseen efectos diferenciales en los itinerarios laborales de hombres y mujeres. Nosotros nos planteamos las siguientes preguntas: ¿cuál es la configuración de los itinerarios laborales de los hombres y las mujeres durante la crisis de 2008-2009?, ¿existen diferencias entre los itinerarios?, ¿cómo se agrupan los itinerarios intermitentes?, y ¿cuáles son las características sociodemográficas que diferencian a cada categoría?

FUENTE Y METODOLOGÍA

Para dar respuesta a estas preguntas, utilizamos la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), que recopila información desde 2005 sobre las características ocupacionales, demográficas y económicas de la población mexicana de 12 años y más; la encuesta posee representatividad a nivel nacional y cuenta con un panel longitudinal de cinco trimestres.

El diseño longitudinal de la ENOE es rotativo; cada hogar —junto con sus integrantes— es entrevistado a lo largo de cinco trimestres.³ Al término, se

³ Como Pacheco y Parker (2001) señalan, existen dos sesgos al trabajar con este tipo de fuentes. Por un lado, el sesgo de selección de quienes abandonan la encuesta antes de completar las cinco entrevistas. Dichas personas podrían poseer patrones intermitentes, o como desempleados, y cambiar su residencia en búsqueda de trabajo. Por otro lado, un segundo sesgo se origina debido al

sustituye la quinta parte de la muestra por hogares nuevos. Skoufias y Parker (2006) señalan dos ventajas de la corta duración de los hogares en el panel (15 meses): la primera es que permite examinar el comportamiento intertemporal de la oferta de los miembros del hogar, la segunda ventaja es la disminución de los sesgos asociados a la “falta de memoria” en lo referente a la captación de los periodos de desempleo de los miembros del hogar.

Nosotros aprovechamos el corte longitudinal de la ENOE y su captación en el periodo corto de 15 meses para analizar las intermitencias que se presentan en el mercado laboral. Habrá que considerar dos aspectos: 1) la movilidad laboral podría ser mayor a la obtenida porque la encuesta capta los cambios de forma trimestral, con base en la condición de ocupación en la semana previa a la entrevista, por lo que podríamos no observar otros cambios a lo largo del trimestre (Pacheco y Parker, 2001); y 2) al utilizar datos trimestrales, podríamos captar un efecto de estacionalidad (Ochoa, 2016). Como señala Ochoa, también se deberá considerar que los cambios en los periodos de crisis, en muchos casos, refuerzan las tendencias en los mercados de trabajo, como la precarización o el incremento de la participación de las mujeres, pero no necesariamente la crisis económica es la principal causa.

Construcción de las secuencias

Formalmente, construimos un conjunto de secuencias usando el panel de la ENOE cuya primera entrevista se dio durante el primer trimestre de 2009 y concluyó su periodo de observación un año después, durante el primer trimestre de 2010. Este tipo de secuencias, a las que denotamos x_k , tienen la forma $x_k = (x_{k1}, x_{k2}, x_{k3}, x_{k4}, x_{k5})$, y describen el itinerario laboral de la persona k durante el ciclo de cinco visitas a los hogares seleccionados.

Dicho itinerario laboral comprende cuatro estados: ocupado (O), desocupado (D), disponible (DI) y no disponible (ND), de tal forma que el alfabeto de codificación está dado por $\Sigma = \{O, D, Di, ND\}$. Una secuencia típica puede ser

periodo de referencia de la pregunta de ocupación, que considera el trabajo en la semana previa a la entrevista. En este trabajo, se parte del supuesto de que el estado reportado no se modifica en el periodo inter-encuesta, por lo que se pueden subestimar las entradas y salidas al mercado de trabajo.

de la forma $x_k=00D00$, lo que significaría que la persona k estuvo ocupada en la mayoría de los trimestres, excepto en el tercero, donde estuvo desocupada. Dada esta construcción, los estados pueden repetirse, por lo que al tener un alfabeto de tamaño $|\Sigma|=4$, existen 45 posibles combinaciones.

Este conjunto de secuencias Σ^*_{ENOE} abarca un periodo de tiempo de un año y un trimestre, que va del primer trimestre de 2009 al primer trimestre de 2010 (cuadro 1).

Cuadro 1
Construcción de las secuencias a partir de la ENOE

Σ^*_{ENOE}	Año	2009				2010
	Trimestre	I	II	III	IV	I
Grupo de secuencias				x_k		

Fuente: elaboración propia.

Este desfase nos permite tener un panorama completo sobre el comportamiento de la población ocupada durante la crisis de 2009. Sin embargo, para poder analizar los itinerarios laborales, se consideraron sólo secuencias completas, lo que significa que si algún elemento x_{kh} ($h=1, 2, \dots, 5$) de x_k no se encontraba en las base de datos, la secuencia era descartada del conjunto Σ^*_{ENOE} . Las principales causas por las cuales fueron descartadas las secuencias están asociadas al diseño de la encuesta, y se debe a alguno de los siguientes factores:

1. Ausentes definitivos. Se trata de aquellas personas que fueron registrados en la primera visita como residentes habituales, pero que dejaron la vivienda en algún momento posterior; en consecuencia, se deja de captar su información.
2. Hogar mudado. Son hogares que cambian de domicilio y, por ende, se pierde la información de cada uno de sus miembros. Si bien es cierto

que la vivienda sigue siendo visitada por la ENOE, ya que forma parte de la muestra, la información que se levante posteriormente corresponde a personas diferentes a las registradas en la primera visita.

3. Entrevista incompleta. Es una de las situaciones más comunes y se presenta cuando las personas siguen siendo residentes del hogar, pero no contestan el cuestionario de la ENOE por algún motivo.

El total de secuencias completas en Σ^*_{ENOE} es de 49,663; representa el 61% de las observaciones del primer trimestre de 2009. Para poder identificar comportamientos similares, es necesario comparar el grado de similitud que existe entre pares de secuencias, lo que significa comparar cada una de las x_{ki} del conjunto de secuencias Σ^*_{ENOE} . Debido al gran número de casos, para poder llevar a cabo el análisis de secuencias hicimos un muestreo de las 49,663 observaciones con secuencias completas, a través de un muestreo aleatorio simple para reducir el sesgo y mantener la estratificación y conglomeración de la muestra original (cuadro 2).

Cuadro 2
Estructura original y estructura por remuestreo
(porcentajes y totales)

Rango de edad (años)	Población original			Remuestreo		
	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total
De 14 a 19	8	20	13	7	19	12
De 20 a 29	22	14	19	23	15	20
De 30 a 39	24	11	18	23	11	18
De 40 a 49	23	10	17	24	10	18
De 50 a 59	14	10	12	13	10	12
De 60 y más	8	20	13	8	19	13
No especificado	0	0	0	0	0	0
	100	100	100	100	100	100
Total	136,321	110,098	246,419	1,633	1,367	3,000

Fuente: elaboración propia con base en la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (Inegi) 2009t1-2010t1.

Con esta nueva muestra, se aplicó la técnica de análisis de secuencias empleando el OMA (consultar el primer capítulo de este libro), la cual consiste, en términos generales, en hacer una comparación entre pares de secuencias y asignar un peso o costo a partir del número de operaciones requeridas para transformar una secuencia en otra. Por ejemplo, si se tiene $x_{21}=00DiDiDi$ y $x_{67}=0000Di$, para que sean “iguales” se requieren el tercer y cuarto términos. Dichas operaciones tienen asociado un peso o costo que se incrementa en la medida en que las secuencias sean diferentes; si son similares, el costo es nulo.

En la bibliografía que emplea el análisis de secuencias, es común asignar un costo unitario a dichas operaciones. Sin embargo, algunos autores han señalado que en periodos de crisis se incrementa la participación de las mujeres, mientras que los hombres son expulsados del mercado de trabajo (García y Pacheco, 2000). Esto significa que no es lo mismo pasar de un estado a otro; por ejemplo, de ocupado a desocupado. Ante esta situación, se optó por considerar una matriz de sustitución de costos en la que el peso por pasar de un estado a otro se obtiene con base en las tasas de transición.

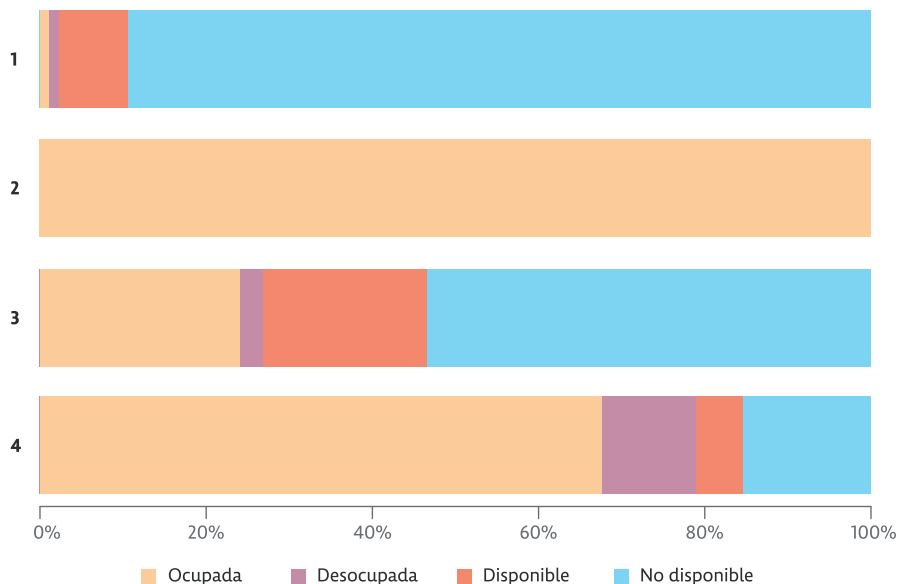
La matriz resultante donde se encuentra la comparación entre pares de secuencias es de dimensiones 3,000 x 3,000. El siguiente paso es hacer una tipología de las secuencias en donde se agrupan aquellas que tienen un comportamiento más similar. Para ello, se recurrió al análisis de conglomerados a partir de la técnica conocida como *k-medias*, la cual hace una partición de un grupo de *n* observaciones en grupos diferentes; en este caso, se consideró *k*=4. Cada uno de ellos tiene la propiedad de que las secuencias son homogéneas al interior y heterogéneas al exterior. El resultado es que cuatro categorías de secuencias comparten características similares.

RESULTADOS Y REFLEXIONES

A partir del análisis de secuencias, se obtuvieron cuatro grupos que hemos nombrado con base en las características descriptivas que observamos (gráfica 3):

- Categoría 1. *Trabajadoras de cuidados no remuneradas* (782 casos, 26.1%). Este grupo está conformado principalmente por itinerarios en los que predomina la *indisponibilidad para incorporarse al trabajo remunerado*, con pocos segmentos en otros estados (ver cuadro 3). En su mayoría, los itinerarios de este grupo se integran del siguiente modo: 75.7% son mujeres, 28.8% son personas jóvenes entre 15 y 24 años y el 20.6% son adultas entre 45 y 64 años; 36.1% cuentan con escolaridad de primaria completa, 54% no están unidas y 46% sí; 66.1% tiene al menos un hijo/a.
- Categoría 2. *Trabajadores remunerados* (1,106 casos, 36.9%). Esta categoría agrupa a todos los *itinerarios con ocupación remunerada continua* durante los cinco trimestres (ver cuadro 3). La mayor parte de las personas en este grupo son: 62.4% hombres; 51.1% personas adultas entre 25 y 44 años; 64.9% están unidos; 44.5% cuentan con preparatoria completa o más; y 74.5% tienen al menos un hijo/a.
- Categoría 3. *Ejército de reserva* (575 casos, 19.2%). Los itinerarios de trabajo que quedan contenidos en esta categoría se caracterizan por los segmentos de no disponibilidad para incorporarse al mercado de trabajo, pero también se observan segmentos con desocupación, disponibilidad y ocupación (ver cuadro 3). La mayor parte de las personas en esta categoría son: 68.2% mujeres; 35% personas jóvenes entre 15 y 24 años y 24.3% personas adultas entre 25 y 44 años; 54.6% solteros y 45.4% casados; presentan diversos niveles de escolaridad, 30.3% cuentan con primaria y 28.3% con secundaria completa; 38.3% no tiene hijos y 50.3% tienen de uno a cinco hijos.
- Categoría 4. *Trabajadores afectados por la crisis* (537 casos, 17.9%). La mayor parte de los itinerarios en este grupo poseen lapsos con ocupación y algunos otros segmentos con desocupación; es decir, sin trabajo remunerado, pero con búsqueda. La mayor parte de estos itinerarios pertenecen a varones (55.7%); 42.1% tienen entre 25 y 44 años; 48.8% no están unidos; 31.3% cuentan con escolaridad primaria y 29.6%, con secundaria; además, 70.1% tiene al menos un hijo (cuadro 3).

Gráfica 3
Distribución de las proporciones de tiempo vivido en cada estado por categoría



Fuente: elaboración propia con base en la información de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (Inegi), 2009t1-2010t1.

Las cuatro categorías de la tipología obtenidas a partir del análisis de secuencias, con la información que proporciona la ENOE, dan testimonio de los efectos de la crisis económica de 2008-2009. Se obtuvieron dos categorías que consideramos “tradicionales”, las cuales agrupan: a las *trabajadoras de cuidados no remunerados* y a los *trabajadores remunerados*; y dos categorías que asociamos al periodo de crisis: el tipo que denominamos *ejército de reserva* y el tipo que aglomera a los *trabajadores afectados por la crisis*.

Cuadro 3
Características descriptivas de las secuencias, 2009-2010
(porcentajes y totales)

	Tipología análisis de secuencias			
	<i>Categoría 1</i>	<i>Categoría 2</i>	<i>Categoría 3</i>	<i>Categoría 4</i>
	<i>Trabajadoras de cuidadas no remuneradas</i>	<i>Trabajadores remunerados</i>	<i>Ejército de reserva</i>	<i>Trabajadores afectados por la crisis</i>
<i>Casos totales (m.a. 3000)</i>	782	1106	575	537
<i>%</i>	26.1	36.9	19.2	17.9
<i>Estados (promedio en cuatro trimestres)</i>				
Ocupado	1.7	100.0	24.4	68.5
Desocupado	0.9	0.0	2.9	12.3
Disponible	7.8	0.0	20.5	5.2
No disponible	89.6	0.0	52.3	14.0
	100.0	100.0	100.0	100.0
<i>Sexo</i>				
Mujeres	75.7	37.6	68.2	44.3
Hombres	24.3	62.4	31.8	55.7
	100.0	100.0	100.0	100.0
<i>Edad</i>				
12-14	19.8	0.2	11.3	3.2
15-24	22.8	12.1	35.0	23.5
25-44	18.5	51.1	24.3	42.1
45-64	20.6	31.7	19.8	24.6
65+	18.3	4.9	9.6	6.7
	100.0	100.0	100.0	100.0
<i>Estado Conyugal</i>				
No unido	54.0	35.1	54.6	48.8
Unido	46.0	64.9	45.4	51.2
	100.0	100.0	100.0	100.0
<i>Escolaridad</i>				
Ninguna	8.8	3.6	8.3	6.1
Primaria	36.1	25.3	30.3	31.3
Secundaria	30.8	26.6	28.3	29.6
Prepa+	24.3	44.5	33.0	33.1
	100.0	100.0	100.0	100.0
<i>Posición en la ocupación</i>				
Trabajadores subordinados y remunerados	0.0	72	10.4	40.2
Empleadores	0.0	5.2	0.9	2.6
Trabajadores por cuenta propia	0.0	19.5	7.3	16.4
Trabajadores sin pago	0.0	3.3	4.2	6.0
No se aplica	100.0	0.0	77.2	34.8
	100.0	100.0	100.0	100.0
<i>Hijas e hijos</i>				
Con hijas e hijos	33.9	25.5	38.3	29.9
Sin hijas ni hijos	66.1	74.5	61.7	70.1
	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: elaboración propia con base en la información de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (Inegi), 2009t1-2010t1.

Las diferencias persisten entre las trayectorias de trabajo de mujeres y hombres. Encontramos que, en comparación con el trabajo de Pacheco y Parker (2001), una proporción similar de secuencias se agrupan en la categoría de los *trabajadores remunerados* con ocupación continua en los cuatro trimestres de 2009 (37.6% para las mujeres y 62.4% de los hombres), la composición por sexo de este tipo de secuencias no se habría modificado en 13 años.

La crisis de 2008-2009 parece haber promovido el trabajo remunerado de las mujeres; el 68.2% de las secuencias agrupadas bajo la categoría *ejército de reserva* pertenecen a mujeres y las secuencias presentan trimestres de ocupación y disponibilidad: 24.4% de tiempo promedio en los cuatro trimestres en ocupación y 20.5% en disponibilidad. Por otro lado, la crisis también parece haber afectado a trabajadores que se situaron en la categoría cuatro, con periodos de desocupación (12.3% del tiempo) y disponibilidad (5.2% del tiempo). Los afectados por la crisis de este último tipo de secuencias son principalmente hombres (55.7%), entre 25 y 44 años (42.1%), y trabajadores subordinados y remunerados (40.2%).

Los periodos de crisis económica afectan la dinámica de las familias. Cónyuges, hijas e hijos se incorporan al mercado de trabajo para contrarrestar sus efectos, con consecuencias en diversas dimensiones de la vida, entre ellas la trayectoria educativa. La crisis de 2008-2009 no fue la excepción. Mujeres y hombres perdieron sus trabajos, otras mujeres se lanzaron al rescate de los ingresos del hogar.

Como un ejercicio adicional que nos permitiera la comparación del periodo de crisis con dos periodos de estabilidad económica, siguiendo a Ochoa (2016), se reconstruyó la tipología considerando las secuencias para dos periodos en los que no se observó crisis económica: el primer periodo abarcó el primer trimestre de 2005 al primer trimestre de 2006; el segundo lapso contempla el primer trimestre de 2015 al primer trimestre de 2016 (ver anexo). Las secuencias son muy parecidas, en términos generales. Sin embargo, las variaciones observadas más relevantes fueron:

- El estado “no disponible”, en las categorías *trabajadores remunerados*, *ejército de reserva* y *trabajadores afectados* por la crisis, se redujo en el año de la crisis.

- [TB] En la categoría *trabajadoras de cuidados no remuneradas* y en el grupo *ejército de reserva*, los tiempos promedio como ocupados aumentaron en el año de la crisis.

Ambos resultados son consistentes con los hallazgos de otras investigaciones sobre las crisis económicas en general: los no disponibles se reducen durante la crisis, probablemente porque deciden estar disponibles con el objetivo de encarar la crisis económica. Entre las *trabajadoras de cuidados no remunerados* y el *ejército de reserva* se incrementan los ocupados, quienes se incorporan al mercado de trabajo para afrontar la no ocupación de los proveedores principales de los hogares o para incrementar los ingresos que pudieron haberse disminuido ante la crisis.

Con esta investigación, nuestro objetivo ha sido explorar los efectos de la crisis económica de 2008-2009 en la incorporación laboral de mujeres y hombres en México, a partir de la información captada en la ENOE, mediante el análisis de secuencias a través del método de alineación óptima (ver primer capítulo de este libro).

En lo que respecta a la configuración de los itinerarios laborales de los hombres y las mujeres durante la crisis de 2008-2009, identificamos cuatro patrones, dos de ellos reflejan la tradicional división sexo-genérica del trabajo en México: la categoría 1, que agrupó a las *trabajadoras de cuidados no remuneradas* (en su mayoría mujeres, jóvenes entre 15 y 24 años y adultas entre 45 y 64 años, con escolaridad de primaria completa, con al menos un hijo/a), y la categoría 2, *trabajadores remunerados* (en su mayoría hombres, adultos entre 25 y 44 años, unidos, con secundaria completa y más, con al menos un hijo/a) (cuadro 3).

Las otras dos categorías se diferencian de los dos primeros grupos por observar una mayor intermitencia, los hemos asociado a los efectos de la crisis. La categoría 3, que hemos denominado *ejército de reserva*, es un grupo constituido principalmente por mujeres, con características muy heterogéneas: jóvenes entre 15 y 24 años y adultas de edad media (entre 25 y 44 años); solteras; con diversos niveles de escolaridad, desde primaria incompleta hasta secundaria completa; con hijos, entre uno y cinco. El segundo grupo es la categoría 4, nombrada *trabajadores afectados por la crisis*, en la que la mayor

parte de los itinerarios pertenecen a varones, adultos, solteros y casados, con escolaridad de primaria completa y secundaria completa y con hijos. Pensamos que parte del primer grupo, el *ejército de reserva*, se incorporó al mercado de trabajo para aminorar los efectos de la crisis económica de 2008-2009, y parte del segundo grupo, *trabajadores afectados por la crisis*, fue el que se vio afectado en mayor medida por la adversidad económica.

Nuestros supuestos se confirman al comparar el periodo de crisis analizado (2009-2010) con dos lapsos de relativa estabilidad económica (2005-2006 y 2015-2016), encontramos que los no disponibles del grupo *ejército de reserva* se redujeron durante la crisis; y entre *las trabajadoras de cuidados no remuneradas* y el *ejército de reserva*, las ocupadas aumentaron durante el periodo de crisis económica (gráficas A1 y A2).

Esta investigación ha presentado un acercamiento a las secuencias de trabajo en un periodo de crisis a partir del método OMA, utilizando información sobre el panel de la ENOE, encuesta que capta información en temporalidades cortas (cada trimestre), por lo que se aprecia novedoso. Consideramos que, como líneas futuras de investigación, se podrían explorar las diversas condiciones laborales que recoge la ENOE para conocer con detalle los patrones que observan las secuencias laborales de las y los trabajadores mexicanos a lo largo del curso de vida.

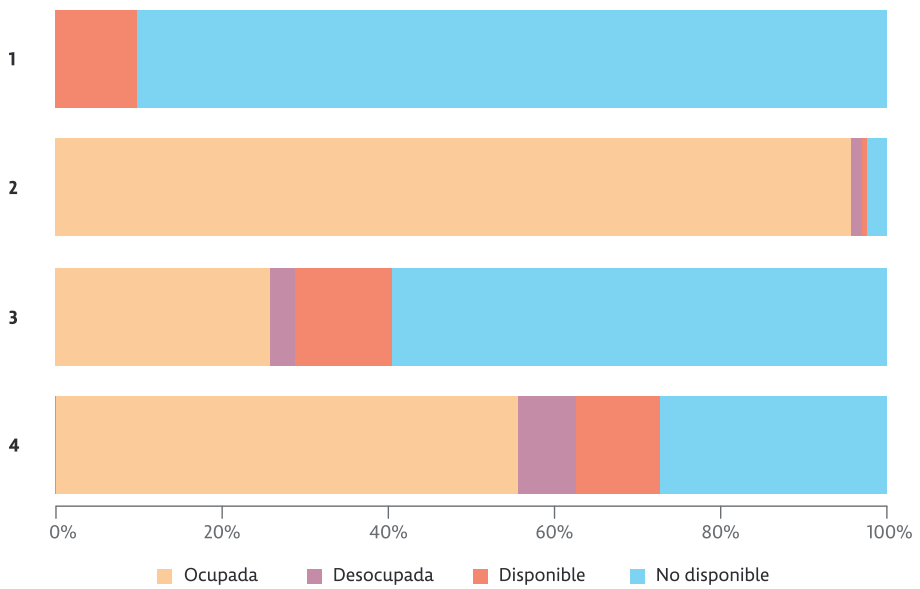
REFERENCIAS

- Cruz Piñero, Rodolfo (1994). "Volatilidad en el empleo femenino: características individuales y del hogar". *Frontera Norte* 6(12): 26-39.
- Freije, Samuel; Gladys López-Acevedo y Eduardo Rodríguez-Oreggia (2011). "Effects of the 2008-09 economic crisis on labor markets in Mexico". En *Working Through the Crisis. Jobs and Policies in Developing Countries during the Great Recession*, editado por Arup Banerji, David Newhouse, Pierella Paci y David Robalino. Washington: The World Bank.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1994). *Trabajo femenino y vida familiar en México*. México: El Colegio de México.
- García, Brígida y Edith Pacheco (2000). "Esposas, hijos e hijas en el mercado de trabajo de la Ciudad de México en 1995". *Estudios Demográficos y Urbanos* 15(1): 35-64.

- García, Brígida y Edith Pacheco (coords.) (2014). *Uso del tiempo y trabajo no remunerado en México*. México: El Colegio de México/Organización de las Naciones Unidas-Mujeres/ Instituto Nacional de las Mujeres.
- García, Brígida y Landy Sánchez (2012). "Trayectorias del desempleo urbano en México". *Revista Latinoamericana de Población* 6(10): 5-30.
- Ochoa León, Sara María (2016). "Trayectorias laborales durante la crisis económica 2008-2009 en México". *Economía Informa* 399:34-58.
- Organización de las Naciones Unidas-Mujeres (ONU-Mujeres) (2018). *El trabajo de cuidados: una cuestión de derechos humanos y políticas públicas*. México.
- Pacheco, Edith y Susan Parker (2001). "Movilidad en el mercado de trabajo urbano: evidencias longitudinales para dos periodos de crisis en México" [en línea]. *Revista Mexicana de Sociología* 63(2): 3-26. Disponible en <<http://www.jstor.org/stable/3541345>> (consulta: 1 de julio de 2013).
- Parker, Susan (2012). *Estudio sobre la dinámica laboral y su relación con la pobreza. Informe Final de investigación*. México: Centro de Investigaciones y Docencia Económicas.
- Revenga, Ana y Michelle Riboud (1993). "Unemployment in Mexico. Its characteristics and determinants". *Policy Research Working Paper Series* 1230. The World Bank.
- Santoyo, Laura y Edith Pacheco (2014). "El uso del tiempo de las personas en México según tipo de hogar. Una expresión de las desigualdades de género". En *Uso del tiempo y trabajo no remunerado en México*, coordinado por Brígida García y Edith Pacheco, 171-219. México: El Colegio de México/Organización de las Naciones Unidas-Mujeres/ Instituto Nacional de las Mujeres.
- Skoufias, Emmanuel y Susan Parker (2006). "Job loss and family adjustments in work and schooling during the Mexican peso crisis". *Journal of Population Economics* 19: 163-181.
- Solís Manjarrez, Leopoldo (2009). "La crisis económica mundial del 2008-200...?". *Estudios Económicos* 24(2): 315-326.
- Suárez, Leticia (1992). "Trayectorias laborales y reproductivas: una comparación entre México y España". *Estudios Demográficos y Urbanos* 7(2/3): 359-375.
- Tuirán, Rodolfo (1993). "Las respuestas de los hogares de sectores populares urbanos frente a la crisis: el caso de la ciudad de México". En *Población y desigualdad social en México*, coordinado por Raúl Béjar Navarro y Héctor Hernández Bringas. México: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias-Universidad Nacional Autónoma de México.

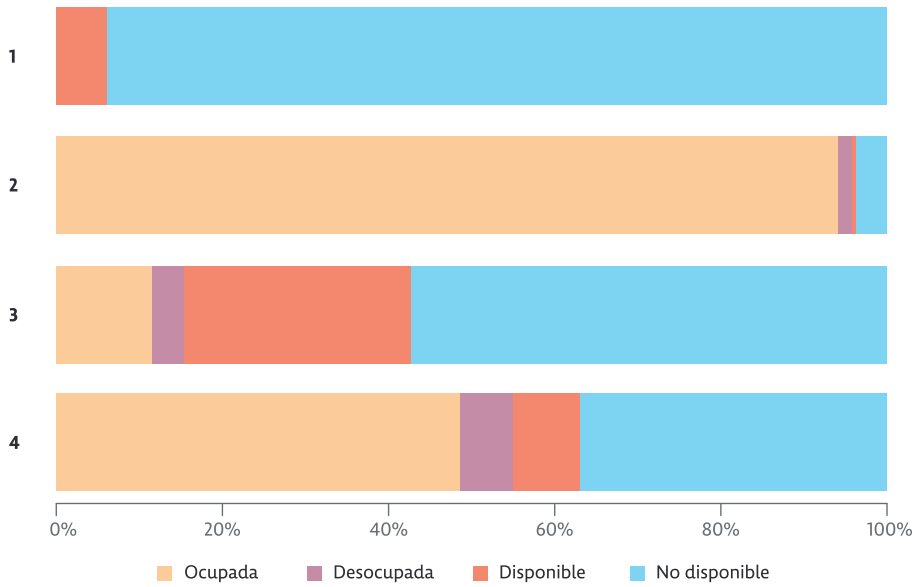
ANEXO

Gráfica A1
Distribución de las proporciones de tiempo vivido
en cada estado por categoría, 2005t1-2006t1



Fuente: elaboración propia con base en la información de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (Inegi), 2005t1-2006t1.

Gráfica A2
Distribución de las proporciones de tiempo vivido
en cada estado por categoría, 2015t1-2016t1



Fuente: elaboración propia con base en la información de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (Inegi), 2015t1-2016t1.

Consideraciones finales

Marta Mier y Terán Rocha

Con el objeto de exponer los principales hallazgos del conjunto de los capítulos y evaluar el cumplimiento del objetivo del libro, a continuación, se presentan algunas reflexiones sobre las aportaciones en cuanto a los ejes de investigación; también se incluyen las limitaciones a las que hubo que hacer frente en el aprovechamiento de las potencialidades de la aproximación metodológica del análisis de secuencias.

El eje principal del libro ha sido la visión longitudinal y la aplicación de la aproximación teórico-metodológica del análisis de secuencias, enmarcada en la perspectiva holística del curso de vida. En el primer capítulo de orden teórico y metodológico, se introduce esta perspectiva holística del curso de vida y el estudio de la vida social de las personas como un proceso secuencial, de manera que este texto se constituye como el marco general en el que se desarrollan los conceptos fundamentales y los principios básicos del paradigma del curso de vida y el análisis de secuencias, los cuales se emplean en los estudios empíricos de los capítulos subsecuentes. Con los conceptos de trayectoria e itinerario, que denotan procesos secuenciales, en los textos empíricos se estudian distintas etapas, dominios y dimensiones del curso de vida de las personas y se elaboran grupos, tipos o modelos de trayectorias e itinerarios con patrones susceptibles de interpretar. Además, los capítulos se ocupan en mostrar las diferencias de género, las desigualdades socioeconómicas y el cambio en el tiempo como generadores de desigualdades en la construcción de las trayectorias y los itinerarios.

Los trabajos que componen el libro contribuyen al conocimiento sobre las formas en que las trayectorias, en distintas dimensiones de la vida, se entrelazan de manera simultánea en las diferentes etapas del curso de vida de las personas.

Las etapas infantil y juvenil se abordan en el segundo capítulo sobre la transición a la vida adulta. En estas etapas, la temporalidad y el orden de los eventos en las dimensiones educativa, laboral y familiar tienen implicaciones decisivas en etapas subsecuentes; en particular, en periodos de expansión del sistema educativo y de cambios en el mercado de trabajo. El análisis de canales múltiples permitió constatar la interdependencia entre las dimensiones de la escuela, el trabajo y la familia; en particular, en el caso de las mujeres, ya que desde esta etapa temprana de la vida sus trayectorias reflejan mayores tensiones entre los dominios del trabajo y la familia, en contraste con los varones. La relevancia de la interconexión entre los dominios resulta en grupos de trayectorias bien diferenciados, asociados a la sobreposición de desigualdades en el acceso a oportunidades educativas y laborales, según el género, el sector socioeconómico y la cohorte de nacimiento.

En la etapa de la vida productiva y reproductiva de las mujeres, analizada en el tercer capítulo, se muestra la manera en que ellas participan en el proceso de descenso rápido de la fecundidad y de creciente participación femenina en el mercado de trabajo. La interrelación entre las dimensiones reproductiva, marital y educativa-laboral se aborda mediante un análisis de canales múltiples, y se señala la preeminencia y la gran heterogeneidad en la dimensión reproductiva, la que se encuentra vinculada estrechamente con las otras dos dimensiones; de manera que los caminos por los que optan las mujeres para enfrentar las tensiones entre la vida familiar y laboral son sumamente diversos; por ejemplo, un grupo no despreciable opta por una vida de trabajo que no concilia con la formación de una familia; mientras en otros grupos, las mujeres con proles numerosas participan en el mercado de trabajo en menor medida, y cuando lo hacen, es comúnmente en trabajos inestables y poco calificados. También se resalta la mayor incompatibilidad entre los dos dominios en las primeras etapas de formación de las familias en las que tiene lugar el nacimiento y la crianza de los hijos pequeños. Las diferentes trayectorias obedecen, en gran medida, a oportunidades desiguales en las dimensiones de

la familia, la escuela y el trabajo, resultado de desigualdades socioeconómicas de origen y cambios en el tiempo.

En el siguiente capítulo se analiza el curso de vida completo de una cohorte, desde la infancia hasta el inicio de la etapa de jubilación. La vida de esta cohorte transcurre todo a lo largo de la segunda mitad del siglo xx y la primera década del siglo actual, de tal forma que experimenta, en diferentes etapas del su curso de vida, los distintos momentos de las transformaciones del país vinculadas con la participación en el mercado de trabajo. Con el modelo normativo del curso de vida ocupacional como hipótesis, se muestra que sólo en los varones habría una aproximación incompleta por los pocos años de escolaridad, la escasa experiencia de jubilación y el hecho que sólo abarca a la mitad de la población masculina. Mediante una misma secuencia, que abarca el estudio y las características del trabajo, se obtienen modelos de trayectorias laborales diferenciados por género que, en el caso de los varones, se encuentran estrechamente relacionados a las condiciones en el mercado de trabajo, mientras que en ellas están mayormente definidas por el dominio familiar. Respecto a los modelos de las trayectorias masculinas, dos son estables, uno en la formalidad y otro en la precariedad de la informalidad, pero otro más que se caracteriza por la baja escolaridad y refleja una gran inestabilidad laboral. En ambos sexos, las desigualdades en el origen social y ciertas características familiares e individuales inciden mayormente en la conformación de los grupos de trayectorias, en particular de las mujeres.

Durante la etapa productiva y reproductiva, en el quinto capítulo, se analizan las secuencias en cuanto a la participación conjunta de los varones como principal sostén económico del hogar y según el tipo de trabajo que desempeñan, lo que permite conocer la manera en que la creciente informalidad en el mercado de trabajo afecta principalmente a la cohorte más joven, así como la inestabilidad laboral se refleja mayormente en las trayectorias de los estratos bajos, quienes además asumen el papel de proveedores en edades más tempranas que en los otros estratos. No obstante, a pesar de las diferencias en las condiciones laborales, los resultados sugieren que la proveeduría económica no estaría mayormente vinculada a las condiciones de participación en el mercado de trabajo de los varones en esta etapa de la vida, ya que prevalecen las trayectorias en las que el hombre es ininterrumpidamente

el principal sostén económico, como signo de la realización de la identidad masculina. Las desigualdades socioeconómicas de origen están principalmente asociadas a la temporalidad con la que se asume la proveeduría y las desiguales trayectorias laborales.

El capítulo final trata sobre el mercado de trabajo durante la crisis económica de 2008. Como ya se dijo, no se enmarca en la perspectiva del curso de vida, a diferencia de los otros trabajos. El eje principal de este análisis es el periodo de observación caracterizado por la crisis económica que afectó mayormente el empleo, especialmente el de las mujeres. Las condiciones en el dominio del trabajo, a lo largo de los cinco trimestres registrados, permiten observar cuatro grupos de itinerarios, de los cuales dos se asocian a la crisis, dado que sufren cambios en el periodo. De ellos, en uno se observan tanto trimestres de ocupación como de disponibilidad; compuesto principalmente por mujeres que habrían ingresado al mercado de trabajo en este año de crisis; y otro con trimestres de desocupación, en el que la mayoría son hombres que habrían perdido sus empleos, aunque también hay mujeres. Además, hay dos grupos con estabilidad en su situación laboral constituidos en el periodo de crisis, respectivamente: los que con mayor escolaridad cuentan con trabajo remunerado, y quienes no tienen trabajo remunerado y su escolaridad es más baja. Los varones predominan en el primer grupo y las mujeres en el segundo.

De esta forma, en las distintas problemáticas que se abordan en los capítulos empíricos, se coincide en señalar el entrelazamiento entre las trayectorias simultáneas en distintos dominios de la vida de las personas: en las etapas juveniles, la escuela, el trabajo y la familia, y en la etapa productiva y reproductiva, las trayectorias laborales y familiares. Como se mencionó ya, sólo en el caso de las trayectorias de proveeduría económica, la vinculación con la condición ocupacional no se observa en la gran mayoría de los casos, lo que parece ser el resultado de cuestiones subjetivas asociadas a la identidad masculina, y posiblemente a ciertas limitaciones en la captación de los datos sobre la proveeduría económica.

Los distintos capítulos coinciden en señalar que las diferencias más acentuadas entre las trayectorias se observan en los patrones por sexo. Como se plantea en el capítulo introductorio, y se muestra en todos los capítulos, el

género atraviesa los cursos de vida. No obstante, en los capítulos, las diferencias de género se analizan mediante aproximaciones metodológicas distintas.

En el segundo y sexto capítulo, los grupos de trayectorias se forman a partir del conjunto de la población, lo que constituye la forma más directa y clara de mostrar las diferencias de género en las trayectorias. Por ejemplo, en el segundo capítulo, se observan grupos de trayectorias que son casi exclusivas de un sexo, mientras que sólo en dos de los grupos hay un balance en la presencia de hombres y mujeres; en ellos, la permanencia en la escuela es mayor, de manera que se resalta el hecho de que la escolaridad actúa como agente igualador entre los sexos.

En el cuarto capítulo, en cambio, se trabajan las trayectorias de hombres y mujeres por separado, lo que permite una mayor diferenciación de las trayectorias en cada sexo, aunque pudiera originar una comparación menos nítida para mostrar las diferencias de género.

En los otros dos capítulos se analiza exclusivamente a la población de uno de los sexos, dependiendo precisamente de los roles de género que definen la relevancia de la problemática analizada: las tensiones en la conciliación de los dominios familiar y laboral en las mujeres (tercer capítulo), y las secuencias de proveeduría económica, preeminente en los varones, independientemente de su condición laboral (quinto capítulo). Respecto al tercer capítulo, cabe mencionar que la decisión de limitar el análisis a las mujeres se basó en que, en un estudio previo sobre la conciliación del trabajo y la familia mediante el análisis conjunto de la población femenina y masculina, se obtuvieron grandes diferencias entre los sexos, pero la agrupación de las trayectorias en las mujeres carece de sutilezas y en los varones la interrelación de los dominios es poco evidente.¹

Así, con diferentes aproximaciones metodológicas, el material del libro proporciona elementos relevantes sobre la construcción de trayectorias diferenciadas en el entrelazamiento de los dominios del trabajo y la familia en el

¹ Mier y Terán, Marta; Karina Videgain, Nina Castro y Mario Martínez (2017). "Familia y trabajo: historias entrelazadas en el México urbano". En *Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México*, coordinado por Marie Laure Coubès, Patricio Solís y María Eugenia Zavala de Cosío. México: El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.

curso de vida de mujeres y varones. Las diferencias son el resultado de oportunidades distintas que se sobreponen a las desigualdades socioeconómicas.

Son valiosos los avances en el conocimiento sobre la forma en que las profundas desigualdades socioeconómicas de origen, que aquejan a la sociedad mexicana, generan desigualdades a lo largo del curso de vida de las personas. En los cuatro capítulos que siguen la perspectiva del curso de vida, se emplea la variable del estrato social de origen de la encuesta Eder 2011. Trabajar con esta información sobre los recursos, tanto culturales como económicos de los padres, y el hogar cuando la persona tenía 15 años, permite mostrar de manera nítida la estructuración social de los cursos de vida y la forma en que las ventajas y desventajas en edades tempranas, que actúan principalmente a través de la permanencia más o menos prolongada en la escuela, siguen un proceso de acumulación en las trayectorias laborales y familiares. Cabe señalar que, en el último capítulo, también es clara la diferenciación en la estabilidad laboral durante el periodo de crisis, dependiendo del nivel educativo de las personas.

Enmarcados en la perspectiva del curso de vida, del segundo al quinto capítulo examinan experiencias que transcurren a lo largo de la segunda mitad del siglo pasado y la primera década del actual, principalmente en los centros urbanos del país. Mediante el contraste de las trayectorias de cohortes específicas, se observa, en el nivel micro, la manera en que se vive y se participa en las transformaciones sociales profundas que ocurrieron en el país a lo largo de este periodo. Entre los procesos que caracterizaron este tiempo y guardan una relación más estrecha con las dimensiones analizadas, se encuentran la creciente urbanización, la expansión del sistema educativo, la transición demográfica, en particular el rápido descenso de la fecundidad, la creciente participación femenina en el mercado de trabajo, así como la inestabilidad de la economía del país y la precarización del mercado de trabajo. En los análisis empíricos que componen este libro, se abunda sobre la relación de estos procesos con las trayectorias en los dominios familiar y de trabajo. Las experiencias de una, dos o las tres cohortes de nacimiento (1951-1953, 1966-1968 y 1971-1973) son estudiadas respectivamente en los distintos capítulos, en los que se evalúan los efectos de contextos históricos, con constreñimientos y oportunidades cambiantes, en problemáticas específicas

de una sociedad expuesta a transformaciones profundas. El interés en el conocimiento de los cursos de vida en los dominios de la familia y el trabajo de estas cohortes es grande, ya que, con el tiempo, se vieron beneficiadas por la expansión del sistema educativo y el creciente acceso de las mujeres al mercado de trabajo, así como al control de la fecundidad, entre otros; no obstante, también se han visto afectadas por los procesos de precarización e inestabilidad de los empleos. Para evaluar la continuidad o la ruptura de los transcurso iniciados, habrá que estudiar las experiencias de cohortes más recientes, lo que es posible con los datos de la Eder 2017 y otras encuestas.

Los procesos de largo plazo contribuyen a estandarizar o diversificar las trayectorias sociales; la diversificación tiene lugar como resultado de un proceso de individualización. En el periodo estudiado, la expansión del sistema educativo ha propiciado un proceso de estructuración en la conformación de los cursos de vida individuales, en particular en los niveles de educación básica, como se plantea en el capítulo introductorio y se muestra en el segundo y cuarto capítulo. En cuanto a la estandarización de las trayectorias laborales, en el cuarto capítulo se observa solamente a un grupo, en los varones, con tres fases en su curso de vida que corresponderían a la escuela, el trabajo y, en menor medida, al retiro; fases que, con particularidades, se acercarían al modelo normativo. Por el contrario, otro de los grupos sugiere ser signo de una desestandarización del curso de vida con lapsos de trabajo de tiempo parcial, desempleo e inactividad, de manera que parece reflejar más un proceso de precarización laboral que de individualización.

De hecho, en el quinto capítulo, también se observa un grupo de trayectorias masculinas con tramos sin empleo o en empleos de corta duración en la economía formal, pero sin proveeduría económica en el hogar; ellos pertenecen principalmente a la cohorte joven y al estrato de origen alto, lo que sí sugiere el inicio de un proceso de individualización. En el tercer capítulo, un tipo de trayectoria también pudiera sugerir el inicio de un proceso de desestandarización: es el caso de trayectorias femeninas con mayor permanencia en la escuela y participación en el mercado laboral, en las que se pospone la formación de sus familias de manera temporal o definitiva. El hecho de que estas trayectorias sean más comunes en la cohorte más reciente, como se observa en el quinto y tercer capítulo, sugiere procesos a los que habrá

que darles seguimiento con información más detallada sobre las condiciones laborales y experiencias en cohortes más recientes.

La disponibilidad de los datos de la Encuesta Retrospectiva, Eder 2011, hizo posible la elaboración del análisis empírico de gran parte de este libro, con el acercamiento a las tres cohortes de nacimiento, cuyas trayectorias en las dimensiones escolares, laborales, maritales y reproductivas permiten dar cuenta del cambio histórico ocurrido en la segunda mitad del siglo xx y la primera década del siglo actual. En estas experiencias, es posible evaluar los efectos de contextos históricos con constreñimientos y oportunidades distintos en una sociedad en rápido cambio, así como de las desigualdades socioeconómicas de origen y de género. Por su parte, con una visión de corto plazo, la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo, de cinco trimestres en 2009 y 2010, facilitó un acercamiento longitudinal a la dinámica del empleo con una mirada en los itinerarios y las intermitencias de la vida laboral de los mexicanos en el periodo de crisis económica de 2008.

En cuanto a las principales limitaciones del libro, una primera se origina en el método del análisis de secuencias en sí mismo y otras en la información, ya que, como se mencionó en la introducción, son muchos los requisitos del método en cuanto a los datos. Sobre el método, es preciso señalar que, en las distintas etapas del análisis, se requieren decisiones que eventualmente pudieran afectar los resultados.² En particular, en las etapas del análisis donde se comparan y agrupan las secuencias, es posible optar por distintas medidas para evaluar el grado de disimilitud entre las secuencias, así como emplear varios métodos de análisis de conglomerados para agrupar las secuencias y crear las tipologías. Evaluar las decisiones metodológicas adoptadas en cada uno de los trabajos es una tarea sumamente compleja que rebasa los objetivos del libro. Pero, a pesar de estas objeciones, es importante resaltar que

² Konietzka, D. y M. Kreyenfeld (2021) "Life course sociology: Key concepts and applications in family sociology" [en línea] En *Research handbook on the sociology of the family*, editado por Norbert F. Schneider y Michaela Kreyenfeld. Edward Elgar Publishing Limited (Elgaronline). Disponible en: <[https://www.elgaronline.com/configurable/content/edcoll\\$002f9781788975537\\$002f9781788975537.00012.xml?t:ac=edcoll%24002f9781788975537%24002f9781788975537.00012.xml](https://www.elgaronline.com/configurable/content/edcoll$002f9781788975537$002f9781788975537.00012.xml?t:ac=edcoll%24002f9781788975537%24002f9781788975537.00012.xml)> (consultado en 07/12/2021).

los patrones observados en la gran mayoría de los grupos resultantes, en los distintos capítulos, son susceptibles de interpretación y congruentes con la teoría, lo que muestra las fortalezas del método e imprime validez a los resultados del análisis.

Otro tipo de limitaciones en el libro está principalmente relacionado con ausencias de información. Es innegable la pertinencia, la gran riqueza y la buena calidad de los datos de la Eder 2011. Sin embargo, los temas en el campo de la demografía que no se cubren e interesaría estudiar con la óptica longitudinal de la encuesta son sumamente numerosos, pero aquí nos ceñimos a señalar la información relacionada con los análisis efectuados en los capítulos del libro.³ En el desarrollo de las distintas problemáticas se detectaron omisiones que impusieron ciertas limitaciones a los análisis empíricos, algunas ya mencionadas en los propios capítulos. Por ejemplo, se desconoce cuándo ocurre la salida del hogar familiar, lo que impide integrar esta información relevante para lograr un acercamiento más integral a las experiencias de los jóvenes en su proceso de transición a la vida adulta. Sobre la participación en el mercado laboral, sería valioso contar con datos sobre lapsos de trabajo de duración menor a un año, en particular para las mujeres, y en las edades jóvenes para ambos sexos, entre quienes la inestabilidad laboral es más común. Además, el contar con información sobre las prestaciones laborales y, en especial, el acceso a servicios de cuidado de los hijos favorecería una mejor comprensión de la forma en que las mujeres logran conciliar su vida familiar y de trabajo cuando los hijos son pequeños. En el caso del análisis de las trayectorias completas, contar con datos más allá de los sesenta años, al menos hasta los setenta o 75 años, permitiría un estudio más cabal de la salida del mercado de trabajo por jubilación, así como una visión más integral de las trayectorias laborales y el proceso de acumulación de (des)ventajas; el sesgo de selección en la muestra por la mortalidad no constituiría un inconveniente mayor. Respecto a la proveeduría económica, cabe señalar que la forma en que se pregunta sobre el principal sostén económico del

³ Es importante señalar que varios de estos señalamientos se han atendido ya en el levantamiento de la Eder 2017.

hogar puede inhibir la declaración de periodos en los que el entrevistado no se encuentra en esta situación; habrá que buscar una mejor manera de captar los periodos en los que el entrevistado no es sostén principal del hogar, así como la experiencia de las mujeres en este rubro.

Es necesario resaltar que lo señalado como limitaciones, tanto en el método como en los datos, en ningún caso resta validez a los hallazgos y aportaciones de las investigaciones al conocimiento. Más aún, consideramos que los capítulos que componen el libro son claros ejemplos de las amplias posibilidades del análisis de secuencias en la perspectiva holística del curso de vida para profundizar en el conocimiento de la manera en que las personas construyen sus trayectorias en los dominios de la familia y el trabajo en las distintas etapas de su vida, en una sociedad caracterizada por profundas desigualdades sociales y en un periodo de grandes transformaciones sociales.

Esperamos que el contenido del libro haya sido de interés del lector y utilidad para motivar, entre otros, el desarrollo futuro de estudios longitudinales con la perspectiva holística del curso de vida y el instrumental metodológico del análisis de secuencias.

Sobre las autoras y los autores

NINA CASTRO es doctora en Estudios de Población por El Colegio de México y maestra en Población por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede México. Está adscrita a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en el Programa de Becas Posdoctorales en el Instituto de Investigaciones Económicas. Es docente de la Maestría en Demografía Social del Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Sus intereses de investigación son: trabajo remunerado y trabajo de cuidados, desigualdades a lo largo del curso de vida, y análisis demográfico longitudinal y secuencial.

GERARDO DAMIÁN es doctor en Ciencias Políticas y Sociales con orientación en Sociología por el Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Es profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, donde imparte cursos sobre metodología y teoría sociológica. Sus principales líneas de investigación son: riesgo, incertidumbre e individualización; procesos intergeneracionales; desigualdad y curso de vida; juventud, educación y trabajo.

SABRINA FERRARIS es doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA), y especialista en Demografía Social por la Universidad Nacional de Luján. Es investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) en el Instituto Interdisciplinario de Economía Política (FCE UBA-Conicet), docente de la Facultad de Ciencias Sociales e investigadora del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la UBA, y miembro del Programa de Estudios sobre Juventud, Educación y Trabajo. Ha escrito sobre temáticas referidas a las transiciones a la vida adulta; familia

y curso de vida; análisis longitudinal cuantitativo; trabajo remunerado y no remunerado; jóvenes, inserción sociolaboral y políticas públicas.

JACQUES-ANTOINE GAUTHIER es catedrático en el centro de investigación Curso de vida y desigualdad de la Universidad de Lausana y miembro del centro LIVES (Centro Suizo de Especialización en la Investigación en Curso de Vida). Su investigación actual utiliza una perspectiva configuracional enfocada en modelar y analizar información longitudinal del curso de vida. El tema central de su análisis consiste en la construcción relativa al tiempo de las trayectorias de vida individuales y sus interdependencias; en particular, cuando se viven transiciones mayores como el ingreso al mercado de trabajo, la paternidad o el retiro. Más recientemente, ha profundizado en una perspectiva de Elias con la que ha participado en el análisis conjunto de las trayectorias de vida y las redes personales, así como su espacialización.

FIGRELLA MANCINI es doctora en Ciencia Social con especialidad en Sociología por el Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México. Es investigadora titular en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y, desde el 2013, es miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Es, también, profesora y tutora del Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Desde 2010 se desempeña como profesora de Seminarios de Investigación de Tesis y Metodología en dicho posgrado. Sus principales líneas de investigación son: incertidumbre y riesgos sociales; mercados laborales en América Latina; desigualdad y movilidad social intrageneracional.

MARIO MARTÍNEZ es doctor en Estudios de Población y maestro en Demografía, ambos por El Colegio de México, y actuario por la Facultad de Ciencias de la UNAM. Es investigador en la Unidad de Investigación sobre Representaciones Culturales y Sociales de la Coordinación de Humanidades de la UNAM. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores en el Nivel I. Sus temas de investigación son: familia y curso de vida; uso del tiempo y trabajo no remunerado; métodos de investigación social cuantitativos. Ha impartido cursos sobre dinámica poblacional, estadística y metodología cuantitativa

en la UNAM, El Colegio de México, la Universidad Nacional de Tres de Febrero (Argentina) y la Universidad Anáhuac.

JULIO CÉSAR MARTÍNEZ es doctor en Estudios de Población por El Colegio de México, maestro en Población y Desarrollo por Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales sede México, y licenciado en Actuaría por la Facultad de Ciencias de la UNAM. Actualmente está adscrito a El Colegio de México como becario posdoctoral del Programa de Ciencias de Datos. Es profesor de estadística en la UNAM y consultor en muestreo. Se desempeñó como jefe de evaluación de encuestas en el Instituto Nacional de Estadística y Geografía de México.

MARTA MIER Y TERÁN es investigadora titular del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, y miembro del Sistema Nacional de Investigadores en el Nivel II. Obtuvo el doctorado en Demografía en la Universidad de Montreal, Canadá; realizó estudios de maestría en Demografía en El Colegio de México y obtuvo la licenciatura en Actuaría en la UNAM. Es docente y tutora en el Programa de Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. En su investigación, ha prevalecido el estudio de los procesos demográficos y las desigualdades sociales con una aproximación longitudinal cuantitativa. Sus líneas de investigación son: estimación y análisis de la fecundidad; trayectorias familiares y laborales, y desigualdades sociales; transiciones a la vida adulta, escuela, trabajo y formación de familias entre los jóvenes; métodos cuantitativos en el estudio de la población.

EDITH PACHECO es profesora e investigadora en el Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales de El Colegio de México, desde 1994, y miembro del Sistema Nacional de Investigadores en el Nivel III. Cursó la Maestría y el Doctorado en Estudios de Población en el Centro de Estudios Demográficos y Urbanos de El Colegio de México y la licenciatura en Actuaría en la Facultad de Ciencias de la UNAM. Las líneas temáticas en las que se enmarcan sus labores de investigación y docencia son: desigualdades en el mercado de trabajo; género, familia y trabajo; el trabajo y los usos del tiempo.

KARINA VIDEGAIN es investigadora del Programa Universitario de Estudios del Desarrollo de la UNAM. Es doctora en Estudios de Población y maestra en Demografía por El Colegio de México; graduada por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República del Uruguay con estudios de licenciatura en Sociología. En su quehacer académico hace uso de una perspectiva longitudinal, interdisciplinaria y sociodemográfica, a modo de analizar los efectos de los cambios estructurales e institucionales en las formas en que los individuos organizan sus vidas individuales, considerando el papel que juegan las estructuras de desigualdad social. Sus áreas de especialización son: curso de vida y desigualdad social; infancia y juventud; transición a la vida adulta; estudios del desarrollo, familia, trabajo y género; análisis de trayectorias.

Trayectorias y desigualdades sociales en el contexto mexicano.

Una perspectiva longitudinal,

editado por el Instituto de Investigaciones Sociales
de la Universidad Nacional Autónoma de México,
se terminó de imprimir en junio de 2023,
en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.,
Centeno 162-1, Col. Granjas Esmeralda Iztapalapa,
Ciudad de México, 09810.

La composición tipográfica se hizo en

Tisa Pro (10.5/15, 9.5/15 pts.)

y Lemon Sans Next (17/20, 11.5/15, 8.5/11 pts.).

La edición digital consta de 200 ejemplares
en papel bond ahuesado de 90 gr.

